This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868.75
G58n
v.2

Gomez Flores, Francisco J.
Narraciones y caprichos.

G868.73 G58N V.2 LAC

G868.73
G58n
V.2

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

Sr. Dr. Don Porfirio Parra.

FRANCISCO GÓMEZ FLORES

Narraciones y Caprichos

APUNTAMIENTOS DE UN VIANDANTE.

DISCURSOS, CARTAS Y ARTÍCULOS

(SEGUNDA PARTE)

MEXICO
IMPRENTA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE IRENEO PAZ.
Callejón de Sta. Clara, número 6.

1891

NARRACIONES Y CAPRICHOS.

Al profundo escritor y notable
filósofo mi buen amigo el Sr. Dr.
Porfirio en prueba de sincera
estimación y leal afecto.

Jesús Gómez [illegible]

México Junio de 1891.

FRANCISCO GÓMEZ FLORES

Narraciónes y Caprichos

APUNTAMIENTOS DE UN VIANDANTE.

DISCURSOS, CARTAS Y ARTÍCULOS

(SEGUNDA PARTE.)

MEXICO
IMPRENTA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE IRENEO PAZ.
Callejón de Sta. Clara, número 6.

1891

203599

[illegible]

AL SR. LIC. DON

JOAQUÍN BARANDA

EN TESTIMONIO DE GRATITUD Y RESPETO.

PRÓLOGO.

La primera parte de esta obra se publicó en Culiacán hace más de un año: dividióse en dos porque habiendo sido honrado el autor con la representación del Estado de Sinaloa en el primero y segundo Congresos Nacionales de Instrucción Pública, tuvo necesidad de suspenderla: radicado ya definitivamente en esta Capital, imprime ahora aquí la segunda parte, que pensaba publicar también en la citada ciudad sinaloense. No tienen dichas partes entre sí más conexión que el carácter de las narraciones de viaje y el deseo de que formen un solo conjunto de trabajos de la misma índole. No debe olvidarse que los artículos festivos han sido escritos por el autor tras la entidad fantástica de un seudónimo, y que de consiguiente, él no habla en ellos, sino el personaje imaginario de cuyo nombre hace uso.

Sobre la utilidad ó inutilidad de la publicación no es él quien debe decir una palabra, sino el público lector, á cuyo imparcial juicio la somete.

EXPLICACIÓN PRELIMINAR.

Como lo tengo ofrecido, gran parte de estos humildes trabajos son inéditos, pero todos pertenecen al género de actividad llamada por antonomasia y metonimia *prensa*, que aunque ya no se considera cuarto poder, séptimo sentido, sacerdocio, apostolado, directora de la opinión ni reflejo siquiera de ella, ejerce notoria influencia social y es hoy factor principalísimo del progreso y la cultura. Un periódico no es más que una tribuna pública donde uno ó varios ciudadanos exponen á la sociedad, cada cuantas horas ó cada cuantos días, su particular dictamen sobre los negocios públicos y los asuntos de diario y perpétuo interés para la especie humana. De aquí que algunos tratadistas de bellas letras al clasificar el periodismo entre los géneros literarios, le dan sitio en el capítulo de la oratoria, considerándole heredero legítimo de la elocuencia popular de Grecia y Roma. Un periodista es un tribuno, hé aquí todo; y un periódico, la expresión rápida, libre, vehemente ó reposada de las ideas de sus redactores.

Al presentarme, pues, con tal carácter ante el público, ni por un momento me ciega la vanidad hasta suponerme pontífice ó hierofante de la opinión de las gentes; ni órgano ni corifeo de nada ni nadie; sino que en virtud del derecho de manifestar cada uno sus ideas, he fundado como Fígaro, periódicos, para defender lo que me ha parecido justo y razonable, para abogar en favor de los intereses generales como mi criterio me lo ha sugerido, y para ayudar, en suma, con mis pocas fuerzas, al mejoramiento físico y moral del grupo de semejantes mios y compatriotas, entre quienes me ha tocado en suerte vivir.

Del inmenso fárrago que he escrito así en diversos periódicos de la Capital y de los Estados, he acostumbrado recopilar lo que me ha parecido de interés menos fugitivo, y he formado ya é impreso, tres volúmenes de regulares dimensiones. El presente tomo completa el tercero de dichos volúmenes.

Bien sé que esto *no deja nada*, como me decía no há mucho un amigo mio, refiriéndose á lo improductivo de ciertos estudios especulativos y casi aconsejándome que me deje de retóricas. Mi amigo cree ser de los hombres prácticos, y ya con eso tiene mucho aventajado, porque en los tiempos que corren, para llegar uno á ser algo en el mundo, debe principiar por créerselo él antes que otra cosa: quien tenga la debilidad ó la modestia de confesar su insuficiencia, acabará porque los demás le declaren efectivamente cero. Pero si nadie

se ocupara de lo que *nada deja*, es decir, si nadie ejecutase trabajos de zapa para desembarazar la ruta á los que vengan detrás, la humanidad se detendría en su camino, retrogradaría en seguida y volveríamos á la barbárie primitiva. El progreso físico, las comodidades materiales, el bienestar de los sentidos, la industria y el comercio, no son sino el corolario, la consecuencia del desenvolvimiento de las ideas que *nada dejan:* todas las fases de la evolución humana, áun las más siniestras, han allegado algún elemento, siquiera de contraste, á la gran fábrica de la civilización: los mártires y los héroes, ensalzados ú obscurecidos, háyaseles hecho ó no justicia, hayan tenido ó no éxito, han sido y son los operarios de la manufactura que no *deja nada.* Alguien se llama Cristo, alguien Newton, alguien Homero; pero todos son obreros en el inmenso taller de la manumisión humana. La diferencia está en que los grandes trabajadores de este eterno laboratorio, logran salvar su nombre del olvido y viven en las páginas de la historia vida inmortal, mientras que la incontable mayoría sucumben ignorados al pie del yunque, sin que nadie sepa ni agradezca sus esfuerzos, y van á dar á la fosa común de la colectividad anónima.

Mas volvamos á mi hombre práctico. Es chistosa la inversión de papeles. Los beneficiados se suponen benefactores: los hombres prácticos, que son las máquinas, miran con desdén á los hombres teóricos, que son la fuerza motriz. Están abajo y quieren dar la mano, cuando ellos son los que necesitan

aunque sea el pié. Entre paréntesis, para evitar confusiones, sería bueno designar con otro epíteto á los hombres prácticos, porque no es justo que quien sólo sabe y puede hacer dinero, se declare más práctico que quien sabe y puede dar consejos de conducta á los hombres, teniendo la abnegación de gastar su actividad en provecho de los otros con perjuicio suyo. Siempre me ha lastimado la injusticia con que se califican los meritorios esfuerzos de muchos ciudadanos muy útiles que conozco, que debieran ser la honra de su país y que andan por ahí en la penumbra, porque su práctica no es de este mundo. En cuanto á mí, repito que pertenezco á la falange innominada que no puede aspirar á más que la responsabilidad ó la gloria colectivas: combato en filas y soy uno de tantos periodistas cuyas bajas se cubren en el acto. No con otra pretensión publico mis trabajos, lo digo ingénuamente, y sólo ambiciono que si como es seguro, son más mis yerros que mis aciertos, se tenga en cuenta, para disculparme, la buena intención que me guía.

LA LITERATURA Y LA CRÍTICA.

Por cuanto es el elemento literario el más indispensable para la buena, precisa y elegante manifestación de cualquiera actividad intelectual del hombre, asume tan magna importancia en el desarrollo histórico de un pueblo. La literatura puede considerarse como el espejo en que las naciones miran el grado de adelanto en que se encuentran, y es sin la menor duda, el termómetro más seguro para calcular el progreso de las sociedades, aunque sea decir una cosa que de puro sabida ha venido á ser vulgar hasta para los chicos de escuela. Allí donde la literatura falta, falta también indudablemente la sávia, el germen de la vida social.

Pero de la misma manera que la literatura influye poderosamente en la marcha de las naciones, recibe á su vez el influjo, también poderoso, de la crítica, constituida á su turno en termómetro que gradúa el alcance y valer de las producciones literarias. Toda literatura que ha llegado á su período de madurez, puede ser exactamente apreciada

203599

por sus trabajos de crítica, que casi siempre comienzan por ser apasionados, parciales y con frecuencia irónicos y satíricos, pero que van adquiriendo poco á poco el sello frío y reflexivo que los debe caracterizar, á medida que las obras sobre que recaen van adquiriendo corrección y esmero, en virtud de las apreciaciones y juicios de que son objeto.

De aquí que sea tan importante estudiar la evolución literaria de los pueblos, para llegar á darse cuenta del verdadero papel que representan en el desenvolvimiento histórico del linaje humano. Y más importante aún es ese estudio, cuando se trata de apreciar los recursos de que dispone la sociedad en que uno vive, para colocarse en el alto pedestal de las naciones cultas. No es un efímero deseo el que mueve á los hombres á cultivar las bellas letras, sino un impulso irresistible, una tendencia instintiva, una imperiosa necesidad de su espíritu.

Debe insistirse sobre la conveniencia de ciertos estudios: los artículos de periódico víven un día, unas horas tan sólo, y no obstante, *gutta cavat lapidem*. Se arguye que la crítica agosta la imaginacion, mata las facultades creadoras: es el estribillo de siempre, el mismo epitafio de don Juan de Robres, que hizo un santo hospital y también hizo á los pobres. La crítica, como pregona el lema de la Academia Española, pule, fija y da esplendor: sus trabajos en las edades modernas asombran por su magnificencia, siendo los verdaderos heraldos

del progreso en todas direcciones. Si bien, como son más los llamados que los escogidos, habrá muchos críticos de quienes se podrá decir, lo que de cierto dómine dijo un pedagogo: que de cada diez ferulazos que daba, merecía él, de seguro, nueve.

Siempre he pensado así: que la literatura de un pueblo constituye uno de sus más poderosos elementos de civilización, porque en ella se vienen á condensar, en último análisis, todos sus otros ramos de cultura. Las naciones todas de la tierra han comprendido bien esta verdad, esforzándose por producir una literatura adecuada á sus condiciones de existencia política y social. Pretender separar las manifestaciones artísticas de las demás actividades de los pueblos, es una pretensión insensata, porque todas las manifestaciones intelectuales están tan íntimamente ligadas, que no puede ninguna de ellas dar un paso sin arrastrar á las otras en su movimiento: tienden todas, como los líquidos, á buscar su nivel.

Las particularidades de clima, suelo, costumbres, gobierno, tradiciones históricas, vecindad de otras nacionalidades, etc. influyen decisivamente en las manifestaciones artísticas. Esto es claro como la luz meridiana, y nos conduce á suponer que México llegará á formarse una literatura original y propia, en cuanto lo permita el cosmopolitismo que día á día toma creces en el mundo.

Veo ya en algunas de nuestras composiciones como vislumbres de una evolución favorable á la patria; cierta tendencia á la autonomía en materia

tan capital de la vida colectiva; ímpetus vigorosos de romper las cadenas de la servidumbre é inequívocos indicios de independencia futura. Al alumbrar la aurora del siglo venidero, quizás nuestra literatura esté ya dotada de peculiar carácter y formas artísticas originales. Pero téngase presente que para que este horóscopo se ponga en vías de realizarse, debe la crítica allanar antes el camino, y limpiarle cuidadosamente de ripios, abrojos y malezas. ¡Siegue la hoz del crítico la hierba inútil, la breña que estorba y desluce, y el sendero será grato y hermoso á los transeuntes del Parnaso!

LAS LETRAS EN PROVINCIA.

[CUADRITO DEL NATURAL.]

¡Tilín, tilín!

—Se abre la sesión, señores, dijo el presidente con voz melosa, aunque con pretensiones de varonil.

El presidente era tipo que merece descripción; un mozalbete flaco, imberbe, y con más remilgos que doncella de pueblo. Vestía levitín color de ala de mosca, que allá en sus buenos tiempos debió de ser negro; pantalones ajustados, de cuadritos verdes y amarillos, y chaleco de raso blanco con arabescos de colores, que revelaba haber pertenecido á su bisabuelo. Su calzado consistía en botines de *chagrin* maltratado, con punteras de charol idem; pero eso sí, con unos tacones más altos que las pirámides de Egipto.

Sucedió un momento de silencio á la voz melíflua del presidente; momento que emplearon los circunstantes en acomodarse bien en las curules, toser, y producir ese ruido indescriptible que ha-

cen varias personas reunidas, cuando se disponen á presenciar algo solemne.

—Señores, dijo el presidente, tomo la palabra para manifestar á la sociedad una idea, en mi concepto luminosa, que ha incubado en mi cerebro, después de innumerables meditaciones en pro de nuestra congregación, llamada sin la menor duda á formar época en los anales de nuestra literatura. Meditando sériamente, como antes he dicho, sobre la manera eficaz y tangible de imprimir á todos nuestros actos literarios, el sello indeleble de algo trascendental, importante, notable, he venido á decidir que lo más oportuno y que más saludables resultados nos ocasionará, conquistándonos á la par el aplauso unánime de todos los hombres sensatos del país, será el ponernos con tezón á estudiar la ciencia inextinguible del saber, es decir, la filosofía [del griego *fileo*, amar, y *sofía*, sabiduría], y estudiarla en alguno de los más famosos autores de la antigüedad, tan superiores á los modernos: bien sabéis que ellos fueron quienes cimentaron en la madrugada de la civilización, la piedra angular del gigantesco edificio que hoy contemplamos, con un asombro sólo comparable al que sentiría Jonás cuando fué tragado por la ballena. Pues bien, señores, propongo que estudiemos las obras filosóficas que para orgullo y lustre del emporio humano, escribió el sin rival y nunca visto pensador jónio Sesostris de Siracusa, vencedor de los etruscos en los feraces campos de Trafalgar y las Termópilas. Los Alarcón, los Gorostiza y las Sor Juana, com-

partirán con nosotros su celebridad, y los sombríos muros de la huesa se cubrirán de flores y guirnaldas al recibir nuestros inertes y gloriosos despojos. He dicho.

Atronador aplauso resonó en el ámbito de la estancia.

—¡Qué talento! exclamó uno de los socios en voz bastante fuerte, para que la oyera el jovenzuelo.

—¡Maravilloso! añadió otro. ¡Si hemos ejecutado un acto de verdadera diplomacia, colocando en sus manos las riendas de nuestra corporación!

—No cabe duda, su discurso es nímiamente académico, prorrumpió otra boca.

—¡Magnífico!

—¡Soberbio!

—¡Hiperbólico!—dijeron á la vez varios admiradores del nuevo Demóstenes.

—Basta, caballeros, balbuceó el presidente, ruborizándose hasta en las niñas de los ojos y deseando que nadie le hiciera caso y continuara tan dulce coro de alabanzas.

Pero no fué así, porque todos enmudecieron, se callaron de súbito, dando pruebas de una disciplina casi militar, que en aquel instante pugnaba del todo con la incipiente vanidad del lampiño orador.

—Está á discusión la proposición del Sr. presidente, dijo uno de los secretarios con acento gangoso y aflautado.

—Pido dispensa de trámites, gruñó desde un

rincón de la sala, un poeta romántico, remedo con todo linaje de fórmulas.

—¿Se le dispensan los trámites? preguntó el secretario.

Todos alargaron horizontalmente el brazo derecho con la mano extendida, en guisa de caballeresco y feudal juramento.

—Se le dispensan los trámites, repuso el secretario, y sigue á discusión en lo fundamental.

Hubo un momento de silencio.

—¿No hay quién pida la palabra?

Nadie chistó.

—¿Se aprueba?

Nuevo unánime alargamiento de brazos.

—¡Aprobada!

Volvió á regir el silencio, interrumpido apenas por los que escupían, estornudaban ó encendían cerillos para prender cigarros.

—Señores, dijo el presidente, poniéndose de pié; por la loable conducta de que habéis dado evidentísima prueba, al admitir sin ápice de oposición, el proyecto de pedagogía interna que he tenido á bien proponeros, yo, sostén y salvaguardia de vuestros caros intereses intelectuales, os manifiesto mi más profunda gratitud, que, como el perfume del nacarino cáliz de la flor, se escapa trémula de mi corazón y sale rumorosa de mis labios.

Otra vez aún tornó á imperar el silencio en el recinto, mientras los secretarios redactaban á toda prisa el acta de aquel interesantísimo debate.

—Siendo la hora de reglamento, dijo el presidente, se cierra la sesión.

Campanillazo.

Todos se levantaron de las sillas con estrépito y se pusieron á discutir, arrebatándose la palabra, los puntos mismos que habían aprobado sin sombra de discusión.

¡Vera efigie de muchos otros cuerpos colegiados!

MUERTE DE HIDALGO.

Discurso pronunciado en la Plaza del Carmen de México, en la manifestación popular que organizó la Junta Patriótica Hidalgo, el 30 de Julio de 1890, aniversario del fusilamiento del caudillo de Dolores.

CONCIUDADANOS:

Parece que el patriotismo, ó más bien dicho, la conciencia de los deberes patrióticos, principia á germinar en nuestro pueblo. Las fiestas cívicas tienen más importancia cada día, se celebran los sucesos memorables inaugurándose mejoras materiales y se erigen suntuosos monumentos á nuestros hombres beneméritos. Adviértese mayor interés por estas ceremonias nacionales, antiguamente apegadas á una rutina inveterada; y es en verdad consolador, entre tantas causas de malestar como nos rodean aún, el decidido empeño que de algunos años acá se viene manifestando por honrar y enal-

tecer la memoria de nuestros grandes hombres. ¡Así acaso despertará el espíritu público adormecido y sobrevendrán mejores días para la patria!

Un sagrado deber nos reune en este lugar. Por eso yo, que no figuro como orador en el programa, pues hasta ayer tarde recibí mi nombramiento, no vacilé empero en aceptarle, y ante el venerado busto del padre de la patria, cual los antiguos sacerdotes ante las estatuas de sus dioses, dirijo mi voz al pueblo,—al pueblo redimido por Hidalgo, y hoy libre, autónomo y soberano!

Libre, autónomo y soberano, sí, señores, aunque todavía no llegue á la meta soñada por los preclaros autores de su emancipación política. El grito lanzado el 15 de septiembre de 1810 por el primer caudillo de la independencia mexicana, es todavía el grito de combate para las generaciones actuales; pues que la obra iniciada por el ilustre mártir cuyo holocausto conmemoramos en este sitio, y proseguida y terminada por otros héroes no menos dignos de eterna remembranza, está lejos aún de llegar á sus últimas consecuencias. Hidalgo y sus compañeros, no sólo proclamaron la disolución material de los vínculos que nos ligaban con España, sino el aniquilamiento absoluto de las imposturas inculcadas por los dominadores, como dogmas religiosos y políticos, en un pueblo que destinaban á perpétua sujeción.

La independencia no está terminada todavía. La conmoción de 1810 no fué obra de vulgar motín contra las autoridades emanadas de la conquis-

ta; no fué mero capricho de un visionario para trocar una colonia en nación independiente; no fué, en suma, tumultuoso desbordamiento de las pasiones populares, que desatase iracundo y ciego las viejas cadenas de la esclavitud. Esto hubiera sido inconsciente movimiento; y D. Miguel Hidalgo y Costilla en su inmortal manifiesto á los americanos, bien clara y terminantemente formula la más enérgica protesta, contra todas las tiranías que han logrado sobreponerse en la historia, á la conciencia individual y á la soberanía colectiva. Hidalgo anhelaba la emancipación de la especie humana; el advenimiento de la igualdad y la fraternidad entre los hombres; el reinado perdurable de la democracia en el mundo. Por eso la gloria de Hidalgo no es sólo nuestra: pertenece á la humanidad toda, á cuantas razas habitan el planeta, á las pósteras y venideras generaciones.

Hidalgo tenía la intuición del genio, la previsión del héroe y la abnegación del mártir: como genio, elige el instante histórico preciso; como héroe, convierte los esclavos en guerreros; como mártir, se resigna al sacrificio y asciende las gradas del patíbulo. ¡Hoy los resplandores de la inmortalidad circundan su augusta frente de redentor y las bendiciones de sus buenos hijos le tejen cánticos de amor y de alabanza!

La ergástula colonial, el permanente pupilaje del pueblo mexicano, era un agravio secular á su dignidad y al derecho de gentes. Por eso al conjuro de Hidalgo surgieron prosélitos de las mis-

mas sacristías, brotaron héroes de las fragosidades de la sierra, se improvisaron grandes capitanes y armipotentes ejércitos. El sol de la libertad brilló en el firmamento y el trono y el altar sintieron desquiciarse su pedestal de tinieblas. Aquel rayo de la guerra, invicto Morelos, blandió victoriosa en cien combates la flamígera espada, y el paladín del Sur, perseverante Guerrero, sostuvo enhiesto hasta la postre, en sus benditas montañas, el lábaro de la independencia. Ni Guerrero, sin embargo, ni Allende, ni Morelos, ni Bravo ni mucho menos Hidalgo, luchaban por el mando, por el renombre, por los honores ni por el lucro. Todos resolvieron inmolarse en aras de una idea generosa y pura; todos se sintieron tocados por la mano del destino y aceptaron gustosos su papel en el trágico despertar de una nacionalidad. El principio monárquico resistió largo tiempo la avalancha, aguzó sus garras el ave negra de los monasterios, hicieron nuevo pacto de crimen los eternos cómplices, los eternos factores de la tiranía,.....y la guerra de nuestra independencia resultó la más grande epopeya de la democracia.

Entre todas las revoluciones que registra la historia en sus anales, ninguna, señores, ninguna como la iniciada el 15 de septiembre de 1810 en una obscura aldea por un modesto vicario, ha comenzado con tan pobres elementos y bajo tan desfavorables auspicios. Aborto de la traición, la buena nueva tuvo que salir de una cárcel: los primeros apóstoles de la libertad trocaron en ar-

mas los hierros de sus calabozos. Presos y serenos,—hé aquí los humildes adalides que con un presbítero á la cabeza, retaron á la monarquía, á la nobleza, al clero, al ejército, á todas las clases sociales, á todas las legislaciones que hasta entonces habían supeditado la voluntad omnímoda del pueblo. ¡El volcán había estalladol Horas después, el grupo de patriotas, era formidable hueste; meses después, el incendio había cundido devastador en todos los ámbitos de la colonia; años después, el águila azteca, única magestad de los pueblos de Anáhuac, volvía á ocupar ufana su trono de nopales y espadañas.

Una traición precipitó los proyectos de Hidalgo; otra traición le condujo al cadalso. Pero ninguno de los traidores se imaginó que, traicionándole, colaboraba en el proceso ingente de su gloria. La figura excelsa de Hidalgo, tras la ruda prueba de la delación, del anatema y del suplicio, se nos presenta más inmaculada, más venerable, más santa que la de ninguno otro de nuestros mártires, y es el predilecto y el principal objeto de nuestra gratitud y nuestra adoración. Aniversario jubiloso el del 16 de septiembre, luctuosa fecha la que hoy aquí nos congrega, en uno y en otro caso, es Hidalgo el ídolo de nuestro corazón, de las potencias todas de nuestro espíritu. Así protestamos contra los traidores de Querétaro y los traidores de Acatita de Baján; así protestamos contra los que, si tornasen las cosas al estado de 1810, volverían á traicionar sin escarmiento á los caudillos de la libertad.

Señores..... ¡que esta ceremonia anual no sea estéril, y que como resultado de los esfuerzos de cuantos aquí vengamos á tributar el debido homenaje á quien nos dió patria, se yerga pronto en alguna de nuestras más hermosas plazas públicas, el primero de nuestros monumentos erigido en honor del primero de nuestros héroes!

ALGO

sobre el carácter social de la literatura.

La literatura en nuestra época, como en ninguna de las anteriores, seduce las inteligencias más privilegiadas. Jurisconsultos, políticos, filósofos, hombres de ciencia y de negocios, todos se enardecen con ese fuego sacro que han alimentado los Homeros é Isaías, los Dantes y Virgilios, los Shakspeares y los Cervantes. Casi todos los hombres notables en el foro, en la tribuna y en la diplomacia, son á la vez, por lo general, eminentes literatos, sin que sea extraño el caso de que, después de una acalorada discusión ministerial ó parlamentaria, se reunan en torno de académica presidencia, á debatir el origen usual ortográfico ó la razón filosófica de un idiotismo elevado al rango de precepto gramatical. La literatura es no sólo el *trait d'union* de todos los ramos del saber humano, sino tam-

bién, y de una manera peculiar y significativa, el estrecho vínculo que liga á los hombres de algún valer intelectual, ya sean los más encontrados y terribles adversarios en los dominios de la filosofía, la religión y la política. Los literatos que mantienen relaciones amistosas, aunque ejerzan distintas profesiones en el mundo, son incapaces por lo común, de toda pasión ó tendencia que amortigüen el natural instinto humano á la sociabilidad. Los adeptos del arte literario, y en general de cualquier arte bello, pueden llegar á ser competidores, pero raras veces enemigos. La literatura no consiente Judas: áun los Góngoras y los Ledesmas tienen partidarios y admiradores en sus momentos de mayor extravío.

La literatura es lo más benéfico, lo más suave, y para decirlo de una vez, lo más civilizador que el hombre haya podido concebir, supuesto que las oposiciones que tienen efecto en otras esferas de la inteligencia, encuentran equilibrio y restablecimiento en la literaria. Bertholet y San Agustín, Comte y Augusto Nicolás, Taine y Gil y Zárate, se dan como escritores la mano que se niegan como pensadores ó sectarios. Y sin pretenderlo, se apoyan y sostienen con recíproca ayuda, estableciendo una región especulativa neutra, por decir así, donde se juntan y amalgaman los elementos contradictorios y desaparecen las preocupaciones del vulgo.

El arte en general ha recibido esta reinvindica-

ción y justicia. Canalejas ha llegado á equipararle con la religión, concediéndole sobre ésta superioridad humana. La literatura es la manifestación más ámplia y completa del arte, por cuanto posee el medio más universal de expresión que se conoce: la palabra. Este lazo de unión entre el mundo de las ideas y el mundo de la sensibilidad física, si bien no siempre es susceptible de dar forma artística adecuada y tan bella como se quisiera, á las gigantes concepciones que determinadas individualidades, síntesis de generaciones enteras, dejan brotar de su espíritu creador, sí es el molde más flexible y dócil á todas las condiciones de unidad, diversidad y originalidad que constituyen la materia artística. Los colores y los sonidos fundamentales son únicamente siete, y sin embargo contemplamos con asombro las maravillosas armonías de tintes, de notas y de rítmos, que los músicos y pintores han sacado de tan exíguo caudal. ¿Qué idioma, por más pobre que sea, tiene nada más siete raíces filológicas? ¿Qué lengua, por más inculta que se la suponga, no da muestras de una fecundidad exuberante en vocablos y giros? Pues imagínese, sólo con estas consideraciones, la inmensa superioridad de la literatura sobre la pintura y la música, los dos artes bellos que le siguen en categoría. Yo entiendo que esta íntima magnificencia del arte literario es causa primordial de la irresistible simpatía que todos sienten por el drama, el discurso, la novela y el canto lírico.

Incalculables beneficios produce la literatura al

través de los tiempos: educa, instruye, ennoblece y fraterniza.

En México, hay verdadera afición por ella, y muchos adolescentes, adultos y provectos que la cultivan. Es éste ya un buen síntoma.

¡Quiera Dios que no se quede en síntoma!

—o—

UN PASEO MARÍTIMO.

Era día de convite á bordo del vapor "Sonora," anclado cerca de las Islas de los Venados, por vía de descanso, azueto ó vacaciones, ó quizás de compostura y calafateo. Su espléndido propietario daba un banquete á sus principales amigos del puerto; pero amaneció lluviosa la mañana y el mar bastante agitado, hasta el punto de que se pensó que la convivialidad se verificase en la Isla de la Piedra, accesible por el lado de los esteros, y se condujeron á ella en un vaporcito remolcador las preparadas viandas. Mas á eso de mediodía despejóse el cielo y se tranquilizó la mar, y fué posible atravesar la barra. Volvióse al pensamiento primitivo; y á todo esto, los convidados, sin desayunarnos, porque esa era la recomendación, presenciábamos desde el muelle, tanto las alteraciones meteorológicas, cuanto las estrategias culinarias.

Púsose en marcha la comitiva en cuatro botes remolcados por el vaporcito, una balandra á la

vela y un bote á remo, libre é independiente, que por tales razones fué el que yo elegí. La perezosa marcha del remolcador al compás del ruido de la hélice y de los émbolos; las lejanas y azules montañas; los farallones cual enormes cetáceos blanquecinos; la curva de la costa extendiéndose en inmensa parábola, hasta la punta del rancho del Camarón; el pintoresco caserío de la ciudad, deslizándose al mar, de las laderas irregulares y verdes; el puntiagudo cerro del Crestón, con el remate de la torre del faro; la cueva del Diablo, donde tantas veces he entrado en bote, á pesar del peligro, y que ya dentro, presenta un espectáculo sorprendente como pocos; el observatorio astronómico y el contiguo vigía; los campos en lontananza con su alfombra de musgo; las Islas de los Venados, como tres mónstruos que se bañan en los húmedos antros del océano;—tal fué el magnífico panorama que presenciamos durante la travesía hasta el "Sonora," cuya cubierta se balanceaba en un ángulo de 45 ° grados lo menos. Eran las tres de la tarde, todo el mundo estaba en ayunas, y á bordo era imposible, no sólo comer, pero ni subir.

Con tal motivo se improvisaron mesas rústicas en una de las islas (hermosas sirenas de que toma nombre Mazatlán) y allá fueron los comensales, menos un médico y yo, que acrobáticamente trepamos á la nave, y con mil dificultades ocasionadas por el tremendo vaivén, aplacamos la imperiosa exigencia del estómago. En tierra había poéticas enramadas, y tanto en aquellas agrestes construc-

ciones, cuanto en el empavesado barco, se veía profusión de banderas y guirnaldas. Una orquesta amenizaba el festín con sus alegres sones. Las gaviotas revolaban entre los mástiles, y los alcatraces, deslizándose con las alas extendidas sobre el haz de las aguas, metían en ellas con rapidez sus largos picos en busca de presa, en tanto que los tiburones espantaban parvadas de pescaditos. ¡La lucha por la vida y el instinto de la propia conservación dentro y fuera del navío! Aquello era la apoteósis de Lúculo, artística y al natural juntamente.

Hubo brindis ¿cómo no? y después emprendimos el retorno con brisa fuerte del N O. Las olas nos azotaban tanto como las rachas del viento, que silbaba entre las jarcias, y el barquichuelo tendía á voltearse. La corriente es muy rápida y riza graciosamente las crestas de las olas. Nos vemos obligados á arriar la vela y á seguir á remo. Yo tomé la caña del timón, pero poco acostumbrado á tan bruscas y constantes oleadas, que parecían promontorios, me ampollé todos los dedos y las palmas de las manos, como presea de victoria.

La vista se perdía al occidente en la inmensidad acuática, y el sol se hundía en la línea del horizonte, como disco de fuego, dejando en pos de sí fantásticas nubes, orladas con todos los colores del iris. La puesta del sol en Mazatlán es una de las más soberbias escenas de la naturaleza, principalmente si se la contempla desde el malecón de las Olas Altas. Los turistas se extasían ante

aquel cuadro incapaz de ser reproducido con exactitud por el pincel ni por la pluma. A poco, la noche tendió su negro manto, la luna surgió esplendorosa en el oriente por el lado de tierra, y el fanal del faro destacó del fondo obscuro su pupila de oro.

En esto, observamos venir hácia nosotros un bergantín á todo trapo. Las velas del buque, henchidas de viento, semejaban las alas de una inmensa ave fabulosa, que venía á hacernos pedazos entre sus garras; y efectivamente en un tris estuvo que no nos antellevase en su furia, pues vimos sobre nuestras cabezas el botalón de proa y la cortante idem á tres varas de nuestra popa. Entre tanto, el vaporcito remolcador sufrió súbita detención, y en virtud del impulso prévio, se fueron sobre él, y unos sobre otros, la balandra y botes remolcados, estando á punto de suceder una catástrofe.

Pasó el susto, mas no la hermosura del panorama, que mientras más anochecía, presentaba un aspecto más original y extraordinario: sobre la playa, las luces de la ciudad fingían una iluminación veneciana, y los buques fondeados en el pozo, y el esbelto muelle, todo despidiendo luz, semejaba un cuadro ígneo de un cuento oriental. El nítido y redondo luminar de la noche, con diáfano esplendor, completaba la fantástica decoración. Y para que todo tuviese algo de marítimo, terminamos la fiesta algunos de los convidados con un ruidoso baile, que se efectuó en una casa frontera á la bahía, alternándose así los acentos de la música con los tumbos incesantes de la mar.

EL LICEO MEXICANO.

Discurso pronunciado en el salón de actos de la Sociedad de Geografía y Estadística, el 5 de Febrero de 1890, 5° aniversario de la instalación del "Liceo Mexicano, Científico y Literario."

SEÑORES:

Declaro á ustedes que he estado á punto de no cumplir el compromiso de leerles algo en este quinto aniversario del Liceo, pero no iba á ser así por falta de voluntad ni de memoria, sino más bien por falta de tiempo, que me he visto en la precisión de consagrar á perentorios y urgentísimos quehaceres; siguiendo en ello el ejemplo de nuestra patria, que ocupada en resolver los más sérios problemas de su existencia, no ha tenido ocios dedicados al plácido deleite de las artes que sirven de adorno á la cultura.

Mientras que en las obras materiales hemos avanzado considerablemente; mientras que en le-

gislación positiva podemos vanagloriarnos de ir á la vanguardia de las naciones civilizadas; mientras que en el templo de la inmortalidad viven eterna vida nuestros héroes y nuestros mártires; mientras que en sistemas de enseñanza superior y adquisición de todo linaje de conocimientos científicos, mantenemos el nivel con los pueblos más cultos de la tierra,—en bellas artes, y por tanto en las de la palabra, fuerza es confesar que nuestro progreso ha sido relativamente menos rápido y seguro. Quizás tenga este fenómeno por causa la necesidad prévia de prolongadas evoluciones sociales, para que sea factible la eflorescencia de aquellos ramos de la civilización que responden á determinado y exquisito refinamiento del gusto.

Desde luego no hay en nuestra literatura verdadera tradición nacional: todo nos ha venido de fuera, y al entrar por nuestros puertos, ha resultado siempre averiada la mercancía. El cristianismo se nos impuso por la fuerza de las armas; la palmeta fué el símbolo de la primera enseñanza europea que atravesó el Atlántico; las guerras intestinas y extranjeras, nuestro estado social hasta hace muy pocos lustros; y la impostura en religión, la metafísica en filosofía y el gongorismo en literatura, el legado fatal de tres siglos de esclavitud política y abyección colectiva.

Cimentada la paz, conseguida la tranquilidad, es tiempo ya de sacudir el yugo y de estudiar y discurrir por cuenta propia; pues cómo dice el educacionista Wickersham, se necesita todo el poder

intelectual de una nación para ejecutar el pensamiento de la misma. Yo anhelo que nuestra literatura sábia, espontánea, original, condense las dos palabras de la doctrina de Bacon, utilidad y progreso; que se pueda juzgar de ella, no sólo por sus hojas y sus flores, sino también por sus granos y sus frutos; y que de casi inculta selva que es, llena aún de zarzas y de breñas, se convierta pronto en bien cultivado huerto, de variadas rosas, saludables plantas y árboles frutales.

Toda escuela metafísica es por naturaleza ineficaz, estacionaria y enervante. Las estériles controversias de la disputa filosófica, trascienden al terreno literario, en puerilidades insulsas, sutil logomáquia, estrafalarios retruécanos y asuntos baladíes, con enmarañamientos de una dialéctica abominable y perifollos de un estilo hinchado y rimbombante: el aliño es de mal gusto, las imágenes falsas, febles los pensamientos, y el conjunto un informe cuerpo sin vida y sin lozanía, enclenque y paralítico. La poesía exige profunda convicción y clarísima videncia, y mal pueden encontrarse tales requisitos en doctrinas filosóficas cuyo apogeo fué anterior á la era cristiana, y que han llegado hasta nosotros mixtificadas y caducas. Ya que en otras esferas de la inteligencia hemos hecho pedazos las trabas del pasado, tengamos la suficiente energía para cortar los vínculos que aun atan nuestras letras al poste de una imitación inveterada. Tengamos el valor de nuestras opiniones, sin averiguar antes si están ó no de acuerdo con las de los

otros pueblos; pero á la vez conduzcámonos con prudencia y juicio, para que no nos vaya á suceder lo que al aventurero de las *Mil y una noches*, que untándose en un ojo del óleo maravilloso, miró los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra, y queriendo ver nuevos prodigios, se untó en el otro ojo y quedó instantánea é irremediablemente ciego.

Palabras, palabras, palabras, exclama el personaje shakspeariano. Exclamemos nosotros: ideas, ideas, ideas. Y sobre todo, huyamos de emplear sin discreción términos técnicos, locuciones tropológicas y voces cultas, en el estilo poético; porque son de muy difícil gestación literaria y ocasionan la más insoportable pedantería. Yo he oído decir en verso, *forceps*, *polen*, *fœtus*, *bacteria*, contra todas las reglas de la metáfora, que debe embellecer y no afear la implícita comparación en que se funda. He visto llamar á Dante *oceano*, á Víctor Hugo *selva*, y he meditado que en proporción nuestros poetas serán charcos y matorrales. Recuerdo á un crítico que dijo: Peza llora; Gutiérrez Nájera ríe; Díaz Mirón relampaguea. Traduzcamos estas metonimias al lenguaje usual y corriente, y resultará que el crítico quiso decir: Peza conmueve, Gutiérrez Nájera agrada y Díaz Mirón deslumbra. Prefiero en este caso y hasta lo creo más elocuente, el lenguaje directo al figurado. ¡Infeliz del escritor á quien pueda mejorársele así en la traducción vulgar de sus conceptos!

El defecto de que nacen las apuntadas inconve-

niencias, es la propensión á imitar lo que no entendemos y á usar vocablos especiales que por inexperiencia se nos truecan en *voquibles*, como á los aztecas se les trocaban en baratijas de vidrio del conquistador, sus ricos metales y piedras preciosas. La imitación es sin duda cosa más árdua que la traducción, y así como muchos traducen sin más bagaje que una buena audacia y un mal diccionario, otros muchos imitan sin más elementos de acierto que una imaginación enfermiza y un escaso conocimiento de aquello que imitan. Esta es la literatura entre nosotros al uso, é histórica, geográfica é intelectualmente, no somos nosotros los representados y reproducidos en nuestras obras, sino que somos los *mediums* que por sugestión recibimos maléfico influjo de comunicaciones espíritas detestables. Aquí imitamos á los de adentro y á los de afuera, y á todos mal; bien entendido que tirando las muletas, andaríamos con mayor desembarazo y gallardía.

Somos, además, impresionables y volubles. El ídolo de París ó de Madrid es nuestro ídolo: si rueda del ara en que le incensaba la moda, y se mira reemplazado por otro engendro del capricho popular, también nosotros le destronamos, y ponemos en el régio sitial y bajo el sólio, al nuevo apóstol de la opinión. Aceptamos sin discernimiento las reputaciones europeas, muchas veces de oidas, y estamos prontos á negar *á priori* toda celebridad nuestra, que no haya pasado por el tamiz de la crítica de ultramar. De esta manera hemos tenido un

Voltaire mexicano, un Espronceda mexicano, un Balzac mexicano, un Musset mexicano, un Karr mexicano, un Balmes mexicano y un Víctor Hugo mexicano. Nos faltaba un Mesías mexicano, y en su defecto han aparecido varios en la prensa conservadora, que predicen, no la buena nueva para la nación, sino el reinado de Luzbel y las torturas del infierno.

Una literatura así, es una literatura histriónica, y aunque yo he sido siempre el primero en reconocer el mérito indisputable de muchos de nuestros autores y en defender sin reticencias la posibilidad de una literatura nacional, no por eso me forjo la ilusión de que ya estamos en el paraíso y que todo es alargar la mano y tener entre los dedos el trébol de la felicidad.

Aseguran que Nabucodonosor exigía de sus arúspices que le adivinasen lo que había soñado y después que le explicasen el sueño. Nosotros, como el Segismundo de Calderón, nos hemos soñado en alcázares reales, pero más acertados que los magos del rey babilónico, podemos encontrar la clave de nuestros sueños en la tupida venda que nos impedía ver la realidad de las cosas y justipreciarnos. Ya no hay ceguera. Estamos en aptitud de medir nuestras fuerzas, de hacer comparaciones fructuosas, de calificar nuestro pasado y de prepararnos convenientemente para un porvenir halagüeño. Y ¿qué mejor medio para tal empresa que el de unirse y asociarse en provechosas hermandades de la inteligencia? ¿Qué fuente más le-

gítima y pura de aprendizaje y experiencia, que la que brota de la comunión de las mismas ideas y las mismas aspiraciones? Por eso me inspiran profunda simpatía estas agrupaciones como la del Liceo, en que la juventud anhelosa de saber y de gloria, distrayéndose de los placeres de la ociosidad y de las sirtes del mundo, se consagra al culto de la verdad, del bien y de la belleza.

La juventud, ahora más que nunca, puede decirse que es la esperanza de la República; ahora, que salimos de un doloroso período de transición histórica, para buscar el equilibrio en el goce y la plenitud de una nueva era de cordura y patriotismo. A ustedes, trabajadores en el taller del estudio y obreros del talento, corresponde soldar los eslabones sueltos de la rota cadena, é informar en escritos vigorosos y en valientes estrofas, los ideales de la nación que alborean en el orto.

Fe en la causa, señores, constancia en la tarea, y acaso como os lo deseo, el lauro del triunfo ornará vuestras sienes y la patria agradecida inscribirá vuestros nombres en el libro de sus recuerdos.

LA AUTORIDAD CIVIL Y LA ECLESIÁSTICA.

El tono destemplado que está adoptando la prensa conservadora para tratar todos los asuntos políticos á que sin cesar se refiere, de preferencia á los que debieran ser objeto principal de sus lucubraciones, y la actitud irrespetuosa y hostil de algunos misioneros españoles que con el pretexto de predicar el evangelio, andan explotando la credulidad de la gente sencilla en algunos Estados de la República, han llamado con justicia en estos días la atención de los periódicos que sostienen el orden social y de las autoridades que le promueven en la esfera de sus atribuciones constitucionales.

Si en el fondo de esta irrupción de carlistas charlatanes, que derrotados en España se trasladan á México en busca de teatro más propicio á sus hazañas, no hubiese un amago sério al imperio de las instituciones que nos rigen, contra las cuales pretenden sublevar el espíritu piadoso de las personas de buena fe, seguramente que no nos deten-

dríamos siquiera á mencionar hechos que nuestra tolerancia nos obliga á considerar lícitos, aunque inconvenientes.

Para nosotros, la libertad en la emisión de las ideas debe ser amplísima: el libro, el periódico, el folleto, la tribuna, el púlpito, la cátedra, deben gozar del más perfecto derecho como vehículos de la propaganda intelectual. Si el que habla ó escribe juzga mala alguna ley, puede decirlo, y abogar por su derogación y áun proponer la que le parezca más útil y equitativa. No hay decreto ni disposición alguna que coarten en lo más mínimo esta preciosa libertad, consignada en nuestra carta fundamental como uno de los derechos del hombre y respetada siempre por los funcionarios que saben cumplir con sus obligaciones. En la prensa, en la tribuna y en el púlpito se han vertido las ideas más radicales, más opuestas, más contradictorias y apasionadas que pueda concebirse, y sin embargo, nunca se ha pretendido enmudecer á los que, sin infringir la ley, han manifestado con vehemencia sus opiniones particulares.

La Constitución marca con toda claridad los límites del derecho que ella misma otorga para la emisión del pensamiento. Estos límites son cinco: la moral, los derechos de tercero, el crimen ó delito, la vida privada y el orden público. Cuando el escritor, el orador ó el predicador, traspasan los linderos constitucionales, excitando á la rebelión, al desconocimiento de las instituciones y al desacato de las autoridades encargadas de velar por

ellas, cometen un verdadero delito, tanto más grave cuanto más capciosos son los medios puestos en juego, y que no debe quedar ciertamente impune, si el respeto á la ley ha de servir de base, como debe ser, al equilibrio y harmonía de los intereses sociales.

De esto fingen olvidarse los misioneros á que hemos hecho alusión, provocando deliberadamente conflictos entre la autoridad civil y la eclesiástica [que en el orden público no es autoridad, aunque así se le siga llamando por costumbre], y dando margen á escándalos ridículos que no tienen resultado práctico ninguno. Los misioneros de los diversos cultos, principalmente del dominante en el país, cuando incurren en alguna pena por su conducta irregular, se parapetan siempre detrás de una especie de fuero ó privilegio de que parece que quieren disfrutar, invocando en su favor las mismas prerogativas constitucionales que impugnan y combaten en sus discursos. Cuando les conviene, buscan el amparo de la ley, y cuando no necesitan de sus beneficios, incitan á su desobediencia, hiriendo la crédula fantasía de su auditorio con declamaciones de que ellos mismos se reirán en su interior.

Pero en fin, esto no nos interesa, pues si reconocemos la libertad del que habla, con mayor razón hemos de reconocer la del que oye, que en todo caso es el más humilde. Lo que nos interesa es fijar las ideas en un asunto en que se trata de introducir confusiones, para sacar partido y basar

en proposiciones falsas consecuencias más falsas aún.

La infracción de la ley debe castigarse conforme á las prevenciones de la misma ley y con extricta igualdad en cuanto al procedimiento, si bien teniéndose en cuenta las circunstancias agravantes que pueden concurrir en el infractor, por su inteligencia, sus estudios y su título profesional. Es tiempo ya de que se definan bien los linderos hasta donde puedan llegar en sus trabajos de propaganda, las instituciones particulares que dentro de las prerogativas que el Estado les concede, discuten la forma de gobierno del país, los principios fundamentales de nuestro régimen político, la legalidad de las autoridades y hasta los honores que se disciernen á los benefactores de la patria. Sobre todo, es tiempo de que en los conflictos que suelen ocurrir entre los funcionarios del orden civil y los ministros de cualquier culto, se determine con entera franqueza que no hay más autoridad legítima que la que la ley ha establecido, sin que sea lícito oponerle otra potestad terrenal ó ultramundana, porque no es siquiera concebible que dentro del Estado quepan otras corporaciones con legislación especial y absoluta independencia.

Nadie mejor que el divino fundador del cristianismo separó la Iglesia del Estado con su eterna sentencia: *Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. Mi reino no es de este mundo.* El apostolado cristiano en la plenitud de su misión terrena y con la pureza de sus tendencias

democráticas, debe tener esta divisa: *La Iglesia libre en el Estado libre.* Pero Iglesia que no haga política ni se mezcle en el orden civil y administrativo, como lo predicaba desde su tiempo el teólogo Orígenes, que decía: "Es necesario que la Iglesia se ocupe exclusivamente de lo *espiritual*, y no de lo temporal, bajo pena de tener ministros de Faraón y no sacerdotes del Señor."

La política, la enseñanza láica, la legislación positiva y el gobierno civil de las naciones, son cosas que están fuera de su incumbencia, como su autoridad misma no tiene más jurisdicción que el fuero interno de los individuos.

LITERATURA MEXICANA.

Discurso de recepción, como socio honorario, en el Ateneo Nacional Mexicano.

SEÑORES:

No es mi ánimo desarrollar ante vosotros los amplios períodos y meditados argumentos de una verdadera pieza oratoria, sino expresaros más bien, por breve manera, la sinceridad de mi gratitud hácia el honor que me habéis discernido, y el concepto que me formo de vuestra importante misión en la república de las letras. Escuchad, pues, con benevolencia, la indocta palabra de un humilde soldado de la milicia literaria.

Claro es que si os agrupáis en torno de un principio ó de un ideal, ha de ser forzosamente con el objeto de lograr resultados prácticos en la tarea, como fruto necesario de la solidaridad y firmeza consiguientes á la unión. Inconcuso es también que vuestros trabajos, por modestos que queráis

suponerlos, no pueden ni deben seguir camino distinto del que sigue la nación mexicana en la especial esfera de cultura á que habéis consagrado vuestra inteligencia y vuestra actividad.

La nación mexicana, Señores, hasta hoy comienza á tener conciencia de qúe significa algo y de que puede significar mucho en el universal concierto de las letras, ya que, durante tres largas centurias, sólo tuvo conciencia de su esclavitud, su degradación y su infortunio. Y habréis de convenir conmigo en que es un gran paso el salir de la obscura calleja de la ignorancia, para entrar en la vía capitolina del saber, donde esparce el sol sus claros resplandores y la multitud alborozada se mueve al compás de la civilización.

Por más que otra cosa digan los admiradores y panegiristas de los siglos coloniales, harto perezoso, irregular y lánguido ha sido el desenvolvimiento de nuestra literatura. Párias en lo político, siervos en lo místico, fuimos también sumisos esclavos de los autócratas de las letras castellanas, con la más bochornosa de las servidumbres, pues mientras ellos tenían elevaciones y caídas, nosotros sólo teníamos caídas, y tan lastimosas, que abollaron y estropearon para siempre el pórtico de nuestra Literatura. Inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para demostrar qué á los oradores, escritores y poetas coloniales, salvas pocas y honrosas excepciones, debemos obras que racionalmente puedan halagar nuestro patriotismo. El interés bibliográfico é histórico qué guía é induce á los desempol-

vadores de pergaminos en latín y de libracos en un idioma que dizque quiso ser español en su tiempo, no debe de seguro interpretarse, por más plausible que sea la exhumación de una literatura muerta, como indicio ó augurio de que podamos sacar de tales ruinas más que rústica ortiga y silvestre jaramago.

Ya en los postreros años de la dominación española fué cuando, para orgullo nuestro, se verificó el fenómeno social de que prodújésemos escritores y poetas con alguna chispa de sentido común, si bien todavía inoculados del virus de mal gusto y apocamiento de sus antecesores.

¿Qué fatalidad pesaba entonces sobre nuestras letras?—preguntará quien atribuya á los sucesos humanos causas ultraterrenales. Sin embargo, no pesaba ninguna fatalidad: lo que pesaba eran la tiniebla intelectual, la suspicacia teocrática, el trono, el altar y la horca.

Rotas las cuerdas de tan ominosa coyunda, el ánima sojuzgada de la nación, encontró respiro, y tuvimos oportunidad de entrar en una série de ensayos más ó menos originales, más ó menos híbridos, que dieron por resultado la publicación de algunas historias y cuentos, llenos de música del porvenir y tonadillas del pasado, y de muchos, muchísimos versos, saturados de lágrimas, sangre, hipocondría, neurosis, ripios y extravagantes concepciones de la realidad. Ya se comprenderá que describo el conjunto y no aludo á personalidades determinadas, tanto más peregrinas y notables,

cuanto que lograron colocarse en equilibrio, en medio á la turbulencia y vaivén de una época de transición. La literatura insurgente y trigarante, aunque no muy limpia de pecado, si bien animada ya de espíritu patriótico, fué superior sin duda á la de los árcades, zagalones y pastorcillos del redil colonial.

De la guerra de Reforma acá, esto es, desde que tuvo efecto nuestra verdadera emancipación moral é intelectual, brilla la era de nuestro nacionalismo literario, acentuado más y más cada día, hasta el punto de no ser ilógico el pronóstico, de que, si seguimos como vamos, producirá México en lo porvenir, la literatura más castiza y propia entre todos los pueblos de América.

Pero con una condición, sin la cual todo progreso es imposible:—estudiar con método y trabajar con juicio.

Hemos llegado, Señores, á una época de tal ilustración y vitalidad, que ya no es factible la labor literaria sin el apoyo mediato ó inmediato de la ciencia. El divorcio arbitrario y bárbaro que antes existía entre los estudios científicos y el de las bellas letras, ha sido reemplazado por una alianza provechosísima, en que los dos términos de la absurda antinomia han salido ganancioso. La antigua denominación de poetas eruditos y poetas incultos, de que todavía nos habla don Juan Valera con su natural donaire, ya no tiene valor positivo en la manera contemporánea de mirar y juzgar la producción literaria. A ningún vate espontáneo se

le permite ya ningún disparate científico, ni á ningún erudito de ninguna especie, se le consiente ya ninguna espontaneidad ilícita. Existe el mismo nivel para todos; y la única dificultad estriba en ser poeta ó en no serlo.

Verdad es que la ciencia no hace artistas, pero también lo es que el arte no hace científicos. Antaño, los poetas *nacían:* ahora, además del requisito de nacer, han menester del agua lustral de la ciencia, para no quedar en ridículo ante un auditorio que está ya en el secreto, como el feligrés aquél que no lloraba en el sermón del viernes santo, porque sabía de antemano que iba á resucitar al tercero día nuestro Señor Jesucristo.

Requiere otra cualidad también, para brillar, el escritor de nuestros días: tener carácter; es decir, que su personalidad se refleje tan vivamente en sus obras, que no haya modo de confundirle en la turbamulta y se imponga al público por el brío de su ingenio y la verdad y macisez de sus concepciones. Este hecho innegable aclara el porqué del mayor auge á las veces de los no sapientes originales, sobre los eruditos que flotan en el limbo de los tópicos y de la mediocridad del numen.

¡Sí, señores, carácter! El que no le tenga, irremisiblemente se va á pique, ó se mantiene cuando mucho á flote como las boyas, que amarradas á una áncora, sólo sirven para señalar el peligro á los buques y de lugar de descanso á las gaviotas.

La selección darwiniana es ley de vida y muerte también en el mundo de las letras, donde las es-

pecies inferiores sucumben y los organismos privilegiados extienden la influencia de su vigor hasta las más lejanas y pósteras edades. Unos cuantos poetas caracterizan la literatura de los pueblos de la antigüedad; Shakspeare, Milton y Byron la de Inglaterra; y es bien sabido que un gran pensador francés ha dicho, aunque no con la debida equidad en la justicia, que España sólo ha producido un hombre, Cervantes, y un solo libro el QUIJOTE.

De aquí se infiere que mientras mayor número de escritores de carácter tenga una nación, mayor y más duradero será el sello característico de su literatura; entendiéndose que ésta no representa nunca una simple suma de cantidades específicas, sino una multiplicación de factores homogéneos y genéricos. Si sumamos, verbi-gracia, nuestros autores y nuestras obras, alcanzarémos indudablemente una cifra enorme, y sin embargo, apenas tenemos literatura. ¿Por qué? Porque esa cifra enorme tiene un valor puramente histórico, porque la calidad está lejos de corresponder á la cantidad, porque no es un producto de factores positivos y fecundos, sino una abultada y casi inútil aglomeración de estériles guarismos. ¡No son Shakspeare, Milton y Byron, sino el Padre Abad, el Padre Sartorio y el Canónigo Beristáin!

Yo tengo fe en la juventud actual de la República. Tócale á ella perfeccionar la obra de Sor Juana y Alarcón, el Pensador y Navarrete, Gorostiza y Rodríguez Galván, Acuña y Ramírez,

Altamirano, Prieto y Riva Palacio, que marcan, juntos con otros pocos ingenios que no cito por no alargar esta lista, el derrotero natural y legítimo de nuestras letras. Y si á la magnífica epopeya de la historia de México, ha de corresponder un monumento literario análogo y equivalente, [ya por dicha en vía de formarse], os deseo de todo corazón—jóvenes entusiastas,—que podáis escribir en él algunas páginas, dignas de la patria, de la posteridad y de la gloria.

¡EXCELSIOR!

(FANTASÍA CRÍTICA.)

A Justo Sierra.

Me encuentro en el santuario del arte y soy, aunque indigno, ministro del culto. Prepárome á oficiar uno de los más solemnes ritos de su liturgia. Olvido *ex profeso* la vana ostentación del barnizado escalpelo del crítico, á fin de no ser más que un neófito que se inclina reverente ante el altar de la Belleza. No quiero ni puedo en este instante arrancar impíamente las galas de una artística producción, para contemplar impávido el esqueleto de una abstracción crítica.

Las obras del genio están sobre las adustas exigencias del convencionalismo mediocre, como están fuera del examen más especulativo la esencia y naturaleza íntimas de las cosas: la mano del zóilo debe respetar sin duda las inmortales páginas de una producción olímpica. Por eso alejo de mí la máscara del retórico intransigente y suspicaz,

contrayéndome al humildísimo papel de admirador devoto.

Si Chateaubriand, inhalado de santa veneración, se descubrió ante las augustas ruinas de Atenas, al sentir sobre su frente el dulce beso del aura que jugaba entre los despojos de la grandeza helénica; yo, con más justo alarde de entusiástico alborozo, saludo electrizado la aparición de un nuevo astro en el cielo de la literatura nacional. El brioso paladín de Cristo aspiraba el empolvado aliento de unos escombros; yo aspiro el puro y riquísimo perfume de una flor entreabierta á la brisa de la fama: el trovador evangélico movía con su planta la funeral mortaja de lo pasado; yo toco con mi mano el áureo velo de lo porvenir!—Fanático feligrés de la Poesía, heraldo de un donoso torneo entre el Genio y el Arte, lanzo á las movibles ondas del aire los agudos sonidos de mi trompa. ¡Plaza al galano adalid que se presenta cubierto de empavonada armadura y luciendo raro joyel de pedrería, vívido núcleo de airoso penacho de plumas!

Pasó ya el primer acto del drama: ¡espléndido! Y comienza el segundo, que le supera en estro y ejecución. Nació el cristalino y murmurador arroyo cabe florido verjel de amenísimo prado, para tomar fuerza y empuje con la confluencia de nuevas linfas y arrastrar su ondulada corriente bajo la espesa y majestuosa frondosidad de los añosos bosques. Ya no es el pálido fulgor de las estrellas, ni el variado mosaico de las flores, ni las capri-

chosas combinaciones de las nubes vespertinas, lo que reproduce en el móvil lienzo de sus cristales; sino los cenicientos y quebrados riscos, la taciturna penumbra de las selvas, y el grave y melancólico esplendor de la luz solar, amortiguado por la hojarasca y verdura de los gigantes árboles.

Pues aun el tercer acto es superior al segundo. Enredada la acción de una manera tan hábil como sorprendente, era de fuerza mayúscula que en la tercera y última jornada, tomase ciclópeas proporciones de conmoción é interés. Y así sucede, en efecto: el torrente se ha despeñado, precipitado, dosbordado; hierve con pavoroso estruendo, arrojando al espacio nítidos copos de luciente espuma; ensánchase el cauce, chorrea anárquico por doquier el irritado líquido, y tras invadir praderas, arrastrar abrojos y malezas, conmover alquerías, va á sepultarse rugiente y fiero en las turbias aguas de una lóbrega playa del océano.

Termina el drama. Todo en él es bello, todo grandioso, todo sorprendente; nada inútil, nada débil, ni nada que no se amolde á las internas condiciones del mecanismo escénico. El torrente se ha hundido en el proceloso mar: ya no queda más que un hervidero superior, verdinegro y cóncavo, semejante al que existe cerca de las costas de Noruega, y que indica el fenómeno de ruda inmersión verificado. ¡Oh, símil acuático, dulce prole de Neptuno y Afrodite! La impresión en el ánimo es profunda y se entrevera con los tiernos impulsos de la piedad; el fondo emerge á la superficie de la

forma, y hace olvidar la magnificencia de la vestidura, para dejarse herir uno en el alma, por el dorado arpón del martirio y la apoteosis de la virtud. El ánfora finísima del Hado se abrillanta, y de su seno ascienden leves espirales de aromado incienso, circuyendo el seráfico espíritu del protagonista, que se cierne inmortal en las etéreas regiones de la celeste beatitud. Los dos amantes fidelísimos se dan el primer ósculo al borde del supulcro: el último estertor de la agonía coincide con la aurora de una felicidad sin límites, que fulgura en las esperanzas de ultratumba.

El rayo de inmortalidad que brilla en la frente del mártir del deber, al concluir el drama, refléjase en ella para ir á irradiar en la del insigne autor. El velo de mística grandiosidad que envuelve el cuadro final de la obra, se desgaja en áureas cintas que rodean al poeta, á manera de mágico nimbo de luz y de colores.

La impresión que causa el drama no es desgarradora, aunque sí patética y terrible: solamente es trágico en la forma; en el fondo es apacible y tierno, como un episodio de cariño, como un idilio de amor, que al disiparse en los negros abismos de la fatalidad, salpica con la sangre y las lágrimas de las víctimas, la inocente hierba de los cármenes, testigos antes de la casta pasión.

El holocausto del protagonista no acongoja ni lastima, porque simboliza el triunfo de la virtud, la inefable victoria del deber sobre la adversidad. El héroe de la entereza moral apura el cáliz de la dí-

cha, cuando sus labios se contraen al helado contacto de la muerte; pero aquella dulcísima emoción que experimenta con el beso de su amante inmaculada, cubre de flores la guadaña que le mata, dora é ilumina los tenebrosos muros que pronto guardarán sus despojos. No es dolor, no es angustia lo que sentimos en presencia de este cuadro sublime, sino inefable regocijo al mirar el bien victorioso, la bondad luciendo el galardón del premio: se siente como si todas las musas y deidades olímpicas descendieran al recinto del teatro y difundiesen en él su soberano fallo.

El Genio ha vencido al Arte en el torneo: el caballero sin divisa, el campeón que sólo ha tenido por armas su plectro y su cítara, recibe la lujosa banda del triunfo, de manos del juez del campo, y la pone á los piés de la hermosa dama que le avasalla. Suenan los ruidosos aplausos, las aclamaciones vibran en el aire, el circo se torna en el templo de la fama y los espectadores en sacerdotes; llueven rosas y lauros, y el poeta recibe en sus sienes, heridas por el postrero rayo del sol que se hunde en el ocaso, el resplandor inextinguible de la gloria.

El heraldo, fenecida su misión, se eclipsa entre el gentío, y se convierte en el eco de la voz popular. ¡Arpas eólicas, sollozos de la brisa, aromas del pensil, auras marinas, murmurios de las fuentes, armonías de las selvas, cadencias de las aves, —cubríos de rubor! ¡Ninfas habitadoras en el haz de los lagos, en las quiebras del abrupto peñón, en el

cendal imperceptible de la nube,—despojaos de vuestros galas, destrenzad las hebras de vuestros dorados cabellos, desatad vuestras diademas, para cederlas en rigor de justicia á quien os ha sobrepujado en ritmo, expresión y movimiento! ¡Plaza al galano adalid que ha vencido en el torneo!

—Y ¿el drama, señor crítico, el drama?

—¿El drama? No sean vdes. curiosos. ¡Chist! Es un secreto. No se ha representado todavía.

—o—

LA VIRGEN NEGRA.

[CUENTO MÍSTICO].

Lectores, prepárense ustedes á oir cosas estupendas.

Hay una virgen negra en Chartres que hace grandes milagros.

El primer milagro para mi escéptico amigo X es el ser virgen, y el segundo, el haber conservado incólume la femenil pureza, siendo negra; porque se refiere que en las venas de casi todas las mujeres de dicho color, circula y arde el fuego del África Central.

Otro de sus principales milagros, que para los nihilistas debe ser refinada picardía, es el de hacer cesar la esterilidad en las mujeres.

La historia de la virgen es corta, pero milagrosa.

Principiamos porque su existencia es un milagro.

Continuamos por saber (siguiendo en esto á los piadosos autores que han escrito su historia), que los druidas erigieron en Chartres un altar á la Vir-

gen (la verdadera), *cien años antes del nacimiento de Cristo*, es decir, con una centuria de antelación á la venida de la madre de Dios al mundo.

Debe entenderse esto como una revelación prévia de los misterios cristianos.

Lo que se antoja extraño é inverosímil es que una virgen, por añadidura milagrosa, sea negra. Esto no cabe en sentido humano.

Pero hé aquí cómo explica este misterio el historiador de la catedral de Chartres. "Esta virgen, dice, es negra por haber nacido en un país más caldeado por el sol. Tiene los ojos cerrados porque áun no existía y la luz no brillaba todavía para ella."

De aquí deducimos dos consecuencias preciosísimas: primera, que las vírgenes milagrosas están sujetas á las condiciones climatéricas, como todo hijo de vecino; y segunda, que las vírgenes milagrosas, *nacen sin existir*, lo que se conoce en que tienen los ojos cerrados, por la falta de luz, que les abrirá á su debido tiempo los párpados. Para la de Chartres no ha llegado aún ese tiempo, porque todavía no los abre.

Todos estos prodigios, y otros muchos, los refiere Pintard de la *primera virgen negra*, tallada en un tronco de peral, y añade que ya ejecutaba casos maravillosos y sorprendentes antes del nacimiento de la legítima Virgen.

De aquí se infiere, que no sólo existe una virgen negra, sino varias, pues que desde que se cita el adjetivo numeral que indica prioridad en el tiem-

po, se colige que la sucesión numérica debe haber continuado. A no ser que Pintard la llame primera, no en el tiempo, sino en la calidad, en cuyo caso resulta que las vírgenes negras son superiores á las vírgenes blancas, lo que no deja de ser una majadería.

Lo que quiso decir Pintard, pues en esto de *decir*, no siempre dicen lo que *quieren* los historiadores de catedrales, es evidentemente que existen muchas vírgenes negras. Los africanos se lo deben agradecer en el cuerpo y en el alma. Si alguien nos asegurase que teníamos á nuestro arbitrio muchas vírgenes blancas, merecería la canonización y la gloria eterna, humanamente hablando.

No pára en esto la fenomenal historia de la virgen negra de Chartres. Hay que añadir para colmo de taumaturgia, que á tan milagrosa señora han encomendado la gestión de sus asuntos de la otra vida, los obreros católicos franceses. ¿Qué significa esto de encomendarse á una virgen? ¿Que se torne benigna á las súplicas de los hombres? ¿Que no deje de ser virgen por honor del linaje humano? ¿Que interponga su poderosa influencia para que no pierdan su virginidad las otras mujeres? ¡Quién sabe! Misterios son éstos que sólo los pueden descifrar los crédulos obreros franceses y el hábil cronista de la catedral de Chartres.

¡Piadosos embustes quizás de la casta sacerdotal! ¡Cábalas acaso y supercherías de la *bestia negra!*

Pero se nos ocurre, para terminar, que esa virgen maniobra fuera de su jurisdicción. En Hotentocia ó Senegambia estaría más á sus anchas, entre los suyos y con los suyos. Bien que allí, la poligamía hace inútil su divina intercesión para el *créscite et multiplicámine.*

IDA Y REGRESO Á LA CIUDAD DEL IAUCO.

Se festejaba el beneficio de una simpática artista verificado con mucho éxito la víspera, y con tal motivo acompañábamos á la tiple, un joven del Rosario, que debía tomar á poco la diligencia de su tierra, un empleado fiscal terrestre y este perpétuo servídor de ustedes. Pasóse la tarde agradablemente y habiendo ido á despedirnos del amigo rosarense á la casa de diligencias, nos invitó á que le acompañásemos á su tierra natal.....y fué. Es decir, fuimos.

Atravesamos en medio de la obscuridad las calles de Mazatlán, la calzada y puente del Infiernillo, las marismas y el río del Presidio, en cuyas márgenes nos encontramos con otro carruaje y dos amigos nuestros. Ambos coches hicieron alto á la orilla de la corriente. ¡Un brindis, un abrazo y cada armatoste por su lado! Villa-Unión yacía silenciosa; á la Aguacaliente llegamos ya de vencida la noche; á Potrerillos al amanecer y al Rosario con el sol sobre el horizonte: todo sin más novedad

que una ruín cena en un fonducho de Donde–ustedes–gusten, como el duque de Lo–que–tú–quieras de *La Mascota*.

Lo primero con que se tropieza uno en el Rosario es con el panteón y en seguida con la iglesia: ya ven ustedes que el remedio está cerca de la enfermedad. Por supuesto que antes de penetrar en los laberintos de callejas del mineral famoso, se divisa en lontananza, como gigantesco guardián de la ciudad, el erizado cerro del Iauco, con su dorso cubierto de riscos, entre los que sobresale uno, puntiagudo y esbelto, que hiende audaz la región de las nubes.

Toda la población está cruzada de rieles, que sirven para comunicar las oficinas de las dos grandes negociaciones del Tajo y la Guadalupana, é iluminada con luz eléctrica, en cuyos radiantes focos revolotean sin tregua fétidos coleópteros, que sucumben á su anhelo por acercarse á la flama.

El comercio del Rosario es el más importante del Estado, después del de Mazatlán, y el movimiento que se advierte en las calles, bien revela el auge de los negocios. Tiene la ciudad dos mercados, uno de ellos de construcción moderna y elegante; el antiguo se asemeja al de Añón que con tan vivos colores describe Bécquer: mezcla indefinida de tenduchos ridículos y de abigarradas gentes. Los gritos de los vendedores y los agudos silbidos de las haciendas de beneficio, se confunden en una algarabía estridente é interminable. El Rosario como mineral es acaso único en su género: las vetas

corren en una planicie cruzada por un río; de manera que debajo de las casas hormiguea un mundo de séres flacos y amarillentos, que como ratas, roen las entrañas de la tierra, para sacar á la superficie los tesoros ocultos á las miradas humanas.

Se cuenta que á unos arrieros, hace siglos, les tomó la noche en las vírgenes selvas que el hombre holló para fabricar sus habitaciones; prendieron lumbre, cenaron y muy temprano levantaron el campo y siguieron camino adelante con sus recuas. Advirtió uno de ellos que le faltaba su rosario y volvió en su busca al sitio donde habían pernoctado. Halló, en efecto, la santa reliquia, y con asombro miró brillar entre las cenizas de la fogata, varias chispas deslumbradoras, que no eran sino oro fundido. Aquellos arrieros, más felices que los alquimistas de la Edad Media, habían encontrado la piedra filosofal. Y nació un villorrio, que en memoria del suceso á que debe su existencia, tiene todavía el nombre de la reliquia del arriero.

Otra tradición [aunque aseguran que es conseja] dice que un cazador perdido entre los bosques de las faldas del Iauco, por seguir á una corza parda de ojos verdes, se sintió presa de tal pavor en medio de las tinieblas, que ofreció fundar allí mismo, si escapaba con vida, una población que llevase el nombre de nuestra Señora del Rosario, de quien era devoto.

La historia sólo dice que el 9 de noviembre de 1827, se condecoró al Rosario con el nombre de Ciudad-Asilo, por haberlo proporcionado á un go-

bernante en conflicto y peligrosa coyuntura. El río se llama del Baluarte, y entre los edificios antiguos notables, pueden mencionarse el llamado de la Caja y el templo parroquial, ambos de sillería y bastante averiados por el transcurso de los años. Dos elegantes jardines cuenta la población y dicen que 8,000 habitantes: lo cierto es que su tráfico con Mazatlán presenta magnífico dato en su favor, lo mismo que su innegable importancia agrícola.

Existen muchas minas en explotación, pero las dos principales son el Tajo y la Guadalupana, cuyas haciendas de beneficio levantan sus altas chimeneas y airosas construcciones de hierro, ladrillo y madera, sobre galerías obscuras y húmedas, sinuosidades lóbregas, verdaderos pozos del infierno dantesco, donde se filtran las aguas del río en monótona lluvia subterránea: el dia siempre ausente en aquellas perforaciones interiores del planeta, asfixiante la temperatura, sin átomo de vida vegetal, sucumben allí á la muerte trágica ó á la destrucción paulatina del organismo, millares de séres, para sostener la opulencia de los mimados de la fortuna y el alza de nivel de la riqueza pública.

Y basta de historia y de estadística. Eran los últimos dias de abril y nos tocó una temporada que es muy alegre y bulliciosa allí, en celebración de la Santa Cruz, que tiene una capilla y anual solemnización y festejo, con el triple concurso de Baco, Terpsícore y Birján. Los pueblos necesitan pretexto para reunirse y al amparo de cualquier

aniversario religioso ó político, celebran operaciones mercantiles que nada tienen que ver con el santo ni con la fecha, pero que fomentan el movimiento social y el buen humor. La religión y el comercio se ayudan de esta manera: la religión vende sacramentos, amuletos y baratijas de cobre rociadas de agua bendita; y el comercio busca la sombra de las fiestas religiosas y de los recuerdos piadosos. Junto á la casa de Jehová se levanta la tienda del buhonero, y á los graves sonidos del órgano de la iglesia, intérpretes de sentimientos místicos, responden el ruido del carcamán los sones mundanos de la música del baile y la algazara de los fieles que celebran el santo.

Había también toros de aficionados, espectáculo muy común en nuestras poblaciones rurales; y en bureos de todo género, banquetes y tertulias se nos pasó regocijadamente más de una semana.

Con el sol en el meridiano abandoné el hospitalario mineral, en ligerísimo guayín que me condujo veloz á Mazatlán. Pasé de día por los pintorescos pueblecillos del tránsito; y al divisar el hermoso cerro de Zacanta, en cuyos amplios declives se asienta Villa-Unión, me sentí inundado de un júbilo extraordinario. ¡Oh, campos de mis recuerdos, qué de gratas emociones evocáis con vuestra plácida presencia! Los sembrados se pierden en lontananza en sábanas de verdura y las florecillas campestres ornan las eras del camino. El aire libre y oxigenado es propicio al pulmón y alegre al espíritu, mientras la ondulada cinta del río, se retuerce como

un galón fulgurante sobre una alfombra de esmeralda. Los senderos de cerradas florestas, rudas y bravías, aunque con surcos y cultivos, acotan fértiles heredades, que por su dulzura y su verdor son lindos aunque silvestres jardines. ¡Tierras regadas por la sangre de los mártires de la segunda Independencia, que con su heroicidad escribieron en aquellas veredas, páginas inmortales del poema sinaloense! Allí Corona, allí Granados, allí Miranda, cortaban de aquellos cedros druídicos, como los héroes helvéticos, festones sagrados, para la libertad, la victoria y la patria, sublime trilogía de los más santos ideales del corazón.

En aquel oasis florido y risueño, con el magnífico esplendor de nuestras costas, se doran las mazorcas sin cuento en las próvidas siembras, y el cocotero y el dátil abren los abanicos gallardísimos de palmerales que acaricia el céfiro. Como los últimos descendientes de Priamo vagaban en los mares de Cartago, así las ánimas de las víctimas de la invasión napoleónica, deben vagar en aquellos mares de verdura, mantenida siempre por aguas fecundadoras.

Ví por última vez la fábrica de hilados, poéticamente situada en una curvatura del río, y tomando la ruta que llaman de las marismas, á poco divisé el erguido cerro del Crestón, que domina con su cónica figura el vasto panorama.

Este artículo se intitula ida y regreso á la ciudad del Iauco, porque efectivamente regresé..... No más que la segunda vez, á la fin del año, fué

en Mazatlán, á mi vuelta, donde me tocó una brillante semana de diversiones.

Figúrense vdes.

Domingo: circo en la plaza de toros y *El Jorobado* en el Teatro Rubio, con casa llena y muchos aplausos. Triunfo para Escanero.

Lunes: día de campo en la huerta de Kelly. Danza bajo los emparrados y libaciones al aire libre.

Martes: celebración de la batalla de San Pedro con todos los detalles acostumbrados en las fiestas cívicas, y por la noche el drama patriótico de Segarra *Mexicanos y franceses*. Hubo tal concurrencia que no se podía oir á los actores. Segarra recibió una corona. El discurso oficial de cajón, leido en el kiosko de la plazuela, agradó mucho en la tarde.

Miércoles: sarao de gran tono y etiqueta. Desvelada aristocrática en toda forma.

Jueves: pastorela..... ¡chitón! Cenas de noche buena, gran zarandeo y misa del gallo.

Viérnes: el drama del insigne poeta don José Rosas *Sor Juana Inés de la Cruz*, que fué del gusto del público por su sencillo argumento, su fluida y galana versificación, y la circunstancia de que casi todos los parlamentos de Sor Juana están tomados de sus poesías, desde la de *hombres necios que acusais*, hasta la de *consumir la vida en vanidades*.

Sábado: el colmo del estrépito, *Don Juan Tenorio*, que en cambio de haberse ido á la gloria, no le dejan en la tierra dormir en paz.

¡Ella sea con nosotros!

EPÍSTOLA EXPLICATIVA.

México, enero 22 de 1890.—Sr. D. Herlindo Elenes Gaxiola.—Culiacán.—Estimado amigo:

Con gusto he leido el extenso artículo que sobre la Primera Parte de mis *Narraciones y Caprichos*, se sirvió Ud. dar á luz en *El Occidental* de esa ciudad, há poco más de mes y medio. Mucho y sinceramente agradezco á Ud. tanto el hecho mismo de consagrarme un juicio de tales dimensiones, cuanto las frases benévolas y generosas con que en diversos lugares de su trabajo, estimula Ud. y alienta mi vocación literaria.

Por otro motivo aún me alegra á la vez el artículo de Ud. Contiene algunas apreciaciones y conceptos que me proporcionan la oportunidad de hacer al público con causa justificada, ciertas mamifestaciones que deseo y necesito hacerle. Ud. va á servirme de intermediario ó medianero; y entro sin más preámbulos en materia.

Censúrame Ud. como de pésimo gusto el pá-

rrafo siguiente:....."Setiembre con p? Hé aquí la duda, hé aquí el problema, hé aquí el nudo gordiano, hé aquí el dédalo, hé aquí el laberíntico tema, hé aquí el logogrifo, hé aquí el pretexto, hé aquí la tesis, hé aquí el cabalístico enigma, hé aquí el hieroglífico, hé aquí la roseta de Alejandría, hé aquí la cruz de Palenque, hé aquí, en suma, la sutil, enmarañada, tenebrosa, árdua, inextricable y apocalíptica interrogación y consulta, con que atruenas los eleusinos y sagrados ámbitos de mi alcázar subterráneo y mortuorio."

Estima Ud. las anteriores hipérboles como un alarde de científica erudición, y luego añade que el severo Gómez Hermosilla critica con justicia al gran Quevedo, los versos que siguen:

Los diez años de mi vida
los he vivido hácia atrás,
con más grillos que el verano,
cadenas que el Escorial:
más alcaides he tenido
que el castillo de Milán,
más guardas que el monumento,
más hierros que el Alcorán,
más sentencias que el derecho,
más causas que el no pagar,
más autos que el dia de Corpus,
más registros que el misal,
más enemigos que el alma,
más corchetes que un gabán,
más soplos que lo caliente,
más plumas que el tornear.

Pues á mí me agrada la retahila de Quevedo. Y no solamente yo la apruebo, lo cual no significaría nada, sino también Quintana, [aunque con las salvedades propias de la escuela seudo clásica francesa á que pertenecía], el gran Quintana, poeta, crítico, historiador, biógrafo, filósofo, etc., que junto al empecatado Gómez Hermosilla, insulsa mediocridad, es un Himalaya ó Tenerife de la sabiduría y del talento. Quintana en su *Tesoro del Parnaso Español*, obra clásica y monumental, entre las poesías escogidas de Quevedo, incluye en la sección de *Jácaras y Romances*, ocho de los muchísimos del fecundo satírico, y en primer término el que contiene los versos zaheridos por Gómez Hermosilla, con beneplácito de Ud. y que es en verdad uno de los más celebrados é ingeniosos del autor. Si algo hacía falta á su renombre y gloria, era precisamente la censura de Gómez Hermosilla. A este señor don Josef debe interpretársele al revés, porque es bizco del entendimiento; causa á que debe atribuirse lo renga y clorótica de su traducción de *La Iliada*, que por lo demás es la única que tenemos en castellano. Su Arte de Hablar es más bien Arte de Enfadar. Yo no aceptaría de él ni la absolución eterna, porque sería infalible indicio de que me iría en tren expreso al infierno.

Indicar la autoridad de Gómez Hermosilla en cuestiones literarias, equivale á citar la de Martínez de Ripalda en cuestiones filosóficas. Hermosilla es un inquisidor del pensamiento y del len-

guaje, un caribe regateador de comas y acentos, miope para la belleza, sin chispa de ingenio, pedante de aulas, maniático, ignorante en estética, de lógica antediluviana, y tan inútil y deficiente en todo, que ya está relegado al olvido, de donde no se le saca sino es para ponerle de ejemplo, de pichicatería gramatical y estulticia crítica. Discípulo más que de Aristóteles y Horacio, de Quintiliano y Longino, más que de Johnson y Boileau, de Blair y Moratín, intercepta la luz del sol y se alumbra con la de una candileja. Es á la par un topo y un hurón. Campillo y Correa le llama instruido humanista, pero de escasa imaginación y sensibilidad, erudito á secas, y de erróneo criterio, que le conduce á juicios absurdos. Aduzco el testimonio de Campillo, el amigo íntimo de Bécquer, de preferencia á cualquiera otro, porque su obra sirve de texto en los colegios de México, Culiacán y Guadalajara. Era Hermosilla un sabio verboso, consagrado á la crítica ratonera de las palabras, y ya es tiempo de acabar con ese espantajo de las escuelas, ídolo, santón y fetique de las cátedras seminarenses.

Pero volvamos al punto controvertido. Campillo y Correa señala como modelo de enumeración aquel pasaje de Cervantes que dice: "Aquí están los que beben las aguas del famoso Jauto; los montuosos que pisan los masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y di-

versas vías el dorado Pactolo.....; y siguen, á punto y coma, diez y seis más, tribus ó razas, que beben, pulen, tersan, gozan, pisan, alegran, se bañan, apacientan, tiemblan y pelean. Pasaje soberbio y elocuente del padre de la lengua, y además eruditísimo, si erudición contiene el mío que Ud. censura.

Cita también Campillo tres octavas reales de Vargas Ponce, cuyos 24 endecasílabos, son uno por uno, como estos que transcribo:

> La que el marido más que el mozo sisa,
> la que engulle sin él, con él no cena,
> la que siempre sentada está de prisa,
> la que sale á semana por novena.....

Y *la que, la que, la que,* hasta completar, como digo, 24 repeticiones.

El trozo de Cervantes es solemne; el de Vargas Ponce, jocoso. Luego ambos estilos admiten esas repeticiones que Ud. repudia. El estilo cómico, principalmente, las consiente mejor. Lo cómico es una disconformidad ó falta de correspondencia entre la substancia y la expresión, y nace de un contraste cualquiera, que en el caso que nos ocupa, existe entre la magnitud atribuida á un hecho y la que realmente tiene. ¿Setiembre con p?—interrogo. Y á seguida, para marcar la pequeñez del problema, le comparo con una cáfila de cosas más ó menos árduas. Quise, de consiguiente, producir lo cómico estético, y si no lo logré, sería por falta de fuerzas, mas no por la ineficacia del procedimiento, que han empleado con éxito antes que yo, tantos

escritores insignes. Pero en fin, Ud. sostiene que es cuestión de gustos, en cuyo caso, mi querido censor, le propongo una amigable transacción: Ud. se queda con su gusto y yo con el mío. Y santas pascuas.

Sigamos adelante. Cree Ud. anfibológico y obscuro el siguiente párrafo: "Como dijo Manuel Flores, el más enamorado de los poetas y el más poeta de los enamorados, amigo mío por añadidura, que aunque esté realmente enamorado, suelo no tener nada de poeta." Donde el relativo *que*, dice Ud., no está colocado inmediatamente después de su antecedente, lo cual puede inducir á la confusión de que se refiere á Manuel Flores. El disílabo verbal *suelo*, quita toda anfibología y obscuridad. Desliguemos la trasposición y resulta: que *suelo* no tener nada de poeta, aunque esté realmente enamorado.

El antecedente del *que* en cuestión, es el pronombre *yo*, suplido en la cláusula, aunque va después del relativo, porque, como Ud. sabe, no siempre va antes. Pero si á Ud. le parece, zanjaremos la dificultad con otra transacción amigable: convengamos de mútuo y común acuerdo en que el *que* anfibológico y obscuro, no es pronombre relativo, sino conjunción copulativa ó ilativa, y habremos cortado el nudo gordiano; bien entendido que la copulativa enlaza oraciones y no sólo verbos, como parece inferirse de una distinción algo incompleta que hace la Academia en su gramática, después de haber dado una definición exacta. O si

á Ud. le parece mejor, convendremos en que no es pronombre relativo ni conjunción de ninguna especie, y nos echarémos á buscar qué cosa pueda ser. ¡Tan bien dispuesto así me encuentro para concederle cuanto Ud. quiera y para agradarle y complacerle en todo.

Tocante á los defectos de estilo diré á Ud. que Pimentel, en uno de sus capítulos sobre *Literatura Mexicana*, que viene hace tiempo insertando en la *Revista Nacional de Ciencias y Letras*, cita en defensa de las incorrecciones formales de nuestra pòesía, como disculpa, que los más renombrados autores clásicos, griegos, latinos, españoles, etc., abundan en errores y faltas contra la gramática, lo que comprueba la distancia que hay entre la teoría y la práctica. Refiriéndose á la literatura española con especialidad, asienta el hecho de que Baralt condena en su *Diccionario de Galicismos* la locución "bajo este punto de vista" y la usa sin embargo, nada menos en su discurso académico de recepción. El *cuyo*, reprobado como simple relativo por la Academia, es usado en oficio de tál, por Guevara, Cervantes, Solís, Quintana, D. Eugenio de Ochoa y el Conde de Toreno. *Sendo* por *cosa grande*, que tampoco acepta la Academia, le usó el Padre Isla y le usan Fernández Guerra y Villergas. Revilla y Menéndez Pelayo han dicho "ocuparse *de*, por ocuparse *en*" según exige la repetida corporación. En suma, es difícil hallar un solo autor libre de defecto y que no suela pecar alguna vez, y en ocasiones quizás adrede, contra

sus propias doctrinas. Se presentan casos en la práctica, en que la fuerza de la excepción se sobrepone al rigor preceptivo de la regla.

Ya verá Ud., pues, que aunque adoleciera yo del defecto que Ud. me señala, y de otros muchos, no sería afortunadamente ni el primero ni el último en la lista de los infractores de la ley gramatical.

Aunque no sea del caso, debo advertir á Ud. que yo empleo á sabiendas voces que no son castizas, y áun giros y locuciones, pero que se usan en México, y que forman parte, por ende, de nuestro lenguaje nacional. Verbi-gracia: digo talla, que dicen que es galicismo, por estatura; complexo, por complejo, como de preferencia quieren que se diga los académicos; y pichicatería, cuyo origen ignoro, pero que entiendo que no es vocablo castellano. Circunstancia que le demostrará que no me ciño servilmente al cartabón ibérico; pues se me alcanza bien, que sólo fecundando la tradición filológica, crecen, se desarrollan y se independen las lenguas. Refiriéndome con especialidad á las voces homólogas de complexo, ¿querrá también la Academia que se diga *conejo* por *conexo*, *conejión* por *conexión* y *anejión* por *anexión?* Además, tan correcto es en el caso particular *complejo* como *complexo*, y el último vocablo más homogéneo con sus similares.

La Academia en su Gramática, capítulo de vicios de dicción, dice, hablando de la incursión de barbarismos en el idioma español: "Las dicciones bárbaras tienen sus hados también y algunas lle-

gan á prevalecer y entran en el caudal común de la lengua. Barbarismos eran para los escritores castizos del siglo XVII, *adolescente*, *candor*, *fulgor*, *joven*, *meta*, *neutralidad*, *palestra*, *petulante*, *presentir*, y otras muchas que son ahora corrientes y bellas." En caso análogo considero las palabras *avalancha*, *confeccionar*, *finanzas*, *dictaminar*, *debutar*, *rango*, *pretencioso*, *revancha* y otras que la Academia rechaza todavía, lo mismo que las locuciones *tener lugar*, *hacer atmósfera*, *hacer el amor*, *hacer política*, *hacerse ilusiones*, que también condena la Academia, pero que contra el anatema pericial de los inmortales, son ya de uso constante en el habla vulgar, y empleadas á menudo por escritores castizos y doctos. ¡Tal es la incontrastable fuerza de la costumbre y el imperio del sentir popular sobre el juicio de los eruditos! No recomiendo yo la rebelión y desacato contra la magistratura literaria, que con más ó menos autoridad propia y aquiescencia de los milicianos de Apolo, ejercen en la esfera del buen decir los académicos, pero sí creo que aunque con sobriedad y parsimonia pueden los poetas y escritores, duchos en el idioma, ir en determinadas circunstancias con el hilo de la opinión general, sin abusar, por supuesto, ni poner en olvido las prístinas y castizas galas de la lengua de Cervantes.

Encuentra Ud. raro que junte yo en una cita á Antonio de Balbuena y á Venancio González, cuando uno es el nombre y otro el seudónimo de una sola persona. Hasta la fecha no sé de seguro si se

habrá descubierto al escritor que se oculta tras los mencionados nombres y el de Miguel de Escalada, y he creído seudónimos los tres. ¿Y por qué no he de poder decir *El Pobrecito Hablador* y *Fígaro* opinan en tal ó cual sentido, aunque se sepa por todo el mundo que no son otra cosa que Larra mismo? Si el autor bifurca su personalidad literaria, lícito es poderle designar bajo cada una de sus advocaciones, ó bajo todas juntas, como á la Madre de Dios, que no siendo más que una, tiene muchos títulos, dictados y denominaciones en el vocabulario piadoso. ¿Piensa Ud. que no se deberá decir *Nuestra Señora de los Remedios y Nuestra Señora de Guadalupe nos valgan*, con tanto mayor acierto, cuanto que fueron enemigas en tiempo de la Independencia, y es conveniente implorar la protección y amparo de las dos?

Demos este punto por concluido y vamos á otro. En alguna parte de su brillante artículo asegura Ud. que me cuido más de la forma y gallardía estética que del argumento y bondad de las ideas que desarrollo. Permítame Ud. que le replique que si así sucede, será contra mi voluntad, pues tengo por probado que la hermosura artística depende del equilibrio y harmonía entre el fondo y la forma. Las leyes físicas se cumplen también en el arte. Para que haya equilibrio se requiere que el centro de gravedad caiga dentro de la base de sustentación; es decir, que el aparato ó mecanismo de las palabras se apoye en la realidad de las cosas. Siguiendo el símil, en el estilo cómico hay equili-

brio inestable, pero siempre equilibrio. Lo fútil y lo baladí sólo adquieren importancia en arte, cuando sirven de base á un edificio que al parecer debería tener más sólidos cimientos. El punto que pedía Arquímedes para sostener su palanca y mover el orbe, es lo que se necesita para edificar esas aéreas construcciones de la fantasía y del sentimiento, que tanto más admiran, cuanto menos se ve dónde concluye la realidad y comienza la quimera.

He dejado para lo último lo que Ud. trata al principio, por ser lo más personal. Asienta Ud. que desde los *Bocetos* no he hecho más que repetirme, aserción que no atino en qué pueda Ud. fundarla; porque en primer lugar, los tres volúmenes que he publicado hasta ahora, son de índole diversa cada uno; en segundo lugar, en los dos últimos he pretendido cultivar géneros nuevos para mí, ensanchando el campo de mis lucubraciones; y en tercer lugar, lo que Ud. apellida mi *credo literario*, si bien no ha sufrido cambio de consideración, ha alcanzado mayor consistencia, á mi ver, lo mismo acaso que el usual ropaje de mis ideas. Pero supongamos exacto el cargo. Yo pregunto á Ud.: un padre que tiene muchos hijos ¿se repite ó se reproduce? Los arbustos y las plantas ¿se repiten ó se reproducen? De modo que, dispensándome Ud. el paralelo, mis repeticiones serán como las de esos tan comunes y verdes árboles de la tierra caliente, principal adorno de las plazas de Culiacán, que de tiempo en tiempo dejan ver entre sus hojas el ju-

goso fruto, pero que naranjas y todo, no son nunca las mismas en cada fructificación. Creo en sério que no hay tales repeticiones en mis escritos, salvo cuando sean intencionales, como acontece en determinados pormenores históricos ó filosóficos, sobre los cuales deseo fijar algún criterio y reitero de propósito lo ya antes asentado. Por otra parte, no soy ni quiero ser más que periodista, y con ese exclusivo carácter he dado á luz todos mis humildes trabajos, aunque coleccionados en libros, para procurarles como es natural, más larga duración, en los estantes siquiera de las librerías de mis amigos.

Me otorga Ud. dos veces en el curso de sus disquisiciones el dictado de literato ecléctico, y si bien creo percibir la razón de semejante piropo, es bueno declarar, como lo hago, para evitar perplejidades, que no pertenezco á la escuela filosófica llamada ecléctica. Mi filiación en ese particular no me parece que ocasione el menor resquicio á dudas de ninguna clase: he sido, soy y seré partidario de la filosofía experimental y del método inductivo, como fuente de generalizaciones científicas.

Renuevo á Ud. la expresión de mi agradecimiento hácia todas sus galanterías y le felicito por el progreso evidente que en su estilo y raciocinio, revela el juicioso artículo á que he venido refiriéndome en estos mal zurcidos renglones, con el solo objeto de afirmar lo que pienso y siento, respecto de los asuntos estéticos á que se me han brindado las observaciones de Ud.

LAS INSTITUCIONES CHINAS.

El pueblo chino, singular en la historia de las naciones y verdaderamente privilegiado, tanto por el territorio que ocupa en la superficie del globo, como por la organización social á que ha logrado dar cima, aclara y explica por tan envidiable conjunto de circunstancias propicias, el epíteto de bárbaros con que ha calificado á los demás pueblos de la tierra, y la resolución que tomó desde hace muchos siglos de aislarse completamente del resto del orbe, por medio de una gran muralla á lo largo de sus fronteras; obra colosal y perdurable que rivaliza con las pirámides de Egipto y casi las supera en grandiosidad. Parece natural que la posesión de una felicidad que rara vez se alcanza, inspire el temor de perderla y el justísimo deseo de ocultarla á las miradas codiciosas de los extranjeros.

Voltaire era grande admirador de China y de sus instituciones; y es frecuente encontrar en la obras de Montesquieu Volney y algunos otros d los enciclopedistas, halagüeños juicios en favor de la

patria de Confucio. China se constituyó para los siglos, mucho antes que las naciones que hoy la miran con desdén hubieran salido del estado de barbárie. El americano Draper supone que cada raza tiene un ideal que desenvolver en la historia, con un límite infranqueable de progreso, teoría que quizás sólo el quietismo asiático corrobora. Sea como fuere, las instituciones sociales de China son superiores á las de Egipto y en muchos puntos áun á las de la misma Grecia.

La constitución de la propiedad territorial y de la familia, bases las más esenciales de toda organización humana, es problema que los chinos resolvieron desde un principio con el mayor acierto.

Consideraron el terreno como propiedad del Estado, y cuyo usufructo se alquilaría, mediante una renta destinada á formar casi el único impuesto de que debía subsistir el gobierno: el arrendatario era dueño perfecto de todas las mejoras que en el terreno introdujese y no podía ser despojado de ellas mientras le cultivase, ni aumentársele el impuesto por razón de esas mejoras, sino regularse únicamente por la naturaleza del suelo arrendado.

De esta manera, siendo la renta alta, como destinada á formar el único impuesto de la nación, se ha arrendado el territorio de China en pequeñas fracciones, á personas que le cultivan directamente, con las dos importantes consecuencias siguientes: 1.ª que no se han podido formar grandes propiedades en manos de especuladores, que monopolicen el suelo y vivan ociosamente de las rentas

que cobren en participación con el Estado; y 2.ª que el fraccionamiento territorial se haya extendido hasta el último límite y el cultivo de los campos mejorado de una manera extraordinaria.

Así, la China está cubierta de pequeñas propiedades, perfectamente explotadas, y cuyos dueños viven en sus habitaciones rurales con más desahogo y comodidad que cualquier cultivador equivalente en otra parte del mundo.

En cuanto á la familia, juzgaron los organizadores del Celeste Imperio, que siendo la base principal sobre que descansa la sociedad humana, debían dedicarse á mejorarla y dignificarla por cuantos medios les fuese dable, estableciendo para formar las costumbres, que el trabajo ennoblece al hombre y que estando destinado éste á tener un hogar propio, no debe permanecer célibe después de los veinticuatro años.

Para elevar la condición de la familia le confirieron las siguientes funciones:

La práctica del culto á la divinidad y á los antepasados, cuyas almas se supone que trasmigran á sus descendientes.

La conservación de los archivos en que constan las actas del estado civil de los individuos de la familia y las biografías de los que de algún modo se hayan distinguido.

La reunión de tiempo en tiempo de todos los miembros de la familia, bajo la dirección de sus jefes, para practicar el culto á la divinidad y á los

antepasados, y para dar lectura á las actas del estado civil y las biografías mencionadas.

También tiene la familia, reunida en consejo, el derecho de jurisdicción para castigar las faltas ó delitos de sus miembros. Es una jurisdicción en primer grado, de cuyas decisiones se puede apelar ante los tribunales; pero generalmente los culpables aceptan las resoluciones del consejo de familia.

Por medio de estas diversas instituciones han conseguido los chinos hacer práctico el culto, sin necesidad de sacerdotes, y convertir á la familia en núcleo del orden y la moralidad sociales. Existe culto público en China, complicadísimo en su ritual, mas no es mi propósito analizar los dogmas religiosos, que como se sabe, emanan del precursor Buda.

En cuanto á instituciones políticas, han sido también felices los chinos en la solución que han encontrado para combinar el elemento democrático con el elemento autoritario, y conseguir que la función gubernativa se ejerza realmente en beneficio de los intereses públicos.

Desde el municipio hasta la circunscripción que se llama provincia, la administración se desempeña gratuitamente por un consejo de delegados, de elección popular, y una série de autoridades subalternas que designa el gobierno y que obran de acuerdo con él.

El gobierno central se ejerce por un emperador á quien aconseja una academia compuesta de 232

sabios. Confucio pensó, como Platón, que los pueblos no serían felices, sino cuando los filósofos fuesen reyes ó los reyes se hiciesen filósofos. Dicha academia de sabios es el parlamento legislativo é historiógrafo de China: con los datos que de todas las demarcaciones del imperio se le trasmiten, introduce en los diversos códigos las reformas que cree convenientes; y guardando en un cofre sellado las noticias que sobre los hechos se le comunican, forma á la muerte del emperador la historia del reinado. Es esa historia una especie de juicio de residencia que mantiene constantemente ante el emperador la vista de la posteridad, que ha de decidir sobre su conducta.

Todas las autoridades y mandarines, inclusive el emperador, son responsables de sus actos, y pueden ser destituidos de sus empleos; por lo que se puede decir que el gobierno de China es más popular que autoritario, puesto que hasta el mismo emperador no es admitido á gobernar sino en tanto que ejerza sus funciones en beneficio de los intereses públicos.

Por otra parte, como China no aspira á conquistas ni desea la guerra en ningún caso, ha tenido y tiene un ejército muy poco numeroso, 80,000 hombres, sin embargo de que su población excede de quinientos millones de habitantes.

Con una administración tan sencilla y con tan pequeño ejército, no es extraño que el solo impuesto que constituye la renta de la tierra haya bastado y baste para cubrir todos los gastos de la

monarquía. No es lícito al gobierno decretar otros impuestos, sino con el consentimiento de los diversos consejos electivos; y eso, bajo la forma de suscripciones voluntarias, cuando se juzga que el nuevo gasto que se solicita es verdaderamente indispensable.

No se conocen en China los derechos de patente sobre industrias y giros comerciales, ni la alcabala ni el peaje: los hombres se trasladan libremente de un punto á otro, sin necesidad de pasaporte, y las mercancías, lo mismo, sin documento que las cubra y sin que nadie las detenga ó las examine en ninguna parte. Con tan liberal sistema, la agricultura y la industria han adquirido considerable desarrollo y todos los objetos necesarios á la vida son mucho más baratos que en cualquiera otra parte del mundo. La manufactura china es aún de universal aprecio, siendo digno de notarse que las naciones europeas no han podido descubrir el secreto de sus procedimientos, ni el de sus tintas y barnices.

El exceso de población, los hábitos seculares y el estancamiento de la raza, ocasionan por otro lado, la miseria de gran parte de aquel pueblo, que emigra en busca de la vida que le va faltando y de mejores jornales.

De la literatura china se conoce poco, pero lo poco que se conoce está en harmonía con los principios filosóficos y políticos que á grandes rasgos quedan expuestos.

Los mexicanos podemos sacar mucho provecho del estudio de las instituciones chinescas, para aprender en ellas la ciencia de establecer en nuestro país un verdadero gobierno democrático, que hasta la fecha no hemos podido aprender.

EL DERECHO NATURAL.

Uno de los mayores males que la metafísica ha ocasionado á la cultura del espíritu y á la propiedad del lenguaje, es sin duda el valor convencional que ha conseguido dar á ciertas palabras cuyo conjunto artificioso forma la sabiduría de los escolásticos, pero que deben desterrarse para siempre del vocabulario científico, si se quiere evitar escollos y designar las ideas con sus verdaderos nombres.

Por hoy, sólo me fijaré en los estragos filosóficos del llamado *derecho natural.* [Perdónenme Krause, Arhens y Tiberghien). Es una cruel impostura la de que la suma de prerogativas constitucionales de que el hombre goza en el grado de civilización que alcanzamos, proviene y emana de leyes inmanentes que alguien ha grabado en su espíritu y que él por su esfuerzo intelectual arregla en códigos de perpétua evidencia y eterna verdad. Á esta concepción falsa obedece la mentira del de-

recho innato ó congénito de la criatura humana. No existen, sin embargo, derechos prévios á la organización social, y transcurren siglos de lucha, de obscuridad, de crímenes, para que los hombres vengan á convencerse, no de que tienen derechos inherentes á su naturaleza, sino de que tienen unidad de especie é identidad de funciones orgánicas, que es en el fondo la verdadera base de la cuestión. Surgen, de consiguiente, la igualdad, la fraternidad y la libertad, como axiomas de la legislación universal. Derechos antes de la sociedad, valdría tanto como obras literarias antes de la literatura, teorías filosóficas antes de la filosofía, sentido común antes que los sentidos y que la comunidad. Los tratadistas que tal delirio sostienen hacen ciertamente lo que los agoreros del autócrata oriental: primero fingen adivinarnos lo que hemos soñado y después nos explican á su manera el sueño.

Hay que convenir en que los trogloditas de Montesquieu fueron los primeros en el orbe que disfrutaron del singular privilegio de presenciar el nacimiento de la virtud y la justicia, tras secular período de abyección, bestialidad y miseria; mas aquella feliz nación arábiga necesitó verse aniquilada por sus propios vicios y delitos, para que por obra de la misericordia divina mirase trocados en dones celestiales sus apetitos concupiscentes y sus feroces instintos de destrucción y de muerte.

Montesquieu, justamente, Voltaire, Rousseau,

Diderot y todos los enciclopedistas, son los creadores del derecho ilusorio y fantástico del hombre á una igualdad imposible, generadora del socialismo y de las otras sectas anarquistas. El contrato social es una hermosa utopía en que el filósofo ginebrino dió por hecho lo improbable, y por causa el efecto: Rousseau atribuye á las condiciones naturales del hombre, lo que es producto de las condiciones colectivas de la sociedad y del desarrollo del espíritu al través de los tiempos. Tanto él, como sus compañeros de inmortalidad antes citados, se figuraron un hombre á su imagen y semejanza, bastante sutil y culto en la vida salvaje, y con una noción infusa tan clara de las relaciones jurídicas, que funda desde luego la organización social y política sobre bases sólidas é indestructibles. La razón guía en sus filantrópicas lucubraciones á los enciclopedistas, pero no una razón fundada en la experiencia ni en los hechos observados y clasificados, sino en preceptos lógicos establecidos de antemano. Figurábanse que el hombre es igual en todas partes y en todas las épocas, siempre bueno, dócil y razonable; capaz de normar su conducta doméstica y pública por consideraciones abstractas de la ciencia de la vida; sin preocupaciones, errores ni prejuicios heredados, é idóneo en un todo á una república angelical de bienaventuranza perdurable.

Es concebible que así pensasen aquellos hombres de buena fe. En presencia de la tiranía y en medio de pueblos acostumbrados á la servidumbre,

buscaban anhelosos el espectáculo de sociedades primitivas, vírgenes, paradisiacas, que sólo existían en su redentora imaginación. Por eso se da en ellos una extraña dualidad de desprecio y de amor al prójimo: lo que los rodea les es tan enojoso é incómodo, que ni se toman la molestia de estudiarle: lo que ambicionan es tan entrañablemente amado por ellos, que dan realidad efectiva á las risueñas ficciones de su mente. Fruto de esta misantropía humanitaria es la novela de *Pablo y Virginia*, en que el autor, huyendo de la atmósfera letal de las ciudades y del contacto odioso de los hombres, va al seno de la naturaleza en busca de emociones que surtan su espíritu de ideas sanas y sentimientos incontaminados.

Tan poco estudiaron la sociedad en que vivían los filósofos del siglo pasado, y al hombre mismo, que suponían en su credulidad, factible, la radical reforma de las instituciones sociales por medio de simples decretos de las autoridades constituidas. Si hubieran vivido lo suficiente para presenciar los horrores de la revolución, cuyos materiales acumularon en gran parte ellos mismos, se habrían espantado de la tremenda oposición entre la sangrienta obra de los hombres de carne y hueso, y la pacífica evolución que ellos soñaban por medio de su hombre especial.

Levantar, pues, la ciencia del derecho sobre la concepción de un hombre típico, y deducir luego derechos inalienables para toda la especie, de las

circunstancias especiales del arquetipo ideal, no es seguramente proceder con el método que aconseja la prudencia, ni tener probabilidades de acierto en las conclusiones. El medio ambiente, la tradición, la herencia, el atavismo, la cultura social, las costumbres, el clima, la topografía, determinan la naturaleza de los derechos. La poligamía es lícita en ciertos países donde las mujeres son núbiles en muy tierna edad é infecundas en la juventud, mientras que el hombre alcanza una vejez prolífica y robusta. En otros países donde la población se aglomera y apiña hasta hacer difícil y peligrosa la vida en común, no es punible que se dé muerte á los viejos, los enfermos é inútiles; especie de poda humana, semejante á la misión benefactora que el Dr. Koch atribuye á las epidemias, suponiendo que durante ellas sólo sucumben los organismos débiles é incapaces, y se mejora y purifica la humanidad bajo su aspecto físico.

No hay más derecho natural que el del más fuerte; esto es, la lucha por la existencia de todos los séres entre sí y con las fuerzas ciegas de la naturaleza. Las leyes positivas tienden á nivelar las fuerzas, á contrarestar las resistencias, á balancear las desigualdades, haciendo posible que la justicia sea la misma para individuos completamente distintos en fuerza y aptitud. Inferir de aquí la existencia de un derecho anterior á la sanción positiva, sería como declarar idénticas en peso y magnitud todas las inmensas masas siderales, sólo porque no discrepan un ápice en el cumplimiento de la mis-

teriosa atracción recíproca que las mantiene en equilibrio. La mecánica social obedece á leyes tan ineludibles como la mecánica celeste: falta el Laplace que metodice esas leyes; y entonces, así como Leverrier descubrió por medio del cálculo el planeta Neptuno, podrán predecirse los fenómenos sociales con exactitud matemática.

También puede suceder que un mero artificio didascálico, que para mejor dar á entender la clasificación dialéctica de los derechos hayan ideado los filósofos, venga á ser convertido por los incautos discípulos en verdad irrecusable; mas esto sería tan insensato, como si alguien sostuviese la existencia del éter porque en ella se funda la teoría de las ondulaciones, ó la del átomo, porque sin él no hay en el día química posible. Pero ni á título de hipótesis es indispensable admitir el derecho natural, supuesto que sin su concurso se explican con más claridad los fundamentos del derecho, se despeja el camino para nuevas y fructuosas investigaciones y se aligera el pesado fardo de los estudios, de innecesarios y convencionales tecnicismos, hijos de la ignorancia y la rutina. El procedimiento es sencillo: los principios adquiridos por la experiencia se convierten después en abstracciones, á las cuales confieren luego los doctores el mérito de una doctrina apriorista, y significación y existencia efectiva en la realidad de las cosas. Tal ha sucedido con las nociones del tiempo, el espacio, la justicia, la belleza, la blancura, etc., hasta parar en las categorías de Kant.

No iré yo tan lejos; y por ahora me detengo en el sencillo corolario de que para que el lenguaje técnico se simplifique y generalice, se le debe desembarazar de muchos términos vacíos y obscuros que todavía le infestan.

BIBLIOGRAFÍA SINALOENSE.

Movimiento literario y periodístico.—BEATRIZ, *novela de* MARIUS.—MAZATLÁN LITERARIO, *álbum de composiciones en prosa y verso.*

Sinaloa, como Estado joven, no tiene en ningún sentido larga tradición histórica. Tampoco tiene, por consiguiente, extensa bibliografía: pocos libros y áun pocos periódicos forman su pequeño caudal literario. Comienza á vivir y es lógico que se encuentre en el período de la adolescencia intelectual.

No todos los libros de autores sinaloenses se han publicado además en Sinaloa, ni tampoco todos los escritores que figuran en Sinaloa son hijos del Estado. La bibliografía de Sinaloa necesita, al inaugurar su formación, reunir en un solo cuerpo, obras publicadas fuera del Estado por autores sinaloenses y autores nacidos en otros Estados que á Sinaloa consagran su saber y su talento.

Desde este punto de vista, puedo presentar en globo un breve resumen de su bibliografía.

El Sr. Lic. Eustaquio Buelna ha publicado: *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Sinaloa. Breves apuntes para la historia de la guerra de Intervención en Sinaloa. Peregrinación azteca y nombres geográficos indígenas de Sinaloa. La constitución de la atmósfera ó leyes que rigen la densidad, peso, altitud y temperatura del aire.* Un suplemento á esta última obra.

El Sr. Lic. Agustín Verdugo: *El Derecho Civil Mexicano;* y varios opúsculos, entre los cuales descuellan un discurso contra el divorcio, otro sobre la elocuencia forense y otro sobre la herencia forzosa. El Sr. Verdugo es miembro correspondiente de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid.

El Sr. D. Angel Beltrán: *Quien bien ama nunca olvida*, ensayo dramático. *El Poeta*, monólogo representable. *El Tribunal de los Celos*, drama escrito en colaboración con el Dr. García del Tornel.

El Sr. Lic. Leopoldo Valencia: *El Desengaño*, monólogo representable; y otros trabajos jurídicos y periodísticos.

El Presb. D. Dámaso Sotomayor: *Los Jardines de las Musas, Los Aztecas*; y varios cuadernos de poesías, y opúsculos eruditos.

El Sr. D. Santiago Calderón: *Apuntes para la historia de la ciudad de Mazatlán.*

El Sr. Ing. Rafael Mallén: *Nuevos métodos*

astronómicos y *Regla geodésica de longitud invariable. Fusil automático de repetición. Elementos de topografía, drenaje y riegos.*

El Sr. Ing. Fiacro Quijano: *Apuntes sobre el clima de Mazatlán.*

El Sr. Dr. Jenaró Noris: *Tratamiento de la endometritis por el método del Dr. Apóstoli.*

El Sr. Dr. Pomposo Verdugo: *Atrofia muscular progresiva.*

El Sr. Dr. Ramón Ponce de León: *Tratado elemental de higiene.*

El Sr .Lic. Arturo Paz: *Sofía*: (novela), y diversos artículos de costumbres y amenidades. Ha traducido también del francés algunas narraciones novelescas.

El Sr. D. F. Javier Gaxiola: *Virginia Reiter*, (biografía.) *Revistas literarias sobre escritores sinaloenses. El pronunciamiento del coronel Rafael Téllez y la invasión norte-americana en Sinaloa.*

El Sr. D. Alberto Beteta, en colaboración de D. Casimiro Alvarado: *D. Pascual el periodista*, juguete cómico.

El Sr. D. Juan B. Ruiz, con el seudónimo de "Lucrecio:" *Elisa*, novela.

Recuerdo de pronto, además, diversos folletos sobre jurisprudencia y ciencias morales del Lic. Ignacio M. Gastélum, muchos trabajos análogos y discursos cívicos del Lic. D. Francisco Gómez Flores, (padre del autor de este escrito), un cuaderno sobre la fiebre amarilla del Sr. D. Ignacio Paslow, otro sobre los huracanes en el Golfo de Cor-

tés por el piloto Guilebaldo Miranda y los interesantes estudios preliminares del Dr. Manuel Mateos sobre la geografía médica del Estado.

A esto hay que agregar las obras del autor de estas líneas: BOCETOS LITERARIOS [*Ensayos de un aprendiz.*] HUMORISMO Y CRÍTICA (*Monólogos de Merlín*). NARRACIONES Y CAPRICHOS [*Apuntamientos de un viandante*]. IMPRESIONES DE MERLÍN, cuadernito de lujo como obsequio á una señorita. Y varios prólogos en diversas obras de poetas y novelistas.

En Mazatlán se han publicado más de 200 periódicos, entre los cuales son los más notables: *El Pacífico*, *El Occidental*, *El Mosaico*, *El Municipio de Mazatlán*, *La Espada de Damocles*, *Campanone*, *El Minero Sinaloense*, *El Correo de la Tarde*, *El Eco Popular* y *La Voz de Mazatlán*. En Culiacán se han publicado más de cincuenta, siendo dignos de mención: *El Estado de Sinaloa*, *El Correo de Occidente*, *El Sinaloense* *La Opinión* y *El Occidental*. En el Rosario, otros tantos, y entre ellos: *El Imparcial*, *La Unión Mercantil* y *El Sur de Sinaloa*.

Además de los autores ya citados con el índice de sus obras, y de los que se citarán adelante con motivo del Álbum de Mazatlán, han escrito en la prensa sinaloense los Sres: Coronel F. J. del Castillo Negrete, Lic. Jesus M. Gaxiola, Ing. Manuel Castelazo, Lic. Luis G. Pacheco, Lic. Luis del Castillo Negrete, Lic. Ladislao Gaona, Tomás G. Pico, José Cayetano Valadés, Francis-

co Ramírez, Lic. Francisco C. Alcalde, Lic. Daniel Pérez Arce, Ing. Antonio Moreno, Lic. Carlos F. Galán, Lic. Jesús Río, Dr. Ruperto L. Paliza, Lic. Francisco J. Salcedo, Lic. Rafael Villegas, Ricardo Carricarte, Agustín Hernández, Luis L. Blanco, Jesús López Portillo y Fletes, Antonio Villalpando, Dolores David Ramos, Higinio C. Martínez, Lic. Luis Alvarez León, Lic. Ernesto Peláez, Herlindo Elenes Gaxiola, Dr. Juan Jacobo Valadés, Manuel Bonilla, Lic. Luis Rivas García, Manuel M. Salas, Lic. Alberto Arellano, Samuel Híjar, Arturo F. García, Adolfo O'Ryan, Francisco J. Carrasco, Severo Carrasco Pérez, Carlos Ramírez, Eduardo Betancourt y otros muchos que sería inútil y prolijo enumerar.

Existen también algunos trabajos literarios inéditos y algunos autores idem: claro y literal está que unos y otros no deben figurar en una bibliografía, por modesta que ella sea.

Injusticia notoria é imperdonable olvido sería la omisión en este sitio del ilustre escritor D. Ignacio Ramírez, para quien fué Sinaloa el Estado predilecto, como dice su biógrafo el docto yucateco D. Francisco Sosa. Varios y magníficos discursos debe la tribuna sinaloense al gran talento y soberana elocuencia del sapiente filósofo de Guanajuato; pero, sobre todo, lo que pertenece á Sinaloa, son sus admirables cartas á Fidel, donde más quizá que en ninguna otra de sus obras, revela *El Nigromante* su ingenio, su corazón y su fantasía. Cartas más notables sin duda, que las que escritas

desde el Monasterio de Veruela, dieron tanta celebridad al nombre de Bécquer; porque Ramírez, además de inspirado poeta y hábil artista, se manifiesta en las suyas, profundo pensador, hombre de Estado y de mundo, elegante narrador y sábio en todas líneas. Y así como el bardo sevillano, desde las faldas pintorescas del Moncayo escribe para las edades la maravillosa historia de las brujas de Trasmoz, el publicista guanajuatense inmortaliza desde los enriscados peldaños de la Sierra Madre, la estupenda fábula del cerro de los Tres Frailes, el Espinazo del Diablo y la Virgen de la Sierra. Las cartas del Nigromante se refieren á Sinaloa, Sonora y la Baja California, comarcas que hoy forman una Zona para el servicio de las armas y un Circuito para la Justicia Federal, y que por diversas circunstancias sociales, geográficas y políticas, están llamadas á un porvenir homogéneo y brillante. ¡Algún día en las márgenes del golfo californico, como en las del mar Mediterráneo, lucirán las galas de la poesía y la elocuencia, junto con los esplendores del comercio, la navegación y la industria!

Chavero, Altamirano, Ireneo Paz, José María Esteva y quizás algún otro escritor conocido y popular en la República, han dejado también huellas literarias en los nacientes anales de Sinaloa; siendo á la vez digno de cita especial, el Dr. D. Miguel Gutiérrez, que con el seudónimo de *Eta Argus* ha publicado muchos interesantes y galanos artículos sobre diversas materias.

Tal es en compendiado resumen la escasa bibliografía de aquel heróico aunque modesto Estado de la Federación Mexicana.

Últimamente he recibido dos nuevas obras: una novela y una antología; la primera, pequeña y humilde; la segunda, elegante y extensa. Me refiero á *Beatriz*, novela de *Marius*, publicada en el Rosario, y al *Mazatlán Literario*, álbum de composiciones en prosa y verso, de autores de aquel puerto, remitido por el Ayuntamiento al certamen universal de París, sin hipocresía ni vanidad, según dice el prólogo, para mostrar ante el mundo, el punto exacto á que ha llegado el cultivo de las letras en el primer puerto mexicano del litoral del Pacífico.

Tras el seudónimo de *Marius* se oculta un escritor bastante conocido en el Estado: acaso sea yo el único que haya distinguido su fisonomía detrás de la careta. ¿Por qué se cubre el rostro con misterioso antifaz? Es seguro que quien se cubre no quiere que le descubran, y dando por sentado que *Marius* no es Marius, es decir, que *Marius* es Marius, hablemos de BEATRIZ, que probablemente tampoco será Beatriz, ó que lo será.

BEATRIZ tiene una ascendencia larguísima: su genealogía se pierde en las doradas neblinas de las edades patriarcales de la literatura clásica. *Dafnis y Cloe* son el tronco heráldico. Luego desfilan, como ante los ojos de Bradamante al conjuro del mago, sus ilustres descendientes: Aminta, Corina, Clara, Galatea, Atala, Graziela, Calomba, Lucía de Lamermoor, Carmen [de Merimé], María [de

Jorge Isaacs], y Cumandá, del ecuatoriano León Mera. *Pablo y Virginia* es la obra maestra, imponderable y magnífica; el más rico blasón de este linaje literario. Pertenecen á la misma estirpe: Marianela, de Pérez Galdós, Pepita Jiménez, de Valera, y algunos cuentos de Fernán Caballero. En México tenemos á Clemencia, Julia, Antonia, Beatriz, [de Altamirano], Gabriela, Herminia, (de José María Ramírez), y Carmen, de Pedro Castera. Novelas todas de las heroínas del amor, de las mártires del corazón; literatura de nominación femenina que también tiene su lado caballeresco, si vale el vocablo tratándose de damas: *Las dos doncellas*, de Cervantes, que armadas de punta en blanco disputaban á mandobles el derecho á la posesión del objeto amado. La monja Roswitha, de cuya obra tomó Lope de Vega asunto para uno de sus dramas, y Shakspeare para su portentosa tragedia *Romeo y Julieta*, también ocupa sitio de honor, como autora, en esta literatura del sentimiento. Finalmente, *Los Novios*, de Manzoni, constituyen una de las más exquisitas preseas del género, si bien su empuje los levanta á las altas regiones de la gran novela humana, universal y eterna.

No cito á Beatriz de Dante, ni á Laura del Petrarca, ni á Leonor del Tasso, porque no fueron personajes novelescos, sino platónicas idealizaciones de sus amadores, que de la realidad no tomaban sino el barro bíblico y creaban como Pigmalión, en el esplendor de su fantasía, la escultura inmortal de la mujer por excelencia.

El esposo de Laura no se encelaba por los versos apasionados del Petrarca, y áun era su amigo. Ella los recibía como el ídolo el incienso de los idólatras. Por esta circunstancia no me ha sido nunca simpático el Petrarca, á pesar de su potente numen y la excelsitud de su genio.

Por la misma razón tampoco me gusta el Alberto de la BEATRIZ de *Marius*. Los amantes desdeñados me han hecho siempre muy mal efecto, tanto en el teatro, como en la vida real. Se me figura que merecen el desvío con que los miran, y juzgo, como Larra, que es natural que sea pisado el corazón de quien le anda poniendo debajo de los pies de las desdeñosas. Este es el caso, no del *ser ó no ser*, del gran poeta, sino del *somos ó no somos*, de cualquier hijo de vecino. Cuando no hay reciprocidad en el amor, la adoración de la víctima resulta cómica. Ejemplo: el amor de D. Quijote á Dulcinea.

En la novela de bautismo femenino lucen desde la purísima y casta Virginia, de Saint Pierre, hasta la provocativa Safo, de Daudet, alternándose el idealismo sublime é incomparable de Chateaubriand, con la prosa elegante del mundo de la galantería y del amor de los sentidos, de Zolá. Beatriz de *Marius* es un intermedio: ni sube á las celestes alturas en que se cierne el espíritu de Atala, ni desciende al amor prosáico, aunque artístico, de las Aspasias de la época moderna. Es una señorita bien educada de nuestra sociedad, que tiene un primer amor incoloro y pueril, y un segundo amor

positivo y práctico, Niña, ama con irreflexión; mujer, olvida por cálculo; señorita de buen tono, hace un matrimonio de conveniencia.

La Beatriz de Marius ama primero á Alberto y después le deja de amar: él sigue amándola y para final de cuentas exhala como el cisne su dolor en métricas cadencias. El mismo día que entierran á Alberto se casa Beatriz. Mientras que el féretro del amante desdichado recibe en el cementerio las últimas paladas de tierra, la encantadora novia se desprende en su tocador de la simbólica corona de azahares.

El autor de este episodio novelesco se conoce que es prosélito de Lamartine, cuya manera de ver y de decir imita. Yo preferiría que hubiera seguido él ejemplo de Saint Pierre, que es el gran maestro en la materia. Su ensayo, sin embargo, revela aptitudes narrativas que debe cultivar en bien de las letras, vigorizando un poco á la vez el tono y colorido de su estilo. No domina el diálogo todavía, y es asunto capital en un novelista. Una nueva obra que sé que tiene en preparación, me servirá sin duda en su oportunidad, para confirmar mi buena opinión respecto de un escritor que desde luego juzgo estimable.

El Álbum de Mazatlán que creo que no se ha enviado aún á la prensa, contiene producciones de los escritores siguientes: Pedro Victoria, Alonso Morgado, Gabriel F. Peláez, Apolonio Sáinz, Santiago Calderón, Casimiro Alvarado, José Salcido é Imaz, Manuel Sánchez Tirado, Jorge Wilhelmy,

Adolfo Wilhelmy, Benjamín Vidal, José Ferrel, Enrique Pardo, Ángel Beltrán, Francisco Sosa y Ávila, y el autor de este artículo, que agradece debidamente el honroso lugar que la comisión tuvo á bien discernirle. El Álbum es un volumen en folio, á dos columnas, de long-prímer, elegantemente impreso en papel de Atemajac y con magníficas pastas de tafilete.

La Comisión dice en el prólogo que los autores compilados son hijos de Mazatlán los unos ó nacidos allí para las letras los otros; que de varios escritores no se pudo elegir nada por versar sus artículos sobre asuntos del momento ó polémica de circunstancias; que se ha dado á cada quien el espacio y sitio que se ha creido de justicia, según su notoriedad, abundancia de producciones, carácter de éstas, etc., y que Mazatlán presenta sus modestos trabajos ante los altares del progreso, como ante el ara de Dios la pobre campesina, una olorosa flor de su huerto, pues que la humildad de la ofrenda no amengua ni debilita el fervor del creyente.

Es lástima que por las razones que expone la Comisión no hayan podido incluirse escritos de Manuel Mateos, que es uno de los más distinguidos periodistas que han ilustrado la prensa de Mazatlán, y sinaloense de nacimiento.

No entra en mi propósito formular un juicio crítico [que tendría que resultar muy extenso], de la obra en conjunto, sino sólo dar una ligera idea de su importancia.

Pero antes será bueno justificar el acierto con que el Ayuntamiento de Mazatlán designó un trabajo puramente literario, como objeto de cultura local exhibible en el gran torneo parisiense de la inteligencia y de la industria. Defender la literatura y su estudio en el siglo en que el inmenso pensador Herbert Spencer ha colocado el arte en la meta de la civilización, parecerá hasta cierto punto raro y supérfluo; pero hay que tener presente que existen individuos y áun sabios (por supuesto en especialidades muy circunscritas), para quienes la literatura es cosa superficial y baladí, propia no más de intelectos insignificantes y efímeros.

La utilidad del estudio de la literatura no necesita en verdad demostración, estando como está ligado el arte literario con todas las manifestaciones de la vida social, política y religiosa de los pueblos, y teniendo que recurrir necesariamente á él, para exponer sus doctrinas, sus ideas, sus propósitos, cuantos de alguna manera quieran mover en algún sentido la opinión pública. Los sabios y los eruditos, los artistas, los industriales y los negociantes, los hombres de sociedad y los de profesión, los funcionarios y los sacerdotes, todos necesitan más ó menos de la ayuda del arte literario, en sus relaciones con los distintos gremios é intereses que componen el mecanismo social. De los escritores, poetas y periodistas, abogados y tribunos, gente llamada por excelencia de letras, de sobra está el hacer mención, porque el

conocimiento racional de los principios y leyes del arte que cultivan, es *conditio sine qua non* del oficio que desempeñan.

Y sin embargo, por falta de ese conocimiento es por lo que se publica diariamente tamaño número de opiniones absurdas, que causan ejecutoria en el vulgo ignorante, y en el otro vulgo, más vulgar, que creyéndose docto, añade á la carencia de saber la responsabilidad de algún título á la consideración pública.

Infalible termómetro de la civilización y vida de los pueblos, espejo limpio de la grandeza moral y las virtudes cívicas de las naciones, la literatura es uno de los más altos y dignos objetos en que puede y debe ejercitarse la inteligencia humana, y la clave mágica á las veces, para descifrar en las osbcuras páginas de la prehistoria, el enigma de las edades más remotas. Asegura Taine en la Introducción á su *Historia de la Literatura Inglesa*, que así como Cuvier se comprometió á reconstruir el esqueleto de un mastodonte, con un solo hueso que se le proporcionase del antediluviano y enorme cuadrúpedo, así también él se compromete á resucitar la civilización entera de un pueblo perdido en la noche de los tiempos, con solo que se le proporcione una obra literaria bien caracterizada. Y si Buffon dijo que el estilo es el hombre, lícito parece, de consiguiente, parodiándole, extender el área de su aforismo y decir, con otro pensador, que la literatura es el pueblo; por lo que admira la profundidad y elegancia con que asienta

nuestro inmortal Ignacio Ramírez en sus *Lecciones de Literatura*, que un compendio de historia literaria no sería sino una enciclopedia en compendio, y que la historia de los grandes, medianos y pequeños escritores es la historia del universo.

Así vistas las cosas, pensó bien el Ayuntamiento de Mazatlán, para dar muestra de la cultura de la ciudad, darla del estado de sus letras, si bien no siempre las buenas intenciones logran todo el éxito que se proponen. Siendo reducido el número de escritores mazatlecos y casi nulo el movimiento literario en nuestro primer puerto de la costa del Pacífico, como lo es en las nueve décimas partes de la República, el álbum resultó menos voluminoso y notable de lo que hubiera sido de desearse. Mazatlán es ciudad reciente y no ha habido tiempo aún de que en su seno florezcan aquellos ramos del saber humano propios de la madurez de los pueblos.

Entre los poetas de la colección tres son los más conspícuos: Pedro Victoria, Ángel Beltrán y Gabriel F. Peláez. Victoria es el poeta de la inspiración, Beltrán el de la inteligencia y Peláez el de la gracia; el primero habla al pueblo, el segundo á los artistas y el tercero á las damas. Victoria es fogoso, tierno y espontáneo; Beltrán, pulcro, correcto y elegante; Peláez, donairoso, gentil y cortesano. Así en términos generales juzgo á los tres bardos del Álbum. Los otros vates interpolados en la antología figuran en ella con una ó dos composiciones nada más, y en verdad que de nin-

guno puede decirse que sea lunar en la compilación. De algunos, como el Sr. Pardo, pudo elegirse en prosa y verso, algo mejor, pero la Comisión manifiesta que se atuvo de preferencia á lo publicado en Mazatlán, y además, se dispuso de muy angustioso plazo para el arreglo y la composición del Álbum.

Con menos premura, quizás hubiera aumentado el número de autores y naturalmente el de producciones.

Tres son también los prosistas culminantes del álbum [sobrentendiéndose que el que habla se excluye del juicio]: Alonso Morgado, José Ferrel y Francisco Sosa y Ávila. Morgado en sus cuadros de costumbres es verdaderamente ingenioso: tiene el criterio de Mesonero y la intención de Larra; el pincel del primero y la paleta del segundo, (guardadas las distancias por supuesto): son los suyos artículos netamente mazatlecos. Ferrel cultiva el mismo género, aunque bajo distinto aspecto: su pintura no es al óleo; es acuarela. Hay movimiento dramático é intención novelesca en sus bosquejos. Es el género de Fernández Bremón, Fernanflor y Eusebio Blasco. Sosa y Ávila es expositor de doctrinas filosóficas, y lo hace con brío, amplitud y firmeza. Pertenece á la escuela de Flammarión, Allán Kardec y Pelletán, que últimamente, bajo el nombre de *Perfeccionismo Absoluto*, ha recibido en México, del Sr. Ceballos Dosamantes, una síntesis más comprensiva y metódica. En política Sosa es por lo tanto liberal, y es el terreno en

que le conceptúo más útil á la causa del progreso.

Una observación aislada: los poetas y los prosistas del álbum tienen pocos puntos de contacto con los demás literatos mexicanos. Hay en ellos algo de color local que los singulariza, lo cual no puede negarse que es un mérito y una ventaja.

Réstame decir que el libro salió de la tipografía del Sr. Retes; que se debe en gran parte á los esfuerzos del Prefecto del Distrito, D. Bernardo Vázquez; y que da, en conjunto, como se asienta en el prólogo, una idea bastante aproximada de la cultura intelectual de la ciudad de Mazatlán, designada por antonomasia con el enfático nombre de la Perla del Pacífico.

CONVERSACIÓN.

Asuntos personales.—La poesía religiosa.—Don N. N.—Dramática mexicana.—Contrastes é incongruenciás.—Rondó final.

¡Sin novedad y alabado sea el Santísimo! gritan los mineros cuando acaba de hundirse, verbi-gracia, media mina, aplastando á doce docenas de trabajadores. Tráigolo á cuento, porque aunque parece que se me debió venir el mundo encima, con la aserción de que los trabajos del género de los mios, no deben coleccionarse, todavía me es dado apuntalar el edificio de mi *literatura:* la circunstancia de que sean malejos no modifica la esencia de las cosas, pues que también se coleccionan poesías sueltas, y no se censura la colección por el género de las composiciones, sino por su calidad. Lo mismo debe entenderse de los trabajos sueltos en prosa, ya que en ambos casos se trata de obras de arte, buenas ó malas. ¿No coleccionaron sus pensamientos Pas-

cal, Larrochefoucolt y tantos otros? ¿No, sus folletos Voltaire? ¿No, sus artículos Larra? Desde la más remota antigüedad ha sido costumbre colegir los trabajos pequeños: en nuestra patria, don José María Luis Mora incluyó en sus obras hasta las gacetillas. Sería interminable la lista de autores nacionales y extranjeros que lo han hecho; de modo que el género no invalida la compilación, sino la calidad, y de ésta el juez natural y competente debe ser el público.

¡Que menciono personas de carne y hueso en mis narraciones? Pues también lo hicieron Lamartine y Humboldt en las suyas; y valgan en mi abono tan altas y disímbolas autoridades. Yo, además, me presento con el simple carácter de periodista, que reune y compagina sus esfuerzos aislados, para que constituyan su humilde hoja de servicios. No quiero ser como un famoso escritor que me decía una vez, "que ojalá se perdieran sus trabajos sueltos:" ¡padre desnaturalizado que, como Rousseau, echa á sus hijos á la inclusa! Me inclino más bien al sistema de Adisson que, en los albores del periodismo inglés, reproducía siempre en volúmenes sus artículos del *Espectador*. Hago mención de estos hombres ilustres, no cual oráculos ó textos infalibles, sino para sostén ó apoyo de opiniones que á su arrimo tendrán más fuerza; y áun añado con Bacon: "hé aquí algunas ideas que se me han ocurrido."

*
* *

El hacer reir asunto es de grandes ingenios, decía Miguel de Cervantes, el mayor ingenio que han visto los siglos. No aspiro yo á tanto en mis disquisiciones festivas, ni á mover el ánimo como Montaigne y Quevedo, sino á depositar mi pobre ofrenda un el altar de la civilización, donde se miran desde las portentosas creaciones del genio, hasta las modestas faenas del soldado raso en la cohorte literaria. Harto sé yo, no obstante, que se publica demasiado, como dice Valera, pero harto sé también que hemos llegado á una época en que es preciso hablar hasta por los codos para ser oídos. Despoblado de ángeles y serafines el cielo, y de diablos el infierno, ya no hay acuerdo posible en la mísera prole de Adán, dueña al fin de su pensamiento y de su libertad, y por ende, ansiosa de gritar todo lo que se ha callado en obscuros y luengos siglos de mutismo de orden suprema. Bossuet, príncipe y monarca del talento, tenía la fortuna de hablar ante un auditorio de monarcas y príncipes de la sangre: hoy es mayor nuestra fortuna: hijos del pueblo, proletarios, tenemos por auditorio á la humanidad toda: destruido el pedestal del privilegio de progénie divina, todo el mundo habla para que todo el mundo le escuche. Por eso se publica y se lee tanto, y todo cambia y se renueva, y la cultura crece y la especie humana se mejora.

¿He convencido á Udes? Sí, ó no; pero he dicho. *That is the question.*

***

Frecuente es que algún don N. N. dé á luz los partos de su musa religiosa y amatoria, cuerdas principales de todo vate lego y clerical á la vez. Pero asimismo es frecuente que esas poesías sean malas, y que sean peores en lo religioso que en lo amatorio ¿De qué depende esto? Primero, de que don N. N. sabrá á qué atenerse de una manera auténtica en achaques de amor y sus oyentes también, con lo cual tienen ya una base común para estar de acuerdo; y segundo, de que los principios discutibles y discutidos son *á las vegadas* (por decirlo al modo de don Alfonso el Sabio) infecundos como materia artística, desapareciendo la base común y el acuerdo entre el autor y el lector; porque desde el momento en que los principios están en tela de juicio, ó lo que es más grave aún, van ya de vencida en el proceso, encuentran por un ceño benévolo cincuenta ceños adustos. Nada es bello que no sea verdadero, decía Boileau con inimitable concisión crítica; y las verdades que caducan y pasan, dejan de ser bellas. Cuando el catolicismo era dogma de las sociedades ilustradas, cuando contaba con el acatamiento general á sus preceptos, produjo sin duda obras admirables de arte; pero ahora que la lámpara de la fe está próxi-

ma á apagarse, el poeta místico no halla eco en un público que le considera como anacrónico y medioeval.

Bien visto, nunca ha tenido el catolicismo aptitudes para máquina de obras de imaginación, como seguramente las tuvo el paganismo griego, de tal suerte impuesto á las bellas artes, que áun después de veinte siglos, no podemos cincelar una estátua, ni construir un pórtico, ni formular símiles retóricos, sin acudir la mayoría de las veces á las tradiciones helénicas y las fábulas olímpicas. Sabido es que Chateabriand pretendió sustituir la alegoría de la gentilidad con la alegoría cristiana; pero también es sabido que no logró ningún éxito en la empresa. Difícil, dificilísimo es superar los obstáculos de la poesía religiosa en nuestros días, porque no responde ya á ninguna de las tendencias y aspiraciones de la familia humana. Ello, en el supuesto de que el cantor se halle dotado de las facultades necesarias, pues cuando no lo está, como en el frecuente caso de don N. N. es preferible que adore en silencio á la divinidad y no que forje villancicos, acrósticos ú ovillejos sacristanescos, dejando así á salvo la caridad del crítico, la fe del creyente y la esperanza de recrearse uno en canciones menos contenciosas y altercadas.

***

Ni en lo místico ni en lo amoroso descuella, pues, el numen de don N. N. ó lo que viene á ser

lo prôpio, ni en lo divino ni en lo humano es poeta, y sería cuerdo, y conveniente para él y para las letras, que dejase en paz los asuntos rítmicos y se dedicase á otros en que más útil pudiera ser á sus semejantes. Tengo, sin embargo, para mis adentros, que los juicios sobre las producciones literarias, cualquiera que sea su carácter, deben basarse en lo que ellas sean intrínsecamente, sin adelantarse á establecer conjeturas de lo que hubieran sido, si su autor hubiese cultivado otros géneros diversos, porque lo que sobre el particular pudiera aducirse no pasaría de una mera presunción, en la generalidad de los casos inútil. Una cosa es la secta religiosa y otra la literatura. En tal virtud, la verdad neta es que si no acepto las poesías de don N. N., no tanto consiste en que trascienden á iglesia [lo cual ya sería óbice para mi completa absolución] cuanto en que efectivamente no me gustan.

Quizás pueda haber por ahí poetas de traje talar que tañan con dulzura el salterio de las visiones apocalípticas; pero ..... eso ya abunda poco en nuestros días y no es don N. N. del cíngulo. La voz inspiradora que habrá creido escuchar en sus éxtasis, no debe haber sido la del Espíritu Santo, sino la de algún emisario del siempre despierto rey del averno.

***

Hablemos de nuestro teatro.

Hay en los dramas mexicanos tantas peripecias

y sucesos inesperados, que como en los encantamientos, las escenas se suceden á las escenas con cambios de visual, y cuando se cree tener la explicación del misterio, principia otra vez la fantasmagoría. Ora es un neurótico que abandona un revólver, para que una loca se le dispare, recobre ella la razón y los dos reciban una fortuna imprevista, en lo que el autor quiere que se vea la mano de la providencia; ora es un collar de obsidiana ú ónix que ata las voluntades y que no le desata ni Dios Padre; ora un dramita idílico, bella y delicada flor á la orilla de la fuente, ó un dramón patibulario, corpulento hipopótamo en la margen del torrentoso río; ora es *El corazón y la espada*, como pudo ser *El abdomen y la lanceta*, ó en fin, los tahures y las adúlteras, los que mucho gritan y los que nada dicen, los bígamos fuera y dentro del *dogal de seda*, los mártires y los verdugos, los tartufos y los fanfarrones. Total de cuentas: muchas fanfarronadas. Hay *El otro*, *La otra* y *Por el otro*. La disyuntiva es terrible, y nos coloca en la situación del alcalde de Lagos, que con el sombrero en una mano y el bastón en la otra, no atinaba á tomar el agua bendita: él, como alcalde, discurrió meter la cara en el líquido; pero nosotros ¿qué hacer? Uno plantea la tesis, otro la antítesis, y el tercero ¡ni agua!, como Mr. Can-Can. ¿Quién integra la síntesis? Sólo así encontrarémos la piedra de toque para resolver el problema; sólo así hallarémos el misterioso hilo para desenmarañar el dédalo. Hé aquí el cretense laberinto: *El otro* [afirmación] *Por el*

otro [negación] nosotros [estupefacción] los otros [equivocación]: ¡qué bonita función! Y así se despachan románticos y realistas, clásicos y docentes.

Dijo Alfredo de Musset que la poesía consiste en hacer de una lágrima una perla. Los románticos aseguran que consiste en hacer de una lágrima un diluvio. Los docentes sostienen que consiste en hacer de una lágrima un silabario. ¡Oh, dios Tezcatlipoca, ten misericordia de nosotros, dános paciencia en la adversidad dramática, ó que nos lleve una legión de demonios á los apretados infiernos, para ver dramas de veras, y no ficciones!

¿Dramas de veras? Aun en este país, pero ¡qué rara vez! En ellos se siente como si un inmenso corazón llenase con sus palpitaciones el teatro, como si un sér superior viniese á levantarnos el velo que cubre todos los misterios y secretos, todos los combates y vaivenes del espíritu humano. ¡Que excitan la sensibilidad? ¡que atacan el sistema nervioso? ¡que ya no gustan por eso al público de hoy? Y ¿qué? y ¿qué?, como dijo Uraga. Lo mismo sucede con *El Rey Lear* ó con cualquiera otra de las tragedias antiguas y modernas. *Lucrecia Borgia* de Víctor Hugo ó *Don Carlos* de Schiller ¿acaso hacen asomar la sonrisa á los labios?

El arte, ara en que se quema la mirra del espíritu, tiene sacerdotes, pero también tiene sayones, que queman ocote. ¡Junto á Pérez Galdós, Pérez Escriche; junto á Ponzon du Terrail, Honorato Balzac! La figura de Cristo requiere como contraste la de Judas, así como la de Don Quijote re-

quiere como complemento la de Sancho Panza. Darwin tiene razón: descendemos del orangután y no es extraño que nos andemos las más de las veces por *las ramas*.

Algunos autores cubanos también han colaborado en nuestro teatro.

Cuba, la perla de las Antillas, la patria de Milanés, ha producido cantores en abundancia: su lira es tropical y lánguida, fogosa como el clima de la insula, y está impregnada del aroma del azahar y del almíbar de la caña de azúcar. Las olas y las brisas cantan en ella la canción del amor. Una cuerda vibra lúgubre en esa lira apasionada: la que gime por la esclavitud. Y otra cuerda suena robusta y vigorosa: la que clama por la libertad. Allí el aliento de la independencia, alejado de los centros oprimidos, juguetea y se solaza entre las flores silvestres, los umbríos bosques seculares y las ondas intranquilas de los ríos.

Pero ¿poetas dramáticos? No los tiene Cuba. Ni acaso México en el rigor de la palabra, pues entre los muertos y los vivos apenas lograremos sumar media docena.

—Si esto es así, no tenemos de consiguiente sino un embrión de literatura dramática nacional, ó mejor, no existe ésta todavía.

—Cuasi, cuasi.

—Entonces ¿para qué hablar de lo que no existe?

—Para evitar que cuando exista nos quieran dar gato por liebre.

LOS LÍRICOS SUD-AMERICANOS

Y LA ORIGINALIDAD DE NUESTRA LITERATURA.

Discurso leido en el Liceo Mexicano.

SEÑORES:

Adviértese de algunos años á esta parte cierta especie de culto que rinden nuestros escritores á los del sur del continente, en quienes suponen encontrar más valiosas prendas de originalidad y americanismo. En nuestro afán constante por apocarnos y tenernos siempre en menos que los otros pueblos de la tierra, no es de extrañar ciertamente esta tendencia sur-andina, que hoy me limito á señalar sin discutir.

El culto que menciono no se consagra á toda la literatura meridional, sino á una sola de sus ramas, á la poesía lírica. ¡Los líricos,—hé aquí á los viden-

tes órficos del hemisferio de Colón! Se les quiere hallar más inspirados que á nuestros líricos, más llenos del espíritu del siglo, más ostentosos de galas de fantasia, más genuinos representantes, en suma, del arte contemporáneo y de las aspiraciones del nuevo mundo. Los imaginan, además, en tan gran muchedumbre que casi ven como Lope de Vega,

en cada esquina cinco mil poetas.

O en cada anfractuosidad de los Andes. Repito que sólo señalo el fenómeno y que no discuto el mérito de los cantores surianos.

¿Han sido nunca los líricos, en alguna época de la historia, los representantes exclusivos de la literatura de alguna nación? Tirteo, Píndaro, Anacreón, Safo, ¿representan más la literatura helénica, que Homero, Esquilo, Hesiodo, Aristófanes, Plutarco, Tucídides y Jenofonte ?Los filósofos, los retóricos, los oradores, los novelistas, ¿no cuentan para nada en la magnificencia literaria de Grecia? Las fábulas de Esopo, los versos áureos de Pitágoras y los aforismos de Hipócrates ¿no merecen acaso sitio bajo el sólio de Apolo y de Minerva?

De los tiempos clásicos de la patria de Pericles demos un salto hasta el siglo de oro de las letras castellanas, y veamos si entre los españoles, nuestros primeros maestros, son por suerte los líricos, hierofantes, califas ó pontífices de la literatura. Garcilaso, Fray Luis, Herrera, Góngora y Rioja ¿significan más que Cervantes, Quevedo, Hurtado de

Mendoza, Tirso y Calderón? Seguramente que no; y cualquiera literatura con que hagamos la prueba, nos dará el mismo resultado. La España literaria actual no está sólo ni mejor representada por Núñez de Arce, Zorrilla y Campoamor: lo está también por Pérez Galdós, Valera, Castelar, Tamayo, Alarcón, Echegaray, Pí y Margall, Menéndez Pelayo, Guerra y Orbe, Fernández Flórez y Leopoldo Alas. No es, en resumen, la flor del azahar lo único que vale en el jardín de las Hespérides, sino á la vez el dorado fruto que brilla entre el ramaje.

La literatura de un pueblo es bastante complexa para que sea lícito estimarla por una sola de sus manifestaciones. La más rica y harmónica en todos sentidos será la más original y completa, como la griega ó la latina en los tiempos antiguos, y la francesa, la inglesa ó la alemana en los modernos. Los líricos son siempre más vagos é indeterminados, por lo mismo que son más universales y cosmopolitas; el espectáculo que los circunda influye menos en ellos, como elemento histórico, que en los otros poetas y escritores: de aquí que el lírico, representante de la humanidad, no lo sea en el mismo grado, del pueblo ó de la raza. El lírico es casi siempre un trovador, un bardo, un intérprete de los sentimientos individuales; casi nunca llega á la categoría de vate. Petrarca no es un vate; vate es Dante Alighieri. Pero uno y otro no son aún toda la literatura: faltan elementos de coordinación, arterias que liguen á un centro los diversos músculos, ramificaciones de unidad orgánica y biológica.

Volvamos á España, que debe ser nuestro ejemplo. España no tiene más que poetas, noveladores y teólogos: sus historiadores, sus políticos y sus moralistas pertenecen casi todos al dogma. España no tiene filósofos. El Sr. Menéndez Pelayo ha escrito un libro para demostrar que existe filosofía española, pero de la lectura del libro se deduce lo contrario. Luis Vives y Raimundo Lulio son las dos solas figuras que descuellan en aquel laborioso mausoleo del ergotismo y la sutileza. En España no ha habido más filosofía que la de los árabes, ni más filósofos que los que en Córdoba resucitaron el esplendor de la escuela de Alejandría, cimentando las artes y las ciencias en Europa; mas á éstos el Sr. Menéndez no los considera españoles, con lo que declara paladinamente que España no tiene como suya más filosofía que la de los místicos, y en latín, para mayor claridad y nacionalismo.

Somos más modestos en México. No tenemos filosofía, pero lo confesamos. El Padre Rivera, de Lagos, ha publicado un volumen para evidenciar tan consoladora verdad; que consoladora es en efecto; porque de tener filosofía nosotros, sería un reflejo chusco, una caricatura de la de España: nuestros filósofos serían á los filósofos españoles, lo que nuestros poetas coloniales á sus coetáneos de la península. Debemos felicitarnos de que no nos dió por filosofar antes de estar en sazón. Por eso creo más patriótico confesar de plano que hasta ahora comenzamos á tener pensamiento propio, y que del año 57 de este siglo para atrás, nuestra cultura es

el caos embrionario, donde apenas se delínean los contornos de una nacionalidad en formación. Si es cierto lo que se asegura de los aborígenes de este país, aquí no ha habido más filósofos que los suyos y el Padre Rivera, anatematizado por el sínodo tapatío.

A la literatura española le falta el nervio de un pensamiento fecundo y trascendental, que salvando los confines del espacio y el tiempo, fuese capaz de sostenerla en la competencia con las que han sido siempre y son aún objeto de su antipatía y su recelo. El gran ingenio de Larra vió el abismo y quiso modificar las tendencias literarias y filósoficas de su patria; pero desgraciadamente para ella, y quizás también para la América hispana, aquel talento extraordinario se eclipsó en el cielo de la gloria cuando tocaba el zenit de la celebridad y del influjo.

¿Cuál es entonces el producto trascendente del innegable florecimiento literario de España? Ninguno. Porque España cerró los ojos á la luz de la verdad, se convirtió en porta-estandarte del catolicismo, gastó sus fuerzas en una empresa imposible, y cuando logró advertir que la nación era un claustro, su libro doctrinario un misal y sus hombres más preclaros acólitos ó sacerdotes, el mal había echado hondísimas raíces, y en el resto de Europa dominaban ya las ideas de progreso y la cultura científica de nuestra edad. Lúgubres elegías resonaron sobre el túmulo de las pátrias pompas, y la lírica española se dividió en tres corrientes de

amargura y desencanto: la nostalgía histórica de Bécquer, la nostalgía bíblica de Núñez de Arce y la nostalgía olímpica de Campoamor. Los tres vuelven inquietos los ojos al pretérito: los tres suspiran por un paraíso perdido; por una tierra de promisión nunca encontrada.

Claman como el rey David, por boca de Pesado, corregido por Couto, al decir de Prieto:

> Los levitas oyeron de noche
> dentro el Sancta Sanctorun augusto
> de terror penetrados y susto,
> pasos varios huyendo en tropel,
> y una voz que les dice: Salgamos
> presto, presto, del techo inseguro.
> ¡Ay del pueblo, del templo, del muro,
> ay de tí, desdichada Salén!

Insensatos seríamos en México si pretendiésemos ser eternamente copistas, ó si en los acordes de una lira más ó menos bien pulsada, cifrásemos todo nuestro orgullo literario. Nuestra originalidad debe brotar de nuestra historia, de nuestras costumbres y de nuestro suelo. La historia de México es tan original por sí misma, que la originalidad de la materia trasciende por fuerza al escritor, lo que explica la encantadora sencillez é ingénita elocuencia de nuestros cronistas é historiadores, y áun de los que sin ser hijos del país se han ocupado en escribir sobre nuestros asuntos.

Sea por esta circunstancia de que México es el pueblo que tiene mayor historia en el continente,

sea porque haya producido más privilegiadas inteligencias, ó porque ha resuelto ya los más difíciles problemas de su autonomía, es el caso que de algunos lustros acá nuestra literatura en conjunto revela cierto sello de familia, por decirlo así, cierta expresión idiosincrática que ya la singulariza en América. No es posible que se confundan nuestros historiadores y nuestros novelistas, nuestros líricos y nuestros dramáticos, con los de ninguna otra nación continental. Hasta el periodismo tiene entre nosotros peculiar estilo y caracteres especiales; siendo palpable que sin dejar de ser castizos, hablamos un lenguaje que no es el usado en España, con multitud de voces indígenas y porción de arabismos y hebraismos, há mucho tiempo archivados en la madre patria, acaso desde la época de la conquista.

La proximidad del coloso del Norte, por otra parte, nuestras dos sangrientas pugnas con Francia, las lides intestinas que han desgarrado el seno de nuestra sociedad (pues que la guerra es elemento civilizador según Hegel), lo típico de nuestros hábitos y lo excepcional de nuestro territorio, nos colocan en condiciones bonancibles para crear una literatura verdaderamente mexicana, como parece que lo van entendiendo ya nuestros autores, que cada vez se adhieren más á las tradiciones de la patria y á los ideales en que ella cifra su grandeza y su prosperidad.

Pero dirán Udes.—¿qué tiene que ver todo eso con los líricos del sur? ¿A qué viene tanto ra-

zonamiento y tanto considerando? Y yo contestaré á udes. con la ingeniosa cita de Riva Palacio:

> Excelentísimo señor,
> á pelo. . . . . .

O bien trascribiré unas cuantas palabras del discurso del Nigromante sobre la poesía erótica de los griegos.

"¿Qué habeis inventado, amigos mios? ¿Las serenatas? Son muy antiguas. No se necesita ser Bustamante el boliviano para decir:

> Despierta, niña tirana
> y abre luego tu ventana.

"¿Por qué no la puerta?—le respondería una griega, si estaba sola.

> . . , . . . á ver la luna
> que ya se asoma.

Respondería Magallanes el chileno; y la muchacha: "déjame dormir."

"Salaverry, el peruano, escribió cartas á un ángel, que cayó, como otros muchos; está bien. ¿Pero cómo no reirse de sus imitadores cuando escriben á un querube? Ellos se exponen á que el objeto de sus deseos, por falta de cuerpo, les conteste: *non possumus.*"

Este apólogo didáctico del maestro quiere decir que si no somos capaces de inventar algo digno de perpetuidad en los anales literarios, no humillemos tampoco nuestra musa hasta hacerla mendigar li-

mosna de inspiracion de puerta en puerta. ¡Que luzca su poco ó mucho donaire, pero sin atavíos importados de fuera! Y sobre todo, que se ciña á su jurisdicción y no pretenda alzarse con la soberanía, monopolizando en su favor la fama y el provecho. Es posible que no sean los poetas sino los prosistas los destinados á empuñar el cetro de las letras en América: posible es que á ellos corresponda la terea de levantar el crédito literario del mundo de la democracia. Tenemos en los Estados Unidos á Franklin, Irving, Emerson, Prescot, Ticknor, Poe, Draper, Ingersoll y Bancroft, no el de los cronicones ó mamarrachos, sino el historiador venerable y docto del mismo apellido. En el Sur, á Baralt, Bello, Pombo, Vicuña, Montúfar, Montalvo, Josge Isaacs, Ricardo Palma y Héctor Varela. Y en México, donde tan contados poetas podemos presentar sin rubor, nos es dado formar largo catálogo de prosistas, desde el año siguiente de la conquista hasta nuestros dias: Alva Ixtlilxóchitl, Alvarado Tezozomoc, Durán, Veytia, Clavijero, Sigüenza, Cavo, Teresa de Mier, Fernández de Lizardi, Mora, Zavala, Alamán, Couto, Zarco, de la Rosa, Ramírez, Munguía, Barreda, Ocampo, Aguilar y Marocho, Iglesias, Orozco y Berra, Riva Palacio, Altamirano, Frías y Soto, García Icazbalceta, Roa Bárcena, Vigil, Chavero, Arias, Zárate, de la Peña, Pimentel, Peredo, los dos Justo Sierra, Eligio Ancona y Emilio Rabasa. No están ni la mitad de los que en justicia pudieran mencionarse, y que, además, son los verdaderos repre-

sentantes de la nacionalidad literaria mexicana, como se comprende por la simple trascripción de los nombres de una parte de ellos. Es este un hecho inconcuso y evidente de la historia de nuestra literatura. No pienso como Flaubert, que una página de prosa bella es dos veces más difícil de escribir que dos páginas de bellos versos; pero sí me aventuro á creer que la originalidad de la prosa ha de preceder á la del verso en esta parte del globo, como consecuencia lógica del principio de que primero es ser y después la manera de ser. Primero será la formación del lenguaje y después sus combinaciones estéticas y retóricas.

En tal hipótesis, ¿aceptan Udes. que es hoy la mejor oportunidad para imitar á los líricos de ninguna parte, ni mucho menos á los sud-americanos?

NOTA.—El distinguido literato Don Francisco Sosa en la introducción de su última obra *Escritores y poetas sud-americanos*, impugna las ideas contenidas en mi anterior discurso. Lejos de mí está el entablar polémica sobre una materia que puede

herir la susceptibilidad de todo un continente, cuando mi ánimo no fué rebajar el mérito intrínseco de los escritores sud-americanos, sino combatir las exageraciones y los fanatismos, tan perjudiciales en religión como en literatura; pero no debo dejar sin réplica los razonamientos de mi caballeroso antagonista, porque acaso mi silencio podria interpretarse como falta de firmeza en opiniones que juzgo de la mejor buena fe exactas y útiles.

Partidario de la autonomía y la originalidad, opino que no por huir de un escollo, vayamos á caer en otro; que no por libertarnos de una servidumbre literaria, tengamos sólo que cambiar de tutoría. A esto es á lo que me opongo; no á que estrechemos los vínculos de todo género con nuestros hermanos del Sur, ni á que conozcamos sus notables producciones, ni menos á que aplaudamos con el más ardiente y sincero entusiasmo sus triunfos y progresos. Admiremos hasta el delirio á Obligado, pero no nos soltemos ensartando *taperas*, *totoras*, *ombúes*, *pampas*, *setbos*, *ñandubayes*, etc., ni por americanizarnos al modo meridional, vayamos á desmexicanizarnos y hacernos otros que somos. El *Nigromante* clamaba por la *desespañolización*, por la ruptura de todo lazo con la tradición ibérica: yo, en mi insignificancia, deseo que no recibamos de fuera más que las influencias que podamos *nacionalizar*.

Tíldame á la vez mi ilustrado contradictor de falta de exactitud en asegurar que los líricos sud-americanos, son los que merecen de preferencia el

privilegio de las simpatías en México. Lo creo inconcuso, pues los escritores de otra especie, no son leidos sino por los especialistas como el Sr. Sosa. La misma *María*, aunque novela, es un soberbio epinicio lírico al amor romántico, un poema subjetivo, inmanente, en que la realidad sólo sirve de exornación y pompa decorativa al argumento del idilio.

Sin discutir ahora si tenemos la historia mayor del continente, basta para mi tesis que el Sr. Sosa, después de asegurar que en los tiempos antiguos, coloniales y modernos, es la misma evolución la de todos los pueblos hispano-americanos, confiese que México tiene la guerra de Reforma y la de Intervención, como períodos exclusivamente mexicanos; con lo cual sin quererlo apoya mi opinión, supuesto que esos dos períodos son quizá los más originales de la historia del Nuevo Mundo. Si San Ma tín en el *Paso de los Andes* fué más grande que Morelos en el *Sitio de Cuautla*, cuestión es que no deseo analizar, por aquello que dijo Cervantes de que toda comparación es odiosa, y en el caso presente, por la naturaleza de la discusión, capaz de lastimar el patriotismo de mexicanos ó argentinos. Sólo advertiré al Sr. So a, que San Martín era militar de carrera y prócer de antemano, mientras que Morelos era un pobre y obscuro vicario de aldea, de muy deficiente instrucción y sin experiencia ninguna de los asuntos públicos.

D. José Domingo Cortés, chileno, en su *Dic-*

cionario biográfico americano, entra en más pormenores al tratar de Morelos que al tratar de San Martín, y dice, encomiando el sitio de Cuautla, al cual califica de memorable, "que merece un lugar distinguido entre los más notables que refiere la historia militar de todos los países," opinión que no expresa respecto del *Paso de los Andes*. Si mal no recuerdo, D. Carlos María de Bustamante, en una nota de su *Cuadro Histórico*, asegura que Wellington alabó justiciero la pericia del general mexicano, que con 3,000 insurgentes resistió el prolongado cerco de una ciudad sin condiciones ningunas de defensa, siendo así que los sitiadores, al mando de Calleja, llegaron á ser 14.000. Como digno remate de tan singular hazaña, Morelos rompió el cerco cuando quiso, burlando la táctica de rutina del jefe español, y para enseñarle á tomar plazas, se apoderó sin pérdida de tiempo de la de Orizaba. Por otra parte, no creo que haya paridad entre un sitio y el paso de una cordillera, por más asperezas y dificultades que ésta presente al tránsito de un cuerpo de ejército. Está bien que Thiers al hacer el paralelo entre Napoleón y Aníbal, pueda comparar sus respectivos *Pasos de los Alpes*, no obstante la diferencia y desigualdad de las épocas; pero mal haría en comparar el paso del Beresina con la batalla de Canas, porque son cosas distintas. Y en materia de pasos y jornadas difíciles, también Morelos atravesó la Sierra Madre ó Andes Mexicanos, para venir desde Acapulco hasta las garitas casi de la capital de la colonia, y luego la

atravesó en otro sentido y se intrincó en lo más fragoso de ella, después de roto el sitio de Cuautla y de tomada Orizaba, para ir á ejecutar el admirable asalto de Oaxaca, hecho á su vez famosísimo que debe figurar señaladamente en los fastos militares del mundo.

Si sólo cito nueve prosistas sud-americanos y cerca de cuarenta mexicanos, no es para dar á entender, como el Sr. Sosa supone, que juntas todas las Repúblicas del Sur no pueden presentar un catálogo de escritores qne formen la octava parte de los que son timbres y gloria de México. Norte-americanos únicamente cito asímismo nueve, y unos y otros como argumento y testimonio de que los prosistas significan más que los versificadores en América. Pude alargar la lista con ventaja para mi propósito, pero creí que bastaba con los mencionados, y lo creo todavía. Aduje mayor número de mexicanos, porque me importa más hacer comprender mi tema, respecto de mi patria, que respecto de las otras naciones continentales, más ó menos afines, homogéneas y hermanas de México.

En fin, repito que lo único que deseo es que tengamos independencia de criterio y literatura propia, sin idolatrías artísticas ni serviles imitaciones; y que mirando un amago á nuestra originalidad en la marcada tendencia á aceptar sin cortapisas la idiosincrasia del Sur, me permití señalar el peligro que en mi concepto corre con ello nuestra naciente literatura.

Santo y bueno que el Sr. Sosa emplee su infatigable actividad y su claro talento en darnos á conocer, por medio de estudios biográficos y juicios críticos, á los poetas y escritores que son lustre de la América del Sur; pero de esto á que debamos seguir sus huellas me parece que hay una distancia enorme, porque nuestra obligación indiscutible consiste en robustecer en todos sentidos la nacionalidad á que pertenecemos, para lo cual primero es tener confianza y fe en nuestras fuerzas y nuestro destino.

CHARLA.

Esterilidad.—El estilo oficial.—Otros estilos y vicios.—Disquisiciones.—El bardo X.—Parábola asnal.

Si me viérais acaso frente á mi pupitre, la pluma en la mano, recortado el papel en cuartillas, é impacientándose de mi pereza; más allá el esférico tintero, con tapadera de metal, ofreciéndome abierto su sombrío seno, y yo devanándome en balde por cazar alguna idea en las estepas de mi intelecto; si me viérais, repito, en tan angustiosa situación, con ánimo de escribir y sin asunto, tendríais lástima de mí. Hay días, y áun años, según Gautier, en que no está uno para nada. Figúrome, empero, en la mesa de la redacción; que el regente de la imprenta exige material, y empuño denodado el manguillo de marfil.

Sería ésta la oportunidad de hablar del suplicio de Tántalo, del de Sísifo, de todos los suplicios, y de los trabajos de Hércules, de la paciencia del em-

perador-fraile de Yuste, de la humildad de San Dionisio, y áun de los hongos y los moluscos; pero no lo hago en atención á ser temas ya agotados por los revisteros de oficio y sin beneficio. ¡Ah, se me olvidaba! También sería ocasión de hablar de los poetas que no encuentran consonantes, y de la falta de paño de qué cortar, que es frasecilla de mucho consumo. Hablaría á la vez del cariz de la atmósfera intelectual, de la dificultad de contar lo que no ha sucedido ni acaso nunca sucederá; y ante la fría inercia de los sucesos, vaticinaría que pronto será México una ciudad muerta, como quien dice una *nueva* Pompeya, y llenaría algunos pliegos con tan conmovedoras tesis.

En semejantes aflictivos casos de esterilidad, de eclipse total de materia, la inteligencia choca contra las paredes del cráneo, como un suspiro de hormiga dentro de un cántaro. Pidamos luz, más luz, como Goethe!.... Pero ante tal y tan perínclito nombre, trataré de desenmarañar mis confusas ideas, ojos del alma, que como los del cuerpo, necesitan reposo después de la encandilación producida por el sol.

***

No hay más sino dar con algún motivo oficial, el estilo ó redacción de los oficinistas, por ejemplo.

El estilo oficial es un *modus dicendi*, no precisamente literario, pero sí especialísimo, lleno de modalidades, de circunloquios y convencionalismos, *ad hoc* y *sui géneris*. Para tener estilo oficial se re-

quiere no saber gramática, en términos que el que la conoce menos, tiene mejores aptitudes para el caso, porque en conociendo las leyes del idioma, el nemoroso encanto del estilo oficial, se desvanece como las sombras de la noche ante la luz del día.

El estilo oficial es el no tener estilo ninguno, el parecerse á todos los oficinistas de la tierra, el confundirse con la masa anónima y con la nómina, el abdicar de la personalidad en aras de un montón de palabras expresamente combinadas para decir mucho sin decir nada. Las partes oracionales que más deben economizarse, según los preceptistas, son en él; no de un uso, sino de un abuso constante: los adverbios y los gerundios. Dignamente, debidamente, legalmente, legítimamente; y expresando, considerando, resultando, habiendo, siendo, debiendo....; lugares comunes, rutina, tradición, logomáquia, caló forense y galimatías administrativo. Estilo, en suma, difuso, profuso y confuso, para el cual bastan las ocho palabras sacramentales y cabalísticas que ya desde tres centurias atrás recomendaba Quevedo en análogas circunstancias. Es una fórmula comanditaria de todo el mundo para uso de cada quien.

Y en virtud de éste, no diré desbarajuste de conceptos, sino involucración, inversión de formas, suele suceder que un amanuense ó un leguleyo parezcan más hábiles en el arte de hablar por manera oficial, que no los más sabios profesores. No hablo aquí, por supuesto, del estilo oficial de los Thiers, de los Gladstone ó los de la Fuente, porque estos

señores tienen estilo dentro y fuera de la órbita oficial.

Pero los otros, en sacándolos de las ocho palabras, ya no aciertan á escribir la más ínfima comunicación, que no resulte digna de arder en un cirio pascual. Y si Dios no lo remedia, seguirán *per sœcula* los oficinistas dentro de los términos de la receta, porque es una panacea estilológica de infalible efecto.

***

Y aunque parezca raro, también las claras linfas del Helicón se miran enturbiadas por legiones de estilistas del mismo calibre, más obscuros que los antros de la gruta de Cacahuamilpa. La pedantería escolástica y la facha literaria; los autorcillos que nada pueden pensar ni decir, sin precederle y embutirle de latines, latinismos y latinajos, no siempre tan puros y castizos, ni tan á buen recaudo y ocasión traídos, como el buen gusto, la sensatez y la dignidad de las letras ambicionaran á desear; éstas y otras calamidades infestan á las veces el fúlgido recinto de Apolo y sus hermanas, amén de millares de escritos tan llenos de tropiezos como una calle mal empedrada y tan sin soltura y donaire como una novia aldeana que se casa en la ciudad.

Pero es bueno que se recuerde á todas horas lo que dijo Argensola:

> ese que el vulgo llama estilo lláno
> envuelve tantas fuerzas, que quien osa
> tal vez acometerle suda en vano;

siendo lo cierto que no es dable llegar á tal punto de diafanidad y pureza, sino hablando y escribiendo la pátria lengua en su peculiar y prístina elegancia, sin andarle colgando adefesios extranjeros ni voquibles sanchunos, como milagros á los santos en sus retablos de las iglesias.

Otro vicio comunísimo es el de acumular citas de autores, los cuales han de ser de segunda fila, pues mientras menos los conozca el lector, más cree el publicista que luce su erudición: griegos, latinos y franceses son los preferidos, y en seguida, alemanes, ingleses é italianos. Los de nuestra lengua están proscriptos, sobre todo si son mexicanos: de Sud-América, es de moda traer á colación algunos: moscovitas se interpolan unos cuantos, mas como á hurtadillas y vergonzantemente. Así, la Estafeta de Urganda resulta clarísima junto á estos laberintos y logogrifos, incrustados de nombres y giros exóticos.

Más grave materia, más honda cuestión surge aquí: la superioridad científica de los modernos métodos de enseñanza sobre los antiguos sistemas y la imprescindible necesidad de que se penetre todo el mundo de tal superioridad, para que la instrucción impartida al pueblo sea más uniforme y fructífera y no abunde tal número de pedantes en todas las profesiones, particularmente en la de las letras, que es el abrigadero ó depósito de cuantos no caben en las demás, como si fuera inclusa, hospicio, orfanatorio ó casa de locos.

Buena inteligencia, buenos estudios y buena in-

tención, tres bondades difíciles de reunir ciertamente, es lo que se requiere en regular dosis, para merecer la preeminencia de una curul en el capitolio de las letras y beber en la palma de la mano el sacro líquido de la fuente Castalia, donde apagan ó mitigan su sed y amor de belleza los ingenios preclaros y los excelsos vates.

Mas..... ¿á qué devanarme los sesos ni andar á salto de mata por los vericuetos del raciocinio, en busca de argumentos, si á la postre de quedarme hé con mi trabajo hecho y el cántaro roto? ¿A qué tanto bochorno de cabeza, ni tanta balumba de silogismos, si los interesados son los primeros en negarse al remedio y los no interesados ven la función gratis desde el tendido, sin importarles un comino que se aprenda bien ó mal en las escuelas, ni que se escriba mal ó peor en los periódicos, cuando ellos son reyes en su casa, y cada cual tiene el alma en su cuerpo y la sabiduría en los estantes de su biblioteca, ó en los de las públicas ó de sus amigos?

*
* *

Y si no, supóngome que hice la crítica justiciera de un *dilletanti* en estrofas; que se enfurruñó, dióme colérica respuesta y que yo le replico.

Llamémosle X.

Asegura con inocencia columbina el Sr. X. que para demostrarle que la gran mayoría de sus versos son duros é inharmónicos, debo citarle más de la mitad de los 5,000 y tantos de que constan sus

poesías, que adolezcan de semejante achaque. ¡Dios me libre de tal desacato al público! ¿Qué paciencia, ni la del manso cordero, toleraría tan estupenda cifra de insonoridades? El mismísimo Job huiría espantado ante tamaño sacrificio. ¿Citar tres mil barbaridades métricas? ¡Jesús mil veces! Era para dar jaqueca. ¡Ni trescientas, ni treinta, ni tres, ni una! Al Sr. X. corresponde demostrar la dulzura, galanura y hermosura de sus versos, porque á mí se me da un bledo la opinión pública ó privada que recaiga sobre ellos. Hágalo en buena hora y que San Pedro se lo bendiga.

No puede menos de confesar el Sr. X, que muchos de sus versos son efectivamente ingratos al oido; pero añade, como disculpa, que en los más reputados autores no es imposible encontrar el mismo defecto. Y bien, ¿qué? ¿De cuándo acá las faltas ajenas exculpan de las propias? Un lunar en un bello rostro, pase; pero una fea cara erizada de berrugas, *¡vade retro!* Sostiene luego que para la harmonía general de la versificación es indispensable la concurrencia de versos insonoros. Como quien dice: para el aseo general de la ciudad, es necesario que haya algunas calles sucias. La acústica, por otra parte, distingue entre sonido y ruido: el Sr. X. no: para él es lo mismo una nota de la Patti que un portazo ó un chirrio de carreta. Rossini, Mozart, Gounod, Wagner y todos los músicos habidos, habientes y por haber, ceden la finura de su oido á la delicadeza de la trompa de Eustaquio del Sr. X.

Los dioses se van, como dijo el otro, pero los diablos se quedan; por eso ha tenido tan diabólica inspiración el amable versificador, que la da también en rengloncitos rimados, contra las costumbres, ideas é instituciones modernas. La estética suspira, las musas sollozan, la humanidad llora; pero Mefistófeles ríe. ¡Qué hermoso espectáculo! Parece imaginado por Offembach. No cabe duda, Polichinela vence; el arte se acurruca en el regazo del ridículo..... y se ha descubierto la esplendente fórmula del progreso: imitar el cangrejo. La moralidad no existe, la justicia es un mito, la democracia un crimen; la corrupción está á la orden del día y el vicio es el único soberano. El mundo no marcha; oscila, como un funámbulo, en la frágil cuerda del error. El abismo está debajo de nuestras plantas: ¡qué susto! Retrocedamos. ¡Bendito sea el fanatismo, bendita la ignorancia, bendito el retroceso! ¡¡Hosanna al que viene con una lira destemplada en nombre del Señor!!.....

Un libro y un amigo pedia el sevillano vate. Decididamente ud., Sr. X., ¡ni para amigo, ni para libro!

***

La garganta del asno sólo puede emitir broncas vibraciones sin valor musical. El fabulista Iriarte no halló más medio de hacer cadenciosos los resoplidos del pollino que abandonar una flauta entre las yerbas del campo, pero cuando las flautas sirvan de pasto á los pollinos, los pastores serán

Iriartes y los Iriartes, Homeros: crecerán los términos sin cambiar la relación.

Los borricos de la literatura suelen tocar la flauta.

Satisface el hambre en verde soto escuálido borrico y tropieza con un objeto que le es desconocido; le huele, y suena de una manera extraña; le sopla, y produce una nota dulce y sostenida; se entusiasma, y sigue soplando, sin dar tregua al júbilo, hasta que en medio del arrebato abre las mandíbulas, y rebuzna. Exclamó Pirrón en cierto apuro que le acaeció: no es posible despojarse de la naturaleza humana. Menos será posible despojarse de la naturaleza asnal. Y Apeles dictó la fórmula universal de la extradición artística: ¡zapatero, á tus zapatos! Un hijo de San Crispín juzgando obras pictóricas y un borrico tañendo la cítara forman ecuación perfecta.

Los zapateros de la literatura abundan, crecen y se multiplican, como esas familias de insectos que llenan el espacio de un dia con centenares de generaciones. Átila con innúmeras huestes se presenta ante los muros de la sacra ciudad: ¡Dios salve á las letras! O más bien: ¡guerra sin tregua á los burros!

La batalla de San Pedro en Sinaloa.

Discurso de recepción en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

SEÑORES:

Honrado por esta ilustre Corporación hasta un punto que ingénuamente creo superior á mis escasos merecimientos, he querido escoger para tema de mi discurso inaugural un asunto de tal magnitud é importancia, que ya que mis fuerzas no logren hacerle digno de vosotros, él por sí mismo se recomiende á vuestra sabia solicitud y diligente patriotismo.

Ese asunto es la memorable batalla de San Pedro, librada el 22 de diciembre de 1864, por las tropas republicanas, contra las orgullosas huestes napoleónicas; suceso que no obstante su altísima significación histórica, apenas ha merecido la atención y examen, no ya de los escritores franceses, sino de los mismos mexicanos que se han ocupado

en historiar el período de la intervención extranjera en México. Keratry, Gaulot, Lefébre, Niox y otros, ó bien guardan silencio inexplicable sobre un hecho de armas que no debe haberles sido ignorado, ó bien se dignan mencionarle en breves y desdeñosos términos. Pierre Larousse, que habla extensamente en su gran Diccionario Universal, de la acción de Veranos, menos brillante para nosotros y menos funesta para el enemigo, no dice absolutamente nada de la batalla de San Pedro.

El Sr. Vigil sólo le consagra en el tomo V de *México á través de los Siglos*, las siguientes palabras con alguna inexactitud en las cifras: ".....; y el 22 derrotó Rosales en el Pueblo de San Pedro una sección de 500 hombres compuesta de franceses y mexicanos, que conducida en el vapor "Lucifer" había desembarcado en el puerto de Altata. Quedaron en poder de los republicanos dos piezas rayadas, todo el material de guerra, ochenta y cinco prisioneros franceses y argelinos, entre los que se hallaba Gazielle, comandante del "Lucifer" y en jefe de la expedición, y seis oficiales, dejando además seis heridos y veinte y tantos muertos. De los auxiliares quedaron ciento y tantos prisioneros."

El *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, obra escrita por el mencionado Sr. Vigil en colaboración del Sr. Hijar y Haro, se extiende un poco más en la descripción de la batalla (y proporciona interesantes datos para la biografía del Gral. Rosales), pero no le concede mayor trascendencia que

á cualquiera otro de los muchos triunfos obtenidos en Sinaloa, sobre el enemigo invasor y sus aliados.

Los Sres. Prieto y Oviedo Romero mencionan únicamente la muerte de Rosales; Zárate apenas le incluye entre los defensores de la patria; Pérez Verdía cita en globo la batalla; Payno ignora por completo las campañas del ejército de Occidente. Otros autores más elementales, de sobra está decir que también son mudos en el particular. El compendio del Sr. Roa Bárcena termina con la consumación del tratado de Guadalupe Hidalgo y el fusilamiento del padre Jarauta. No conozco la extensa obra que está publicando por entregas el Sr. Rivera Cambas, sobre nuestra segunda Independencia.

Quien verdaderamente proporciona documentos para escribir, no ya una disertación, sino una detallada monografía de la célebre batalla, es el Sr. Lic. Eustaquio Buelna, en sus *Breves apuntes para la historia de la guerra de Intervención en Sinaloa.* Con ayuda de sus datos voy á permitirme relataros lo más importante y substancial del épico episodio.

El primer incidente de la guerra extranjera en Sinaloa, que dió honra á las armas del Estado, le ocasionó el 31 de marzo de 1864 la corbeta "Cordelliére," que durante cinco horas estuvo arrojando sin éxito bombas sobre nuestras improvisadas fortificaciones, y que contestada por una sola pieza al raso de la playa, se retiró con notables averías, del alcance de nuestros tiros. El 13 de noviembre del mismo año hizo su entrada en Mazatlán el invasor,

protegido por su poderosa escuadra del Pacífico, y el 10 de diciembre, el jefe de la armada y el comandante superior de la plaza, de común acuerdo, resolvieron despachar, bajo las órdenes de Gazielle, el aventurero español Domingo Cortés y el ex-comandante Jorge Carmona, una expedición sobre la ciudad de Culiacán. Se daba por seguro el triunfo, y tanto Gazielle, como Cortés, que debía tomar el mando militar, después de la victoria, y encargarse de la pacificación del país, entendiéndose con los jefes republicanos, llevaban perfectamente determinadas sus respectivas atribuciones y deberes, en pliegos y papeles oficiales que sólo sirvieron para aumentar la ignominia de la derrota. Tenían preparadas las proclamas impresas, las ofertas á quienes se adhiriesen á la causa del imperio y las coronas de laurel en que ceñir sus sienes.

Tan luego como desembarcaron en Altata los invasores, escribieron Cortés y Carmona al caudillo republicano, invitándole á defeccionar y encareciéndole la superioridad militar de la fuerza intervencionista. La respuesta del héroe, como él dice, en su parte oficial, fué cortés pero negativa.

El día 19 á la una de la tarde, recibió aviso el C. Coronel Antonio Rosales, Gobernador y Comandante general del Estado, que habían llegado á Altata los expedicionarios, é inmediatamente hizo avanzar en observación la mayor parte del escuadrón "Lanceros de Jalisco", al mando de su jefe el C. Francisco Tolentino Las fuerzas de Rosales, con las que en la madrugada del día 13 se

había escapado de Mazatlán, atravesando por entre las hordas de Lozada, que en combinación con la escuadra francesa, cerraban la salida terrestre de la ciudad, ascendían escasamente á 300 hombres de la antigua guardia nacional. Pudo reclutar ciento y tantos más entre aguadores ó muchachos de Culiacán, y con tan exiguo ejército salió el día 20, siendo su segundo en jefe el Coronel Joaquín Sánchez Román, y pernoctó en el pueblo de San Pedro, distante cinco leguas de aquella capital.

Al amanecer del 21 se emprendió la marcha sobre el enemigo el cual había venido siendo hostilizado por nuestras avanzadas, desde Bachimeto hasta Nabolato; pero como los expedicionarios no salieran de los cercos y los bosques en que se habían atrincherado, se retiraron nuestras fuerzas á San Pedro, con excepción de la caballería que continuó provocándolos al combate para conducirlos á un lugar descampado. Los franceses se movieron en efecto la mañana del 22 sobre San Pedro, bajo el vivo fuego de los dragones de Tolentino, que en su lenta retirada se mantuvieron sin cesar á tiro de pistola de sus adversarios.

Formó el enemigo su línea de batalla, entre la carretera y un vallado, á doscientos metros de nuestro campo según el *Boletín de Noticias del Estado*, y á 400, según el parte oficial de Rosales, colocando traidores en su izquierda, en su derecha franceses con dos obuses de montaña, y en su centro argelinos y mexicanos.

El coronel Rosales colocó en su centro cuatro piezas de artillería de montaña dirigidas por el teniente Evaristo González y un trozo de infantería, enfilando el camino carretero. En la izquierda situó el batallón "Mixto," mandado por su comandante C. Jorge García Granados, y dos piezas ligeras. A la derecha desplegó el batallón "Hidalgo," á las órdenes del coronel Correa. La caballería quedó de reserva.

Tales eran las posiciones de los dos ejércitos al dar comienzo verdaderamente la batalla. Más de media hora duró el fuego de fusil y de cañón. Los franceses intentaron en seguida apoderarse de las dos piezas de artillería de nuestra izquierda por medio de un poderoso empuje, que contuvo el intrépido Granados, haciéndolos retroceder en desorden. Desgraciadamente en esos momentos fué herido en el vientre á quema-ropa por una bala de pistola. Una carga de la reserva hizo volver á sus posiciones á los franceses. Continuó la acción más reñida que nunca, señalándose en tan críticos instantes el memorable hecho del capitán Martín Ibarra, que con una audacia maravillosa llega intrépido hasta una pieza de artillería del enemigo y la laza. El coronel Rosales ordenó entonces que toda la brigada cargara á la bayoneta. Este ataque general se ejecutó con precisión y brío y en él murió gloriosamente el malogrado capitán Fernando Ramírez, al frente de su compañía, mientras gran número de nuestros soldados, tirando el fusil por no saberle manejar, se empeñan en tre-

mendas luchas cuerpo á cuerpo con los fieros argelinos. El comandante Miranda y Castro, mayor de la brigada, que fué á apoyar á Ramírez, se condujo con tal bizarría en el desempeño de su difícil movimiento, que mereció los elogios de todos sus compañeros de armas.

El joven José María Bucheli, ayudante de Rosales, el jefe del Estado Mayor Jorge Green, el mayor del "Mixto" José Palacios, que sucedió en el mando á Granados, y el capitán graduado Lucas Mora, se distinguieron notablemente en el vigoroso ataque ordenado por Rosales. El enemigo, sin abandonar su actitud imponente principió á perder terreno, sosteniendo una tenaz retirada por más de media legua y durante tres horas, hasta que las cargas dadas por el escuadrón de Tolentino acabaron de decidir el éxito de la batalla. Los destrozados restos de la expedición clavaron sus armas en las márgenes del río Humaya, claro testigo de la heróica jornada, y la patria tuvo una fecha más que inscribir en el índice inmortal de sus aniversarios.

Se hace mención del denuedo con que combatieron durante toda la batalla, además de los jefes y oficiales referidos, del teniente coronel Cleofas Salmón, el mayor Pedro Betancourt, el capitán Martín Ibarra, el sub-teniente Jesús Velis, el sargento segundo Pedro Pérez y el corneta Francisco Ramírez, apenas de once años de edad.

Los franceses tuvieron veintiseis muertos y veinticinco heridos, y un guarismo considerable de auxi-

liares; contándose entre los muertos el jefe de los tiradores argelinos y tres oficiales. Cayeron prisioneros noventa y ocho franceses, inclusos el capitán del "Lucifer" Gazielle, comandante de la expedición, siete oficiales más, y casi doble cifra de mexicanos, que como tropa forzada, fueron perdonados é incorporados en la brigada. Los expedicionarios perdieron, además, dos piezas rayadas, una banderola, multitud de medallas y condecoraciones, todo su parque y demás útiles de guerra.

Nuestra pérdida consistió en treinta y tantos muertos y gran número de heridos, sin que la deserción ocasionase una sola baja en las filas republicanas.

En merecida recompensa á la victoria alcanzada por nuestros valientes, el Supremo Gobierno les manifestó desde Chihuahua su satisfacción, confiriendo el grado de general de brigada al ciudadano Antonio Rosales, el mismo grado al C. Joaquín Sánchez Román, el empleo de teniente coronel á los comandantes Miranda y Granados, el de comandante al graduado Lucas Mora y los ascensos correspondientes á todos los individuos recomendados en el parte pormenorizado del combate. Al valiente capitán Fernando Ramírez, que inmoló su existencia en aras de la patria, se le consideró con el ascenso á comandante de batallón, acordándose que fuese atendida su familia con la debida preferencia. Su cadáver fué conducido en una camilla á Culiacán, en medio del cortejo triunfal del ejército victorioso.

El Sr. Buelna, en sus *Apuntes*, refiere algunos episodios ocurridos después de la batalla, dignos de mencionarse.

Un oficial de tiradores franceses llorando de cólera se resistía á entregar su espada á un sargento mexicano. Rosales, que lo ve, grítale con voz tronante: "Sois mi prisionero de la cabeza á los piés, sin condición alguna; entregad vuestra espada." Y el prisionero la entregó. Gazielle, entonces, se apresuró á poner la suya en manos de Rosales, que le dijo benévolo: "Guardadla, comandante, sois muy digno de llevarla." Un sub-teniente argelino quiso besar la mano al héroe, pero éste la retiró diciéndole: "En mi país no se acostumbra besar la mano á los hombres." Sabiéndose que el balazo recibido por Granados le había sido disparado deslealmente por un oficial francés rendido, Rosales hizo pasar las filas de los prisioneros, para que le reconociese, delante de la camilla del herido. Pero el magnánimo Granados dijo: "no está." Y sin embargo, allí estaba. Rasgos son éstos, exclama el Sr. Buelna, que dan á conocer el temple de alma de los vencedores de San Pedro.

De los fugitivos sólo lograron escapar Cortés, Carmona y el capitán del puerto de Altata, Alejandro Santa Cruz, que sirvió de guía á los imperialistas.

El 23 se verificó la entrada solemne del ejército mexicano en Culiacán, cuyos habitantes no acababan de pasmarse ante un triunfo que juzgaban inverosímil, y desde entonces no se atrevieron

franceses á penetrar en el Estado, manteniéndose acorralados en la plaza de Mazatlán, por las tropas del general Corona, hasta el término de la guerra.

La clemencia del vencedor dispuso que las mejores camas de los improvisados hospitales fuesen para los heridos extranjeros, y en seguida otorgando la libertad á cuantos de ellos no quisiesen continuar bajo la bandera de la República, les proporcionó recursos para el viaje; generosidad sublime si se atiende á que los defensores de la patria carecían de armas, municiones, equipo y hasta de alimentos.

D. Ignacio Ramírez, que en sus *Cartas á Fidel* había pronosticado meses antes que Rosales sería un héroe, porque tenía las condiciones de tal, describe así la batalla desde Guaymas, á Febrero de 1865, en una de dichas cartas.

"Rosales reune en silencio á sus soldados, y marcha á situarse á pocas leguas, en el pueblecillo de San Pedro, que tenía muy bien estudiado; una plaza extensa, cercada por modestas casas; un grupo irregular de jacales hácia la salida de la aldea; algunos bosquecillos de árboles, entre los que se distinguen la parota y el caprichoso *baniano*; el río Humaya á la izquierda de nuestro campo; y al frente el enemigo: así han pasado la noche los patriotas mexicanos.

"Rosales posee la elocuencia militar; breves palabras, pero inflamadas, y órdenes dictadas por el acierto. Embosca dos de las pequeñas piezas que

llevaba, apoyándolas con unos piquetes, deja cien hombres de reserva en el centro del poblado; y se adelanta por el camino, llevando doscientos hombres para provocar el combate.

"Los franceses no dormían: resisten, se organizan, se precipitan arrollando á Rosales, cantan victoria; entonces la muerte los asalta por los flancos; Rosales recoge su reserva; los invasores se contienen, vacilan, se ven diezmados, y retroceden. Aprovecha Rosales los momentos y se lanza sobre los fugitivos, éstos organizan su retirada, y se rinden sobre las cenizas de su último cartucho. Rosales había presentido que era un héroe, y la gloria se lo ha confirmado."

Después de la elocuente palabra del tribuno del pueblo, oigamos el reposado razonar del admirable estadista D. José M. Iglesias, quien describe en una de sus famosas *Revistas Históricas*, con la pluma de Tácito, el legendario acontecimiento, y añade:

"Este triunfo es, en sus resultados materiales, el más importante que hasta ahora han alcanzado las armas republicanas. Por primera vez han quedado en nuestro poder la artillería y tren de guerra del enemigo, en unión de sus jefes y oficiales, con excepción únicamente de los que sucumbieron en el combate. El arrojo de nuestras tropas, probado ya en tantos campos de batalla, ha dado en esta vez el feliz resultado que les había estado negando la adversa fortuna. La nación contará entre sus días más felices al lado del glorioso 5 de ma-

yo de 1862, el 22 de diciembre de 1864, en el que ha vuelto á probarse al mundo entero, que nuestros soldados son capaces de batirse con los franceses y derrotarlos."

En varias partes de su obra alude el Sr. Iglesias con encomio á la acción de San Pedro, y al general Rosales, y ya casi al terminarla, asienta que las hazañas de las brigadas unidas de Sinaloa y Jalisco, después Ejército de Occidente, al mando del general Corona, figuran entre los actos más memorables de la lucha con los intervencionistas. Allí están, para patentizarlo, las gloriosas jornadas de Siqueros, Veranos, Palos-Prietos, Villa-Unión, Copala, Marisma del Pescador, Concordia, Agua Zarca, Valamo, Rancho del Colorado, y áun la del Espinazo del Diablo, donde tan caro costó su relativo triunfo á los franceses. El ejército invasor no tuvo una sola victoria en forma, durante todo el período de la guerra, en el territorio de Sinaloa, ni logró nunca romper el círculo de hierro con que el patriotismo mexicano le mantuvo encerrado siempre, en el estrecho recinto de la ciudad de Mazatlán, defendido por la escuadra del Pacífico. Si vale la frase, puede decirse que Mazatlán fué el San Juan de Acre del ejército francés en México. Salió de allí el 13 de noviembre de 1886, dos años exactos después de su entrada, en medio de la misma indiferencia pavorosa y hostil con que había sido recibido. El 22 de Diciembre de 1886, dos años exactos también después de la batalla de San Pedro, tomó posesión del Gobierno

del Estado, por elección de la Legislatura, el Sr. general don Domingo Rubí, quedando así restablecido el orden constitucional.

La batalla de San Pedro, Señores, constituye la más brillante página de la historia de Sinaloa. Rosales venció á las huestes invasoras con soldados bizoños, reclutados en parte la víspera, con menor fuerza numérica, con inferioridad en todos sentidos de elementos de guerra, salvo el tener cuatro piezas más de artillería. Rosales no abrigaba esperanza en el triunfo y estaba resuelto á morir por su patria en la liza del honor. La fortuna fué propicia á su genio, á su valor, á las armas nacionales; la victoria orló su frente con inmarchitable lauro, y sobre el mismo ensangrentado campo de batalla, ungido para los siglos con su aliento heróico, desplegó luego la magnanimidad de su corazón y la energía de su carácter. Fué misericordioso con los vencidos, perdonando la vida á todos sus prisioneros,—soldados de un ejército para quien el incendio, la violación y el asesinato eran familiares,—como décadas antes lo había hecho también, en análogas aunque más aflictivas circunstancias, el egregio paladín insurgente D. Nicolás Bravo.

¡Gloria eterna y eterna remembranza al vencedor de San Pedro!

PLÁTICA.

Plagas sociales.—Comentario histórico.—Egipcios y mexicanos.—El mes de septiembre.—Las fiestas cívicas.—El lugareño cándido.

En este pícaro mundo apenas si las desdichas se dan tregua. Bien mirada la humanidad, no es más que un Jeremías de millares de cuerpos, á la manera de un inmenso Brama ó de un colosal Briareo, sólo con voz para plañirse de sus incesantes infortunios. Ya los conflictos del orden político, que suelen transformar la faz de las sociedades, le desazonan y acibaran la existencia tranquila que ella desearía, ó ya los cataclismos terrestres y celestes, que de cuando en cuando nos recuerdan nuestra condición de parásitos, la asustan y atemorizan con desastrosas catástrofes. ¡Pobre humanidad! Siendo persona del sexo femenino, está siempre expuesta, como las mujeres, á los malos deseos, la perfidia, las vías de hecho y la murmuración de todo el mundo.

El Egipto fué cuna de las plagas sociales, acaso porque lo fué también de Moisés, primer atrevido que osó arrebatar el terror á los cielos, la melena de rayos á la nube electrizada, para grabar con caractéres de fuego en el ánimo apocado de los párias que le seguían, el signo á perpetuidad de la esclavitud moral de las masas ignorantes.

***

Bríndaseme la materia á una digresión interesante.

El pueblo hebreo, en las épocas más gloriosas de su memorable existencia, estaba formado de hombres crédulos y rudos, dedicados á las labores del campo, á la cría de ganados y á la matanza de los enemigos de Dios. La tribu de los levitas ó sacerdotes, que era la menos irracional, vivía en la ociosidad, entregada á sus prácticas secretas, á las revelaciones nocturnas, al cultivo ventajosísimo de su oficio y á la reglamentación incesante de ofrendas piadosas y sacrificios de todo género de los fieles, que se hundían secularmente en los antros del fanatismo más odioso y enervante. La herencia de holgazanería que trasmitieron á sus secuaces de todo el orbe, y á todas las sectas más ó menos honestas que trafican con la conciencia de la gente sencilla, amenaza continuar afligiendo por mucho tiempo á los pueblos infelices.

Aquellos prestidigitadores, como los llama Volney, encontraron muy cómodo vivir á costa de los

otros, y perfeccionaron con un esmero digno de mejor causa, el arte de los engaños y las trapacerías. La taumaturgia, ó alquimia de los milagros, tomó consistencia y cuerpo, y la fantasmagoría sacerdotal, según frase del mismo Volney, creó una série de corporaciones auxiliares, de adivinos, clarividentes, intérpretes y ministros. Se explotaron los fenómenos de la naturaleza (temblores, tempestades, auroras boreales), y hasta los inocentes cometas, párvulos inofensivos del sistema solar, fueron habilitados de edad y mensajeros de desgracias y calamidades. El pueblo llevó á los templos sus mejores productos, para aplacar la siempre irritada cólera omnipotente, y el atrio de las iglesias fué la cocina y la despensa de la interminable casta de los intermediarios entre el hombre y su Creador.

Surgieron las hecatombes propiciatorias, levantáronse monumentos colosales á la idolatría, las guerras asolaron comarcas florecientes, y la sangre, derramada día á día en el ara y en el campo de batalla, trajo pestes terribles y clamó al cielo en demanda de justicia contra tantas infamias religiosas.

***

Las plagas de Egipto han llegado á ser axiomáticas, tradicionales y tropológicas: sirven de término de comparación y de unidad métrica para todas las desdichas colectivas. Desde la nefanda expiación de aquel pueblo inocente que no tenía otro delito que el de ser muy estúpido, hasta nuestros días,

el vocablo *plaga* tiene una significación fatídica, apocalíptica, que produce convulsiones y calambres. Calderón de la Barca sostiene en verso que no hay mayor delito que el de nacer: yo en prosa digo y afirmo que ser tonto, no sólo es delito mayúsculo, sino maldición ex-profesa y directa del cielo. Los egipcios eran tontos al grado de que una de sus princesas acostumbraba bañarse en un brazo del Nilo, atestado de caimanes, según él decir de un filósofo, como un almacén de mercería ó un bazar pueden estarlo de baratijas de todos usos y colores. En tan poética compañía fué encontrado Moisés, dentro de una cesta de mimbres, flotando recién-nacido sobre las aguas, sin que los lagartos osasen siquiera molestarle, presintiendo acaso la futura suerte del expósito infante.

***

Los mexicanos, que según el Padre Rivera, tenemos afinidad histórica con las manadas faraónicas, somos igualmente desafortunados, y sin duda para expiar la idolatría sanguinaria de los aztecas y la herética parvedad de los iconoclastas tiempos que alcanzamos, se encarga el cielo de recordarnos su soberbia á las veces, enviándonos diluvios, incendios, sequías, erupciones volcánicas, ciclones, sustos marítimos y azoramientos seismológicos, que nos tienen por algunas semanas con el alma en un hilo y el Jesús en la boca. Ya deja de llover, y se mueren de hambre, por la pérdida

de las cosechas, muchos de nuestros hermanos; ya llueve en demasía y sobre perderse también las cosechas, se enfangan horrorosamente nuestros caminos, y sobre todo, las sinuosas y mal pavimentadas calles de la metrópoli mexicana. Seguro que si no tuviéramos idea del diluvio universal, por las descripciones que de él hacen algunos autores que no lo vieron, bastaría presenciar las contínuas inundaciones que sufre la ciudad de Tenoch, para formárnosla con entera exactitud.

Pero lo más raro del caso es que á lo que parece, la abundancia de las aguas ha paralizado las manifestaciones intelectuales. No sólo no se escribe tanto, aunque malejo, como en otras épocas, sino que faltan casi por completo los motivos justificantes para esgrimir la pluma, especialmente si se trata de revistas dominicales, destinadas por su naturaleza, á dar noticia circunstanciada de los acontecimientos más palpitantes de cada semana. Fuera de los crímenes que tan poderosamente suelen llamar la atención pública, apenas si una que otra escena de sainete que se representa gratis en las anegadas calles, proporciona material á los *reporters* para zurcir tres ó cuatro chistes adocenados y triviales: los teatros, los paseos, las diversiones todas, salvo agradabilísimos paréntesis, no dan materia suficiente, y en determinados períodos del año, dan sí puntual idea de las soledades del desierto. Entonces, todo es monotonía, aislamiento, somnolencia, *dolce farniente*, bostezar en la plenitud de la pereza, y quietud olímpica.

*
* *

Como compensación, ningún mes tiene en nuestra historia la gloriosa importancia de septiembre. Es nuestro mes clá ico. Los más culminantes sucesos que han influido en nuestro sistema político (excepción hecha de nuestras dos constituciones) han tenido su verificativo en septiembre. Febrero es el mes de nuestros pactos federales: en 3 de febrero se expidió el acta constitutiva que dió margen á la Carta de 1824 y en 5 de Febrero se promulgó la Constitución de 1857. Septiembre es el mes de las heroicidades y de los grandes acontecimientos patrióticos. Díganlo, si no, el grito de Dolores y la entrada del ejército trigarante en México. En septiembre nació Morelos, rayo de la guerra y sin rival insurgente. En septiembre se verificaron las gloriosas, aunque para nosotros adversas jornadas del Molino del Rey, Chapultepec y garitas de Belén y San Cosme. ¡En septiembre solemnizamos nuestra autónoma existencia y la soberanía de la nación!

De septiembre á septiembre, once años transcurrieron de perpétuo batallar. Los héroes ascendían al cadalso de los mártires, y la patria se anegaba en la sangre de sus mejores hijos. La muerte arrastraba su luctuosa cáuda por los vírgenes campos del antiguo Anáhuac, y entre las lágrimas de las viudas y los lamentos de los huérfanos, se empeñaban combates titánicos, que hasta la fecha piden el bardo destinado á elevarlos á la jerarquía.

de epopeya literaria. La causa era la más noble y justa de la tierra. Pero sobre los exángues cadáveres de los patriotas y la bendita sangre que salpicaba de rubíes la esmeralda de nuestras praderas, lució por fin el sol de la libertad, iluminando con luz indeficiente la augusta redención de un pueblo heróico.

Hay quien se oponga á la celebración del 16 de septiembre, como hay quien se oponga á la celebración del 5 de mayo. Esto es según el punto de donde se mire la cuestión. El patriotismo en los tiempos actuales ya no es el apego automático é irreflexivo á todo lo aferente al pedazo de tierra en que nacimos, sino el sagrado sentimiento de justa y racional independencia respecto de todos los actos de la vida colectiva de una nación. No celebramos, de consiguiente, el triunfo material de nuestras tropas, sino la victoria de nuestra justicia. Zaragoza fué más un defensor de la libertad, que un representante de la fuerza; Loreto y Guadalupe, más que baluartes militares, baluartes de la democracia. La sangre que corrió por sus escarpadas pendientes, cayó sobre la frente del tirano, y fué signo de ignominia y baldón; cayó sobre el ara de nuestra patria, y fué sello indeleble de gloria y libertad. Todos los pueblos han bautizado con sangre su emancipación política: la nuestra ha recibido dos bautismos, como para proclamar al universo que está doblemente santificada.

El 5 de mayo es la corroboración del 16 de septiembre.

*
* *

Ya habrán comprendido mi lectores que me desperezco por las anécdotas: esta es una de mis debilidades. Igualmente soy afectísimo á los comentarios: esta es otra de mis debilidades. Cuando se tienen muchas debilidades, claro se está que se cometen muchas imprudencias. Pero yo soy así, sin poderlo remediar, como dice una dama de Eusebio Blasco; es decir, como dice una dama de una comedia de Eusebio Blasco.

Existía no há muchos años en una aldea mexicana, cuyo nombre no importa, un muchacho muy cándido, más cándido que los otros muchachos del lugar, lo que, según malas lenguas, es mucho decir, porque la candidez es tan oriunda de la aldea de que hablo, como el café en Uruápam y el tabaco en Tuxtla. Es, pues, el caso, que el muchacho cándido y lugareño, tenía la costumbre de hacer apuestas con tan mala fortuna que siempre perdía.

Por ejemplo, una vez tomó un mamey, le envolvió en su pañuelo, y le dijo á un su convecino y amigo:

—Oye, huele lo que tengo aquí, tiéntalo, y si adivinas lo que es, ganas cinco pesos, y si no, los pierdes.

El interlocutor hizo lo que se le indicaba y luego con mucha candidez, dijo:

—Es un mamey.

—Ganaste, replicó el de la iniciativa y entregó los cinco pesos estipulados.

Pasaron días y volvió á ejecutar la misma experiencia con una chirimoya y después con un melón. El resultado no es dudoso en ambos casos: su erario particular tuvo un déficit de diez pesos. Aguzando un poco el ingenio, ideó meter una calabaza en el pañuelo, y volvió á apostar. Inútil es añadir que un Waterloo de novísimo cuño coronó de espinas su frente de mártir: esta vez su quiebra consistió en veinte pesos.

En fin, para no cansar á Udes., después de tantas tentativas desgraciadas, en las que perdió más de cien del águila, se apareció un día con un animalejo debajo de la capa, en medio de sus adversarios, y les gritó:

—¿Qué traigo ahora?

Se pactaron doscientos pesos de apuesta, en atención á que el animalito venía sacando la cola del envoltorio.

—¿Qué es?—tornó á preguntar nuestro muchacho?

—¡Un gato!—respondieron todos, cayéndose de risa.

—¡Perdieron, porque es gata!—exclamó nuestro héroe, recogiendo su ganancia, que resarcía sus pérdidas anteriores y le dejaba un excedente de más de cien pesos.

Moraleja. Uno tras otro los abortos dramáticos del modernísimo teatro español, han ido resultan-

do, con poças y honrosísimas excepciones, insignes engañifas al público. ¿Qué saldrá ahora del envoltorio de la musa ibérica, que ya se le ve la cola? ¿Gato ó gata? Según mi modo de apreciar los acontecimientos, ni gato ni gata, *culebrón*.

GABRIEL F. PELÁEZ.

[POETA SINALOENSE.]

C. de Ud. Julio 20 de 1890.—Sr. D. Francisco Javier Gaxiola.—Presente —Querido amigo:

Desea Ud. conocer mi pobre juicio acerca del mérito literario de Gabriel Peláez, uno de los poetas de más viso y estro del parnaso sinaloense, y como no hay óbice alguno que me estorbe el satisfacer su deseo, lo hago con duplicado gusto y complacencia, supuesto que á la par sirvo á Ud. y departo sobre los quilates de la rica guzla de Peláez.

Peláez es un sibarita delicioso como hombre de mundo y como hombre de letras; es el bardo de los festines, del amor sin contratiempos, de la serenidad del espíritu y de la salud del cuerpo: para él no hay abrojos en el universo ni desdichas en la existencia: todo lo mira al través de su envidiable temperamento optimista. Hasta la elegía adquiere en su lira modulación consoladora.

Dice ante la tumba de una hermana:

Y pura y virgen cruzó
de la vida en el delirio,
y su alma al cielo se alzó,
como perfume del lirio
que la brisa respetó.
. . . . . .
Pobre flor, blanca azucena,
vaso de exquisito aroma,
alma de ternura llena,
dulce, naciente paloma
como los ángeles buena.

La musa de Gabriel Peláez es compasiva, tierna y misericordiosa; huye por igual de la sublimidad trágica, que sabe que no ha de alcanzar, y de la burla zafia y plebeya, que repugna á su genio: ni el dolor agudo y hondo arranca de ella desgarradores acentos de angustia y desesperación, ni las ridiculeces humanas logran imprimir á su fisonomía otra cosa que tal cual plácida sonrisilla, benevolente y suave. Ha escrito Peláez muchos romances jocosos que comprueban este carácter tranquilo de su inspiración, y la índole afectuosa y blanda de su numen.

Oigamos cómo se conduele, al despedirse de un amigo, de las mezquindades de la vida:

¡Adios artista! ¡Envidio tu existencia!
Tú no tienes delante la presencia
de este mundo en que pena la virtud....
Tu genio te conduce á otras regiones

ajenas de las míseras pasiones
que envenenan la atmósfera común.
¡Adios! ¡Adios! Si próspero el destino
llega á alfombrar de flores mi camino
brindándome un dichoso porvenir,
mejor que amigo, me verás hermano
ir á estrechar con efusión tu mano
cual hoy en el momento de partir.

¿Se trata de una beldad que se le oculta y esquiva por femenil coquetería? Pues le dice:

Sólo una vez, ¡oh, niña!
verte he podido
y desde entonces triste
por tí suspiro.
Sal á tus rejas
no destroces el alma,
que es tuya entera.

Y áun al encarecer su afecto á la dulce prenda de su corazón, y ofrecerle las más ardientes caricias y el culto más fervoroso, deja traslucir el vate la pícara intención de quien se humilla hasta el polvo, con el egoísta, doloso y preconcebido intento de que le premien la humillación, otorgándole más de lo que solicita.

En vez de tu tir no
niña hechicera,
seré el humilde esclavo
que te obedezca:
tan cierto es ello
que si un beso me pides
te daré ciento.

Si reclinar me mandas
mi sien altiva
en tu blando regazo,
graciosa niña,
lo haré sumiso
que es tuya el alma toda
de tu cautivo.
Y aunque siempre fuí sobrio,
si tú lo ordenas
beberé hasta embriagarme
tu dulce néctar.....
¡Bella la muerte,
si de amor en tus brazos
me la concedes!

Viendo inútiles los ruegos por el lado de las promesas de vasallaje, el enamorado trovador suspira contrito, recurre á la súplica más rendida, é implora, no ya beber néctares, recostarse en regazos ni que le dejen morir en éxtasis y transportes apasionados, sino una simple y compasiva mirada de simpatía.

Pero este amor que sin tregua
mi vida absorbe y consume,
es santo como el perfume
del incienso en el altar.

Amor que en secreto vive,
casto, inefable, profundo,
sólo tú, niña, en el mundo
me lo pudiste inspirar.

Torna, pues, á mí tus ojos,
que son la luz de mi vida,
y pueda en ellos, querida
una esperanza entrever;

una esperanza siquiera
de que me amarás un día,
y en mi soledad sombría
resignado esperaré.

Peláez es lírico al estilo de Horacio, y cuando no canta sus placeres y epicúreas satisfacciones, gusta de referir á sus intereses áun las cosas más inmateriales. Si habla de la caridad, dice que nos consuela si nos mira y nos eleva á Dios si nos inflama, y si quiere celebrar el natal de un músico, no encuentra en el arpa propiciatoria notas dignas del genio, del arte y de la amistad. Siempre cauto y modesto, ni se remonta á las celestes alturas de la oda pindárica, ni desciende al breve patrimonio del epigrama bretoniano.

Plácele no hacer ruido, no llamar mucho la atención hácia su personalidad; tañer la cítara en la penumbra y que sus notas vuelen á merced de una atmósfera mansa y discreta.

Mujer y ángel es una composición que fotografía el estro de Peláez. La copio en seguida íntegra por ser corta:

¿Cómo he de amarte como tú pretendes,
como adoran los ángeles á Dios,
si con tus besos mi pasión enciendes
y haces mi sangre circular veloz?

Fuerza es que el fuego de mi pecho estalle,
por más que un ángel eres del edén,
si al contemplar tu voluptuoso talle
me gusta más que el ángel la mujer.

Y yo sé que eres ángel, vida mía,
pero tienes un modo de mirar,
que no es posible amarte á sangre fría,
cual no es dable en las llamas tiritar.

Déjame, pues, en mi ardoroso anhelo,
adorar tus encantos, ser feliz,
mientras la tumba me conduce al cielo
para amarnos como ángeles allí.

Como se ve, Peláez es un verdadero humorista: el arte es, para su criterio una galana traducción oral del estado siempre dúctil de su conciencia poética. Vela y encubre el apetito de la carne, y da tornasoles de espiritualidad á ideas y sentimientos puramente sensuales. Sin embargo, Peláez es cristiano, si bien su cristianismo es como su poesía, tolerante y parsimonioso: la herejía, le escuece, pero deja á otros la tarea de mantener ileso el dogma. Se encoje de hombros, lo mismo cuando escucha un sacrilegio que cuando un ripio le hiere el tímpano. Ignoro el parecer que tendrá formado respecto de la naturaleza y misión de la poesía, pero á juzgar por sus producciones no la toma para sus fines personales en serio, quizás por modestia, quizás por tener consagrada su actividad á otras labores: la acepta más bien como un fructuoso pasatiempo, como un entretenimiento fecundo del espíritu, mas no con la perseverancia y la energía de voluntad de un verdadero artista. Casi todos sus versos son de circunstancias ó están escritos bajo la impresión del momento de algún suceso efímero, no siendo raro el caso de que pulse la cítara con el propósito de

agradar á determinada persona. Este carácter circunscrito de su inspiración, acotando el campo de su fantasía, le quita la amplitud de miras y la generalización estética indispensables á toda creación de la inteligencia que ambicione universal y permanente aplauso. Sea lo que fuere, sus composiciones son airosas, flexibles y elegantes.

Hé aquí unas décimas joviales:

Bien sabe Dios que me afano
intrigando de lo fino,
por ver si alcanzo un destino
que tanto he pedido en vano.
Pues aunque en mi oficio gano
lo que para muchos fué
suficiente, cuando hablé
de ello á mi novia, "está bien,
—me dijo—busca *con quién*,
puesto que tienes *con qué*.
Y yo comprendí al momento
que hallaba escaso mi haber
para poder contraer
el séptimo sacramento.
Le puse ejemplos á ciento,
me replicó, porfié,
insistió, me subleve,
y en medio de tal belén,
salí sin tener con *quién*
por creer que tenía *con qué*.

Además de la defectuosa asonancia aguda de los cinco últimos versos de las dos espinelas, advertirá Ud. en el postrero de la segunda dos errores prosódicos. Los llamo errores, porque aunque los re-

tóricos admiten la sinéresis como licencia poética, lo cierto es que ningún versificador de buen gusto debe emplearla sino con mucha cautela y allá muy de tarde en tarde. Puede alegarse no obstante, en defensa de Peláez, que faltas ó erratas como las que le señalo, son frecuentes, no sólo en él, sino en todos los poetas sinaloenses, por no decir mexicanos, y de consiguiente, siendo mal de muchos, debemos consolarnos de que no sean mayores aún las aberraciones acústicas de la métrica nacional. Tiene defectos también de otro linaje Gabriel Peláez. Dice por ejemplo, en una de sus estrofas que he citado *mientras la tumba me conduce al cielo,* donde la metonimia *tumba* me parece incorrecta, pues si bien la muerte se puede personificar, no así en rigor sus símbolos el sepulcro y la tumba. Dígase mausoleo ó sarcófago y se verá más de bulto la impropiedad.

Alguno que otro pecado retórico ó gramatical pudiera censurar todavía en el escritor de que trato, pero no entra en mi plan hacer una disección analítica de sus obras, ni es género de crítica que me haya gustado cultivar nunca. Innegable es su utilidad áun para los mismos criticados, mas el hallar lunares ha sido siempre sinónimo de malquerencia y meticulosidad, desde los doctos y memorables tiempos del clasicismo helénico. Basta, pues, dejar consignado que Peláez no es impecable, ni mucho menos inmaculado, y abandono al que quiera el ingrato papel de Zóilo, Hermosilla y Clemencín.

Entre las composiciones de Peláez figura un

idilio, pero no es como los de Teócrito, ni como el antonomástico de Núñez de Arce, sino un idilio inverso, la parodia del idilio clásico; un idilio de glotonería y concupiscencia. Se denomina *Comer, amar y dormir*, y con citar el título ya está dado el tono gastronómico, erótico y poltrón que domina en el poema; el cual tiene por sinfonía y por coda ó rondó la siguiente seguidilla:

Ni el sultán que á los turcos
domina altivo
es más que tú felice
mi caro amigo;
pues en tu aldea
sin cerrallos ni eunucos
te aman las bellas.

El caro amigo á quien el vate se dirige es un apreciable sujeto que no tiene más oficio que el de consagrarse á los goces de los sentidos: es su pan de cada día, y si no fuera desacato ó irreverencia decirlo, el espejo de las ilusiones del poeta. Por lo demás, el asunto está bien conducido, la combinación métrica de hepta y pentasílabos responde á la naturaleza del argumento, y sobre abundar la gracia y el buen humor en la composición, hay en todo ella color, olor y sabor locales. Si esto es un mérito en poesía descriptiva,—y para algunos críticos no sólo es un mérito, sino una presea,—Gabriel Peláez debe ser colocado á la vanguardia de cuantos hayan ensalzado en el lenguaje de los dioses los condimentos nacionales, pues ennumera

tantos y con tanta delectación, que estimula el hambre del lector más dispéptico y convence á todos de la profusión y suculencia de nuestros manjares y potajes.

Veamos el final ó postres del cotidiano almuerzo de su héroe, al propio tiempo su interlocutor.

Para concluir un pavo
asado al horno,
con rabanitos tiernos
dulces y rojos,
y una ensalada
de lechugas, zanahorias
y verdolagas.
Clori, Filis y Flora,
lindas criaturas,
los manjares te sirven
que más te gustan,
y en sus labios
reconocen los vinos
antes de dártelos.
Y la gota brillante
de dulce néctar
que en tu rizo bigote
temblando queda,
amante Flora,
para enjugarla apresta
su linda boca.
Luego dulces y fruta
¡es una gloria!
¡Qué diversos tamaños,
qué varias formas!
La *jericalla*
provocadora ostenta
su tez dorada.

Aromosa conserva
de limoncillo,
uvas frescas, cocada,
plátanos chinos
y de torrejas,
cuando menos te comes
una docena.
En un jarrito nuevo
la *leche-crema*,
y en la cesta de mimbres
van las ciruelas
y los jocuixtles
en el mandil los lleva
la bella Filis.

Ni el Sultán dominando á los turcos es mas feliz que Peláez tañendo el rabel en loor de la mesa. En su idilio sólo discuerdan los nombres demasiado enfáticos de Filis, Cloris y Flora. Si las tres aldeanas se llamasen, verbi-gracia, Petra, Simona y Sebastiana, habría más verdad en la pintura, porque Filis y Cloris no hay en ninguna comarca de la República. Además, desde que Meléndez Valdés, llenó de miel la zampoña, empalagan esos nombres pastoriles de convención. Están ya rancios, tienen la lama consiguiente al manoseo de innumerables y sucesivas generaciones de poetastros, y no logran vibrar con éxito en los tiempos que alcanzamos, sino acaso en las cuerdas de algún laud de primer orden. No digo yo que desdoren y afeen la festiva composición de Peláez, pero hubiera deseado en ella nombres más reales y efectivos, más de carne y hueso, por decilo así.

Una Filis llevando *jocuixtles* en el mandil, se me figura, pongo por caso, una Melpómene llevando *tejocotes* en el halda: entre los nombres de Filis, jocuixtles y mandil, hay repugnancia intrínseca é invencible.

Esto no impido que Gabriel Peláez pertenezca á la guardia vieja de las letras sinaloenses, como que es compañero de Pedro Victoria y lo fué de Alonso Margado. Hoy rara vez pulsa la lira, aunque sí pulsa las dificultades de la administración y la política. Diez de sus composiciones figuran en el álbum de producciones en prosa y verso denominado *Mazatlán Literario*, y á ellas me he referido en estos apuntamientos epistolares, porque las conceptúo las mejores de cuantas conozco suyas. Por otra parte, entre dichas composiciones las hay de diversas especies y de diferentes metros, como se ha visto, por lo que facilitan la apreciación en conjunto de las facultades poéticas de su autor.

Gabriel Peláez, en mi opinión, tiene más numen del que aparenta, y es lástima que las circunstancias de su vida ó el poco estímulo hayan adormecido en su cerebro la legítima ambición de la gloria. Sus poesías se recomiendan principalmente por el donaire de la cláusula y la atingencia artística con que están arregladas las palabras, para que hieran á la vez el entendimiento y la fantasía del lector en el sentido que el poeta quiere. Peláez se preocupa más de la cinceladura que podríamos llamar periférica que del fondo mismo de sus concepciones, y muchas veces vulnera la gra-

mática en busca de algún giro, que le parece así más rotundo que si le pasase por el tamiz académico. Es decir, Peláez es por naturaleza más artífice que poeta, y si hubiera cultivado con mayor esmero sus aptitudes, sería hoy un burilista ático de la frase. En Sinaloa no hay quien compita con él en este particular, y si Victoria le aventaja en espontaneidad y calor, y Beltrán le sobrepuja en aliño y simetría, los dos están debajo de él en elegancia y sencillez.

PALIQUE.

Las posadas.—Atahualpa y Valverde.—A los imitadores de Bécquer.—Parto de un aerolito.—Polos de temperatura.—Noche buena.

Estamos en tiempo de posadas, es decir, en tiempo de mística diversión y divertido misticismo. Todo el mundo se agita, se mueve, va y viene, en busca de santos peregrinos, música, alcohol y muchachas. Antiguamente estas fiestas tenían un carácter puramente religioso, pero ahora ha cambiado la decoración y le tienen puramente mundano. En lo general se han suprimido ya las prácticas cristianas que en ellas se acostumbraban, y sólo se atiende á lo que antes era accesorio y hoy es principal: al baile. Los rezos, las letanías y los peregrinos preocupan muy poco á los actuales devotos de la Navidad, y si acaso intervienen en la farsa es como elemento grotesco de una pantomima que se representa entre risas y bullicio.

Esto prueba que los hábitos añejos se van, para abrir paso á los nuevos hábitos, más en harmonía con la cultura actual del mundo. Lo mismo ha sucedido con el Carnaval, con la Semana Santa y con el Corpus. Las posadas agonizan; las posadas sufren los últimos estertores para hundirse pronto en la inmensa arca de la historia. Su crepúsculo es como todos los crepúsculos, pálido; su fallecimiento será como todos los fallecimientos, definitivo.

***

Y á propósito.

Acababa de salir de San Miguel, primera colonia que los españoles fundaron en el Perú, su conquistador don Francisco Pizarro, cuando el emperador Atahualpa con una pompa y magnificencia extraordinarias, acudió á la entrevista, de antemano solicitada, que deseaba tener con el jefe castellano. Como hubiesen de advertir las huestes del inca los aprestos bélicos de las de Pizarro, manifestaron sus temores al confiado monarca, quien las animó diciéndoles que los españoles eran enviados de la divinidad y que se les debia acatamiento y homenaje.

Mientras el inca dirigía estas exhortaciones á los suyos, se le acercó Vicente Valverde, capellán del ejército español, con la cruz en una mano y la biblia en la otra, y le espetó un largo discurso para inculcarle los principales dogmas de la religión cristiana.

El inca le oyó con paciencia, limitándose á contestarle con moderación:

—Que él no deseaba otra cosa sino hacerse amigo y aliado del rey de España, aunque no estaba dispuesto á reconocerle por señor. Que todo lo restante del discurso era ininteligible para él, pero que tendría gusto en saber de qué medio se había valido para que llegaran á su noticia todas las maravillas que le había contado.

—Por medio de este libro, le respondió Valverde, enseñándole la biblia.

El inca tomó el libro, le examinó, le dió varias vueltas, se le acercó á la oreja, y al fin arrojándole con burlona sonrisa, dijo:

—¡Nada me habla!

Estas sencillas palabras fueron la señal de un reñidísimo combate, en que murieron cuatro mil peruanos, sólo porque su caudillo no había podido entender las revelaciones de un libro que nadie entiende. ¡Cuántas hecatombes se han verificado en nombre de tan famoso libro! ¡Cuánta sangre y cuántas lágrimas ha costado la amable y fácil doctrina de quien predicó la mansedumbre, la igualdad y la pureza de intenciones!

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos! Por supuesto, cuando el croquis de tal reino se señale siquiera, como una hipótesis aventurada, en algún novísimo mapa de la esfera celeste!

***

¡Imitadores de Bécquer! supongo que debéis conocer el prólogo de Rodríguez Correa á las obras del cantor sevillano, ya que como contritos adoradores del bardo cuya sombra discurre aún por las márgenes del Duero y del Bétiz, debéis tener la colección completa de sus producciones en algún nicho cuando menos de barro, ante el cual, con el respeto que inspira un oratorio, y hundiendo las rodillas en un cojín aunque sea de levitas viejas, solicitaréis la merced y gracia del santo de vuestra devoción, que os hará tanto caso como las figuras simbólicas del calendario azteca.

Y ¿qué tal? ¿Os saben á almíbar las rudas verdades de Rodríguez Correa, su amarga protesta contra todos vosotros? ¿Tenéis la pretensión de que como á Júpiter os brote del cerebro una nueva Minerva, arrebujada en mal zurcidos lienzos de bayeta y lustrina? ¿Pretendéis que como Venus de las espumas del mar, surja de las nieblas de vuestro chirumen la inspiración soberana del trovador de Toledo? ¿Os figuráis que la fábula del fénix renaciendo de sus propias cenizas, tiene realidad posible, y queréis que de los escombros de la tumba de Bécquer, renazca el genio que se hundió en ella para siempre?

Lo que digo de vosotros, lo digo de todos los que imitan; y ¡basta de mitología!—No deliréis, señores: la época de los milagros pasó ya. Ahora vivimos en días de positivismo y de tanto vales cuan-

to, tienes. La estafa literaria, el agio poético, son como la moneda falsa, que conduce á la cárcel á los falsificadores. ¡Decidnos qué réditos pagáis á Bécquer por lo que os presta y os concederemos el derecho de comerciar con su capital!

***

—Doña Petronila ¿ha visto *usté* que las piedras tengan hijos?

—No, comadrita, ni diga *usté* tal cosa..... Si eso no tiene *cuate*.

—Pues como *usté* lo oye comadrita. Así lo reza *La Voz de México*, que como *usté* sabe, no puede mentir. ¡Como que están en gracia de Dios (que de él hayan) los benditos señores que la redactan!

—Pero, Mariquita, no *paso á creerlo*. *Usté* se chancea y me quiere dar atole con el dedo.

—No, comadre, oiga *usté* la *relación*, para que lo comulgue y lo tenga entendido. Mi Juanito, que por la misericordia de la Divina Providencia, ya lee de corrido, *trujo* el otro día un número viejo del santo papel y me leyó, con su voz delgadita que parece de ángel, que por allá en unos pueblos muy lejos, unos señores ingenieros se hallaron una gran piedra, y después de muchos trabajos la agujerearon, encontrándose en el centro un esqueleto de hombre, que no puede pensarse sino que allí nació.

—Pero, ¿cómo, hijita de mi vida?

—El cómo es lo *peliagudo*, pero el hecho no se puede negar. Los ingenieros *decían* que era un ha-

bitante de una estrella, mas esto *sí* que no cabe en el *magín*. Pues, dígame *usté*, comadre de mi alma ¿de qué artes se valió el *arolito, arelito* ó como ellos lo llaman, para llegar á la tierra? Yo no veo en esto más que un milagro de nuestro Divino Salvador, que nos ampare en el trance de nuestra muerte.

—¡Bendito sea Dios, Mariquita, que tales portentos hace, para confundir herejes, masones, incrédulos y protestantes!

El aerolito de la vieja y las berqueróides vienen todos del mismo rumbo: de las nebulosas.

***

De una carta que he recibido [pueden Udes. creérmelo], de la tres veces heróica ciudad de Veracruz, tomo los siguientes párrafos:

"Sudo sin descanso, á chorros, desde que entró el tren en la zona de Córdoba. Anoché fuí á la ópera; sudé á mares un acto, pero no pude sudar los tres. Me salí con sombrero á la calle. Vi una casa muy alumbrada, con mesas en la acera y cantina, y salas con mesas.....y entré.

—¿Tiene Ud. boleto, caballero? me preguntó un mozo.

—No, señor.

—Pues no se puede entrar, por aquí sólo entran los socios.

Las mesas de la calle estaban llenas de señoritas de buen porte.

—Perdone Ud., le dije á mi mozo [para hablar á la francesa, pues era yo el que debía perdonar].

Seguí mi camino y á poco andar me encontré otra casa con mesas fuera y dentro: me aproximé con cautela y dirigiéndome á un mozo, le pregunté:

—¿Este, es un café?

El mozo se echó á reir sin contestarme, creyendo sin duda, que yo estaba loco ó me burlaba de él.

—Perdone Ud., le dije (y también era yo el que debía perdonar en este caso): acaban de pedirme boleto en otra casa igual á esta en su aspecto.

Y me soplé dos vasos de naranjada que sólo saben tan ricos á expensas de tanto calor. En aquel momento hubiera yo escrito una oda á la temperatura infernal de Veracruz.

Ni áun así me refrescaba. Vine á mi cuarto y me senté en medio de él, dejando abiertos los dos balcones que tiene á dos calles, á mecerme en un columpio ó hamaca angostísima, en el traje de Adán y fumando un puro. Rendido por el sueño, me acosté sin echar el pabellón de la cama, y los mosquitos me encontraron sabroso, pues se cebaron en mí.

Hoy empecé tomando un baño de una hora y he seguido sudando sin cesar. Salía sudando del baño, con el sombrero en la mano, cuando encontré á un amigo que me dijo:

—Yo hago eso mismo (lo de llevar el sombrero en la mano), en estío, pero ahora en invierno.....

—¡Cómo, le interrumpí, esto es invierno?

—Sí, me respondió, comprendiendo mi asombro: suelen refrescar las mañanas y las tardes.

Yo no he visto el termómetro, pero dudo de que en las regiones plutónicas haga más calor que el que estoy sintiendo y que yá no soporto."

Pues aquí en la ciudad de los palacios [que dijo Humboldt] hace tal frío, que el día menos pensado amanecemos congelados. Se necesitan gruesos cobertores de lana y felpa para calentarse un poco: así está la gélida estación de cruda é insoportable; es decir, nos hace una caricia polar. Esto no obsta para que también llueva y se inunden las vías públicas de la metrópoli, justificando el título que le dió Cervantes de Venecia americana, allá por los buenos tiempos en que las calles no tenían empedrados y las acequias lucían al aire libre sus nada cristalinas ni murmurantes linfas.

Sin embargo, tenemos zarzuela por *tandas*. ¡Horror! De sólo imaginármelo se me han erizado los cabellos y la bilis me ha salido por los lagrimales. Estoy por irme á Veracruz á chamuscarme, y á que me chupen la sangre y la paciencia los insectos alados y zumbadores.

***

La Noche Buena ¡qué nombre tan poético! Parece transportarnos al humilde portal de Belén, donde se verificó el natalicio del Redentor; del destinado á sembrar la semilla de la igualdad y la fraternidad humanas. Los pueblos libres deberían

festejar siempre el aniversario del primero y más grande de los mártires.

La significación del acontecimiento histórico que se conmemora el 24 de diciembre debe ser más bien moral y política, que religiosa: se refiere más al derecho humano que al dogma. La ilustración es el requisito indispensable para la pública felicidad, y Cristo, como Prometeo, robó al cielo la chispa divina é iluminó la frente del siervo.

La conciencia del derecho fué así el primer peldaño de la civilización. El día de Navidad es el 16 de septiembre del mundo. Hidalgo es Jesús; Dolores, Belén; y Acatita de Baján, el Calvario. Judas es Calleja.

INDEPENDENCIA NACIONAL.

Alocución cívica leida en la glorieta principal de la Alameda de México, el 16 de septiembre de 1890.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

CONCIUDADANOS:

Tarea anual y sagrada la que nos reune á conmemorar el suceso más grandioso y trascendente de nuestra historia, hónrome hoy en dirigiros mi débil y desautorizada voz, por distinción del ilustre Ayuntamiento de México, para cumplir con el inagotable y perenne deber de gratitud hácia quienes, con su heroicidad y martirio, nos sacaron á la luz de la libertad, de las sombras del coloniaje. Forman ellos el fundamento de nuestra vida nacional, la base de nuestra autonomía, y justo es y necesario evocar del seno de lo pasado sus memorables hechos, y conservar puro é inmaculado el recuerdo de sus nombres vene-

randos, para estímulo y enseñanza de las generaciones actuales y futuras. La historia de la humanidad en interminable serie de ejemplos, presenta siempre vivo este sentimiento justiciero de los pueblos: todos los que han dejado huellas de su paso por el mundo, hánse esforzado en perpetuar la memoria de sus grandes hombres, ora en claves hieráticas y pergaminos, ora en espléndidos monumentos de bronce y mármol, ú ora en ráudas estrofas de patrióticos y populares cantos, ó en el severo relato de los analistas y filósofos.

Estériles serían, empero, estas ceremonias si al honrar la memoria de los benefactores de la patria, no pudiésemos demostrar con argumentos irrecusables que hemos acrecido y mejorado la herencia que nos legaron. Creo que sí la hemos mejorado y acrecido, pues si un vistazo echamos á nuestros antecedentes, bien podremos enorgullecernos de nuestros agigantados pasos en el camino del perfeccionamiento. No hace aún una centuria éramos mísera colonia, sujeta en todo á un poder arbitrario, á una legislación informe y nebulosa, y á un régimen de disciplina en que se amalgamaban los rigores del convento con las tiranías del cuartel. No hace un siglo de ese estado de cosas ominoso y servil, y ya hemos colocado la planta en los peldaños de la escala que conduce al pleno goce de todas las libertades individuales y públicas; ya hemos definido teóricamente, mejor que ningún otro pueblo, las bases fundamentales de un gobierno en que el poder no sea sino la expresión

de la soberanía nacional, emanada de la voluntad libre y espontánea de los ciudadanos; ya hemos construido, en suma, los cimientos de una verdadera democracia, sin conexiones con la demagogia por un lado, ni con la alquimia religiosa por el otro,—una democracia igualmente desligada de las influencias nocivas del espíritu populachero, que del ultra-radical influjo de las ambiciones cortesanas y místicas. En menos de un siglo hemos recorrido el trayecto intelectual y político que otras naciones han tardado centenares de años en recorrer.

Tras épica lucha de más de una década, ilustrada por los hechos más gloriosos que pudieran halagar el patriotismo de la nación más austera, conseguimos ostentar vida propia é independiente sobre la faz del globo; pero al punto surgieron dificultades de otra naturaleza, en orden á la forma de gobierno que debía adoptar en su nuevo estado el país. Dos partidos políticos pugnaron desde luego por alcanzar la supremacía y victoria en tan capital asunto para la estabilidad de la nueva patria: el partido progresista, inspirado á la par en las rapsodias filosóficas de la revolución francesa y en las prácticas republicanas recién implantadas en los Estados-Unidos; y el partido tradicionalista, que por una extraña aunque lógica modificación de prospecto, después de haber combatido con todas sus fuerzas la independencia nacional, vino á decidir en odio á los principios modernos, de su completo y definitivo triunfo. El abrazo de Acatém-

pan significa la transacción momentánea del clero con los intereses nacionales, en espera de buscar una coyuntura para sacar en salvo los de la monarquía y la iglesia, bastante comprometidos en la metrópoli con la vigencia de la constitución de Cádiz. El partido progresista pretendía una forma de gobierno acorde con sus aspiraciones de libertad, mientras que su retrógado adversario trataba de que México siguiese bajo la tutela eclesiástica, único y principal objeto de su cambio de conducta; y siendo ambos partidos suficientemente poderosos, é irreconciliables sus intereses, el choque de principios no tardó en llevarse al campo de la pelea armada, tras el breve y ridículo imperio de Iturbide. Sucediéronse en seguida gobiernos transitorios y fugitivos, que lejos de ocuparse en dictar medidas administrativas y organizadoras del cuerpo social, sólo trabajaban por mantenerse en el poder y destruir al enemigo, para aquistar el derecho de constituir la nación, según las ideas de los partidos que alternativamente empuñaban las riendas del gobierno. El plan libérrimo de Ayutla vino á completar en cierto modo el programa político de Hidalgo y de Morelos, y tras los despotismos sanguinarios de los Bustamantes y Paredes, y la orgía dictatorial y nefasta de Santa-Anna, la promulgación del Código inmortal de 57 y el triunfo glorioso de la Reforma en todo el país, fueron el coronamiento inconcuso y perdurable de la obra de libertad y patriotismo iniciada en 1810 por un humilde vicario de aldea.

Una postrera tentativa, un último esfuerzo promovió aún el bando reaccionario, pero la república venció juntamente la coalición exterior por medio de sus armas y su diplomacia, y la resistencia interior con la firmeza y valentía de sus buenos hijos: desde entonces pueden considerarse difinitivamente constituidos los principios democráticos, que poco á poco van tomando sitio en las costumbres, después de haberse infiltrado en las leyes. Así es como Juárez, Ocampo y sus compañeros, vinieron á terminar la empresa de Hidalgo, Morelos y demás héroes del primer período de la Independencia, que no sólo proclamaron nuestra separación política de España, sino el advenimiento de todos los beneficios de la libertad en México. Clara y terminantemente lo expresó así el inmortal caudillo de Dolores en su célebre manifiesto á los americanos, y más clara y terminantemente lo expresó también el egregio Morelos en su discurso de apertura del primer congreso nacional. Por eso dentro de las no bien conocidas leyes que norman la marcha de los pueblos al través de las edades, era sin duda irremediable el triunfo ulterior y definitivo de las ideas que alentaron á los iniciadores ínclitos de la libertad mexicana.

¿Tendré necesidad de referiros los acontecimientos culminantes de la gloriosísima guerra de nuestra independencia? ¿Será preciso que os recuerde uno á uno, á los preclaros continuadores de la santa causa comenzada por el primero y más grande de nuestros héroes, D. Miguel Hidalgo y Costilla?

¿Necesitaré desarrollar ante vuestra benévola atención todo el lúgubre y sangriento drama de nuestra redención política? No, seguramente, señores, pues que todos vosotros lo sabéis tan bien ó mejor que yo; pero sí es bueno repetir, porque constituye uno de los mayores timbres de gloria de que podemos ufanarnos, que de todos los movimientos que han cambiado la forma política de las naciones, ninguno ha principiado con tan pobres recursos materiales como el que trocó en República Mexicana la que fuera colonia ó factoría española. La perpetuidad colonial, la secular sumisión de los hijos de Anáhuac, postergados en todos los ramos de la administración, en todas las jerarquías sociales, en todos los puestos del escalafón clerical, era un agravio inaguantable para los criollos, que tales humillaciones soportaban hacía trescientos años, y por eso al grito de libertad lanzado por Hidalgo casi solo, la madrugada del 16 de septiembre de 1810, respondió otro grito unísono de todos los mexicanos y cundió la chispa revolucionaria con la velocidad del rayo, de un extremo al otro del virreinato. Once años duró la lucha y al cabo de ellos lució por fin para la patria el anhelado día de su absoluta emancipación de la corona de Castilla; pero antes muchos héroes regaron con su sangre las gradas del patíbulo, muchos otros sufrieron al morir la befa y el escarnio de la soldadesca realista, y otros aún sintieron sobre su frente la indigna mano del sayón eucarístico que en nombre de Dios los degradaba. ¡Todos ellos, señores, merecen bien de la patria y

que año por año en esta fecha, les consagremos un solemne homenaje de nuestra eterna gratitud!

La educación política de un pueblo no es obra de un momento, por mejor preparado que para ella se encuentre; así es que el sacrificio de los progenitores de nuestra nacionalidad, no dió de pronto todos sus frutos, que áun después hemos empleado algunos lustros en cosechar, á causa de la tenaz oposición del partido cuya historia ocupa las páginas más negras de la nuestra; pero ese partido ya no alienta sino en la órbita de la controversia especulativa, y en tal virtud, abandonando para siempre el sistema letal de las violencias políticas, nos agrupamos bajo el lábaro tricolor, unidos y compactos todos los mexicanos, en fraternal consecusión de lo que nos falta para realizar nuestros ideales.

Sí, señores, después de prolongadas y sangrientas luchas por conquistar y afianzar los principios fundamentales del orden público, hemos entrado en un período de evolución pacífica y reconstructora, cuyo benéfico resultado será la mayor difusión de las luces en la esfera intelectual, así como el acrecentamiento de la riqueza pública en la esfera de los bienes materiales. Nadie duda ya de que la nación restaña sus heridas, restaura las fuerzas gastadas en cruentas convulsiones intestinas, y se prepara orgullosa á la lid más noble de todas, á la más útil y generosa pugna, á la de la inteligencia y el saber. Ya no se presentará ante los otros pueblos civilizados de la tierra, armada de instrumentos de destrucción y de muerte, y rindiendo culto á la dei-

dad de la discordia y de la guerra; sino armada de instrumentos de trabajo y de vida, y rindiendo culto al numen de la paz y la harmonía. En vez del tradicional acero homicida, lleva en la mano el libro que redime; en vez del cañon, el arado, y en vez de la tea incendiaria de las propiedades, el foco de luz eléctrica de las industrias. No cabe cerrar los ojos á esta transformación, y si áun subsisten resabios de los antiguos cánceres del país, es porque el modo de ser de los pueblos no se cambia en un instante, como la decoración de una pieza de magia. Requiérense para ello desahogadas evoluciones en torno de sucesivos ideales, que vayan determinando el carácter y el tipo autonómicos, y encaucen las tendencias generales hácia fines perfectamente definidos y aceptados por todos. Gran parte de esta labor tardía é indispensable que otros pueblos han ejecutado en siglos, ha sido para México obra de unas cuantas decenas de años de vida independiente; y nadie puede abrigar incertidumbres sobre la forma de gobierno que la nación desea conservar, pues está ya grabado con caracteres indelebles en la historia universal, el veredicto inapelable que el pueblo mexicano ejecutorió sobre la cumbre del cerro de las Campanas.

La mejor manera, señores, de honrar la memoria de los hombres que nos dieron patria, consiste en renovar ante sus manes sacrosantos, la promesa de seguir leales á su divisa y de trabajar sin descanso por la grandeza y la felicidad de la nación. Hagamos ese juramento año por año ante la imagen ve-

nerable de Miguel Hidalgo, símbolo y encarnación de la independencia nacional, y cumpliendo fielmente nuestra protesta, seremos dignos descendientes suyos y merecedores del risueño porvenir que nuestra admirable historia nos augura.

PRÓLOGO DE UNA NOVELA. (1)

Es costumbre no sé desde cuándo que á todos los libros anteceda una especie de ujier encargado de anunciarlos. Surge un prologuista como por escotillón, hace una profunda reverencia, adelanta con majestuoso andar hácia el proscenio social, y dice sobre poco más ó menos: "Respetable público,

(1) El año de 1878, cuando principiaba yo á cultivar las letras, escribí dos prólogos: uno á las poesías líricas de Peon Contreras y otro á la novelita *Mirtilo* de Carlos Curtis El primero le refundí el año de 81 en el estudio que con el título de *Noticia de la vida y obras de José Peon y Contreras* figura en mi primer libro *Bocetos Literarios* y que sin mi firma aparece al frente de la edición de los *Romances históricos* del mismo autor, hecha en París por los Sres. Garnier Hermanos. El otro le refundo también ahora, ya que el joven literato D. Luis González Obregón ha tenido la bondad de referirse á él en su sinopsis de nuestros novelistas en el siglo XIX, con lo que me obliga á rehacer el escrito, para borrarle hasta donde pueda los rastros de la inexperta juventud que le dictó, conservándole empero su fisonomía y su carácter. Ambas refundicio-

cábeme la honra de anunciaros al ilustre autor don Fulano de Tal y su magnífico libro H, que ya desde antes de publicarse, era digno de vuestro encomio. Sigue el panegírico reglamentario del productor y del producto. Hace otra genuflexión el prologuista y se retira pidiendo excusas por sus muchas faltas.

Un prólogo viene á ser, pues, según el vulgar concepto, la preliminar apología de la obra que precede: conviértese el prólogo en un ardíd para usurpar á la mayoría de los lectores el derecho de juzgar por sí mismos; en una especie de trampa donde, justo es decirlo, sólo caen los incautos. Al tenor que el prologuista es de más polendas en la república de las letras, más inclina con el peso de su autoridad la balanza de la opinión en favor de su cliente. Pero mi situación es distinta, porque mi voto no puede causar ejecutoria; es un laudo sin trascendencia, un hisopo sin agua bendita, un cascabel en el vacío. Además, Curtis no me ha encomendado un ditirambo, que su modestia rechazaría por exagerado; pues él, antes que nadie, califica su trabajo de primer ensayo literario.

La altura meridiana en que culmina hoy la novela, bien patentiza su inmensa importancia artística y social. Habiéndose inspirado durante siglos en la vida pastoral y campestre, en las leyendas fabulo-

---

nes reconocen á la vez otra causa: el deseo de que cuando las personas que me pidieron los dichos prólogos, reimpriman sus respectivas obras, me hagan el favor de sustituirlos con los nuevos, si áun les es grata mi compañía.

sas de la época de preparación histórica, en las lides caballerescas y los conflictos feudales de la Edad Media y en el deslumbrante lujo y la escandalosa protervia de las córtes del Siglo XVIII, alcanza por fin su mayor encumbramiento ó apogeo. Ha seguido la marcha del linaje humano: de la dehesa y el redil, pasó al castillo y al torneo; del castillo y el torneo, al palacio y al sarao; y de éstos, al palenque de la discusión y al amplio debate de las ideas. Desde Longo y Apuleyo hasta Daudet y Zolá, se desarrolla el proceso todo, la historia íntegra de la civilización.

La novela, de consiguiente, va unida más quizá que ningún otro género literario á las tendencias populares. Por su medio, no sólo se alecciona al pueblo, sino que se le revelan los abusos y crímenes de los reyes y de los pontífices, como lo han hecho Alejandro Dumas, Eugenio Suè y Víctor Hugo; á la vez que los campeones de las contrarias doctrinas, recurren también á ella para sus fines políticos y filosóficos. La novela es el campo neutral en que luchan los paladines de todas las sectas, con las armas incruentas del raciocinio y la táctica del ingenio.

Mucho se ha debatido la bondad intrínseca de la novela, pero no hay que perder de vista que es ante todo una obra de arte, cuyo valor depende más de sus formas externas, que de su fondo tendencioso y docente. Se escriben y se leen más, por desgracia, las novelas malas que no las buenas, pero lo mismo acontece con todas las manifestaciones de la

literatura, y no sería cuerdo ni lógico, por lo demás, inferir de las manchas del sol la negación de la luz. El bien y el mal son relativos en el arte más que en la naturaleza, y no se complementan ni se oponen, aunque sea verdad que la rectitud del propósito acendra el mérito de los recursos que se empleen.

La polémica sobre este asunto me recuerda aquel chistoso *gato metafísico* de que se valió *El Nigromante* para reducir á polvo las abstracciones espíritas y escolásticas. Idéntico es el procedimiento de los que metafisican en literatura: sustraen *lo literario*, que es la forma, y obtienen el *gato metafísico*, que es la escuela. Traban á seguida fiera y descomunal batalla sobre sí será yelmo ó será peto, lo que no es sino mísera bacía, y sobre si los faldones del frac sustituyen con ventaja ó no el tonelete y la truza. Creyóse que la escolástica había muerto, pero héte que sale del sepulcro, cual ánima en pena que viene á agenciar el rescate de su purgatorio, y que se nos presenta enmascarada con el antifaz del libre pensamiento. Veamos cómo se ha verificado el prodigio. Allá en los místicos días de Santa Teresa de Jesús y de Fray Luis de Granada, se enmarañaban feroces controversias sobre si una proposición de *subjecto non supponente* era ó no legítima, y en el siglo de Comte y de Littré, se arañan algunos eruditos por escudriñar sencillamente si el veneno y el puñal son ó no buenos resortes dramáticos. Los entes de razón están á la orden del día; los *gatos metafísicos* sacan las

uñas. ¡Desdichada filosofía con estos profetas que suben al Sinaí de la verdad envueltos por las nubes del error! ¡Que tablas de la ley ni que ocho cuartos han de traer de la cima del monte! Bajan como subieron, con las manos vacías y la cabeza llena de aire.

El arte es la nota, el color, la palabra pintoresca. Si bubiésemos de juzgar las producciones artísticas por su trascendencia científica, tendríamos que convenir en que el más topo de los estudiantes del día, con sólo tener conocimiento del binomio de Newton y de la constitución física del sol, es capaz de ser mejor poeta que Isaías ó que Valmiki, que no sabían nada de semejantes materias.

Para que una obra sea artística basta que su forma nos produzca esa impresión indefinible que nos causan los objetos que nos agradan. El molde de la forma es la fantasía; sus auxiliares, la ciencia y el gusto. El bien moral y la utilidad son factores artísticos secundarios, por lo que puede suceder que una obra literariamente bella sea moralmente mala y que otra moralmente buena sea literariamente fea. Esto no impide que la obra pueda ser á la vez bella y moral, en cuyo caso tendrá doble valor. Una obra de tal estirpe tiene dos caras como Jano, pero de fisonomías señaladamente distintas. Una mira al cielo, otra á la tierra; una habla al corazón, otra á la cabeza. La obra que logre tener tantas caras como Brama, será el colmo del utilitarismo en bella literatura; lo que ya se ha in-

tentado en algunos poemas modernos, que explican en verso todas las cosas existentes y posibles.

Ahora bien, como el arte literario no se puede negar que influye en las costumbres de la sociedad, y queda probado que su fin no es enseñar ni moralizar directamente, se deduce que cuando menos está en el deber de no inducir á la perversión de las gentes: éste es, en efecto, su hasta aquí, su límite. El límite marca la excepción, la excepción determina la ley, y la ley es indispensable para el orden y la harmonía de las cosas. De aquí depende que lo que á primera vista parece imperfección en los séres contingentes, sea realmente una perfección en su estado y su naturaleza. La ciencia en último análisis no hace más que fijar los límites de los hechos y de las ideas; y de las series de fenómenos clasificados infiere luego los principios fundamentales. De modo que el dique que la moral opone á la literatura es una limitación necesaria, en que estriba por otra parte, la autonomía y la independencia de las dos, porque si todo se confundiese en todo, no existiría en realidad nada. El universo entero no es más que una agrupación ordenada de cuerpos de diversas dimensiones que se limitan unos á otros; de la misma manera que la historia no es más que una cadena cuyos eslabones se enlazan por los bordes. Aun la fisonomía y la expresión, indispensables á la belleza, afectan nuestros sentidos antes que el juicio nos descubra sus condiciones intrínsecas. Para terminar esta digresión diré que por forma se entiende todo lo

que la fantasía produce, y que la moralidad de una obra no estriba en los detalles y accidentes, sino en el fondo del pensamiento. Así, muchos dramas de santos de Tirso y Calderón son inmorales, mientras algunos cuentos de Boccacio y Lafontaine son morales.

Cerrado tan largo paréntesis, vuelvo á tomar el hilo de mi prólogo, que por lo extenso va pareciéndose á las *famas póstumas* que solía escribir el bueno de don Juan Pérez de Montalván. Decía yo que se escriben y se leen más las novelas malas que las buenas, lo que proviene de que abundan más los autores malos que los buenos, y de que muchos de los segundos, por halagar las pasiones de la mayoría y ceñirse á la moda, le dan gusto al vulgo rebajando la dignidad de las letras y prostituyendo el oficio. Ningún género se ha resentido tanto como la novela de esta influencia nociva del público en los autores y las obras, por lo mismo que es la producción literaria más solicitada y mejor retribuida. La popularidad y el lucro: hé aquí el incentivo. Con ciertos saltimbancos de las letras sucede lo que con sus congéneres del teatro: trabajan donde tienen público.

La transformación que todo el inmenso organismo de la cultura ha experimentado en estos últimos tiempos, son consecuencia necesaria de la ley del progreso, y no seré yo quien anatematice lo que constituye la gloria de mi época. Mediante los fructuosos trabajos que en todos los ramos del saber humano se llevan á cabo diariamente, van

desquiciándose rancias y caducas preocupaciones, deslindándose elementos de civilización antes confundidos y encarrilándose todos en una vía más amplia y despejada. Un espíritu nuevo, más en harmonía con la naturaleza y con las exigencias de una cultura eminentemente práctica, anima y vigoriza á las sociedades modernas.

Tengo fe en las promesas de lo porvenir. Pláceme considerar el extraordinario florecimiento con que tendrá digno remate la ambición de progreso en que templamos nuestras fuerzas para la lucha crudelísima del antiguo con el nuevo sistema. Me complazco en asistir á la gigantesca invasión de las modernas ideas en el grietado y sepulcral recinto de la superstición y el fanatismo. Deléitame presenciar desde la obscura gradería de los comparsas en el drama de la historia, los mágicos y sorprendentes cambios de estructura social, que van modificando poco á poco la faz de la humanidad, estrechando los vínculos de la inteligencia, destruyendo las barreras del egoismo nacional y fundando cimientos de granito á la obra futura de nuestros descendientes.

Esta exuberancia de vida requiere una expresión artística adecuada. El arte cierra siempre con llave de oro cada período de la cultura humana. Es la cincelada veleta que nos indica las corrientes históricas de la atmósfera intelectual. Flotan sus perfumes sobre los despojos de las generaciones sepultadas en el polvo de los siglos, como sobre los pétalos de una flor marchita las postreras

exhalaciones de su aroma. Brillan sus luces sobre las ruinas de las pasadas civilizaciones, como los penachos de fuegos fatuos que suelen ornamentar las negras siluetas de las tumbas en el silencio de la noche. Y si esto es cierto; si convenimos en que el arte es la luna de la historia como la ciencia es el sol; si es evidente que al través de las creaciones de la fantasía, se mira circular la savia de la vida pública, como la roja sangre al través de la epidermis; si está fuera de toda duda que las obras artísticas se nutren, como la flora, del medio ambiente ¿cómo negar que nuestra civilización más vigorosa y completa que otra alguna, debe poseer un arte más vigoroso y completo que otro alguno?

También puede inspirarse la novela en las edadades pretéritas, á la manera con que la ciencia misma va á mojar su clámide en las ignotas linfas de esas fuentes legendarias, que como las del Ganges, se llaman orígenes de la historia. Esta encierra un caudal riquísimo para la explotación literaria, tanto más fecundo, cuanto la actividad intelectual antes empleada en lucubraciones religiosas y mateffsicas, se dirige ahora con mayor acierto á la investigación de los obscuros problemas referentes á la mansión del hombre sobre el planeta. Lo presente y lo pasado, el mundo espiritual y el mundo físico, cuanto existe y puede existir, todo es ó puede ser asunto digno de la péñola del novelista: tan amplia así es la jurisdicción del género poético que se ha alzado con el cetro de la monarquía literaria.

Mirtilo es novela que aunque parece griega por el nombre, es mexicana por el pensamiento y el estilo. El carácter alegre y chispeante del autor, su imaginación predominantemente picaresca, su lectura favorita de autores jocosos, su perenne locuacidad y burla, y su tendencia natural al chiste, han contribuido en gran manera para que la obra rebose en jácara y gracejo. Extractar el argumento ó hacer un análisis de sus particularidades de inventiva y composición, acaso la perjudicarían, por enfriar á los lectores descorriéndoles el velo de la novedad. Conviene, no obstante, decir algo de sus condiciones literarias.

Declinando Quevedo la honra de un vástago cuya paternidad se le atribuía, dijo á la dama que en tal guisa le colocaba: *fuimos sobre vos, señora*..... Sin que haya absoluta semejanza de circunstancias, puede decirse que hay novelas que tienen muchos padres, y cuyo rasgo distintivo consiste en una confusa aglomeración de personajes, y por consiguiente de sucesos mal urdidos y peor narrados. *Mirtilo* tiene pocos personajes, como que es el sencillo relato de unos amores comunes y corrientes. La personalidad decidora de Curtis se refleja en su obra, con lo que se verifica al pié de la letra el conocido adagio de *tales padres tales hijos*. Hé aquí por qué hablando del autor se habla de la novela, y vice-versa. Hay padres de fisonomía enigmática, sin expresión, anodina, cuyos hijos pudieran muy bien pasar por del vecino. Curtis, por el contrario, imprime el sello de su individualidad hasta

en sus acciones más indiferentes ó ínfimas: es uno de esos hombres que nacieron, ó para reírse de los demás ó para ser objeto de la hilaridad de todos. Irreverente y malicioso ante toda jerarquía ó preeminencia social, saturado de narraciones y aventuras parisienses y con una regular dosis de desenfado y de que se me da á mí, aborda heróicamente todas las situaciones cómicas y quema siempre sus naves al lanzarse audaz á la conquista de aplausos por sus epigramas.

Tales cualidades informan su novela, pues que la ley de la herencia es la misma en la labor intelectual que en la de la reproducción de las especies. Como Curtis es chistoso, su composición ha resultado también chistosa. No sucede así en otros muchísimos casos, porque un topo no puede engendrar más que topos. Parecerá á primera vista que entre tan insignificantes séres y la novela no hay relación imaginable, pero si ya no bastáran *El Coloquio de los perros* de Cervantes, *La Gatomaquia* de Lope de Vega, *La Mosquea* de Villaviciosa y la *Novela del zorro*, ó la batalla de los ratones contra las ratas atribuida á Homero, para demostrar que los irracionales son capaces de hacer papel en una fábula novelesca, no tendríamos más que echar un vistazo á la sociedad, para convencernos de que á mayor altura llevan su prosopopeya, viéndolos vestir redingote y alternar con la gente de sentido común.

La novela de Curtis tiene nombre bucólico, primero por capricho, y después porque su protago-

nista es un pollo-ninfo, un tipo-narciso, uno de esos burladores de barrio que terminan por ser burlados, cayendo en cuerpo y alma en las redes de alguna damicela más lista que ellos. Tales son los fundamentos de que se llame *Mirtilo* la obra de Curtis, y de que éste haya elegido un nombre bucólico para una novela urbana. Mirtilo el heleno huele á flores, á brisas, á guirnaldas, y la novela de Curtis, si acaso tiene un poco de estas cosas, le disimula tras un aparato de oropeles y barnices. Es decir, Mirtilo el de la fábula antigna, y Mirtilo el de la fábula nueva, no tienen más de común que el nombre y la afición al bello sexo; cualidad esta última que raya en vicio muy frecuentemente entre los hombres.

Curtis torna acaso la vista á sus aventuras juveniles. ¿Por qué reprochárselo? Navega tan dulcemente el alma en las rosadas ondas del piélago de lo pasado, la impelen brisas tan sutiles y ligeras, la extasían tan tenues resplandores, tan exquisitos perfumes la embriagan, y la circundan, en fin, tan gratos recuerdos de tiempos cuya lejanía es azul como la de las montañas, que sería un delito impedirle esos viajes retrospectivos, máxime cuando no se paga pasaje y se camina más aprisa que en ferrocarril. La sonrisa de satisfacción que vaga en los labios cuando se evocan las memorias íntimas, truécase en fina ironía al generalizar en el arte un suceso trivial de que todos han sido alguna vez actores. Lo cómico proviene en este caso de la disparidad entre el ideal fantástico de un jo-

ven inexperto y la realidad de la vida que áun no puede comprender él y más tarde llega á estimar en su verdadero valor.

Como le escena de *Mirtilo* pasa en Orizaba, algo se dibuja en el relato, de las costumbres de nuestra sociedad, de los primores de nuestros paisajes y de los rasgos salientes de la parte física de nuestras ciudades. Se ponen en la picota al mismo tiempo algunas extravagancias de los enamorados, que parece que no han de corregirse nunca de ciertas aberraciones comunes á todos. La novela francesa hace furor (con perdón de la Academia) y Curtis no ha podido sustraerse á la tentación realista que ha venido á sustituir la falsa idealidad de los románticos, sin conseguir aniquilarla; pues aunque San Agustín condenó como herejía la creencia en la posibilidad siquiera de los antípodas, el arte tiene más ancha la manga y admite no sólo doctrinas diametralmente opuestas, sino que logra el prodigio de que vivan en el mismo punto de la esfera. Todo está muy bueno y Curtis en su derecho para pintar un Tenorio que no se va al cielo sino á la vicaría, epílogo prosáico de amoríos vulgares y lección edificante para los que piensan encontrar en la existencia cuotidiana las maravillas que en fingidas historias se refieren.

Y aquí termina mi cometido, que deseo haber cumplido á satisfacción de mi comitente; á quien estimulo á seguir cultivando un género literario tan importante como el en que se inicia y que tan pocos cultivadores ha tenido entre nosotros.

HABLADURÍA.

Sutilezas.—El dedo en el renglón.—A tajos y mandobles.—Metempsícosis.—El escritor-fotógrafo.

Lo sublime estático, dinámico, etc., parece como que se resiste á caber en el tiempo: por esto el judáico criterio redujo á un día simbólico los millones de años de cada período del génesis. Mientras más cerca se está del cero, más cerca se está del infinito: esto se presentía centurias antes de que los matemáticos le enunciasen en sus fórmulas.

Hé aquí por qué lo destinado á vivir eternamente, nace sobre el tiempo sin penetrarle; es decir, se apoya en un ápice del tiempo para volar á la eternidad. El símbolo de este ápice del tiempo es á veces un solio, una cítara, un patíbulo; y á veces una carabela, una tribuna ó una espada. En hallar el ápice histórico está la dificultad; en asimilarse las fuerzas exteriores consiste el talento. Este busca espacio; si le encuetra, vuela; y vuela hasta dar con límites infranqueables. En volar mucho estriba,

pues, el conquistar lauros para la frente y bendiciones para el nombre.

El orador grandilocuente, el vate excelso, no descubren horizonte á su palabra, y se arrojan al piélago de la inspiración, y le hacen vibrar con su poderoso aliento. Encuentran estéril y raquítico el común arsenal de la tradición establecida, y le fecundan, y hacen brotar perfumes, luces y harmonías, donde brotaban cardos y jaramagos. Asfíxiales la vulgar atmósfera, y en busca del éter sidéreo, desligánse de la tierra, y ascienden.

¡Ascender! Hé aquí el constante anhelo del espíritu humano. La ascensión de Icaro es una alegoría terenciana: así ascienden los incautos. Pero, en cambio, la ascensión de Cristo es una ascensión dantesca: así ascienden los privilegiados. El que asciende á la inmortalidad, hurta su presa al tiempo: convierte en instantes los siglos. Es prerogativa divina el ejecutar milagros tales; requiérese para ello dos cualidades rarísimas: genio y virtud; esto es, concebir una idea inmortal y tener abnegación para sacrificarse en el Calvario.

En arte, la idea es el asunto y el Calvario la forma. La cruz es pesada y la eminencia escabrosa. Por eso no abundan los redentores en la religión del arte.

***

México se encuentra á un paso pedir en materia de suyo tan difícil, y no hay que quitar el dedo del renglón, sin embargo de que suelen aparecer como

enérgicas protestas contra el mal gusto dominante, obras de verdadero mérito, aunque no redentoras. No son muchas ni frecuentes, pero en su rareza misma, revelan que la chispa artística arde en nuestra patria, si bien latente y amortiguada.

La postración en que yace nuestra literatura, depende más que de la falta de ingenios, de la situación social y política de nuestro pueblo, y de la carencia de estudios especiales en los que se consagran á las letras. Así lo acredita, por desgracia, el cúmulo de papasales poéticos, que con rubros más ó menos extravagantes entolda el cielo de nuestra prensa. Metáforas ridículas, alambicados pensamientos, estilo tenebroso, juegos de palabras, imágenes absurdas y otros desvaríos de la propia laya, componen el estuche de trabajo de los poetastros y escritorzuelos á que aludo. Y es preciso, para que no se pierda el instinto de lo bello entre nosotros, que por compasión ó caridad dejen oir su voz, siquiera de tarde en tarde, los autores doctos y sensatos de que afortunadamente no estamos privados en lo absoluto. A mayor abundamiento de razones, la dignidad nacional exige que se equilibre ó contrapése de alguna manera, el desfavorable concepto que nos ocasionará tanto mamarracho como escurren la audacia y la ignorancia en las indefensas cuartillas de papel.

La imitación mal hecha de autores extranjeros y las diferentes escuelas estéticas que bregan por adueñarse del campo, han terminado por producir una literatura cosmopolita, en la que casi todas las

naciones del mundo están representadas, sin originalidad, parásita y canija. Y en este engendro híbrido y multiforme, luchan entre sí los elementos componentes, se chocan, se rechazan, se trituran, pugnando por destruirse unos á otros. La imitación es buena y hasta recomendable, cuando se hace con espíritu sano y fecundo, pero es preferible renunciar á ella, si de la tarea ha de resultar perjudicado el carácter nacional. No todos los hombres son capaces de continuar por los nuevos cauces que el genio abre á las artes, ni tampoco de mantenerse en los justos límites, sin incurrir en exageraciones y ridiculeces. Esto pasó en el siglo de oro de la literatura española, con los corruptores de la escuela sevillana, iniciada por Juan de Malara, llevada á su apogeo por Fernando de Herrera y Juan de Jáuregui, y pervertida y estragada, finalmente, por Alonso de Ledesma, creador del conceptismo, y por Luis de Góngora y Argote, funesto introductor del culteranismo en las letras castellanas; siendo de notar que el último estaba adornado de privilegiadísimas dotes para la poesía, como lo demuestran las composiciones de su primera época, y que Juan de Jáuregui ámigo íntimo é imitador acérrimo de Fernando de Herrera, vino á caer, después de haberle combatido acerbamente, en todos los delirios y extravagancias del gongorismo.

Si sucede esto tratándose de imitaciones directas ¿qué será cuándo como en México son imitaciones de imitaciones? Aquí se imita á los france-

ses por conducto de los españoles y á los alemanes é ingleses, por conducto de los franceses traducidos en castellano.

Salvo, se entiende, contadas y honrosas excepciones que en esto como en todo existen y deben colocarse en distinguido lugar.

***

Ambos paladines, lanza en ristre y alta la visera, toman campo para la lid; los farautes anuncian el torneo, las graderías se llenan de curiosos, los alazanes piafan y se encabritan, los pajes arreglan los plumeros de sus gorras y se componen el sencillo jubón, las señoras toman sitio en los balcones de honor; los pañuelos flamean en las manos, las miradas se cruzan, las bocas respiran abrasado aliento; el oro y la pedrería relampaguean á los rayos del sol, en los trajes y los joyeles. Todo es bullicio, animación, algazara. Rasga los aires el agudo sonido de un clarín. ¡Silencio!; ¡atención!

Principia la zambra. Item más: la reyerta.

Un periódico clerical vocifera contra mí, porque dizque pretendo fundar el *gongorismo liberal*, insulto el catolicismo y blasfémo. Ayúdenme Udes. á sentir. Si fuera posible algún gongorismo liberal, no sería yo quien le fundase, pues por lo que respecta á lo liberal hace muchísimos años que está fundado, y no así como quiera, sino en la tradición histórica de todas las generaciones posteriores á la reforma religiosa; y por lo que respecta á

lo gongórico, me parece que es también viejecito, y que fué un hombre de sotana quien tal ofrenda hizo á las letras castellanas. Ahora bien, ¿qué significa *gongorismo liberal?* Nada: una prueba más de la miopía crónica de que padece el bando reaccionario. El caso es sacar el pié del plato y ponerse en caricatura. Lo de los insultos y las blasfemias es una insulsa vulgaridad, hija legítima de la inopia de razones.

¡Con que *gongorismo liberal?* Vaya un prurito de ensartar palabras inconexas, contra la claridad del lenguaje y la exactitud del pensamiento. Recuerde el semanario religioso que la palabra fué el *fiat lux* del espíritu y se ha enriquecido hasta el punto de ser el *gloria in excelsis* del hombre. No queramos convertirla en su *requiescat in pace*. Dejémonos de *ó tempora ó mores*, que es llanto inútil, y tratemos de llegar al *coronat opus* del decir. Pero para ello el *fiat lex*, que no *fiat lux*, de los arcabuceros del dogma, es un *fiat* que como los de los cónsules, necesita sanción oficial para su validez.

Hé aquí por qué las sectas caducas, acribilladas por la metralla de la crítica inflexible, deben al despedirse de la vida, dirigir al progreso aquel cantar de autor desconocido, citado por Cervantes:

> Puesto ya el pié en el estribo,
> con las ansias de la muerte,
> gran señor, ésta te escribo.

Pero ¡quia! Se adhieren al lucro *como el moder-*

dago al encino. Veremos en lo que paran estas misas..... de *requiem.* Seguro que en el *laus deo* de la libertad.

El paladín de radiante traje como la luz, ha vencido en el paso honroso ó juicio de Dios, al paladín de veste negra como las tinieblas.

***

Allá en los remotos tiempos en que las selvosas riboras del undoso Ganges, servían de misteriosos santuarios para las salvajes prácticas de una ritualidad religiosa, fanática y primitiva; cuando los creyentes moradores de la antigua y celebrada India encontraban enseñanza y solaz en la lectura del Ramayana y el Mahabarata, deleitándose en las pesadas horas de la siesta, ó bien dónde y cómo les placía, con las portentosas concepciones de aquellos magníficos poemas; entonces, digo, creían los inocentes habitadores de las poéticas y fértiles regiones predilectas de Brama, en la maravillosa ley de la eterna trasmigración de las almas.

¡Benditas edades aquéllas en que con tanta facilidad y gentileza se admitían con fervoroso ahinco los más recónditos absurdos ontológicos, propalados sin pudencia por los perpetuos explotadores del linaje humano! ¡Dichosos tiempos, repito, los que presenciaron el admirable consorcio de millones de inteligencias en materias tan inescrutables y

obscuras como las que se refieren al alma y á su inmortalidad! ¡Divino Pitágoras, que conseguiste resucitar en tus felices días la metempsícosis índica, infunde en mi espíritu tu aliento soberano para ensalzar como es debido los gloriosos triunfos de tu doctrina! ¡Insigne Allán-Kardec, comunícame tu fe robusta y tu entusiasmo!

Los espíritus de los grandes escritores revolotean invisibles en torno nuestro y calientan el numen de entecos vates. Hugo, Musset, Heyne, Byron, Espronceda, y más que ninguno Bécquer, míranse como por ensalmo reproducidos en miriadas de trovadorcillos de provincia. Tenaz, persistente, terca, desesperante es la manía incalificable que se apodera de cuanto coplero emborrona papel. Los primeros ensayos, las primicias que consagra al dios del Pindo todo versista novel, tienen necesariamente que ser una profanación inícua del vate sevillano y de su estilo inmortal é inimitable. ¡Atrás, fementida ralea, no escarnezcáis la memoria del genio eclipsado, cuyo espíritu no es cierto que pueda tener comunicación alguna con vosotros!.....

¡¡Bardos!!..... entonad flébiles y melancólicas elegías á la postrera y muda despedida de aquella virgen-monja que ya nunca será vuestra; vibrad los místicos acentos de una vaga cadencia, que jamás hayáis oído y que resuene no obstante en la más delicada fibra de vuestro taciturno corazón; besad calenturientos la marmórea efigie de la gallarda dama, del cincel prodigio, custodiada por el

caballero de granito; penetrad en las suntuosas naves bizantinas de la mezquita de Córdoba, aunque nunca hayáis estado ni en sueños en la famosa patria del célebre Almanzor; discurrid por los sombríos claustros del monasterio de Veruela á la indecisa penumbra del crepúsculo vespertino y bañad vuestra lúgubre imaginación en el macilento rayo de luna que, atravesando los pintados vidrios de las caladas ojivas, difunde pálida claridad en el gótico interior de la vetusta catedral de Toledo: Pintad, finalmente, al organista Maese Pérez tocando en el ronco bandolón un alegre jarabito de la costa, que zapateen entusiasmados en la ruidosa tarima, Fernando el Católico de pintoresco *charro* y Doña Inés de Tordesillas de zalamera *china*.

O mejor ¡los enhoramala al averno con todas vuestras rimas detestables!

*
* *

Aunque naturaleza y arte son términos opuestos en el sentir de un crítico parisiense, es innegable que la realidad no debe falsearse en las creaciones de la fantasía; pero no toda copia, con el solo hecho de serlo, puede aspirar ya al dictado de artística. La fotografía será siempre inferior á la pintura. El realista ramplón prepara los ingredientes de su aparato reproductor, se envuelve la cabeza en el manto negro de la máquina, afoca con gentil talante el lente objetivo hácia la sociedad y

saca muy orondo una verdadera negativa, en la que lo primero que sale mal parado es el arte, lo segundo que se estropea es la moral y lo tercero que se desacredita es el artista. [Vaya esta calificación por cortesía].

Conocidos son los aparatos fotográficos para que me detenga en describirlos, pero sí es preciso decir algo acerca de las condiciones físicas del empleado por mi hombre en sus estudios del natural. Sus vidrios afocan siempre de lado y hácia la sombra; de los tres piés que sostienen la cámara obscura, uno está roto, y cojea el armatoste; el manto négro por lo burdo raspa la mollera del artista, mortificación que le hace elegir de continuo tipos repugnantes, por un sentimiento de venganza; las placas son de tepalcate, y todo, en suma, en el inválido instrumento, guarda tan buena harmonía, que parece que cada una de sus partes se fabricó expresamente para formar cuerpo con las restantes. Figuraos ahora los retratos que obtendrá con tales elementos el escritor–fotógrafo; tened en cuenta sus propias y especiales condiciones de inepcia y de mal gusto, y quedaréis en aptitud de calificar sus trabajos.

El espectáculo está en el espectador decía Chateaubriand y agregaba que en la elección de punto de vista consiste la dificultad artística y se cifran el mérito y el acierto del escritor. Lo feo y lo bonito ¡ahí es nada!, como exclama Pérez Galdós. Copiar la realidad, pintar la naturaleza, ¡pues es un grano de anís!

Sean Udes. románticos, señores, sean realistas, clásicos, naturalistas ó lo que quieran; pero ¡por Dios! sean aceptables, produzcan obras buenas, y les perdonamos la escuela filosófica á que pertenezcan y el partido literario en que estén afiliados.

EL EX-SAN MIGUEL DE CULIACÁN

Y LA ACTUAL

CULIACAN—ROSALES.

(CROQUIS DE UNA ODISEA).

I

A las diez y media de la noche levamos anclas, después de una opípara cena en el primer hotel de Mazatlán. Mi compañero era un comerciante germánico, decidor y alegre, que iba á la capital del Estado con asuntos particulares; tan particulares, que eran asuntos de amor. Volvimos á cenar á bordo á media noche, á las tres de la mañana; y á las seis, cuando el día comenzaba á despuntar en el oriente, sentámonos como si tal cosa, á la hora del desayuno, entre los demás pasajeros, y los acompañamos en el refrigeramiento. Aquel estupendo apetito y aquel perpetuo comer eran sin duda el mejor preludio de la excursión.

Dimos fin en tan prolongadas sesiones gastronómicas con todas las existencias comibles y bebibles del capitán del buque, hombre singularísimo y extravagante. Hacía siete meses que no probaba bocado, extraña enfermedad de estómago que le ocasionó, según él, la muerte de su esposa, acaecida nueve años atrás. Ya se ve, pues, que era un modelo, si no de maridos, de viudos, y más que de nada, de ayunadores. Tanner y Succi son pigmeos junto á tan precioso ejemplar de abstinencia y temperancia. Servicialísimo y muy afable, á todo respondía *lo que Ud. guste*; estribillo de exquisita galantería que por de pronto había dado al traste aquella noche con todas sus provisiones. Bien que como él no necesitaba alimentarse consideraría inútil la despensa.

Acabábamos de almorzar, y desde el castillo de proa, tendíamos la vista por *la inmensa llanura del mar*, descubriendo por acaso una nubecilla microscópica en la línea del lejano horizonte, hácia el sur.

—Oiga Ud. capitán, dijo uno de los pasajeros, se asegura con frecuencia que muchas veces son peligrosas esas nubecillas..... ¿Podrá anunciar tempestad la que tenemos á la espalda?

—Lo que Ud. guste, respondió con sencillez el capitán.

—Pues, no señor, no gustamos de tempestad, nos apresuramos á gritar todos.

Y prurrún. Un yankee muy gordo que indiferente á la conversación, reclinaba la masa de su cuerpo en un endeble silloncito de madera y be-

juco, vino al suelo con temeroso estruendo, rodando con el vaivén del barco, entre las astillas del roto mueble, en dirección del borde del castillo de proa, y por lo tanto del líquido elemento. Acudimos solícitos en su socorro, cuando ya tenía, por virtud de lo súbito del lance, medio cuerpo fuera de la nave, y pugnaba en vano por asirse de los délgados hierros de la baranda.

—Gracias, caballeros, nos dijo en muy mal castellano, y bajó á la cubierta para no tornar á subir al càstillo. Además, entiendo que se mantuvo en pié durante todo el resto de la travesía, temeroso de nuevos conflictos entre su disforme humanidad y las frágiles sillas de á bordo.

Uno de los marineros era ateniense. Había salido muy joven de su clásico país, al cual no había vuelto nunca. Su aspecto era idéntico al de todos nuestros marineros, pero á poco de hablar con él, se le advertía un acento dulce y melodioso, y la pronunciación de la x, tal como dicen que la pronunciaban los aztecas. Revelaba buenos conocimientos de la historia antigua de su patria, dejándonos en verdad perplejos con su conversación y pensando si acaso estará en lo cierto el Lic. D. Eustaquio Buelna, al suponer que las razas nahuatlacas, pobladoras de Anáhuac, pertenecían á la familia de Pericles y Demóstenes, desprendidas de la fabulosa Atlántida antes de su colosal hundimiento. Buelna cree que Atlántida, Altata y Anáhuac significan una misma cosa. Lo que sí es indudable es que la lengua nahoa era polisin-

tética, como la griega, aunque mucho menos flexible, y de análoga pronunciación. El marinero aquél no tenía noticia de Buelna, ni de las lenguas polisintéticas, por lo que nada en limpio era fácil sacar de su muy rudimentaria instrucción. Sabía él, sí, muy bien, cuál es la gávia, qué cosa es el palo mesana, etc., y además, me consta que su gula era verdaderamente homérica, ya que el ciego de Smirna dió el calificativo para todo lo grande, maravilloso y estupendo.

La travesía fué feliz. Salieron á encontrarme galantemente afuera de la barra de Altata, dos altos funcionarios, amigos míos, que se trasbordaron de su bote, juguete de las enormes y espumosas olas, á nuestra embarcación de hélice y chimenea. No con tan buena suerte atravesé otra vez, que estuvimos á punto de zozobrar, la misma barra, pues nos pasaron tres olas por encima de la cubierta del "Porfirio Díaz," y como una de ellas se introdujese en la máquina por el cañón fumífugo, salió despavorido de su cálida oficina el maquinista, creyendo que nos tragaba el océano.

Altata es la antesala del infierno, ha dicho un joven escritor sinaloense. Como yo no creo en la existencia del infierno, mal puedo creer en la de ninguno de sus departamentos, si bien es verdad que con el horrible calor y las muchísimas incomodidades y molestias de Altata se puede uno formar concepto de las penas del purgatorio.

Doy fe de lo que ví. Detuvo su aviada el vapor á unas cuantas toesas de la playa, acoderándose ca-

si á la extremidad del ancho muelle; sonaron metálicamente las cadenas, y las áncoras descendieron á clavar sus agudos dientes en el lecho de Anfitrite. Las casucas parecen asentadas sobre las aguas, brotar de ellas, y los altos médanos de menuda arena, cuyo polvo sutil levanta el aire, parecen á su vez los penachos de espuma de otra nueva barra: son dominios del mar, que con frecuencia los invade en la exaltación de su cólera: dónde ahora hay veinte brazas de profundidad y puede anclar un navío, hubo hace años un montículo, en cuya cima estaba la airosa casa de la compañía del ferrocarril; y en sitios donde ahora crecen tísicos los helechos y rastrea mísera y raquítica hojarasca, sin savia que la nutra, paseáronse años atrás, impávidos, las tintoreras y los tiburones en sus líquidos alcázares.

Mal comimos carne, huevos y judías, en la tierra clásica del ostión mayúsculo, y nos embarcamos en los furgones del tren, habilitados de carros de primera clase. La locomotora recorre interminables arenales y esteros, para entrar después en terrenos húmedos y bajos, poblados de cactus y mezquites. Al acercarse el tren al río Humaya, la ingente vegetación anuncia que estamos en las vegas fertilísimas de aquel sagrado Betis sinaloense, cuyas furiosas avenidas veraniegas suelen llevarse hasta el mar el puente del camino de hierro. Tal era entonces el caso y se debía pasar el río en canoas, cosa que ya va haciéndose tradicional, y más tradicionales y fastidiosas todavía, las incesantes tomas de agua y leña de la máquina. En el Limon-

cito nos encontramos una colonia de chinos, dedicados á la pesca y á otras faenas diferentes. Uno de ellos dizque pescó una muchacha bonita y rica, que se llevó luego á la Alta California. Tampoco era él de baja ralea, según díceres, sino principal señor y gente de polendas: en su tierra por supuesto, porque allí no era más que chino como todos.

Al pasar el río, á la hora del crepúsculo, que principiaba á colgar los velos de la noche en las copas de las profusas arboledas laterales, destacóse de la otra banda ligerísimo cayuco, sobre el cual flotaba una extraña figura, de pié, con ancho mantón negro, cubresol blanco y furibundo sombrero de palma.

—¿Qué es aquello? pregunté, creyendo que íbamos á tener aventura con algún alma del otro mundo.

—Un sacerdote, me contestaron, que sin duda va á algún pueblecillo de la costa, á oficios de su ministerio.

En esto, pasó cerca de nosotros el cayuco, nos saludó cortésmente el prelado [quitándose el descomunal sombrero, que era causa de que yo no hubiera reconocido su carácter eclesiástico, debajo de tamaño dosel de ixtle], y le devolvimos el saludo con recíproca cortesanía.

Probablemente no más esto esperaba la noche para rodearnos de tinieblas, á la vez que una fuerte *corrientada* nos desvió de nuestro rumbo, echándonos sobre unos arrecifes pantanosos, donde encallamos, cerca de un ribazo. Una señora supuso que aquello era tierra firme y saltó de la canoa,

atascándose hasta las rodillas y desatando de su garganta una escala completa de chillidos poco melódicos. Hubo necesidad de poner tablones, por los cuales atravesamos todos, y también la señora, aunque llena de fango y más llena de ira.

Allí tomamos la cena en una barraca, y el tren otra vez. En la trifulca, un perrito de la enlodada señora se cayó entre los rieles, y tuvimos el gusto de que nos repitiese la sinfonía de chillidos, acompañada de regaños y mojicones á un infeliz muchacho, á quien culpaba del desastre. La interesante personalidad del perrito fué puesta en salvo por un alma caritativa, con notorio beneficio del muchacho que se vió así libre del aguacero de golpes. El tren hizo intención de partir, pero no pudo. Hubo un movimiento de retroceso, otra tentativa de ponerse en marcha, nuevo fiasco, y por fin al tercer empujón salimos echando chispas, como si la locomotora se hubiera enfurecido.

A poco andar gritó el conductor:

—Estación de San Pedro; cinco minutos.

Todas las cabezas se dirigieron á las ventanillas, á ver si columbraban el sitio donde las armas de la República obtuvieron un triunfo eternamente memorable. Siempre que el tren pasa por allí, se experimenta una extraña emoción. Parece que flota sobre aquellos campos la sombra augusta de Rosales y que su legión de héroes va á levantarse del suelo, como el día glorioso de la batalla. Los recuerdos se agolpan á la mente y el patriotismo inflama el orgullo y hace latir con fuerza el corazón.

Una hora después estábamos en Culiacán. Mi amigo el germano quedó agradablemente sorprendido del alegre aspecto de la ciudad. Por todas partes torrentes de luz, grandes casas con las ventanas abiertas, y al llegar al hotel, un enorme zaguán con enormes gajos amarillos, verdes y rojos, pintados en los muros, y que con los reflejos de las flamas del alumbrado, parecían un kaleidoscopio.

A la fecha, ya no existen aquellos vistosos gajos de colores: los borró una brocha irreverente.

¡Qué lástima!

II

Culiacán es la ciudad de mayor importancia histórica del Estado. Fué fundada en diciembre de 1531 por el feroz Nuño de Guzmán, con el místico nombre de villa del patriarca Señor San Miguel. La ciudad azteca, que dizque se encontraba donde ahora está Culiacancito, refieren los cronistas que tenía más de 40,000 habitantes. Lo cierto es que en Sinaloa no existen vestigios de grandes ciudades prehistóricas, si bien parece verdad que en su territorio hallaron los conquistadores tenaz oposición, de parte de considerables masas de guerreros, según el Padre Frejes no tan dóciles como los de Jalisco.

La suerte de Culiacán fué vária durante la colonia y después de la independencia, pudiéndose fijar en 1852 la época de su mayor esplendor, pues que llegó á tener cerca de 12,000 moradores. Las

guerras intestinas y el cambio de la residencia de los poderes á Mazatlán, le hicieron venir á menos hasta 1873 en que sólo tenia 5,000 vecinos. La ciudad se componía de caserones ruinosos, solares escuetos, cercos desvencijados, y páramos; compartiendo los murciélagos con los habitantes el derecho de vecindad. No existían más edificios dignos de mención que el seminario, la casa de moneda y la antigua parroquia, de construcción indefinible, pero con una torre al gusto que debe haber adquirido San Felipe de Jesús en su romería por el Japón.

Hoy, quince años después, ¡qué diferencia! Amplias y elegantes calles, con hermosas moradas en una y otra acera; cuatro magníficas plazas, dos de recreo, con jardines y ornato; las fábricas de hilados y de azúcar, destacándose al occidente de entre las plantaciones de caña y el fondo decorativo del cielo; el palacio de gobierno, de vistosa arquitectura; la iglesia, con sus esbeltas torres; el colegio del Estado; las oficinas de la empresa del agua; el kiosko de la Plaza de Armas; la estación del ferrocarril, el hotel de mismo nombre, y muchas casas particulares, de bella apariencia, han modificado el fúnebre y taciturno aspecto de la vetusta ciudad del arcángel San Miguel. Los murciélagos derrotados por la luz de la civilización, se refugian en las tinieblas, abandonando los sitios de su dominación inmunda.

La ciudad se llamó Huey-Colhuacán en la antigüedad; después, como llevo dicho, San Miguel

de Culiacán, y finalmente en honor del héroe de San Pedro, Culiacán-Rosales. Allí nació el culto de Huitzilopochtli. Es la población azteca más antigua en el territorio mexicano; célebre desde la época de la conquista por sus mujeres ardientes y bellas: en ella fundaron los nahoas los cimientos de su historia portentosa y una de sus nobles hijas [Doña Isabel Tovar y Guzmán] dió ocasión á que el obispo Balbuena narrase con pluma de oro el alto grado de cultura á que en el siglo XVII había llegado la nación mexicana. "Famosa población (decía Balbuena en 1605), cuyas reliquias, aunque sin la florida grandeza de sus principios, duran todavía y á pesar del tiempo conservan en su remoto sitio el nombre de la gran villa de San Miguel de Culiacán." ¡Ciudad oleada, me permito añadir yo, por el heroismo de Rosales, decorada en su blasón patriótico por uno de los más brillantes hechos de armas que registran nuestros anales modernos, y que se aduerme sobre su lecho de arena y rocas, con el rumor de los cercanos ríos por música y el hálito de las próximas arboledas por perfume!

Tan identificado está el Estado de Sinaloa con la gloria del General Rosales, que el apellido del ilustre guerrero sirve de nombre á muchos sitios y establecimientos públicos. Culiacán se llama de Rosales, su más hermosa calle lo mismo y tiene una plaza con la propia denominación. El primer plantel de enseñanza del Estado lleva el sobrenombre del vencedor de San Pedro. Y hasta las

fondas le ostentan en sus rótulos. Poco falta para que en aquella tierra fanática por aquel hombre benemérito, se añadan todos los habitantes á su apellido el del inmortal patriota.

Pintoresca es de veras la situación de Culiacán. La confluencia de los ríos, al extremo oriental, es deliciosa: los bosques de álamos y otros grandes árboles en las márgenes, las huertas del lado de la ciudad, las verdes sementeras del lado opuesto, y las blancas construcciones que se divisan entre el ramaje, forman un conjunto encantador. Abriéndose paso el Tamazula entre floridas riberas y lecho de granito, se desliza á la sombra de frescas arboledas, regando poéticos plantíos, para reunirse con el Hamaya, que viene del norte, caudaloso y turbulento en ocasiones, y manso y tranquilo otras veces. En el fondo de este cuadro se miran los perfiles azules y rosáceos de la lejana serranía, en la que descuella el hermoso cerro del Dorado, donde la luz del sol dibuja maravillosos cambiantes, riélando en las empinadas crestas del coloso.

III

La ciudad de Culiacán se encuentra en materia de teatro á la altura de la coronada villa de Madrid en el siglo de oro de las letras castellanas. En el corral del Príncipe y en el corral de la Cruz pusiéronse en escena las más notables obras dramáticas de la literatura española, y hasta el mismo

Rey Felipe IV, que hacía coplas y comedias, llevó los frutos de su ingenio al endeble tablado de aquellos teatros elementales y rudimentarios.

Las funciones eran de tarde. El escenario no tenía bastidores ni bambalinas, con lo que dicho queda que las decoraciones estaban reducidas á la más mínima expresión. Un árbol significaba un jardín, una tumba, un cementerio, y cuando se necesitaban más detalles se suplían con un letrero colocado en un telón blanco. Verbi-gracia: "Sevilla. Una calle. Es de noche." Por eso los poetas de este tiempo cambiaban con tanta facilidad de decoración, como que en realidad sólo combiaban de letrero. Shakspeare no fué más feliz que los dramáticos españoles, y aquellas sus admirables tragedias, tan exuberantes y lujosas, que apenas hoy se pueden exornar con la magnificencia que requieren, se estrenaron en los sombríos patios de los sombríos castillos de los infanzones ingleses.

¿Qué mucho, pues, que Culiacán tenga un teatro que va dejando de ser corral ó un corral que ya va siendo teatro? Se llama "Angela Peralta," y es nombre impropio. Es casi seguro que en Europa nunca ha habido un teatro que se llame Adelina Patti. Los nombres de mujeres tienen el inconveniente de que deben pronunciarse íntegros, y no así los de los hombres, de que sólo se emplea el apellido.

Se levanta el telón, después de una obertura de la orquesta, y aparece la decoración de una mo-

desta sala. El numeroso público fija su atención en el proscenio y suenan los primeros rimbombantes versos del drama de Cano y Mazas.

La Pasionaria es una virulenta sátira contra los hipócritas y los tartufos; contra los que guardan los días de fiesta y desuellan al prójimo; contra los que se santiguan después de cada pillada que cometen. Parece que en Madrid es tipo bastante común, supuesto que ha necesitado la flagelación de un autor de tantas polendas como el archi-celebrado D. Leopoldo Cano y Mazas.

Cano es de los autores que buscan inspiración en los juzgados del crimen. El conflicto de *La Pasionaria* proviene de una injusticia de la ley en complicidad con la perversidad de unos desalmados. Cano, además, no busca el efecto dramático en la situación misma de los personajes, sino en las disertaciones que les obliga á espetar al público. Pero no debe olvidarse que este género de recursos es de mala ley. Otelo en una de las escenas más terribles de la tragedia de Shakspeare no dice nada, gruñe, y en la más terrible de todas, habla poco y estrangula. Si Cano hubiese escrito la tragedia, de seguro que en la escena del gruñido, hace que el moro nos endilgue unas doscientas redondillas contra el vicio y la maldad.

Como por ejemplo:

> Suba el lodo á los cabellos,
> suba el fango á las estrellas.
> ¡Qué impúdicas que son ellas!
> ¡Qué pícaros que son ellos!

Cri en, y vicio, y maldad,
vil degradación que inunda,
sentina ó cloaca inmunda,
es la human sociedad.

¡Oh, Desdémona. Un desliz
de tu virtud me envenena
la existencia, y me condena
al infierno. ¡meretriz!....

Y así por estos principios,
con estas y aquellas trazas,
va hilvanando Cano y Mazas
versos, insultos y ripios.

Los dramas de Cano son como los juegos malabares de los japoneses, de mucho aparato y visualidad, pero de muy poca substancia. O mejor dicho: son como los maniquíes en que las modistas confeccionan los trajes, que mientras tienen encima las lujosas telas simulan una apariencia de verdad, pero que despojados de ellas, queda la endeble y ridícula armazón en toda su estrafalaria desnudez.

Los públicos gustan de los dramas de Cano como gustan de las novelas de Ponzón du Terrail, Fernández y González ó Pérez Escrich; como gustan de las revistas de causas ruidosas en los periódicos y del satánico placer de la crónica escandalosa en los corrillos de maldicientes.

Los actores que sacan partido de los efectos melodramáticos representan con frecuencia *La Pasionaria*, y hacen bien, si les proporciona ocasión de lucir sus facultades artísticas.

Pero..... doblemos la hoja y sigamos, después

de este paréntesis teatral, con la historia de mi primer visita á la poética náyade del Humaya, ciudad de los álamos y los naranjos, de los celajes blancos y las ondas azules, de las mañanas tibias y las tardes doradas.

IV.

El objeto principal de mi viaje era asistir á un gran baile que se daba al Gobernador del Estado con motivo de su natalicio, y al cual habían sido invitadas algunas personas de Mazatlán, entre ellas Vicente Ferreira y yo. Ferreira se embarcó el 29 de septiembre en el vapor "Sonora"....., yo el 6 de octubre en el vapor "Altata" y llegué á Culiacán el 7. Estando, pues, anunciado el baile para el 4, llevaba ya tres días de retardo por nuestra culpa, y áun se retardó otros siete, á fin de tener noticias del "Sonora," del cual no las había de que hubiese llegado á ningún puerto del golfo. El cordonazo había sido horroroso, como que los más viejos vecinos de la costa, no sólo no habían presenciado otro igual, sino que tampoco lo habían oído referir á sus abuelos. En Mazatlán, el 30 de septiembre fué un día horrible. El viento desgajó los árboles más vetustos, dejó escuetos los paseos públicos, rompió todos los faroles del alumbrado, alzó en peso la mitad del Teatro del Recreo y la fué á arrojar muy lejos en pedazos, se llevó grandes láminas del techo del Teatro Rubio, averió muchísimas casas y condujo á considerable distancia un garitón

del Hospital Militar con centinela y todo: ¡el infeliz soldado se creyó víctima de una legión de demonios que se le llevaban al infierno! Inundó el mar toda la parte baja de la ciudad; en algunas de cuyas calles navegaron los botes y los pangos, y un pailebotillo introdujo el botalón de proa por la ventana de una casa, quedándose suspendido después que pasó el ciclón, como D. Quijote de la claraboya de la venta. Otro pailebot arremetió contra el malecón de la esplanada del muelle, abrió brecha en el lienzo del muro de piedra, y se quedó también, monstruoso anfibio, mitad en la playa, mitad en el mar, que le fustigaba con sus olas. Sé de dos amigos míos que atreviéndose en tal sazón á salir á la calle, fueron arrastrados gran trecho por el viento, hasta que lograron guarecerse en el hueco de un zaguán. Ante tal tempestad, me figuré la que en noviembre de 1703 hizo palidecer á Inglaterra, según la frase de Adisson, y que por sus estragos igualó en las latitudes británicas la impetuosa violencia de los huracanes tropicales, dejando fúnebre y aciago recuerdo en las páginas de la historia y los cantos de la leyenda. En el vendaval de que por milagro no fuí víctima, naufragaron en aguas del golfo de Cortés, zozobrando sus tripulaciones íntegras, y sin dejar más rastros que dolorosas astillas y elocuentes fragmentos, sobre el haz movible é indiferente de las olas, diez naves de diversos tonelajes, entre ellas un vapor y una barca. En el vapor que lo era el "Sonora," y del cual sólo se encontró, tras diligentísimas pesquisas de varios bu-

ques mercantes y de guerra, un pedazo de obra muerta y otro del rótulo con dos letras menos, cerca del poético é imponente farallón de San Ignacio, perecieron muchas personas conocidas, figurando entre las más visibles el referido y malogrado Vicente Ferreira. En Mazatlán se les tributaron solemnes exequias, se les consagró una velada fúnebre y se abrió una suscripción para los huérfanos y viudas de las infelices víctimas del tremendo huracán.

Pero el día 11 de octubre, día del baile que me condujo á Culiacán, áun no se sabía con certeza el desastre pavoroso y lúgubre del vapor "Sonora," que había sido avistado el 30 desde Altata, rumbo á la Baja California, con una velocidad enorme, igual á la del viento. Había, no obstante, esperanzas de que la tempestad le hubiera arrojado á cualquier ensenada del golfo, ó por lo menos, dado que se hubiese ido á pique, de que sus tripulantes y pasajeros se hubieran salvado en algún islote de los muchos que existen en el mar californico. La voz popular, ese perspicaz sentido de las multitudes, le consideraba con todo perdido, y áun se narraban episodios del naufragio, como si alguien los hubiese podido presenciar.

El baile, en vista de todo esto, y en atención á su carácter semi-oficial, se verificó por mera fórmula, pero si bien nada dejó que desear en cuanto á lujo y esplendidez, ni belleza y elegancia de las damas, había algo de lóbrego y gemebundo en las

notas de la orquesta, algo de silencioso y tétrico en medio del bullicio: la sonrisa helábase de repente en los labios, enmudecía el vocablo y la vista quedábase absorta y fija, como si un espectro se irguiese de improviso frente á cada tertuliano. Bullía el sobresalto en todos los espíritus: figúrabase la imaginación sobreexcitada, que mientras nosotros nos divertíamos, quizás un grupo de náufragos sucumbiría de hambre y de sed, en algún peñasco perdido en la soledad del océano, ó lucharía acaso con el furor de las olas en frágiles tablas ó endebles trozos de mástil. La fiesta estuvo, pues, melancólica y triste, y terminó muy temprano; contra el ceremonial sinaloense en semejantes casos. Era el tributo íntimo, el funeral previo, que antes de saberse definitivamente la catástrofe, consagrábamos á los desgraciados náufragos de las diez embarcaciones.

Permanecí algunos días más en la gentil ciudad, y como era la primera vez que iba á ella, fuí objeto de diversas y cariñosas demostraciones, que nunca en el vaivén de la existencia se borrarán de mi memoria.

Sonó la hora del regreso. Había gran número de forasteros en la población, y entre los que nos íbamos y los que nos acompañaban, colmamos tres carros, no de 1ª, 2ª ni 3ª clase del ferrocarril, sino de una clase peculiar inclasificable, partiendo á las siete de una mañana fresca y transparente. Al pasar por uno de tantos pueblecillos, salía un matrimonio de humildísima iglesia: los regocijados

novios encabezaban la modesta comitiva nupcial y la típica orquesta de nuestras poblaciones rurales de la costa lanzaba al aire sus alegres notas. Aquel campestre desposorio formaba raro contraste con las eternas bodas con la muerte de quienes yacían ya bajo un sudario de salobre líquido.

No bien hubimos llegado á Altata, recibimos un telegrama intimándonos á no embarcarnos, porque según noticias de la misma fuente telegráfica, soplaba furiosa tempestad en Mazatlán y áun en Culiacán se sentían augurios de lo mismo. Fueron curiosos los mensajes que nos cambiamos. Nos decían de la capital del Estado: aquí amenaza lluvia. Contestábamos: aquí amenaza no llover nunca. Aquí hay rachas tempestuosas: aquí hay zumbidos de mosquitos y picadura de bichos. Aquí está el cielo como un remolino: aquí está la mar como un espejo. *Et de cætera.*

Sin embargo, hubimos de tener prudencia y trasferimos la salida para el otro día. Eramos treinta y tantos pasajeros en aquellos arenales. Pasamos el día y la noche como pudimos, y al siguiente, al irnos á embarcar, surgió una reyerta entre el capitán de nuestro vapor y el del puerto, sobre la propiedad del casco del "Faisán," uno de los diez buques náufragos, que el primero se había encontrado al garete con la quilla al sol y le había remolcado. En el ínterin se resolvía tan singular litigio, semejante no al de las madres que falló Salomón, sino al del gañán y la mujerzuela que zanjó Sancho Panza, nos dimos nosotros á los diablos, y como la

cosa iba larga y nos aburríamos á más no poder, se organizó una tertulia para en la noche, á la cual concurrieron cincuenta varones y media docena escasa de señoritas. Concurrencia tan mirífica, junto con tres filarmónicos, uno de los cuales tocaba un arpa de tres metros de larga, cuatro fámulos que escanciaban el mosto, tres barricas de cerveza, una caja de coñac y otra de champaña, estaba hacinada, cohibida en un saloncito de treinta varas cuadradas á todo tirar. Es decir, nos tocaba á media vara cuadrada por prójimo, considerando como tales los muebles é inmuebles no racionales que allí estaban; y cuando alguno verificaba el menor cambio de postura, de choque en choque se interrumpía el danzar de alguna pareja, desafinaba algún hijo de Euterpe, se le derramaba un vaso de vino á alguien ó veía quienquiera el cielo estrellado en virtud de magistral pisotón. La temperatura estaba á 39 grados, y aunque nos debía corresponder á menos de grado por cabeza, nos salían á 99 larguitos de talle. De las damas, tres eran resplandecientes, pero para lograr una pieza, se necesitaba: primero, atravesar el compacto muro humano, después solicitar la gracia, en seguida obtenerla, disputar con una docena de pretendientes con igual derecho é idénticas gestiones, y á lo último tener que optar por un brindis fastidioso en vez de la delicia de la pieza. Yo no bailé más que tres en toda al noche y fuí de los más afortunados. Un viejo verde, que estaba allí, y que por más señas era planta exótica, pasajera

golondrina en la localidad, fugaz meteoro de molestia, fué mi constante rival en mis solicitudes, y cuantas veces me inclinaba á las bellas, otras tantas me encontraba con la barbuda fisonomía de mi contrincante, dándome en la nariz con su frente rugosa, coronada de venerable calvicie y diseminadas crenchas de canas. Justo es decir que siempre quedó por mí la victoria.

Quizás aquel ente estrafalario, rezagado en el movimiento de la vida, diría como Ramírez:

> «Vuélveme amor, mi juventud, y luego
> tú mismo á mis rivales acaudilla.

Pero entre tanto, como tal devolución es imposible, salvo los casos maravillosos de Fausto, San Cipriano y Adán, el de Espronceda, yo repetía para mis adentros la picaresca frase atribuida á D. Anastasio Bustamente: "Hay niños y mujeres, hombres y viejas..... Los viejos pierden el sexo."

Acaso esta idea se agitaba en la mente de las sirenas de Altata, porque lo cierto es que mi tenaz adversario no consiguió una sola vez su objeto, y ya casi al amanecer, despechado y mohino, apuró de un sorbo un vaso de coñac, se engulló medio pernil de jamón, bebióse una garrafa de cerveza, encendió un enorme puro y dejó en paz á las niñas. Comprendí entonces que la ciencia de la vida consiste en saber amoldarse á las circunstancias,

y en conocer las exigencias y conveniencias de cada edad y de cada situación. Si en lugar de 50 hombres y 6 señoritas, se hubiesen invertido los términos, de seguro que el Sileno se hubiera dado gusto, aunque en ningún caso le tendrían con él sus compañeras.

En fin, surgió el sol tras las crestas de la serranía, nos desayunamos y nos dirigimos á arreglar nuestros equipajes. La salida del vapor estaba anunciada para las nueve de la mañana. Era 24 de octubre, día del arcángel San Rafael, así como el 29 de septiembre, que debí embarcarme en Mazatlán, había sido día del arcángel San Miguel. Entre arcángeles andaba el arbitraje de mi destino. Levábamos ya anclas, cuando columbramos á un individuo que á todo correr venía hácia nosotros, agitando un papel en la mano. El papel era un nuevo telegrama anunciando una nueva tempestad ¡Y era la cuarta en el funesto mes! Se discutió en cónclave el asunto, y en virtud de que al vaporcito "Altata" le faltaban 30 clavos en las planchas, de que la cubierta iba atestada de leña, y de que esa noche se efectuaría en Culiacán un concierto filantrópico, resolvióse aplazar el viaje un día más y asistir al concierto. Completamos así las 48 horas sin acostarnos, embarcándonos por fin, en términos evangélicos, al tercero día de nuestra peregrinación ferroviaria. Pero los mensajes nos atosigaban. Todavía hubo otro de un comerciante, que decía á uno de nuestros compañeros, su socio: "no embarques por precaución las

barras de plata." Para él valían más las barras que el socio. Y logramos salir,..... y dormir!

Cuando al día siguiente abrí los ojos, se dibujaban ya en el horizonte, á proa, los pintorescos grupos de islas y cerros, que esconden entre sus ondulaciones caprichosas, la poética ciudad de Mazatlán, la perla del Pacífico, la sultana de Occidente, la odalisca del Golfo de Cortés, que con estos y otros nombres más ó menos eufónicos y exactos ha sido designada. La luz del faro parecía entre la niebla, la de una estrella de primera magnitud, próxima á ceder su imperio á la luz de la aurora. A poco, principiaron á divisarse las casas de las Olas Altas, el cuartel Federal sobre su eminencia, la cúpula de la Basílica, la linternilla del Teatro Rubio sobre el lomo plomizo del techo de caballete, la Casa-Mata, el Rastro, la colina del Vigía y el picacho de la Cruz. Los pequeños farallones situados entre el cerro del Crestón y el de la Nevería, servían de rumbo á nuestra brújula, mientras á nuestra derecha se levantaban las tres islas de los Venados con su lazareto en la playa y sus riscos incultos, llenos de zarzas y malezas. Copos de blanca espuma saltaban entre los deslices pintorescos y los muchos arrecifes del Crestón. Los grandes relices, los abruptos peñones, el sendero que tuerce y se retuerce hasta llegar á la cumbre del cerro, los sembrados y hortalizas que se ven como tableros á distintas alturas, reverberaban los tintes del despertar del día.

Nuestra llegada fué triunfal. Multitud de botes

rodearon el feble y diminuto casco del vapor. Subieron algunos amigos y nos confirmaros en la desgarradora verdad. ¡Diez buques y cerca de doscientas personas habían desaparecido en el ciclón! Todavía me esperaba otro percance desgraciado de que también debía salvarme. Los caballos de un carruaje que iba en mi busca para conducirme á la casa de un amigo, que me obsequiaba por mi salvación providencial, se desbocaron, estrellándose el vehículo contra una esquina y quedando más muerto que vivo el automedonte. No recuerdo el santo del día, pero debe haber sido el de algún serafín.

Esparcida la dolorosa nueva y considerándome morador del fondo de los mares, la prensa del país me entonó el *de profundis*. Presencié las exequias de aquellas cuyo infortunio debía de haber compartido; leí los piropos que me dedicaron mis colegas en el periodismo; supe que dos poetas me habían compuesto dos elegías; y como el capitán Montoya, don Félix de Montemar y don Juan Tenorio, asistí, si no á mi propio entierro, á mis honras fúnebres periodísticas. Y lo que vale muchísimo más, á mi resurrección. Entre paréntesis, mi fallecimiento apócrifo, me presentó coyuntura de comprobar en algo la divertida comedia de Bretón de los Herreros: *¡Muérete y verás!*

Algunas de mis buenas amigas me rezaron novenarios y elevaron preces al cielo en mi favor. ¡Oh, que cuando deje de existir de verdad y la noche

de la muerte caiga para siempre sobre mi espíritu, me valgan la intercesión del ángel que me salvó del naufragio y las oraciones de las piadosas damas que rogaron á Dios por mi alma, suponiéndome ya del otro mundo!

PROLOGO

DE LOS VERSOS DEL

LIC. ANTONIO CISNEROS CÁMARA.

La aparición de un nuevo libro de versos tiene grande y verdadera importancia en la vida de una sociedad. El escéptico y el pesimista lo negarán tal vez. Pero si todos los días nacen en los jardines y se marchitan rosas, y es sin embargo la aparición de una nueva flor, nueva gala del verjel, ¿por qué no otorgar el mismo privilegio á las flores del entendimiento, que son también las de la civilización?

La experiencia, el análisis, la rígida verdad científica podrán agostar y reducir á polvo en su flama incandescente, muchos sueños de la fantasía virgen, innumerables quimeras de la adolescencia popular; mas no lograrán secar ni consumir nunca la recóndita fuente de que mana la inspiración poética como de un venero misterioso y divino. La poesía no morirá aunque el arte cambie y se modifique en sus arreos, al impulso y compás de los progresos cien-

tíficos. La poesía, vaga, indefinida aspiración del sér moral, es el postrer refugio de la espiritualidad humana, el santuario íntimo, eleusino y místico, en que arde inextinguible la llama de la fe y del sentimiento. El ideal es el alma del mundo,—dice Renán,—Dios permanente, causa primordial, efectiva, última, de este universo; y, el lenguaje de la poesía y la elocuencia,—me atrevo á añadir yo, —el idioma con que habla ese ideal á los mortales. La poesía, de consiguiente, es una religión, un culto; su estilo es parabólico, rico en imágenes, figuras y símbolos; sus intérpretes tienen misión celestial, como todo lo que canta, vuela ó perfuma en la tierra, y el pueblo los escucha y reverencia cual si le hablasen en nombre y con poderes de un señor absoluto de las conciencias y los corazones.

Gustavo Bécquer, con una idea menos elevada de la poesía, pone y exige por última condición para su existencia, la de que exista una mujer hermosa: esta mujer hermosa puede ser sin duda, á veces María [personificación mística], á veces Beatriz [personificación metafísica], á veces una simple amiga predilecta é inmortal del vate, quizás en ocasiones la libertad, la patria, la familia humana, ú otras, la religión, la ciencia, la naturaleza, pero siempre la musa es la mujer, como el verbo es el hombre.

Descendiendo de la esfera especulativa, la poesía común y corriente en el mercado literario, hay que convenir en que tiene mucho de convencional y estipulado. El poeta nos habla con énfasis de los

mitos de todas las teogonías, y al conjuro de su voz sibilina y mágica, toman cuerpo los dioses y los genios, las hadas y las sílfides, Júpiter y Buda, la Virgen y Venus, junto con Brama y Tezcatlipoca, Xóchitl y Eurídice, el hórrido Osiris y el fiero Belial. El poeta departe con las estrellas, con los árboles, con las ondas y las nubes, con las generaciones presentes, pasadas y futuras; increpa á Satanás, puebla de séres vivos las ruinas augustas de Nínive y Palmira, reduce á escombros las más florecientes metrópolis; augura lo porvenir, mezcla ángeles y demonios, sollozа, ríe, grita, blasfema, óra, se yergue y se prosterna, todo merced al lenguaje excepcional y sublime de que se vale y al pacto tácito entre su imaginación creadora y el eximio y discretísimo sentido popular.

Hoy más que nunca deben tenerse estas circunstancias en cuenta, antes de juzgar las composiciones de un autor de versos; hoy, que en lugar de coplas, hacemos artículos de periódico y discursos de política. Es claro: después de leer diariamente cablegramas pésimamente escritos, gacetillas pedestres y chocarreras, retruécanos alambicados y sutiles de desfacedores de agravios públicos y buscadores de ganancias privadas, ¿qué efecto ha de producir en el ánimo una oda, un romance, una letrilla, un idilio? En medio de un público calculador y negociante ¿cuál un tomo de composiciones rimadas? *That is the question*, como dice Hamlet. Y aquí de las siguientes palabras de D. Ignacio Ramírez: "deseo que la numerosa juventud entregada

al amor y á las musas, se prepare con cantos varoniles á ser digna de la mujer y la gloria." La mujer y la gloria, tal es el doble galardón del bardo. ¿Qué importa la turba indiferente que corre en pos del metal llamado vil, aunque él no lo sea, sino sus adoradores? Suenen la trompa épica, la cítara y la guzla, resplandezca el ingenio, brille la inteligencia, desbórdese el sentimiento de su vaso de limo, y que la muchedumbre siga febricitante en su danza macábrica, buscando la felicidad y hallando la muerte. Todo está muy bueno; todo contribuye al universal concierto de bien y de mal, de risa y llanto, grandeza y pequeñez, vicio y virtud, heroísmo, maldad y bienaventuranza.

Debiendo entrar, pues, tantos y tan diversos factores en la justa apreciación de un poeta, no es fácil tarea la de saberle estimar rectamente en el conjunto de sus aptitudes y su múltiple valor y significación. Mis fuerzas son escasas para tal empresa, y si he aceptado la de juzgar de la capacidad poética del Sr. Cisneros Cámara, autor de este volumen de versos, ha sido, más que por el convencimiento de mi competencia para el caso, por el que abrigo de que nadie debe negarse al mayor auge y difusión de la cultura literaria, si de la péñola ha hecho el oficio principal de su existencia. Yo creo, como dije en el comienzo de este prólogo, que un libro de poesías tiene verdadera importancia en la vida de un pueblo, y por consiguiente, también creo que el Sr. Cisneros Cámara, al publicar éste, hace un servicio, pequeño ó grande, á su patria. Por eso

he accedido gustoso á precederle en el uso de la palabra, bien que la mía carecerá de la eurítmia, rotundidad y música de la suya.

Antes que otra cosa, permítaseme transcribir unas valientes estrofas á la Libertad y á la Ciencia.

Exclama el cantor yucateco en una oda patriótica:

Ayer para hacer picas, se buscaba
el hierro en las entrañas de la tierra,
y ese hierro sembraba
luto y desolación y espanto y guerra.
Ayer, carbón y leña se encendían
para arrancar la vida á fuego lento
á los que el porvenir ya presentían,
vuelo dando á su grande pensamiento.
Ayer, el duro tronco de los pinos
en horca la justicia transformaba,
horca vil que en las plazas y caminos
la barbarie del siglo pregonaba.
Hoy, siervo dócil del ingenio humano,
y en rieles convertido
que el monte cruzan, la ciudad y el llano,
el hierro la distancia ha suprimido
y á los pueblos del orbe ha confundido
en fraternal abrazo soberano
El carbón, que al arder chisporrotea,
no convierte en ceniza
á un mártir de la ciencia ó de la idea:
ya el agua en la caldera evaporiza,
humo arroja la altiva chimenea
y ruge el mónstruo y rápido se lanza,
infinitas distancias devorando,
por doquiera llevando
paz y amor y riqueza y venturanza.
Del erguido madero

no pende el infeliz ajusticiado,
pasto ofreciendo al buitre carnicero:
en poste transformado,
que el hilo telegráfico sostiene,
es la vestal moderna que mantiene
el pensamiento, el fuego más sagrado.
Ya la palabra humana,
eléctrica centella
lleva, hasta la comarca más lejana....
¡tal vez desde una estrella hasta otra estrella
la llevará mañana!

.....

¡Salvado está el abismo!
De ayer á hoy ¡qué enorme diferencia!
Entonces, tiranía..... obscurantismo!.....
Hoy, Libertad y Ciencia!

Desde luego nuestro poeta pertenece á la nueva escuela literaria, no sólo por el fondo, sino también por la forma: revoluciona en los dominios de las letras y se rebela contra la dinastía poética de que fueron próceres Carpio y Pesado, y de que son últimos representantes Roa Bárcena y Montes de Oca. Aquel seudoclasicismo, seco, avellanado, tieso, anti-nacional y anti-artístico, no cobija ni ampara bajo los rotos girones de sus banderas, al inspirado poeta á quien tengo la honra de servir de padrino.

Dos grandes bandos dividen el campo de la discusión estética: sostiene el uno que el arte bello tiene por único y exclusivo objeto realizar en formas bellas la intuición pura de la naturaleza, que es en una palabra su verdadera misión en el mun-

do; mientras que los del otro alegan que debe necesariamente ponerse al servicio de fines que le son extraños y aspirar á ser útil en el sentido más lato de la expresión: los primeros son campeones del *arte por el arte*, y los segundos, partidarios del *arte docente*. Pertenecen al primer grupo los más grandes críticos contemporáneos.

La trascendencia docente del arte, en su carácter de fin secundario y fortuito, es asunto que ha perdido bastante crédito en el terreno de la discusión filosófica y cada vez se uniforman más los pareceres respecto de la propia finalidad de las obras de arte. Por propia finalidad se entiende la circunstancia de contener en sí mismo, el hecho, la totalidad de su valer intrínseco. Verbigracia: una acción moral tiene propia finalidad, cualquiera que sea su resultado ulterior, por lo que se dice vulgar y exactamente que *con la intención basta.* Siendo el arte la manifestación más libre de la inteligencia y actividad humanas, repugna toda condición obligatoria de disciplina que no sea la suya y se desliga en la historia y en la crítica, sin cesar, de las trabas á que pretenden siempre sujetarle, convencionales intereses de escuela, religión y secta.

La dificultad en poesía y en elocuencia, [las dos más radiosas formas de la literatura universal], estriba en saber tomar del conocimiento científico las ideas nada más, y poder revestirlas en seguida de imágenes vivas y elegancias y tropos espontáneos. Por eso en el terreno del arte es preferible la poe-

sía de pura forma, de simple harmonía ingénita y profunda, que no la otra, en que con mucha erudición y doctrina, el escritor hace *versos* y no *poesía*.

Cisneros Cámara ha conseguido encontrar la línea ecuatorial entre estos dos polos opuestos; la resultante angular de las dos contrarias fuerzas; y de consiguiente, su numen está en equilibrio.

Hé aqui la prueba:

Con discordante y lúgubre chirrido
gira la herrada puerta
sobre el vetusto gozne enmohecido;
y van apareciendo los sayones,
y el verdugo aparece,
y murmullos se escuchan y oraciones,
y el condenado á muerte desfallece.
Redoblan las campanas!.... de la soga
pende ya el infeliz ajusticiado.....
queda un hogar vacío..... desolado.....
¡gloria á la religión! ¡gloria á la toga!
¡triunfaron sacerdote y magistrado!

Muerto fué por la ley quien dió la muerte;
perezca el débil, que domine el fuerte!
Los hombres cuando matan, asesinan
y viudas hay y huérfanos que giman;
pero las leyes vengan y redimen
cuando al clamor de huérfanos y viudas
se hacen sordas y mudas,
la tumba abriendo al causador de un crimen!

Tres rasgos peculiares detallan la poesía lírica moderna: brevedad en la composición, intensidad en el sentimiento y profundidad en la idea. El género lírico puede adoptar las formas más diistntas,

los procedimientos más diferentes y los tonos más diversos y variados, pero como ha de ser relativamente de cortas dimensiones, está obligado, más que los otros géneros, á usar un lenguaje limpio, terso, brillante y escogido. El Sr. Cisneros Cámara lo comprende así, porque es docto, y vence el obstáculo, porque es artista: huye del tópico, del vulgar decir, de la frase trillada, y logra con frecuencia hallar á sus pensamientos envoltura peregrina.

Ejemplo:

¡Quisiera ser alguna casta idea
para vivir en lo íntimo de tu alma:
quisiera ser la sombra que proyectas
para seguirte á donde quier que vayas.
Y si esto es mucho ambicionar, quisiera
—tanto, mujer, el corazón te ama—
ser un mísero insecto de la tierra
para morir bajo tu leve planta!

Veamos otra muestra del estilo de nuestro autor, en que sin perder su personalidad ni humillar su estro, imita al tantas veces imitado Bécquer:

Cuando miro las aves viajeras
cruzando los cielos,
remontarse al confín de las nubes
y cantar donde rugen los truenos;
de secreta ansiedad poseído
palpita mi pecho,
y sus alas quisiera robarles
y tender por los aires el vuelo!

Cuando el pez de brillantes escamas
se agita en el piélago,
y lo miro luchar con las ondas
y bajar de los mares al seno;
descender á ese abismo quisiera,
llevado del vértigo,
para allí de los mónstruos marinos
sorprender, cauteloso, el secreto.

A las veces se inclina más á Heyne que á Bécquer y prorumpe en amargos sarcasmos y sangrientas ironías.

Oigámosle:

Quizá tengan razón, pero con *ellos*
no puedo convenir:
á precio tan infame
no quiero resignarme á ser feliz.
Si alguna vez quisiere,
sacaré en almoneda el corazón,
y con él cuanto tengo y cuanto valgo.....
todo, todo, mujer..... ¡hasta tu amor!

Cayó sobre nosotros
un diluvio de lágrimas,
y para que mi amor no pereciese
lo encerré de mi pecho dentro el arca.
¡Necio yo, que no supe
encerrar igualmente tu constancia!

Sin saber por qué ni cómo
me empezastes á querer
y me das hoy al olvido
no sé cómo, ni por qué.

Acusarte no quisiera
de voluble ni de infiel,
que por mí lloraste mucho,
y lo debo agradecer.

—Prurito de gemir ¡vaya! este hombre
quiere hacer un papel *interesante*.
—Si de gemir ¡oh necios! tengo ganas,
¿por qué os dáis la molestia de escucharme?

El espíritu germánico se manifiesta aún más patente en estos fragmentos:

—¿A dónde va el caballero
sobre fogoso alazán,
si con otro su adorada
se va pronto á desposar?—
El caballero
parte fugaz,
valles y montes
dejando atrás. . . .
. . . . . .
A poco el noble bruto
vuelve jadeante y lleno de sudor;
de la desierte silla
gotas de sangre manchan el arzón.
—¿Qué fué del caballero?
—¡Sábelo Dios!

Debo hacer constar para prevenir erróneos juicios, que Cisneros Cámara fué de los primeros que introdujeron en México el gusto por los *lieder* de Heyne y las *rimas* de Bécquer, que después tantos y tan deplorables estragos ha ocasionado en nues-

tra literatura, hasta el punto de ser irrefragable su desprestigio; pero Cisneros imita como es lícita y conveniente la imitación artística, conservando la expresión personal que exige la escuela naturalista y que es en verdad una de las prendas de mayor estima en el recinto de las letras y las artes.

Yo no sé si es verdad que en la agonía,
cuando el alma se va,
los ángeles del bien se la disputan
á los genios del mal;
pero si te presentas al abrirse
para mí el ataüd,
á todos los espíritus, á todos
sabrás vencerlos tú!

Nunca al céfiro supliques
que tus suspiros me traiga,
porque te adora, y celoso
no cumple lo que le encargas;
ni le ruegues al centzontle
que al pasar por mi ventana
en sus melódicos trinos
me diga cuánto me amas;
porque el centzontle canoro
ardiente amor te consagra,
y te aman también las flores,
y las estrellas te aman.
A solas los dos, bien mío,
bajo la verde enramada
pasaremos los instantes
en mil confidencias gratas;
y entre el rumor de los besos
y al fulgor de la esperanza,
se estremecerán gozosas,
ebrias de amor nuestras almas!

Para ciertos filósofos y pensadores que rechazan en el lenguaje culto toda expresión que connote alguna idea metafísica, no será frecuentemente aceptable el estilo de Cisneros Cámara ni su constante alusión al alma y á la vida de ultratumba; pero debe tenerse presente que el lenguaje poético es convencional; que las ideas del poeta no tienen más valor que el poético; que la materia sólo se nos revela por sus atributos, y del espíritu sólo conocemos manifestaciones ligadas con ella; y que siempre queda ignorado para el hombre, por más estudioso y sabio que sea, el secreto de la afinidad, de la atracción y de la vida. El poeta tiene derecho á forjarse las hipótesis que guste sobre estos obscuros asuntos y á que su fantasía vuele á placer en los inexplorados espacios del infinito, real ó imaginario, que circunvala á inconmensurables lejanías el mezquino planeta que habitamos. Materia ó espíritu, hay en la naturaleza un elemento desconocido que con opuestas fuerzas mantiene el equilibrio universal; y si la ciencia sólo estudia y puede estudiar las series de fenómenos, para inferir las leyes que los gobiernan, al poeta es permitido rasgar el velo del santuario y personificar los ocultos resortes de la harmonía cósmica. Por eso caben en poesía desde la religiosidad bucólica de Pagaza hasta el blasfemo escepticismo de Acuña; desde la convulsa risotada de Ramírez hasta el llanto lastimero y bíblico de Carpio: todo el toque está en que el poeta nos convenza de que cree en lo que asegura, y si la forma es bella, colocamos en el ara común

de nuestra admiración, junto á los paganos arranques de Tirteo, el suave discurrir de Metastasio, y á Rabelais junto á Klopstock. La poesía es la forma, la imagen, la dicción galana, y en este sentido Cisneros Cámara es poeta, tanto porque tiene verdadera inspiración poética, cuanto porque su estilo posee las condiciones necesarias para ser poético. Emplea con exactitud y tino los epítetos, que es uno de los principales escollos en el lenguaje de la imaginación, y se advierte que conoce lo bastante la retórica y que tiene el suficiente dominio de la lengua, para comunicar á sus períodos la elegancia, sonoridad y corrección indispensables.

Esta corrección de que hablo no es únicamente la de los humanistas, que con que todas las comas y virgulillas estén bien puestas, y todas las palabras colocadas en rigorosa simetría gramatical, llaman correcta una obra; sino la corrección artística, de más noble abolengo, que consiste en la fidelidad y precisión de la copia y que imprime realidad á las creaciones más fantásticas. Ved desde la playa al través de la densa bruma de un día tempestuoso, los movibles mástiles de un barco que lucha con las olas: el cuadro es real y efectivo, no obstante el velo que se interpone entre vuestros ojos y el buque náufrago. Calma la tempestad, la embarcación se salva, surge el sol y se desvanece la niebla. La realidad es la misma, pero ha desaparecido el fúnebre crespón que la cubría. Tal es el realismo de Espronceda, de Byron, de Leopardi: quitad á sus corazones destrozados por la duda y el dolor, la fantástica

neblina á cuyo través contempláis sus pasiones turbulentas, y desaparecerá el sombrío encanto de su poesía desgarradora y misantrópica. La realidad en estos casos está dentro del espíritu de los autores que con poderosa magia llevan al lector al centro y foco de sus excepcionales concepciones, haciéndole experimentar los propios huracanados ímpetus de que ellos se encuentran poseídos. El grado de fidelidad con que la expresión artística traslade al papel los estados de conciencia del poeta, constituirá el grado de corrección de la obra, independientemente del respeto que se haya guardado á las reglas de la gramática.

Cisneros Cámara nos muestra su corazón, su fantasía, su inteligencia, bajo la forma idiosincrática que le es congénita, y dentro de sus condiciones de vida y de composición, en el medio en que funcionan sus facultades, hay realidad en su numen y hermosura en su lenguaje. En esta colección que hoy ofrece al público, ha reunido la mayor parte de los versos que hasta la fecha ha publicado, en dos ó tres cuadernos de lujosa impresión y en las columnas de diversos periódicos yucatecos ó metropolitanos, y algunos otros hasta ahora inéditos. Tres secciones capitales constituyen la colección: las poesías trascendentes, que tratan de asuntos históricos, patrióticos y científicos; las poesías amorosas, entre las que figuran en primera línea las imitaciones de Bécquer y de Heyne antes citadas; y las poesías íntimas, que forman los cantares del hogar y la familia. Son estas últimas las más queridas del autor

que ha puesto en ellas lo más interior y recóndito de sus sentimientos: ensalza en su primera juventud ídolos vários; pero más tarde, fijando definitivamente su corazón en el ya único objeto de su existencia, á él consagra todo su amor y las canciones todas de su lira. Nada hay, en efecto, tan hermoso, tan tierno, tan conmovedor, y que tantos recursos proporcione á la imaginación poética, como el sentimiento de la familia, fuente del más puro y casto de los amores, base de la sociedad y de la patria, y primer punto de partida de la humanidad en la historia.

En México está ahora de moda este género doméstico de poesía, nacido bajo la doble influencia de las composiciones alemanas y francesas de la misma especie, y cuyo más popular representante es sin duda Juan de Dios Peza. Cineros Cámara le cultiva con notable éxito, impregnando los cariñosos acentos de su laud, de tan dulce melancolía, que excitan con delicia, agradables emociones en el ánimo del lector.

Me concretaré á citar, para que no pierdan las demás su interés y su atractivo, una sola de esas suaves y apacibles composiciones, la intitulada *Sus encargos*, como inefable modelo de todas.

Dice así:

—Listo se encuentra ya mi equipaje;
la hora ha sonado; me voy de viaje;
un beso, hijitos y ¡adios! ¡adios!
—No se te olvide mi muñequita.

—Quiero de dulces una cajita.
—Yo dos caballos, negros los dos.
. . . . . .
Y piden luego frutas y sedas,
perros que *ladren*, buques con *ruedas*,
sombreros, dijes, y en fin....¡la mar!
Si rico fuera qué regocijo!
mas ¡ay! me angustio, porque de fijo
que á mi regreso van á llorar!

Una de las combinaciones métricas que con mayor lucimiento emplea Cisneros Cámara es justamente la más difícil de todas: el soneto. Ha compuesto muchos y en lo general excelentes. Sobresalen los denominados: *A Julián, A Francia. A Juárez, A Dios, Etiqueta internacional, ¡Alerta!, Un poeta suicida, Al libre-examen, ¡Así nó!, A Boulanger, Conflicto, Al natural* y otros varios, de los que tomo al acaso los dos siguientes.

ALGÚN DÍA.

Ser digno pretendí de tus mercedes
y al lauro de la gloria aspiré un día;
tú lograste animar mi fantasía,
y animarla otra vez sólo tú puedes.
No hasta la sima del abismo ruedes
do pugna por hundirte mano impía.....
la vida es el amor!.. .. ¡vive, alma mia,
y déjame vivir preso en tus redes!
Aunque mi corazón hecho pedazos
se estremece, y el tuyo sangre mana,
ébria de dicha te veré en mis brazos,
hoy, si tú quieres, y si no.... mañana.
que lazos que ata Dios, ¡eternos lazos!
romper no puede la malicia humana!

¡BUENAS NOCHES!

Después de una vigilia fatigosa,
ya casi á punto de entregarme al sueño,
gústame ver el cándido y risueño
semblante de mis hijos y mi esposa.
A su lecho con planta cautelosa
me va acercando mi amoroso empeño....
¡Ah, no tiene un dormir tan halagüeño
el rocío en el cáliz de la rosa!
No tiembla más la mano que se atreve
á hurtar el bien ajeno, que yo cuando
en sus frentes purísimas de nieve
feliz y conmovido voy dejando
un beso dulce, silencioso, leve,
con labios que al besar están orando!

Tan escabrosa y ardua se considera esta combinación métrica, que muchos grandes poetas han ejecutado verdaderos *tours de force* en ella, á fin de probar su facilidad é ingenio. Conocido es el soneto de Lope de Vega *A Violante*. El mismo fecundo y prodigioso poeta compuso otro, con versos de catorce idiomas distintos, bien rimado y harmonioso, y con unidad de pensamiento. Nuestro satírico prelado Ochoa y Acuña tiene entre sus producciones un feliz esfuerzo por el estilo, y Cisneros Cámara también ha intentado superar la dificultad como sigue:

DE COMPROMISO.
[En un álbum]

A meterme en camisa de once varas
por complacerte voy, bella Loreto,
pues tengo para mí que un buen soneto
es rara cosa entre las cosas raras.

Si un instante siquiera meditaras
que en él deben campar por su respeto
dicción castiza y levant do objeto,
de tan ardua labor me dispensaras.
Sé que á decirme vas lo que no ignoro:
que sonetes se expenden por docenas,
mas ¡ay! no todo lo que luce es oro,
ni se castiga con atroces penas
á quienes, de las letras en desdoro,
plagian ó zurcen mal obras ajenas.

Inútil será añadir, dado el primor y la gallardía en lo general del lenguaje poético de Cisneros Cámara, su destreza en la versificación, ya evidenciada por las transcripciones anteriores, y la soltura y gracia con que maneja nuestro idioma, que ha sido igualmente acertado en el empleo de otros metros distintos de los que usa en los trozos de que he hecho mérito. Para prueba final de su habilidad de versificador, copiaré las dos primeras décimas de su composición, *Ultimas notas*.

Brisas del valle nativo,
playa amena donde un día
sentí nacer mi alegría
al verme de amor cautivo;
un bálsamo, un lenitivo
dad, piadosas, al cantor
que un edén encantador
sueña, de espléndidas galas,
y á él no llega, pues sus alas
ya no le presta el amor.
Brisas que rizáis las olas
murmurantes de la mar

y hacéis gallardas flotar
las marinas banderolas;
cuando aquí, vagando á solas,
sujeto á mi negra estrella,
exhalaba mi querella,
brisas, en hondos suspiros,
en vuestros rápidos giros
los llevabáis hasta ella.

No vaya á pensarse por lo que llevo dicho de las buenas cualidades del estilo de Cisneros Cámara, que le creo exento de todo linaje de incorrecciones y defectos; pero son de tan poca gravedad, que constituyen insignificantes pecados veniales, de sencillísima absolución. Superando con mucho los aciertos á las faltas, pertinente me parece hacer omisión de éstas; ya que mi papel no es ahora por fortuna el de juez inflexible, sino más bien el de abogado cariñoso, y no sería cuerdo ni sensato que fuera yo mismo, en mi calidad de amigable patrono, á poner en mal á mi cliente con el público, que es en última instancia quien debe juzgarle y dictar el fallo definitivo. Como se ha visto por la circunstanciada apreciación que he hecho de ellos, los versos de Cisneros corren siempre fáciles y galanos, sin estorbos de afectado arcaismo, rudas transposiciones, ni obscuridad ni desorden. Claros de dicción, sobrios de concepto é intensos de sentimiento, reunen las tres principales condiciones del canto lírico moderno, y las reunen por espontánea manera, que es el *quid* del arte, la dificultad mayúscula y seria.

En cuanto al fondo, es decir, en cuanto á la esencia, las ideas de Cisneros Cámara están en sus propias obras de tal modo patentes, que no necesito comentarlas ni explicarlas. Cisneros ha manumitido su credo filosófico de la antigua intolerancia, suspicaz y tiránica: no está afiliado en la escuela positiva, pero tampoco pertenece al escolasticismo dogmático é intransigente. Es liberal sincero, de una fe inquebrantable en la bondad y éxito de su causa, habiendo en toda emergencia defendido sus principios con un valor y una firmeza dignos del mayor encomio. Polemista y escritor de combate, existen muchísimos escritos de su pluma, enérgicos y contundentes, que le aseguran una base sólida á su reputación periodística. El calor de sus opiniones políticas se refleja también en sus versos, ora en la forma del apóstrofe iracundo, ora en la del ataque incisivo y sarcástico. La cuerda de Marcial no falta en su lira: á menudo es simplemente festivo y humorista; pero nunca, ni en lo cómico, ni en lo satírico, olvida los preceptos de los grandes maestros en géneros tan difíciles de la literatura. Ha escrito á la vez algunas piezas escénicas que han sido aplaudidas en los teatros de Yucatán y Campeche. En mi sentir, sin embargo, vale más como lírico que como dramático, aunque en uno y en otro terreno sea poeta de estimación y crédito. De fácil palabra en la tribuna, la oratoria le debe algunos discursos entusiastas y vehementes, y ha sido también cantor épico de la guerra de castas en Yucatán, aunque desgraciadamente se le extravió el ma-

nuscrito de su obra, quedándole sólo algunos fragmentos ó romances históricos, que ha incluido en esta colección.

Daré una idea general, para concluir, de los demás trabajos literarios y políticos de Cisneros Cámara y de los honores y puestos públicos que le han valido. Fué redactor de los periódicos yucatecos *El Pensamiento*, *El Libre-examen*, *Prurito literario*, *El Repúblico*, *El Porvenir* y *Telón de boca*; y ha colaborado en los que siguen: *El eco de la juventud*, *El alba*, *La actualidad*, *El Conservatorio*, *El Eco del Comercio*, *La Revista de Mérida*, *El Honor nacional*, *El Faro*, *El partido de Ticul*, *El fronterizo*, *La igualdad* y *La sombra de Cepeda*. La escena meridana le es deudora de las composiciones dramáticas: *Honor y conciencia*, *Un hombre á la moda*, *Tablas*, *Deberes contra deberes*, *De la cumbre al abismo*, *A muerte* y *Primorosa*, que es la última de sus obras teatrales representada. Fué socio fundador del Conservatorio yucateco de música y declamación; socio fundador también del Ateneo y vocal de su Junta Directiva; Vice-director general del Conservatorio; profesor de literatura y declamación en el mismo establecimiento; secretario de la Academia de Literatura; catedrático de geografía, filosofía y literatura en el Instituto literario, y socio de honor del Conservatorio Oriental y de la Sociedad artístico-recreativa. Ha sido, además, vocal de la Junta Directiva del Hospital general de Mérida, Oficial Mayor del Consejo de Gobierno, Jefe político del partido de Progreso y

Diputado suplente á la Legislatura del Estado. Actualmente es representante del de Guanajuato en el 14º Congreso de la Unión, habiendo representado en el 13º á la misma entidad federativa y en el 12º á la de Yucatán.

En suma, Cisneros Cámara es sin duda uno de los más notables escritores de la península yucateca y honra con sus trabajos á la República entera. Para mí ha sido una verdadera satisfacción escribir el presente prólogo, en el cual rindo un tributo á la justicia y otro á la amistad.

De Mazatlán á México y vice-versa.

[MEMORANDUM.]

I

Recibí un telegrama que rápidamente me llamaba á la Capital de la República, y dos horas después estaba á bordo del "Newbern," que salía para Guaymas, con escala en La Paz. Éramos pocos los pasajeros de primera clase, no contando por supuesto á los yankees. Propiamente hablando, no tenía yo más que dos compañeros de viaje: un comerciante mexicano que se quedaría en La Paz, y otro francés, socio de una casa fuerte de Mazatlán, que haría una detención en Guaymas. Iba también una pasajera lindísima, italiana, de voz melodiosa y agraciada fisonomía; pero, encerrada en su camarote, poco se nos dejaba ver. La conversación del francés, hombre culto y de mundo, era chispeante é ingeniosa. Recuerdo que una vez le pregunté cómo teniendo más de cua-

renta años apenas representaba treinta: ¡oh, me contestó con mucho donaire, mi señor padre se llevó el secreto á la tumba! Viajaba con todas las comodidades apetecibles y podría citarse como tipo ó modelo de turistas. En La Paz, el mercader californico nos invitó á pasar á su casa, donde comimos, y continuó su ruta la nave sin más demora.

Nada tengo que añadir á las descripciones que he hecho ya en otro de mis artículos de La Paz y Guaymas. En la segunda población, empero, existe una anomalía: la estación del ferrocarril junto al camposanto; la vida cerca de la muerte; ecuación terrible de la fuerza creadora y la Euménide que destruye; génesis y apocalipsis singulares; los despojos cadavéricos al lado de las esperanzas de grandeza. El rústico panteón, al pié de unos abruptos cerros, carece de tapias, por lo que da semejanza de verdadera necrópolis, con sus agrupaciones de abandonados sepulcros, entre los cuales crecen y se propagan silvestres ortigas y altas y macilentas hierbas. Acaso en aquel prado tétrico, durante la noche, las ánimas de sus yertos huéspedes, resbalarán su hálito frío sobre el césped funerario, mientras que en la campana de la estación, herida por la nocturna brisa, sollozarán lúgubres y melancólicos gemidos!

Así como Dumas dijo de España que el Africa principia en los Pirineos, pudiera creerse, al oir hablar por todas partes la lengua de Jefferson, y advertir rasgos palpables de invasión pacífica nor-

te-americana, que los Estados-Unidos comienzan en Guaymas; pero no es así, porque bajo aquella apariencia engañadora, palpita vigoroso el amor pátrio y se conserva perenne el recuerdo de la heróica jornada, en que el aventurero Rousset de Boulbón pagó bien cara su temeraria y absurda intentona de filibusterismo.

Se hacía la primera campaña del Yaqui y en el tren que yo tomé iban dos generales y un teniente coronel, que se bajaron en Cruz de Piedra. De allí para adelante mis compañeros me fueron desconocidos. La italiana y el francés se habían quedado en Guaymas.

Hermosillo, capital de Sonora, es una ciudad triste y polvorienta. Alquilé un carruaje de sitio y recorrí en hora y media la población; la cual lo mejor que tiene es su palacio de gobierno, suntuosa construcción de piedra y de ladrillo. Las calles son angostas y tortuosas; hay mucho adobe sin enjarre, muchas casas sin cornisas, y muchos techos de tierra, en que se mira una pigmea vegetación parasitaria, de muy mal efecto decorativo. En compensación, hay bosques de naranjos por todas partes, huertas y hortalizas, y un cerro de figura extravagante que llaman de la Campana y dizque produce magnífica cantera y mármol. La campiña que circunda á Hermosillo es hermosa y pintoresca, con un río de furibundo cauce y exíguo caudal de agua, y extensas plantaciones de árboles frutales. El auriga que me servía de cicerone era bizco, y cuando estuvimos frente al pala-

cio, puso una cara chistosísima, que no se me olvidará nunca, como queriendo decirme con una mueca: ¡mire Ud. qué maravilla! A la sazón veía el pobre hombre con el un ojo al norte y con el otro al sudoeste.

Subieron al tren en Hermosillo una señora muy gorda y melindrosa, y un jovencito encogido y zurdo, que le servía de intérprete; pues ella, aunque vivía en el Tucsón, no había podido aprender el inglés, pero sí á desdeñar todo lo de su patria, como sucede á las personas vulgares, que después de visitar los países extranjeros, encuentran el suyo detestable y horrible. No así el Periquillo Sarniento que no obstante haber rodado por toda la faz del planeta., nada halló ni descubrió más grato y delicioso que su choza de mimbres, oculta entre el ramaje de los bosques intrincados de la Sierra Madre. Y Chateaubriand, si no recuerdo mal, dijo: dichosos aquellos que no han asistido á más banquetes que los de su familia ni han visto más humo que el de su cabaña.

De muy distinta manera pensaba la matrona de mi narración, que con el peculiar sonsonete de Sonora, tratárase de lo que se tratare, saltaba siempre con esta cargante muletilla: "Créame Ud., no hay nada como los Estados."

—Pero ¿qué Estados son esos, señora, le repliqué, cuando ya me había cansado con su estribillo insoportable?

—Los Estados-Unidos, me contestó emberrinchinada y mohina,

Justo es consignar, sin embargo, que merced á sus filantrópicos sentimientos, pasé menos mal la noche que la hubiera pasado en aquel carro de tercera habilitado de Púllman.

Sonora es un desierto. Aquí y acullá míranse guaridas de esquimales que interrumpen la llanura, en compañía de míseros arbustos y cerros escuetos y pedregosos. Distínguense á lo lejos los pueblecillos con sus jacales de zacate, y los campos solitarios, donde pace alguna vaca vagabunda. Los indios, vestidos de harapos, apenas asoman la cabeza por los agujeros de sus miserables viviendas. En las estaciones se advierte un poco más de progreso, pero tan poco, que no modifica la impresión de los toscos aduares que se ven á uno y otro lado del camino. Mientras existan en nuestro país albergues semejantes y sus habitadores carezcan de estímulos sociales, será casi imposible un progreso rápido. La raza decaída necesita regeneración por medio de la escuela y del aumento en los salarios, retirándole las ocasiones del vicio y del crimen. Otra cosa debe también retirarse: la costumbre de bautizar las estaciones, muelles, ciudades, vapores, ferrocarriles y hasta locomotoras con los nombres de personajes vivos: es una lisonja perjudicial á la geografía y á la historia, y que no tiene más objeto que halagar la vanidad de los potentados, aunque padezcan importantes intereses físicos y morales con el frecuente cambio de nombres. En Sonora, hasta los pedruscos ostentan el apellido de algún magnate, hoy en propincuo lugar colocado, pero

acerca del cual, si llega á prevalecer el nombre, preguntarán curiosas las generaciones futuras: ¿quién sería este apreciable sujeto?

A las cuatro de una mañana airosa y fría llegamos á la línea divisoria entre las dos grandes repúblicas del continente americano; esto es, á Nogales, poblacho tres cuartas partes yankee y una cuarta parte azteca, donde á falta de una aduana, tienen ustedes dos. Aquel es un contubernio fenomenal de dos fiscos, mil veces más espantable que el monstruo de dos espaldas con que Yago horrorizó la imaginación de Otelo, pintándole la supuesta infidelidad de Desdémona. No hubo más remedio, pasamos por las horcas caudinas de aquellos celosos representantes de los enemigos aranceles de dos naciones amigas.

El desierto continúa del otro lado de la frontera; no más que de vez en cuando alguna alegre casita, blanca y risueña, rompe la monotonía del panorama. El sol del nuevo día nos iluminó un horizonte extranjero.

Por principio de cuentas, subió una negra estrafalaria, ataviada con ridiculez, llena de paños de colores chillantes, y á quien por razones de estética, si no de cortesía, le dí la espalda. Cuando por acaso tuve el disgusto de que tropezasen con ella otra vez mis ojos, me la encontré muellemente recostada en el asiento, diván sin duda para ella, y con aire de sultana etiope, leyendo en un libro forrado de cuero ruso, más negro que su epidermis. Aquella mujer de pigmento de ébano, labios grue-

sos y cenizos, amarillenta córnea, crespo cabello, pómulos salientes, estrecho ángulo facial, frente deprimida, grandes orejas, y tosca, zafia y repulsiva en todo, vestida á la escocesa y con gorro colorado, seguro que en su interior se juzgaría una Galatea del Congo ó de Madagascar; pero yo no me sentía con ánimo de ser su Pigmaleón, y me puse á considerar la influencia tan grande de la forma de las razas en su intelecto y en su cultura. Con razón dice Renán que el secreto de la formación de las especies está en la morfología y que las formas animales son un jeroglífico cuya clave no se posee. Para el jeroglífico que yo tenía delante, no necesitaba la clave del Padre Sotomayor, é incontinenti le descifré y entendí, sacando en limpio que era una especie femenina que bajo ningún concepto cabía en mi imaginación.

En esto llegamos á una estacioncilla, cuyo nombre no recuerdo, y tomamos un pésimo desayuno, que no tenía más lado aristocrático que el ser muy caro; y para mí más que para nadie, porque mis pesos del águila se me convirtieron en tostones, merced á un brutal descuento del caribe hostelero.

Arizona tiene el aspecto de Sonora, con la diferencia de que se ven en lontananza montañas nevadas como las del valle de México. Comienzo á topar con americanos finos, de los que pocas veces vienen á nuestro país, y se acentúa para mí el carácter de la nación vecina, aunque vista y estimada por el último de sus rincones. Un señor provecto, al parecer funcionario, da órdenes con voz

apenas perceptible y ademán reposado, á otro que le escucha con respeto y circunspección, al revés de lo que desgraciadamente sucede por lo común en México, donde los que tienen algún mando le ejercen con altanería y á gritos. Nuestros funcionarios en lo general carecen de educación y no saben ni lo más ínfimo y rudimentario de lo que debieran saber. Hasta la historia pátria les es desconocida. Un rudo marinero inglés, un burdo mercachifle alemán, un ruso montuoso de rostro y brusco de modales, saben más de sus respectivos países, y áun de los extraños, que muchos dignatarios mexicanos del suyo y del resto del mapamundi.

Atravesé los eriales arizonianos leyendo una novela entonces en boga, *Called Back*, de Hugo Conway, traducida en español, con el título de *Misterio*, por el nervioso, elíptico y traspositivo, aunque brillante escritor cubano don José Martí. La novela es un cuento de las Mil y una noches en pleno Siglo XIX, y parece que el autor se propuso desarrollar una serie de sucesos maravillosos y extraordinarios, dentro de las condiciones de vida y de cultura del mundo moderno. La acción principia en Londres y termina en Siberia: comienza por un joven ciego que anhela recobrar la vista para gozar de la vida, y concluye por un viejo socialista que quisiera que le sacaran los ojos para no ver los horrores que le circundan. Desenvuelve el narrador gran lujo de imaginación, tiene detalles magníficos de estudio sicológico, y su obra interesa

tánto que no la deja uno de la mano hasta terminarla. La escena capital de la novela se funda en un fenómeno de trasmisión magnética y el nudo le constituye una admirable escultura de carne, mas sin inteligencia, una mujer idiota, pero de soberana é incomparable hermosura. Al leer todo esto, figuróseme que Arizona era Siberia y que yo caminaba hácia la eterna reclusión en la tenebrosa compañía de la negra de marras.

Crucé á Texas durmiendo: mejor. Me hubiera dado cólera ver aquellos campos, teatro de la rebeldía y la traición de un grupo de ingratos, y de la torpeza y la estultez de algunos de nuestros generales del antiguo ejército. Me hubiera acordado de Zavala y de Santa-Anna, de Austin y de Huston, y se me hubiera revuelto la bilis. El Alamo Blanco simboliza para nosotros el fúnebre ciprés bajo cuya sombra reposan los más dolientes recuerdos acaso de nuestra trágica existencia.

Amaneciendo llegamos al Paso Texas, que tiene magníficos hoteles, elegantes iglesias, una casa de justicia que parece un lindo palomar, muy bonitas avenidas en embrión, alumbrado eléctrico, tranvías y muchísimo polvo, porque las calles carecen de pavimento. Estuve doce horas en aquella factoría naciente, y una de las dos veces que crucé el Río Bravo, oí en un vagón á una niñita cantando el himno nacional mexicano. Experimenté gratísima emoción de patriotismo, y áun el rumor de las aguas del río, que pasaban entre los claros del puente, se me figuró que murmuraba algo de re-

paración y venganza. Escuchad un canto de vuestra patria en cualquier paraje extranjero y se verificará en vosotros el fenómeno que dicen que tiene efecto en el espíritu del náufrago, de que en un instante torna á vivir lo que ha vivido. Os veréis [como asegura Flammarión que es posible contemplarse uno mismo, de un astro á otro, por el retardo en el llegar de la luz], nacer de nueva cuenta, compartir los juegos infantiles con vuestros hermanitos, ir á la escuela, llegar á la juventud, desarrollarse el concepto de la patria en vuestra conciencia y amar todo lo vuestro con amor sin límites, con tan grande abnegación, que os sentís capaces de dar la vida por el terruño donde abrísteis los ojos á la luz.

Cosa singular. En México son raros los mexicanos que saben las estrofas completas del canto de la patria, lo cual se puede comprobar en cualquiera reunión en donde se trate de la materia. Siempre he juzgado desfavorable y áun punible esta ignorancia del himno de Bocanegra.

Paso del Norte, donde Juárez, tras su inmortal odisea, plantó erguido el lábaro de la independencia, es una villa inferior á su gemela de la otra banda del río. La estación del ferrocarril, de construcción mitad americana, mitad mexicana, como para significar que allí se dan el abrazo místico las dos naciones, es lo único que vislumbré notable en la población que hoy lleva el apellido del ilustre patriarca de la Reforma.

Tuve el honor de ser el único pasajero de pri-

mera clase que se embarcara en el Paso, circunstancia probable de que se me confundiese con un contrabandista de piedras preciosas, que según noticias de la gendarmería fiscal, tenía que ir en el mismo tren en que yo iba. Todo lo irregular se ejecuta irregularmente. Esperaron que diesen las doce de la noche, hora de los crímenes, para venirme á despertar de un tranquilo sueño, tres individuos de la santa hermandad que vela en la zona libre por los intereses del fisco, tres corchetes de aquella ambulante inquisición fronteriza, acompañados de un empleado del tren. Me levanté perplejo y azorado. Se me requirió que mostrase mis equipajes, porque era indispensable registrarlos. Dije que no había inconveniente, tanto menos cuanto que consistían en una petaquilla. En fin, antes de llegar al furgón, me dijo descubriéndose uno de aquellos genízaros: "Ud. dispense, hemos confundido á Ud. con otra persona, que según aviso que tenemos, pretende introducir un contrabando de diamantes." Y torné á las delicias de Morfeo. ¡Quién sabe si el verdadero contrabandista pasaría con su fraude y los celosos guardianes de la hacienda nacional tendrían entonces plomo en los párpados!

Frente á Chihuahua, de la cual no se ven más que las esbeltas torres de la parroquia, y las elevadas montañas que cierran el circuito, tres yankees y un mexicano entran en mi coche. Con el compatriota hice luego amistad: los yankees se bajaron en una estación inmediata. Venía también desde el Paso, otro mexicano á quien yo no había

visto, que por capricho pasaba el día en los carros de segunda y la noche en el Púllman. Era un riquísimo minero, que acababa de recorrer los Estados-Unidos, con secretario, intérprete, ayuda de cámara y quién sabe cuántos criados y sirvientes más. Aquel Creso del país, Montecristo ó Nabab aborígene, era obeso, lampiño y del color del café tostado: podía uno figurarse que tenía delante, salvá la indumentaria, á alguno de los senadores tlaxcaltecas que la pintura moderna mexicana ha reproducido en el lienzo. Preguntéle una ocasión el por qué de preferir los coches de segunda clase, siendo así que pagaba de primera por él y todo su séquito. Porque en los de primera, me respondió, no es permitido fumar ni decir malas palabras; y soltó una que hubiera ruborizado á los Montes Rocallosos.

Pero, en fin, á pesar de la insolencia, estábamos en México, respirábamos el aire de nuestra patria, extendida allí á nuestra vista en sabanas inmensas y tersas, que se desvanecían en los confines del horizonte, sin más interrupción que una que otra casuca de piedra, las sombrías estaciones del ferrocarril y las atalayas del fanatismo de vez en cuando; es decir, las torres de las capillas católicas de las rancherías. El desierto, sin habitantes, sin vegetación, y el panorama uniforme y constante, aquello es la imagen de la soledad y el silencio. Las estaciones parecen fábricas etruscas, y la raza india, de las edades anteriores al uso del hierro.

Llegamos á Zacatecas poco después de las ocho

de la mañana. Había en el andén algunos charros *rayando* los caballos y un vagoncito de tracción animal. La ciudad no se ve aún. Sigue el tren su marcha, y á poco se descubre el célebre asiento ó real de minas entre las quiebras y hendeduras del montañoso terreno, como si se contemplase en un cosmorama, con sus calles sinuosas, sus muchas iglesias y sus haciendas minerales de beneficio antiguo, en cuyos patios pisan las mulas la amalgama de metal. Pasamos tan cerca de los balcones del primer piso de una casa, que una criada que sacudía el barandal, por poco nos da con la tohalla en las narices. El cerro de la Bufa levanta su mole al parecer inaccesible y se pasma uno de cómo el Gral. Rocha pudo llegar hasta su cumbre, sin ser antes hecho pedazos por los proyectiles del enemigo. En el fondo de un profundo valle, como dibujo en lienzo de canevá, se mira luego la villa de Guadalupe, con su famoso santuario y sus manzanas como casillas de tablero de ajedrez.

Por aquellos andurriales tomó el tren una señorita vestida de verde con avalorios negros y encajes amarillos, sombrilla chinesca y sombrero japonés ó escandinavo, de los que la moda ha bautizado con el nombre del cardenal Mazzarino; y á la cual damicela tan emperejilada, servían con rara solicitud dos guapos mocetones de sombrero galoneado y botonadura de oro. Supe que era una rica heredera de la comarca, sin el óbice de su vulgar figura, modales rústicos, traje cursi y estrepitosas riso-

tadas. Su permanencia en el tren fué un ir y venir, un no estarse quieta un segundo, un trajín, un vértigo, un movimiento perpetuo, con la perenne cauda de sus dos Benitos que le alzaban la cola. ¡Qué Dulcinea del Toboso ni qué pastoras y labriegas de ninguna parte! Con razón la sinfonía bucólica de Garcilaso, Balbuena y Meléndez Valdés, me ha sonado siempre á música inconsistente y fantástica.

Voy leyendo la vida de Guillermo Tell, que suspendo al llegar á Aguascalientes donde se almuerza. No diviso más que espesa arboleda, cuyas ramas hace oscilar un cefirillo juguetón, y detrás de los copudos árboles, las torres y cimborrios de las iglesias en cuyas metálicas cruces centellea el sol de mediodía. Nos rodea una nube de mendigos y otra de frailes: aquéllos piden y éstos no dan, cuando si no fuera por los malos oficios de éstos, aquéllos no estarían tan dejados de la mano de Dios. Había allí también una farándula esperando el tren, y se juntó la ronda con los piteros, es decir, el teatro del templo y el templo del teatro.

A uno y otro lado de la vía férrea, interrumpen los terrenos cultivados hermosos bosquecillos, coronados siempre de torres que parecen gigantescas almenas de enormes fortalezas. Son las casas de oración el principal adorno de nuestras ciudades y la causa prepotente de nuestro atraso. Cercas de piedra festonadas de hojarasca y rosas, y una espléndida vegetación, ornan de continuo la variedad del espectáculo. Pasamos por Lagos como á las cuatro de la tarde. Sólo se columbra la parroquia con

sus soberbias torres, que parecen sumergir las agudas puntas en las profundidades del cielo. ¡Por todas partes cruces! Me hacen el efecto de las de un cementerio y de que nuestro progreso es cadavérico: por lo menos brota y emerge de los antros de la ignorancia, como las campanillas azules de las grietas de los sepulcros.

Entre Lagos y León el paisaje es bellísimo. Llegamos á la segunda población al ponerse el sol: la ciudad queda bastante lejos y como de costumbre no divisa uno más que torres. Ya me marean. En la estación nadie bajó ni nadie subió, y no había de público más que un individuo de chaqueta gris, pantalón claro y sombrero de pelo, seis dragones muy serios, un simón desvencijado, y á distancia, un jinete á todo correr, el lazo al aire, tras un cornúpeto que volaba por la llanura.

Silao es el reverso de la medalla: allí todo es bullicio: la algazara de la multitud aturde: con dificultad nos abrimos paso en aquel mar de gente, para arribar al anhelado puerto de promisión de un restaurant francés, que dizque es famoso en muchas leguas á la redonda. Cayó después la noche y el sueño sobre mi individuo, que no volvió á tener conciencia de sí, hasta el Tajo de Nochistongo, obra colosal y magnífica, que honra tanto á la nación cuanto á su autor el cosmógrafo Enrico Martín ó Martínez, pues que ambos apellidos le atribuyen los cronistas.

Dos personas enlutadas me esperaban en el andén de la estación de México.....

II

La metrópoli, durante mi ausencia, había crecido, mejorádose, embellecídose; había dado pasos de gigante, según un *cliché* de uso procomunal. Fuí á Puebla y me sorprendió análoga transformación. Adelantos visibles, progreso, comodidad en todos sentidos, y..... ¡considerar que yo acababa de recorrer centenares de leguas de territorio mexicano, donde no vierte aún sus primeros rayos el sol de la civilización!

El regreso á mis lares sinaloenses le comencé en mi sentir bajo los mejores auspicios: tengo por tales el haber visto en la estación, á una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida, una húngara divina, que desgraciadamente se quedó en el andén. Me despedí de los cariñosos amigos que fueron á acompañarme y se inició la jornada. Mi primera operación fué inspeccionar el terreno é inquirir noticias de mis compañeros de viaje. Eran un general y su señora, un minero guanajuateño y la suya, que le acariciaba con mimo, y dos sonorenses que venían desde Europa. Con éstos, por no traer pareja y tener conmigo más afinidades regionales, me puse antes en contacto, resultando que nos conocíamos de nombre unos á otros. Se habló de minas, y el de Guanajuato, aunque no tenía vela en el entierro, entrometióse enojadísimo en la conversación, defendiendo los sistemas antiguos de beneficio usados en su tierra, encomián-

dolos y encaramándolos sobre los modernos. Yo no tomé parte en la disputa, pero me persuadí á que el sentimiento de localismo pone gafas daltónicas á las gentes, que les trastruecan las imágenes en el campo de la visión.

La mujer del general y la del minero se observaban de reojo, y entre las dos, llenaban con chácharas, cajitas, rollos y paquetes medio vagón. La una era rubia y la otra morena, con lo que ya tendría motivo para una flamante alegoría sobre tema tan hollado por novelistas y copleros. Mas morena la una y rubia la otra, ninguna era bonita, y la alegoría se queda en el tintero. Los discutidores siguen la polémica y desdobló, para entretenerme, un periódico de los de novísimo cuño. Su primer redactor es el *reporter*, ó más bien dicho, no es periódico, es puro reportazgo. Hoy los asuntos se tratan al vapor y la crítica se ejerce á botonazos eléctricos. Surge un versista y canta al són de su lira ó arpa: "Yo soy ba-do" "Ud. será bestia," le rezonga el retor. "Venga la inspiración" prosigue el vate. "Vaya la alfalfa," repone el crítico. "Me falta el amor." "Lo que le falta á Ud. es el sentido común." Tales son los primores de urbanidad, las galanuras de dicción, las lindezas literarias que hoy se estilan y acostumbran.

Por mi parte, me crispan los nervios esas gracejadas que violan todas las leyes de lo cómico artístico. El Gral. Riva Palacio, que es gran maestro en materia de agudezas y chistes, desde el más puro y ático, hasta el de forma más pedestre y popu-

lar, me decía una vez: "Convénzase Ud., la guasa es el chiste por excelencia del público indocto: el que la sepa usar con mayor desparpajo, logra ser el periodista satírico de más éxito y renombre en México." Me acordé del *Ahuizote*, de los anagramas de D. Blas, que no se lució, sino se *blasió* con ellos, y que dijo á uno de sus colegas en el muelle de Veracruz, frente al Atlántico: ¡no vaya Ud. á pensar, todo eso es agua! Por eso ha dicho Juvenal, el nuestro, tan repetidas veces en sus *Charlas*, que este es el país de la *guasa*. Comprendo el sistema, pero creo no haberle seguido nunca, si bien es fácil contagiarse de lo mismo que se censura, como aconteció á Lope y Quevedo con los delirios y obscuridades de Góngora.

Sigamos el examen del lenguaje á la moda. "Un bárbaro que responde al nombre de Fulano de Tal y que en su casa conocen, publica en el periódico Cuantos, una sarta de desatinos que él llama modestamente artículos de colaboración. ¿Por qué no colaborarán el buen juicio y la sensatez en los artículos del Sr. Tal? Sostiene, por ejemplo, que dos y dos son cuatro. ¿Dónde aprendería aritmética? Quizás en alguna caballeriza ó en algún lazareto. 'Vaya don Tal al tal."—Un periodista novel, que pretende singularizarse desde sus primeros pasos en la senda de la gloria, piensa que todo el toque está en insultar y maltratar desaforadamente á sus contrarios. El periodismo, además, se ha vuelto negocio lucrativo, empresa mercantil: se explota todo, hasta la calumnia y el crimen. Hay *chantage* á las

claras y *chantage* hipócrita y solapado; hábitos perversos y dañosos de que París es centro y foco. Los periodistas y los periodiqueros se han confundido y amalgamado, pero el reporterismo, extremando sus recursos y novelerías, tornará á restablecer los antiguos límites entre los escritores de línea y los jornaleros de la prensa.

Riva Palacio cree frúctuosa la repetición sistemática del más inocente vocablo para producir risa. Un ejemplo de Alfonso Daudet puede comprobar la doctrina. Elijamos el cuentecillo del *Tamborilero*. Se me ocurrió [le hace decir Daudet] perfeccionar mi pito una noche de luna, oyendo un ruiseñor. La primera vez que lo dice causa en verdad risa, pero como cada vez que le presenta Daudet en escena, sale con su estribillo inocentón, á lo último basta el *se me ocurrió* para la más franca hilaridad del auditorio. Cuenta el mismo Daudet sobre este particular, que oyó en la calle una frase estúpida, la empleó con insistencia en alguna de sus novelas, y tuvo éxito. Depende, sin duda, el resultado de la habilidad del narrador, porque muchos novelistas conozco yo, que pretendiendo caracterizar mejor á sus personajes con rasgos de naturalidad, empiedran cuanto los obligan á proferir de muletillas, como *¿me entiende Ud.? ¡estamos! ¿bonito yo?* que á pesar de la repetición maldita la gracia que hacen.

Cierto es también que el vulgo de los lectores no sabe estimar el mérito del estilo cómico, que miran con desdén, suponiendo que la forma agradable y

ligera no es ropaje propio de altas especulaciones y profundas ideas. Falsísimo concepto muy generalizado entre los habitantes de los climas meridionales, que siendo extremados en la gracia, la tienen empero en poco, guardando sus simpatías para las obras serias, dízque filosóficas y trascendentes, aunque suplan como dice un crítico, lo vacío de las ideas con lo hinchado de las palabras. El estilo jocoso no puede recurrir á este artificio, porque en él la prenda de más valía y la principal de sus condiciones, es la sencillez, y de aquí su inmensa dificultad, pues las mayores victorias para el arte están constituidas por la claridad artística con que se copie la realidad, siendo los contrastes de que proviene lo cómico de lo más difícil de copiar. Blasco ha hecho notar ya lo raros que son los poetas y actores cómicos, por lo mismo que la naturaleza no se ha manifestado pródiga en un artículo de tan alto precio en el mercado literario. Yo sé también que las tres más grandes personalidades literarias de España entran de lleno en el acervo cómico, (Cervantes, Quevedo, Larra,) y que entre los poetas modernos de nuestra propia lengua Bretón es el menos discutido, así como tampoco lo son Tirso ni Alarcón entre los antiguos. La risa es una de las grandes prerogativas de la fisiología humana, uno de los signos característicos de la inteligencia y la racionalidad, la antítesis del dolor, y debe ser asunto mirado y estimado con más atención, como que el placer es el primer estímulo del hombre.

Y llegamos á Lagos de los Alcaldes, donde so-

plan anécdotas en el viento, y saltan como sapos de entre las piedras los decires y sentencias de una larga serie de funcionarios municipales. Hasta las cruces de hierro que rematan las primorosas torres de la monumental parroquia, se dice que las forjó el diablo. El legendario puente, la alameda, una fábrica de hilados y tejidos, dos jardines, la plaza de armas y un teatro en obra es cuanto el viajero encuentra allí digno de mención: lo que es infame es el Hotel de Diligencias. San Juan de los Lagos yace moribundo en el fondo de un barranco, y á poco andar está Jalos, donde también hubo un alcalde discursivo y zahorí, de quien se refiere que habiéndole amonestado el superior por haber permitido una corrida de toros en viernes santo, expidió un bando fulminante declarándola nula y de ningún valor. Se ignora si el decreto sería eficaz á resucitar los toros y caballos muertos.

En general todas las poblaciones del derrotero presentan un aspecto ruinoso, polvoriento y solitario, como si hubiesen venido á menos con el transcurso de los años. Entre Tepatitlán y Zapotlanejo existe el célebre puente de Calderón: el paraje es bravío: aquellas montañas escuetas y negras le asemejan al valle de Josafat. Hidalgo tremoló allí aunque sin ninguna ventura el estandarte de la libertad, y á su recuerdo palpita conmovido el corazón y eleva una plegaria de amor y reconocimiento al ínclito caudillo.

Guadalajara, capital de Jalisco, es por unánime acuerdo, la Babel de Occidente: llena con su fama

gran parte de la República y es en verdad por todos conceptos, merecedora de cuantos elogios y ditirambos se le han consagrado. El arte ostenta en su recinto claras muestras del fervoroso culto que se le ha tributado; las bellas letras han tenido siempre egregios representantes, y la cultura y buenas manera de la sociedad halagan y cautivan. En tres breves días que permanecí en aquel edén, apenas pude enterarme de los principales adornos de la ciudad. ¿Mencionaré sus magníficos edificios? Todo el mundo tiene noticia favorable de ellos. ¿Hablaré de sus paseos, de sus establecimientos de instrucción y beneficencia, de sus calles, de sus portales, de su plaza de armas? Sería repetir lo que ya se sabe también. Guadalajara es un oasis en medio del desierto: sus alrededores son áridos y tristes. No conocí más que dos excepciones de la regla: San Pedro y Atemajac. En Occidente no hay más que otra ciudad que en cierto sentido compita con Guadalajara: Mazatlán. Mazatlán es un Guadalajara pequeño, un Puebla chico y un México diminuto; el Benjamín de las ciudades bellas de la República. Sólo que Mazatlán, nacido ayer, carece de monumentos de arte; pero tiene otra semejanza con Guadalajara: su importante papel en la guerra de Reforma y la de Intervención. Durante la guerra de Reforma, Guadalajara ornó su frente con el lauro épico de un sitio memorable. ¡Gloria y salud á la ilustre matrona de la Andalucía mexicana!

Muy de madrugada me despertaron para que tomase mi asiento en la diligencia, que ya estaba re-

pleta. Subí, acomodéme lo mejor que pude, y sonó el chasquido del látigo, pero tambien sonó la voz del administrador deteniendo el carruaje. Teníamos otro pasajero con el cual no contábamos, alemán, que con mucha finura se encajó como cuña, entre un licenciado que llevaba una escopeta y yo. Pasamos por Zapópam todavía obscuro, y cuando principió á clarear el alba, arrojé una mirada escudriñadora para conocer á mis compañeros. En el asiento delantero, iban un militar, su esposa y una chicuela, amén de algunos envoltorios y diversas petacas; en el del centro, el licenciado, el alemán, un ranchero que se bajó en Amatitán, y yo; en el de la espalda, un anciano con dos hijas mozas. Nos desayunamos en la venta del Arenal y me robaron en el ínterin una petaquilla con algunas baratijas. Las poblaciones me parecen sucias, feas, levíticas, sin espíritu. En una de ellas, de 1,000 habitantes, había 700 en ejercicios: todos estaban en la iglesia y el cura en la calle: siendo uno solo, llegué á creer que eran muchos: se me aparecía. Tequila es la única población jalisciense de alguna importancia en el trayecto, y por su topografía, sin hipérbole un verjel encantador.

Mi pobre opinión sobre las poblaciones de Jalisco no les será muy favorable, pero en cambio ellas no son muy artísticas, y ya se sabe que el criterio estético debe amoldarse al medio en que se aplica y á la calidad del objeto sobre que recae. Una sonata de Bethoven, el Cantar de los Cantares, una escultura de Miguel Angel, la esfin-

ge egipcia, los salmos, el *Miserere dei* del santo rey David, los cuentos de Bocaccio, son todas obras de arte, y para juzgarlas á la luz de la filosofía de lo bello ¿sería racional un criterio común, un criterio *á priori?* ¿Podrán justipreciarse las novelas de Zolá conforme á la metafísica de Balmes, y las encíclicas de León III Máximo, según los principios de Voltaire y Proudhón? ¿Se debe medir con la misma vara las pirámides de Egipto y el *Stabat Mater* de Rossini; el Parthenón que el *Intermezzo lírico* de Heyne; el Apolo de Belvedere ó la Venus de Milo, que la Purísima de Murillo, las acuarelas de Fortuny ó las miniaturas de Messonier? ¿Sería justo, en suma, ni razonable y conveniente, pretender aplicar á Zapotlanejo, Magdalena ó Sayula el mismo discernimiento crítico que á París, Londres y San Petersburgo?

Hubo necesidad de cambiar de género de locomoción para atravesar la barranca de Mochitíltic, célebre en los anales de nuestra historia. La Empresa sólo proporciona unos ruines caballejos, con más ruines jaeces, y sobre ellos, haciendo la figura más ridícula, desfila la comitiva por aquellos despeñaderos, de una hermosura agreste y fragosa, pero donde se le derriten á uno los sesos con el sol, y llega dándose á los diablos y desollado al término de la histriónica cabalgata. Por mal de mis pecados, tocóme un jamelgo que me pareció que sería en su especie poeta, y andaría con la imaginación ocupada en buscar algún consonante difícil: tal así era de indeciso, tardo y porrón. Después

de mucha espuela y mucha vara, vine á descubrir que el infeliz era cojo. Por poco le abrazo y le beso de arrepentimiento, como Sancho al rucio, de ternura y júbilo.

En Plan de Barrancas, lindísimo lugar, encontramos otra caravana en sentido contrario á la nuestra. Venian aquellos peregrinos, á mi parecer, más mal trechos y de peor talante que nosotros íbamos. ¡Qué fachas! Uno á pié jalaba de la brida el cuadrúpedo, otro venía á mujeriegas sobre el rocín, y una fermosa, al revés, á horcajadas en un asno, sin dársele un ardite del pudor. Allí había chambergos de petate, parasoles de jerga y alquiceles de indiana. Ahora bien, ¿qué estampa y catadura presentariamos nosotros á la contraparte? Palabra de honor que no han de haber sido tan detestables. Y á todo esto, el alemán, que resultó persona de pro, era quien venía haciendo casi todo el gasto, no sólo de la conversación, sino de los obsequios y las convivialidades extras. Simpatizamos luego, y departimos sobre historia, viajes, literatura, crónica y asaltos y robos célebres. Era un hombre de instrucción enciclopédica, comerciante de profesión, contrastando con muchos de nuestros letrados y científicos, que sólo saben su librito y todo lo demás es tinieblas para ellos.

A Ixtlán, risueña población del Territorio de Tepic, llegamos anocheciendo. Allí existe uno de los cañones del heróico cura Mercado, que se proyecta colocar, como trofeo, en un monumento al intrépido insurgente. Por Ahuacatlán pasamos en

la madrugada, y después de desayunarnos en Ahuzeta, que está sobre las lavas del Seboruco, tropezó una de las ruedas del vehículo con una enorme piedra, y sin poderlo remediar dimos con el armatoste y con nosotros en las cálidas arenas y carbonizados pedruscos. La gritería y la confusión fueron espantosas, y como en sentido opuesto acertase á venir un pastor con un rebaño de carneros, asustáronse las bestias del tiro, huyeron despavoridas las ovejas, renegó el campesino, vociferó el cochero y bregó el sota hasta aquietar las mulas. Entre tanto, yo que había caido debajo del alemán y del licenciado, me acordé de Quevedo, cuando en un caso análogo le decían: *D. Francisco deme la mano*, y él respondió con flema: *D. Fulano deme el pié.* Afortunadamente no hubo desgracia que lamentar y pudimos seguir sobre el lomo del monstruo cuya boca respira humo. El paisaje es originalísimo: sobre un mar de gigantescas olas petrificadas, surgen aquí y acullá isletas de verdura, y el agua cristalina y rumorosa, filtra entre las ásperas grietas, juguetones arroyuelos.

En el Monte de los Cuartos, que por cierto es de una belleza imponente y salvaje, tuvimos otro incidente, pero no de susto ni de peligro. Tratóse de los innúmeros robos y asesinatos en aquellos matorrales perpetrados, y hubo registro general de armas. Todos íbamos provistos de medios de defensa.

—Y Ud. ¿qué armas trae?—preguntamos al viejo de las dos niñas..

—Los dulces nombres de Jesús, María y José, nos respondió con credulidad nacida de su fé.

—Pues amigo, le replicó el alemán, (con acento gutural y chillón), con esas armas lo desbalijan á Ud. en un santiamén.

—¡Cáscaras! refunfuñó el hijo de Marte, pues está bueno el sistema de combate. ... ¿Á balazos contesta Ud. con oraciones?

El pobre viejo aguantó el chubasco con la serenidad cristiana con que seguramente aguantaría los desafueros de los bandidos. ¡San Leonel! Un recuerdo heróico: aquí pereció el pundonoroso Valenzuela, inmolándose para salvar á sus soldados de la brutalidad del Tigre de Álica: Coronado, su jefe, le siguió á poco tiempo en el camino del martirio.

Las dentelladas puntas del San Guangüey nos indican que nos acercamos á Tepic, frondoso paraiso de Occidente, que puede sostener la competencia en fertilidad y hermosura silvestre con Jalapa, Orizaba y Cuernavaca. La belleza de Tepic radica en las circunstancias de su localización y en los atractivos naturales de sus cercanías. La ciudad tiene poco que ver: el palacio municipal, la penitenciaría, la iglesia, una casa particular, la loma de la Cruz, el jardín de la plaza, la Alameda, la calzada de los Zalates y el Hospital Militar, antes convento, donde en una capilla abierta al culto, se venera una cruz de zacate, que según la tradición piadosa, permanecía siempre verde, pero que el jefe de bandas Antonio Rojas, para destruir el

encanto, hizo que sus caballos destruyesen. Sin embargo, la cruz retoñó y el milagro continúa traduciéndose en limosnas al capellán. Jauja, Miraflores, la Escondida y Puga, donde existen fábricas industriales, y algunas espléndidas haciendas, constituyen la riqueza y el prodigio de la localidad. Los alrededores de Tepic son búcaro que rebosa flores y la ciudad precioso ramillete sustentado por el búcaro.

Honda tristeza, melancolía invencible se advierte en Tepic: en aquella región privilegiada no mora la alegría: creyérase que la sombra de Lozada anubla y obscurece todo. El sanguinario cabecilla sojuzgó por medio del terror el Nayarit, amedrentó las costumbres y difundió el espanto, la hiel, el encono y la amargura. Así como Riva Palacio oyó en el Escorial el crujir del negro ferreruelo de Felipe II, en Tepic retumban las sordas pisadas del infame cacique. El descenso de Tepic á San Blas es muy brusco, sobre todo en la Barranca Blanca, donde en compensación el espectáculo es sublime; bien que todo el camino presenta igual magnificencia; míranse las chozas de las lindes, envueltas de profusa vegetación tropical, y el agua desliza sus cristales en lechos de lozano musgo y olorosas florecillas. A poco el sendero se encajona en ágrias cuestas y pedregales, sombreados por altos y frondosos árboles. Interminable hilera de cruces indica la serie espeluznante de atroces delitos cometidos en aquellos parajes, hechos para el amor y la dulzura. Los bosques de palmeras y las marismas

anuncian la proximidad del puerto de San Blas, mísera aldehuela engalanada con la más fresca y aromática vegetación de la costa. La población nueva, formada de barracas de madera y habitaciones al parecer de castores, queda al pié de un peñasco en cuya cumbre existió la población antigua: todavía se contemplan sobre aquel histórico promontorio, muros destartalados, ruinas cubiertas de las hierbas de la soledad y de la muerte, como los castillos de Roncesvalles y de Olite, que se desmoronan día á día en su riscosa altura.

De allí se despeñó el ilustre Mercado, primero que caer en manos del enemigo de su patria. De allí se lanzó al abismo, primero que entregarse á la justicia, un desalmado pirata griego. Tres siglos antes, en un lugar del mismo Territorio, (Nochistlán), se había ido al fondo de un derrumbadero el conquistador Pedro de Alvarado, á quien le dolió el alma con la caída y espiró dando órdenes de combate. Parece que la conformación física del Territorio le hace adecuado á los despeñamientos: Lozada mandaba arrojar á sus víctimas á los precipicios. Pero de todo esto, la única acción épica y gloriosa es la de Mercado, que exhaló el último aliento en aras de la libertad y debe perdurar en primera línea, bajo el dosel de los beneméritos de la República.

Diez horas de travesía entre San Blas y Mazatlán, en el "Alejandro," se pasan ciertamente muy á gusto y con mayor placer se llega á la perla del

Pacífico, siempre hospitalaria, y activa y progresista siempre.

Mis mejores amigos fueron á encontrarme á borbo. Y aquí, lector, termina mi relato y comienza tu indulgencia.

OPERACIONES MILITARES

EN EL ESTADO DE SINALOA

DURANTE EL PERIODO DE LA

GUERRA DE INTERVENCIÓN FRANCESA.

México, marzo 2 de 1890. Sr. Lic. D. José López Portillo y Rojas, Guadalajara. Mi muy estimado y distinguido amigo:

Invitado por Ud. con la galantería que le es característica, á colaborar en el excelente periódico de esa ciudad *La República Literaria*, envío á Ud. estos breves apuntamientos sinópticos de las operaciones de guerra habidas en el Estado de Sinaloa, durante el período de la intervención francesa. Tomo los datos de fuentes auténticas y documentos oficiales irrecusables. No es un estudio de crítica histórica, ni siquiera un relato comentado lo que envío á Ud., sino la simple y sucinta narración de los gloriosos hechos de armas, en que tanta parte de legítimo orgullo cabe al Estado de Jalisco

como al de Sinaloa, por la constancia y valentía de sus hijos, que unidos supieron enaltecer el nombre de México y reivindicar el honor hollado de la República, sacando siempre ileso de todos los combates el lábaro de la patria. Espero que el acrisolado buen gusto de Ud. disimulará el desaliño del estilo, en gracia de la prisa con que he dejado correr la pluma sobre el papel, para no retardar por más tiempo la satisfacción de obsequiar sus deseos.

I.

Apenas se supo en Sinaloa la actitud enérgica y resuelta de nuestro gobierno en presencia del conflicto extranjero, expidióse un decreto mandando levantar inmediatamente la guardia nacional y que se alistase con todos los medios posibles para repeler la inicua agresión de las huestes napoleónicas. El patriotismo de los habitantes de Sinaloa estaba ya probado en los combates fratricidas de la guerra de Reforma, lo mismo que su adhesión á los principios republicanos y al gobierno constitucional, con cuyo jefe mantuvieron constante correspondencia particular y de oficio, los campeones que allí conservaron alta y sin ultraje la enseña tricolor.

El primer hecho de armas de la guerra extranjera en Sinaloa, le promovió la corbeta francesa "Cordelière," que apareció en las aguas de Mazatlán el 26 de marzo de 1864 y destacó desde la

bahía del Puerto Viejo dos lanchas cañoneras, para atacar las fortificaciones que las tropas de la plaza levantaban á la orilla del mar. Disparó el barco algunos cañonazos sin resultado; los ciudadanos se presentaron en sus cuarteles de guardia nacional; pero no hubo ese día otra novedad. El 31 volvió la corbeta enemiga á romper sus fuegos, que mantuvo desde las dos de la tarde hasta las siete de la noche, sin causar más daño que ligeras contusiones á dos de los trabajadores de los fortines, incendiar una cajuela de parque y disolver la pacífica comitiva del entierro de un niño que se dirigía al camposanto, por haber estallado una granada cerca del fúnebre cortejo. De nuestras dos piezas quedó una inutilizada desde luego, con el incendio de la cajuela, y la otra únicamente, servida por dos pelotones de artilleros, fué la que contestó los tiros de la corbeta y las lanchas, causándoles tales averías que el buque tuvo necesidad de emplear algún tiempo en repararlas, resguardado por las islas de los Venados. El coronel de ingenieros, D. Gaspar Sánchez Ochoa, el capitán del mismo cuerpo facultativo, D. Manuel Quintana, y el C. Leandro Cuevas, permanecieron en el lugar del combate hasta su conclusión, enardeciendo el valor de nuestros soldados, que recibieron como recompensa una onza de oro cada uno. Durante el cañoneo todas las alturas estaban coronadas de curiosos, que presenciaron el combate, victoriando á la patria, y recorrieron la noche del 31 las calles de la población, aclamando al gobernador del Estado y

á los defensores del puerto. La "Cordelière, sin volver á intentar nada contra la plaza, levó anclas y se alejó del sitio de su humillación,

El pueblo y el gobierno no perdieron el tiempo después de estas escenas navales: el gobierno, arbitrando recursos, levantando tropas, proporcionándose elementos de guerra; el pueblo, avivando el espíritu colectivo, preparándose á una lucha sin cuartel con las falanges del pequeño Bonaparte. El Gral. Pesqueira mandó desde Sonora una batería rayada, para el caso de un nuevo ataque marítimo de los franceses,

Dos acontecimientos revolucionarios vinieron á enervar los trabajos patrióticos y los abnegados esfuerzos de las poblaciones: el pronunciamiento en Culiacán el 21 de septiembre de 1864, en sentido intervencionista, de D. Francisco de la Vega, que fué batido y derrotado el 4 de octubre por D. Atanasio Aragón, prefecto de Cosalá; y el de Sánchez Román, Corona, Rosales y otros varios jefes de alta graduación, el 6 del mismo mes, en el Rosario, desconociendo la autoridad del Gral. D. Jesús García Morales, gobernador y comandante militar del Estado. Los disidentes se apoderaron del puerto de Mazatlán, y aunque avisaron al Gobierno de la Unión que habían tenido un fin patriótico, cual era el que los productos de la aduana marítima se invirtiesen en los gastos de la guerra extranjera, fué desaprobado el movimiento y nombrado el Gral. Sánchez Ochoa gobernador y comandante militar interino, funciones que no llegó

á ejercer, porque al arribo de los imperialistas estaba ya investido con tal encargo el C. Coronel Antonio Rosales.

Tal era la situación política de Sinaloa cuando Mazatlán fué ocupado por tropas francesas y traidoras, el 13 de noviembre del mismo año; de las que, las primeras llegaron por mar, y las segundas por tierra, procedentes de la sierra de Álica, á las órdenes del célebre bandido Manuel Lozada. La escuadrilla del Pacífico, compuesta de cuatro buques, se había presentado el día anterior á la vista del puerto, y el capitán Kergrist, que la mandaba, notificado el establecimiento del bloqueo y el principio de las hostilidades. A las dos de la mañana del mismo día 13, Rosales, á la cabeza de cuatrocientos hombres de que constaba su fuerza, evacuó en silencio la plaza, y como los buques de la escuadra comenzaran á bombardear la población indefensa, algunos vecinos, conducidos en un bote con bandera de parlamento, se presentaron ante el comandante francés participándole que la ciudad estaba desocupada. Entró el ejército invasor por las solitarias calles, en medio de la muda indiferencia del vecindario, que así protestaba contra la indigna violación del derecho de gentes en cuya virtud se nos había traído la guerra.

Munier, encargado de la comandancia militar, procedió incontinenti á dictar multitud de disposiciones administrativas, nombrar autoridades subalternas y ocupar sin miramiento alguno las casas que le convenían para el alojamiento de sus oficia-

les. Al saberse por entonces en Mazatlán que Tepic había sido ocupado por el coronel Rojas, se resolvió que tornase Lozada á sus madrigueras, verificándolo él en un buque de guerra francés y por tierra sus soldados. Se encontraron éstos en el camino con la división del Gral. Corona, que los derrotó dos veces consecutivas, haciéndoles una baja de más de 500 hombres y obteniendo cerca de mil fusiles como botín de la victoria. Corona ocupó con 2,000 hombres el Presidio ó Villa-Unión, donde radicó su cuartel general, estableciendo desde luego el formal asedio de Mazatlán. Se dice que Corona entró disfrazado en la plaza y que estuvo á punto de sorprenderla. Rosales resistió con éxito en la Puerta del Habal á 600 caballos de Lozada y continuó su marcha para Culiacán, en donde entró el 5 de diciembre y declaró á Altata abierto al comercio de altura, en sustitución del puerto ocupado por los invasores.

El día 10 del mismo mes, el jefe de la armada y el comandante superior de Mazatlán, de común acuerdo, resolvieron despachar bajo las órdenes de Gazièlle, el español Domingo Cortés y el mexicano Jorge Carmona, una expedición sobre la ciudad de Culiacán, empresa que se consideraba fácil y segura. Los intervencionistas desembarcaron en Altata el 19, con más de 500 hombres, entre franceses, argelinos y traidores, y dos piezas de artillería. Rosales salió de Culiacán el 20 con menos de 400 hombres y seis piezas de artillería; pernoctó en San Pedro y al amanecer del 21 emprendió

la marcha sobre el enemigo, el cual había venido siendo hostilizado desde la víspera, por nuestras avanzadas de caballería, al mando del comandante Francisco Tolentino. Los franceses se movieron la mañana del 22 sobre San Pedro, y formaron su línea de batalla, entre el camino carretero y un vallado, á 300 metros de nuestro campo, colocando traidores en su izquierda, en su derecha franceses con dos obuses de montaña, y en su centro argelinos y traidores.

Rosales colocó en su centro cuatro piezas de artillería de montaña y un trozo de infantería, enfilando el camino carretero. En la izquierda situó el batallón "Mixto," á las órdenes del comandante Jorge Granados, y dos piezas ligeras. A la derecha desplegó el batallón "Hidalgo," al mando del coronel Correa. La caballería quedó de reserva. Comenzó la batalla con un nutrido y prolongado fuego de fusil y de cañón. Los franceses intentaron apoderarse de la artillería de nuestra izquierda, pero fueron rechazados, siendo gravemente herido en la resistencia el comandante Granados. Una carga de la reserva hizo volver á sus posiciones á los franceses. Rosales ordena entonces que toda la brigada cargue á la bayoneta, efectuándose con tal exactitud y brío este ataque general, que el enemigo, sin abandonar su actitud imponente, principió á perder terreno, sosteniendo una tenaz retirada, por más de media legua y durante tres horas, hasta que las cargas dadas por Tolentino acabaron de decidir el éxito de la batalla. Los

franceses tuvieron 26 muertos y 25 heridos, y un guarismo considerable de traidores. Cayeron prisioneros 98 franceses, incluso el jefe de la expedición, y siete oficiales más, y casi doble cifra de traidores. Los expedicionarios perdieron, además dos piezas rayadas, una banderola, muchas medallas y condecoraciones, todo su parque y demás útiles de guerra. Nuestra pérdida consistió en treinta y tantos muertos y gran número de heridos, sin que la deserción ocasionase una sola baja en las filas republicanas. De los fugitivos, sólo lograron escaparse Cortés, Carmona y el capitán del puerto de Altata, Alejandro Santa Cruz, que sirvió de guía á los imperialistas. Los papeles de éstos cayeron también en poder del vencedor. Decía Gaziélle en las proclamas, ya impresas, á los habitantes de Culiacán, que sus deseos estaban satisfechos y que las tropas francesas habían sido recibidas allí con gran regocijo. Fueron, sí, recibidas con gran benignidad y conmiseración, aunque prisioneras, y se las trató como en realidad acreditaron después no merecerlo.

En la fecha en que Rosales entraba victorioso en Culiacán, con tantos prisioneros como soldados, el coronel Angel Martínez derrotaba en el punto de las Higueras, cercano á Mazatlán, una columna de 600 hombres de caballería, entre argelinos y traidores, haciéndoles siete muertos y varios heridos, y quitándoles algunos caballos: su pérdida consistió en cuatro muertos y cinco heridos.

Desde antes de tener noticia del desastroso éxi-

to de la expedición enviada al norte del Estado, había seguido infatigable Munier dictando órdenes, disposiciones y avisos en gran profusión; pasmosa actividad que algo contribuyó á mitigar la llegada de los refuerzos venidos de Durango.

Sabedor Corona de la marcha de ese auxilio, trató de estorbarle el paso en las fragosidades de la Sierra Madre. El 20 de diciembre llegó al punto llamado "Espinazo del Diablo," donde tomó posiciones, como lugar convergente de los tres caminos por que podía optar el enemigo. Corona tenía 600 hombres, pero de ellos sólo estaban armados 350, y tuvo además que mandar al socorro de Martínez, jefe de las caballerías y encargado de la línea sobre el puerto de Mazatlán, del cual el invasor hacía frecuentes salidas para romper el sitio, un batallón de infantería al mando del coronel Juan Camberos, quedándose únicamente en su bastión de peñascos con 200 hombres armados y 50 sin armas, escasez de tropa que le impidió cubrir á la vez la eminencia que había elegido para centro del combate y los tres citados caminos. El enemigo llegó al escarpado paraje donde se le esperaba, el 31 de diciembre, fuerte de 800 hombres, todos franceses, y dos piezas de artillería, emprendiendo al día siguiente el ataque decisivo, por los flancos de la posición mexicana. Cuatro horas sostuvo el grupo de patriotas el formidable empuje de las columnas francesas, que subían las escabrosas rampas bajo un vivo fuego de fusilería y la acción demoledora de las enormes piedras que se les des-

bordaban, por los desfiladeros en que intentaban penetrar. La falta de una fuerza suficiente de reserva, así como el poco parque de que podía disponerse, hizo que al fin el enemigo se posesionase de los lugares dominantes, lo que ocasionó el abandono de las fortificaciones y la dispersión de alguna gente desarmada. Las pérdidas fueron de mucha consideración, aunque no se pueden precisar, para el enemigo, que prosiguió su camino á Mazatlán y envió á Durango muchos carros cargados de heridos. "Si el invasor ha quedado dueño de nuestro campo—dice el general Corona en su parte;—ha sido después de haber perdido gran número de hombres, y probado lo que se le espera de los hijos de Sinaloa, que tan valientemente le disputaron el paso." La profecía del caudillo se cumplió al pié de la letra.

De dos mil hombres con que poco después atravesó Castagny la Sierra, 600 se habían quedado en Veranos, custodiando un valioso cargamento. El 11 de enero del nuevo año logró el coronel Martínez apoderarse de más de 400 mulas en pelo, y obligado el enemigo á detenerse por este percance, aprovecharon nuestras tropas la oportunidad para atacarle. Corona emprendió su marcha desde el Verde sobre Veranos, con todo el grueso de su gente; pero el enemigo había salido ya para Siqueros y sólo había dejado allí 100 cazadores de Vincennes y 50 arrieros armados. Los franceses se defendieron en la iglesia y en una casa contigua, donde tenían el cargamento. El ataque se

prolongó desde las siete hasta las once de la noche, y vista su obstinada resistencia y ser indispensable derrotarlos antes de que recibieran auxilio de Siqueros, se dispuso prender fuego á la finca donde se parapetaban, para obligarlos á salir y batirlos á campo raso. De esta operación resultó que el enemigo comprendiendo la imposibilidad de resistir más tiempo, entregara sus armas á discreción. Los prisioneros franceses fueron 50, y 30 los traidores, quedando dentro del edificio incendiado, un número considerable de muertos que no fué posible reconocer. Las llamas consumieron todo el cargamento.

Fueron ejecutados en represalias todos los prisioneros, por haberlo sido todos los nuestros del "Espinazo del Diablo," donde llegó á tal extremo la barbarie de los franceses, que fusilaron á un niño de trece años, escribiente de la secretaría de campaña del jefe republicano. ¡Así pagaban los franceses la clemencia y perdón usados con ellos por Rosales después de la batalla de San Pedro! Corona sabía, por otra parte, que el Gral. Douay había mandado matar á más de 100 prisioneros tomados al Gral. Arteaga en el Sur de Jalisco y que estaban fuera de la ley todos los que combatieran los proyectos imperiales.

A las ocho ó nueve de la mañana del otro día, la fuerza enemiga que estaba en Siqueros, llegó á Veranos en protección de los suyos, pero sólo consiguió dar fe de los montones de cadáveres que allí encontró, y saciar su venganza matando á una

infeliz mujer é incendiando todas las casas de la población, que de antemano había saqueado escandalosamente; en cuya faena fué atacada por el comandante Eulogio Parra con 150 caballos, haciéndole 14 muertos y poniéndola en la mayor confusión y desorden. El mismo Parra, ignorante de los sucesos de la víspera se encontró de pronto con el grueso de la columna enemiga, compuesta de 1,400 franceses de las tres armas; quiso contramarchar, pero la caballería de cazadores de África le había flanqueado por las márgenes del río, con cuyo motivo,—dice textualmente el guerrillero,—tuvo lugar una sangrienta lucha, casi al arma blanca, en la cual llevó el enemigo la peor parte, puesto que de la suya murieron 36 hombres y el conde de Montholón, muerto por mi propia mano." En la jornada de Veranos murió el coronel Anacleto Correa. Acabó toda la fuerza del invasor dejada allí, y al jefe que la mandaba se le hicieron suntuosos funerales en Mazatlán, plaza que recibió por esos días nuevos refuerzos de Durango y algunos centenares de argelinos mandados retirar de Acapulco.

Los desastres referidos irritaron á los franceses á tal grado, que el comandante militar Munier, cometió la villana acción de expulsar á una tía y una hermana del Gral. Corona, dándoles tres horas de plazo para salir de la ciudad, lo que las obligó á emprender el viaje de destierro á pié, por las cenagosas marismas que rodean á Mazatlán. Castagny puso en ejercicio la córte marcial cuyas primeras

víctimas fueron los benéficos ciudadanos D. Sabás Saavedra y D. Antonio Carbajal; dirigió una nota al mariscal Bazaine explicando los motivos de cambio en el personal de la administración, por no haber suficiente número de hombres honrados en Mazatián, cuya ciudad era la más viciosa que cò-nocía en México [ruines palabras que ahora son títulos de gloria]; y organizó y dispuso diversas tentativas para romper el sitio, con la misma mala fortuna de costumbre.

A principios de febrero salieron del puerto dos columnas á hacer correrías en la comarca; una de ellas se dirigió á la Noria, y expedicionando por los pueblos de aquel rumbo, incendió todas las propiedades rústicas y urbanas pertenecientes á personas que tenían fama de liberales; la otra tomó el camino del Presidio, cuyo caserío incendió, como lo había hecho ya con el del Castillo, y llegando á Concordia, le prendieron también fuego, arrojando á las llamas multitud de víctimas, saqueando las casas y las tiendas, y violando por compañías á las mujeres, al rojizo resplandor que iluminaba tan horrendo y repugnante espectáculo. El jefe que por orden de Castagny ejecutó semejantes atrocidades, se llamaba Billault, nombre vil que debe quedar marcado entre los mayores monstruos que abortó la intervención francesa. La obra de perversidad no se consideró, sin embargo, terminada. Copala, Jacobo, Agua-caliente, Pueblo-Nuevo, el Zopilote, la Caña, el Valamo, Pánuco, la hacienda de San José y otros

puntos de mayor ó menor importancia, sufrieron sucesivamente análogo castigo, por el crimen de albergar patriotas mexicanos. ¡Así vengaba el ejército invasor en inermes poblaciones y débiles mujeres, sus derrotas en los campos de batalla! ¡Así escribía Napoleón III la más bella página de su reinado!

Un periódico que se publicaba en Culiacán con el título de "El Cinco de Mayo" atribuye no á Billault, sino á un tal Contteret, la ejecución de la bárbara orden de Castagny, y dice con fecha 6 de marzo de 1866, que después de haber perpetrado nuestros feroces huéspedes algunos asesinatos, como en Malpica fusilaron á quince vecinos sin forma de proceso ni averiguación alguna, entraron en Concordia, donde no había más que ancianos, mujeres y niños; que se entregaron al saqueo, siendo registradas las señoras de una manera brusca hasta debajo de sus vestidos ó sujetándolas á tormento hasta que diesen dinero ú objetos de valor; que una vez despojadas las principales familias, se dedicaron aquellos salvajes á la violación y al incendio, con tal desenfreno y cinismo, que una respetable matrona, Doña Concepción Valdez, á quien habían martirizado, les dijo llena de indignación: "¿Con que ésta es la civilización que vosotros traeis á nuestros pueblos? Ya vemos que el incendio, el robo y el asesinato son vuestro oficio: sois tan miserables como cobardes. Escribid á vuestro país, á vuestro gobierno estas hazañas, para que os las premie, pues esas cruces y esas medallas.

qué lleváis al pecho todos vosotros, no pueden ser otra cosa que el recuerdo de otros tantos crímenes, y tan atroces, como los que á este país habéis venido á cometer. ¡Malvados! La justicia de Dios y de nuestros hombres, que no están lejos, pronto os castigará!" Garnier, el del "Espinazo del Diablo," que fusiló á todos los prisioneros de aquella jornada, fué el que primero designó Castagny para las descritas infamias, pero no habiendo admitido la comisión, le mandó dar de baja, no obstante ser un coronel distinguido entre los suyos, y le expidió su pasaporte.

Los encuentros de armas más notables durante los meses de febrero y marzo, fueron: el de Marisma del Pescador, en que los franceses tuvieron 20 muertos, dejando en poder de los nuestros 30 fusiles y otras tantas acémilas; el del rancho del Colorado, en que el enemigo tuvo 25 muertos y mayor número de heridos, rescatándose todo lo robado en Concordia y otros lugares; el de Agua Zarca, donde acabó el batallón "Osollo," compuesto de traidores; y el de Copala, en que la pérdida de los franceses fué de 18 entre muertos y heridos. El coronel Martínez capturó 600 mulas en las garitas mismas de Mazatlán. Escaramuzas de esta naturaleza tenían efecto todos los días, sin que dejasen de ser hostilizados constantemente los imperialistas. Otros encuentros de menor significación se verificaron en el Verde, Tepuxta, Puerta de San Marcos, Casas Viejas, Chalata de la Guásima, Chupaderos, Jacobo, Maloya y Santa

Lucía, teniendo continuas bajas el enemigo, que se veía obligado sin cesar, después de sus infructuosas excursiones, á encerrarse de nuevo en el recinto fortificado de Mazatlán. Corona y Martínez fueron una vez sorprendidos en el rancho de los Naranjos, pero burlaron la vigilancia de sus custodios, y poniéndose en el acto al frente de sus soldados, consiguieron derrotar, el primero á 800 franceses, y el segundo, á una sección de lozadeños.

Por este tiempo surgieron dificultades intestinas, que obligaron á nuestro ejército á interrumpir el formal asedio de Mazatlán. El coronel D. Ascención Correa se pronuncia en Culiacán contra Rosales; Corona acude al norte del Estado; delega en él Rosales los mandos político y militar; él los trasmite al Gral. Rubí, y Rosales marcha á Sonora, para defender el mineral de Álamos de una agresión francesa. El gobierno federal aprobó el nombramiento de Rubí, la retirada de las fuerzas de Sinaloa para Durango, convenida por los Grales. Patoni y Corona en el pueblo de Santa Catarina, y el nuevo plan de campaña que allí acordaron ambos jefes.

Retiradas en su mayor parte del Sur de Sinaloa las brigadas unidas, cuyo efectivo ascendía á cosa de dos mil hombres, ocuparon los imperialistas los tres distritos del Rosario, Concordia y Mazatlán, de los que habían de ser desalojados al volver á la carga los republicanos, que sólo quedaron representados en los sitios de sus recientes triunfos por

una que otra guerrilla. Castagny pasó á Guaymas, librando á Sinaloa de su odiosa presencia, y Lozada envió un refuerzo de 3.000 hombres á sus aliados y cómplices de Mazatlán.

Así terminó el primer periodo de la campaña contra los franceses en Sinaloa, á mediados del año de 1865.

II.

El Gral. Rosales con cerca de 500 hombres llegó á Alamos, siguió hasta Navojoa, pueblo de las márgenes del Mayo, se le desertó bastante gente, retrocedió á Choiz en Sinaloa, continuó hasta la villa del Fuerte en busca de recursos, y no obteniéndolos, se decidió á volver á Alamos, ya ocupado por numerosas fuerzas imperialistas. La estrella del héroe se había eclipsado, y la adversidad se cebaba en su espíritu gigante. Llegó el 23 de septiembre con 210 infantes y 70 caballos que le quedaban, frente á la plaza, de donde, al saberse su aproximación, se había retirado el enemigo; pero el día 24 se vió acometido Rosales en las calles mismas de la ciudad, muriendo él en el tumulto de la sorpresa, el Dr. D. Antonio Molina, el teniente coronel González y más de ochenta hombres entre oficiales y soldados. Se refiere que ya herido de muerte el paladín republicano, disparó á cinco pasos de distancia los tiros de su pistola á un indio imperialista, y que éste recibió con fría impasibilidad la descarga, y luego acabó de matar á palos al caba-

lleresco, magnánimo é ilustre vencedor de San Pedro. Rosales era hijo de Juchipila, Estado de Zacatecas, y no tenía aún cuarenta años de edad cuando sucumbió; fué en su juventud estudiante en Guadalajara; comenzó su carrera militar de soldado raso, combatiendo contra los norte-americanos en Texas, y asistió á la defensa de Monterrey con la graduación de teniente; en 1851 publicó en Guadalajara un periodiquillo liberal llamado *El Cantárito*; después aparece como redactor del Periódico Oficial y Secretario del gobierno de Sinaloa; en 1859 fué encargado del mando de un batallón que constaba de menos de 300 plazas, y con él logró detener en Escuinapa á más de 2.000 lozadeños, sacando en salvo su legión de valientes; tomó parte en la batalla de Ixcuintla el 10 de mayo del próximo año; asímismo fué uno de los gefes de mayor jerarquía en la célebre batalla del Espinal, donde fué completamente derrotado el reaccionario D. Domingo Cajén. Rosales componía versos; era de carácter excéntrico é iracundo, generoso, de valor temerario, de buena instrucción y estaba dotado de todas las cualidades indispensables á un gran capitán y un grande hombre. Cuando el gobierno supo en Culiacán el lamentable y trágico acontecimiento de su muerte, se le declaró benemérito del Estado, mandándose celebrar salemnes exequias en honor suyo. Su retrato se encuentra en el salón de ceremonias de la casa de gobierno de Sinaloa y en el de embajadores del Palacio Nacional: su nombre está inscrito con letras de oro en la sala de sesio-

nes de la legislatura sinaloense. Culiacán se apellida de Rosales, y tanto en dicha ciudad, como en la de Mazatlán, existen calles, paseos y establecimientos públicos que se han añadido, como sobrenombre, el del inmortal caudillo. Una de las más hermosas calles de la capital de la República, ostenta también, en letras doradas sobre mármol, el glorioso nombre del héroe.

Al regresar el Gral. Corona, pocos meses después de su salida, al territorio del Estado de Sinaloa, encontró que los asuntos de la guerra estaban poco más ó menos como los había dejado. Dispuso en el acto una concentración de fuerzas en los distritos del Sur, que eran los ocupados por los franceses, ocasionando el movimiento de las tropas desde luego, encuentros y tiroteos de escasa entidad, preliminares de los sucesos que dentro de poco habían de acrecentar los frescos laureles de la campaña anterior. La colocación de las fuerzas republicanas, en un radio máximo de 10 leguas del centro de Mazatlán, quedó arreglada de la siguiente manera: en Villa-Unión, donde residía por lo común el cuartel general, se sitúo una sección de caballería al mando del comandante Pintado; en Siqueros se colocó otra sección de tropas á las órdenes de D. Eulogio Parra; en Palmasola sentó sus reales el comandante D. Donato Guerra y en Concordia se hallaba la brigada del Gral. Rubí. Una avanzada se situó en Urías, á dos leguas del puerto, á la orilla oriental del estero; destacamento que al mando del capitán Miramontes, no había noche

que no simulara ataques sobre la plaza, teniendo en constante alarma á los franceses que estaban en tierra y en continuo movimiento á los buques en la bahía. Una vez el intrépido guerrillero llegó hasta la garita del Astillero, sorprendió la guardia, haciéndole algunos muertos, se internó en las calles de la ciudad, hasta la esquina del Indió Triste, á dos cuadras de la plaza principal, tomó un vaso de vino en una tienda y volvió á embarcarse con los suyos en sus canoas. En otros diversos puntos cercanos á Mazatlán los choques eran frecuentes, con vária fortuna, llevando casi siempre la ventaja en las escaramuzas de caballería los hijos del país. Los franceses tornaron, de consiguiente, á quedar reducidos otra vez á su recinto fortificado, protegido por la escuadra del Pacífico, y del cual no salían sino para volver escarmentados, maltrechos y en desorden. El Gral. Martínez se hizo cargo de la campaña del Norte del Estado, donde no había franceses, y de la de Sonora, donde continuaba Castagny cometiendo barbaridades; pero sus maniobras no entran en el plan de este imperfecto bosquejo.

Con fecha 3 de octubre expidió el gobierno de Maximiliano el feroz decreto que vino á ensangrentar más la contienda y á convertir en horrorosas carnicerías las represalias: ¡imborrable padrón de ignominia, monumento perpetuo de vergüenza para la sangrienta farsa del segundo imperio en México! No había necesidad en Mazatlán de semejante excitativa sanguinaria. Funcionaba la corte mar-

cial, enviando sin tregua patriotas al patíbulo, y los franceses no guardaban nunca prisioneros: si éstos caían en su poder sanos, los mataban incontinenti; si caían heridos, eran rematados por medio de una ligera incisión en la vena yugular.

A fines de 1865 se combinó entre los franceses de Mazatlán y las vandálicas chusmas de Lozada un movimiento simultáneo sobre Corona, con el objeto de destruirle completamente. Salieron de Mazatlán el 18 de marzo de 66, 400 franceses y 600 traidores. Tiroteándose con nuestras avanzadas llegaron el 19 á Villa-Unión. Corona se movió de Siqueros para cortarles la retirada y los atacó en el Presidio, obligándoles á reducirse al perímetro de la plaza. El 20 continuó el combate, y pasando el río tan cerca de la población, que sus aguas bañan las tapias de la fábrica de hilados y tejidos, no lograron los franceses dar agua á la caballada. Cuéntase que en la refriega se divisaron Granados y Raymond, y entablando un combate singular á pistoletazos, el primero recibió una herida de que sanó en poco tiempo, y el segundo, personaje de importancia por su saber y su valor, un tiro que le condujo al sepulcro. Renovaron los franceses la tentativa de romper el cerco el 21, con nuevo fracaso, muriendo en este lance el valiente Miramontes, y entonces adoptaron la resolución suprema de abrirse paso con un golpe de todas sus fuerzas en un solo lugar. Llamaron la atención con tal objeto, el 22 á las siete de la noche, de las tropas liberales, hácia varios puntos, y tomando el ca-

mino de la playa, consiguieron salvar el círculo de hierro que los aprisionaba, pero fueron tenazmente perseguidos hasta las ocho de la mañana del 23, hora en que, ya muy próximos á Mazatlán, pudieron ser auxiliados por el fuego de sus buques de guerra y tomar algún descanso en la Isla de la Piedra. A Mazatlán, sólo regresaron 250 franceses y 270 traidores, con 77 heridos de los primeros y 20 de los segundos, dejando todo el trayecto de ocho leguas en que sostuvieron la retirada, regado de cadáveres y moribundos. De las tropas republicanas hubo 71 muertos y 76 heridos, siendo de notar que el enemigo mató todos los prisioneros que cayeron en sus manos, que robó la fábrica de hilados antes mencionada y que se despidió de Villa-Unión incendiando las casas que se habían escapado de las quemazones anteriores.

La celeridad del Gral. Corona no dió lugar á que Lozada llegara oportunamente para la realización del plan combinado. Apenas acababan los franceses de guarecerse en sus trincheras de Mazatlán, después de los desastres referidos, entró en campaña el foragido del Nayarit. El 24 de marzo sorprendió en Guajicori á la brigada del Gral. D. Perfecto Guzmán é incendió por cuarta vez el pueblo, muriendo en el combate entre otros muchos, el mayor D. Francisco Cruz Peña y sufriendo también Lozada considerables pérdidas. Llegó el bandolero al Rosario el 29 con 2.000 hombres y 6 piezas de artillería. El 30 volvieron á salir los de Mazatlán y acamparon en Palos Prietos, siguiendo su

marcha el 31 y pernoctando en las Higueras, á la vez que Lozada salía del Rosario para la Aguacaliente. Mientras esto sucedía y los dos ejércitos tendían á aproximarse, teniendo en medio al de Corona, este jefe se veía obligado á permanecer inactivo por habérsele agotado sus municiones. Hasta las diez de la noche del 31 pudo surtirse de nuevo parque, y habiéndosele incorporado el gobernador Rubí con su brigada, dispuso batir en detal, primero á los franceses y después á los lozadeños.

El 1º de Abril avanzaron los franceses hasta Siqueros y entró Lozada en Concordia. Corona en vista de esto, se decidió á atacar á Concordia, dejando hacia el rumbo de Siqueros algunas tropas para vigilar y entorpecer los movimientos del francés. El teniente coronel Crespo, con la fuerza que se puso á sus órdenes, detuvo en su avance á la columna francesa, y Lozana fué atacado en Concordia por los Grales. Rubí y José María Gutiérrez, quedando muerto éste en el asalto y el coronel Onofre Campaña. Las dos plazas de la población cayeron en poder de Rubí, que tuvo que suspender el combate por la obscuridad de la noche. La columna del coronel Parra, que debía atacar el flanco derecho del enemigo, no llegó al lugar de la acción y rechazó el día 2 en Jacobo una chusma lozadeña, cuando ya Rubí se encontraba posesionado de Concordia y Lozada con sus hordas camino de la Aguacaliente. Otra sección de tropas republicanas se dirigió á Copala. Todo el día 2 se es-

tuvieron defendiendo los franceses en Siqueros. Crespo se retiró á Porras y los franceses á la Cofradía. Recibió orden el general Rubí de seguir al frente de las infanterías y el Gral. en jefe se dirigió al Bajío. Vuelto á ocupar Siqueros por los nuestros, los atacaron el 3 los franceses, siendo rechazados y perseguidos hasta Villa-Unión, donde por fin el día 4 se les incorporó Lozada. Pero como la combinación no consistía en reunirse derrotados los que habían de acabar con el ejército r publicano, emprendieron la retirada á Mazatlán, donde entraron no sin ser hostilizados hasta las garitas por el teniente coronel Donato Guerra, que llegó en su temeridad á ponerse bajo los fuegos del "Lucifer," buque de guerra fondeado en la bahía de Puerto Viejo. Corona ocupó sus antiguas posiciones. El gobierno federal concedió los ascensos inmediatos á todos los jefes y oficiales que concurrieron á las jornadas referidas y el del Estado decretó la acuñación de una medalla como premio de honor para los combatientes en Villa-Unión y Concordia. Los partes franceses atribuyen á las fuerzas imperialistas la victoria en los combates habidos los días 1, 2 y 3 de abril; pero el hecho de haber regresado á Mazatlán, hostilizada su retaguardia por nuestras guerrillas, desmiente la arrogancia con que quieren convertir en triunfos las derrotas. Su objeto principal de destruir á Corona se trocó en una serie de descalabros que debe haberlos convencido de su impotencia. Se ignoran las pérdidas habidas en uno y otro bando durante los cinco primeros días.

del mes de abril en que se efectuaron las estratagemas militares. A los pocos días abandonó Lozada completamente su alianza, retirándose con sus turbas á Tepic, resentido con los franceses, á quienes imputaba la responsabilidad de su desastre, por no haberle auxiliado á tiempo.

Sin perjuicio de continuar molestando á los franceses, ya bastante desmoralizados, que áun permanecían circunscritos á sus parapetos y á la jurisdicción del alcance de sus cañones de á bordo, organizó Corona una expedición sobre Santiago Ixcuintla, al mando del Gral. Perfecto Guzmán y el coronel Donato Guerra, quienes llegaron al lugar de su destino el 24 á las ocho de la mañana, entrando desde luego en combate el coronel D. Juan de Dios Rojas, que se hizo dueño de la plaza. El enemigo se reorganizó al otro lado del río, pero el coronel Guerra le obligó á desbandarse de nueva cuenta. Perdieron los intervencionistas en ambas funciones de armas, 31 muertos, 50 prisioneros y algunos pertrechos de guerra. El espanto que cundió entre las masas lozadeñas fué indescriptible, pero no teniendo órdenes expresas de seguir adelante, retrocedió al cuartel general la columna expedicionaria.

Otro de los acontecimientos notables que ocurrieron por los mismos días, fué el de la aprehensión en el cabo de San Lucas, por una fuerza de Corona, del vapor mercante americano "John L. Stephens," con un contrabando de guerra, que aprovechó el jefe republicano, dejando en libertad

el vapor. Consistía el cargamento decomisado en 25 cajas de rifles, 11 de monturas, 4 de botas, 22 de cápsules, 8 barriles de pólvora y algunos otros objetos y materiales de guerra. El "Stephens" navegaba entre varios puertos mexicanos, como vapor de pasajeros, con la bandera imperial, en virtud de contrato celebrado con Maximiliano.

El 6 de mayo tuvo lugar otro encuentro serio en los callejones de Barrón, cerca del Valamo, á 3 leguas de Villa-Unión, por el lado del mar, entre 650 franceses y 220 traidores, con cuatro piezas de artillería, y una sección de nuestras indomables y valientes tropas. Dos días de combate, en que se distinguió el coronel Miranda, uno de los héroes de San Pedro, dieron por resultado que el enemigo se retirara, dejando ocho muertos en el campo y tres caballos árabes ensillados, y llevándose 57 heridos. Nuestro ejército tuvo una pérdida de 9 muertos, algunos heridos y dos piezas de montaña. Después de esto, el Gral. Correa se situó con su brigada en el Recodo, el Gral. Márquez de León, que acababa de llegar con un cuerpo de la Baja California, recibió el mando de otra brigada, y se hizo en el Presidio una entusiasta recepción á la guerrilla apresora del "Jhon L. Stephens." La guarnición francesa no volvió á emprender expediciones lejanas, limitándose á conservar el perímetro fortificado de la plaza y el puesto avanzado de Palos Prietos; circunstancia que permitió al Gral. Corona enviar algunas tropas á Sonora al mando del coronel Dávalos y una segunda expedición sobre Santiago

Ixcuintla, que tuvo el éxito más satisfactorio, pues la derrota de las bandas del tigre de Álica fué completa, perdiendo mucha gente y gran cantidad de provisiones y pertrechos.

Los combates en las cercanías de Mazatlán se sucedían muy á menudo, debiendo mencionarse los de la Loma Atravesada, Camarón, Urías y el Venadillo; pero ninguna otra operación de importancia se acometió hasta el mes de septiembre, en que se dispuso un ataque formal al fortín de Palos Prietos. La madrugada del día 12 avanzaron tres secciones hacia el reducto: la primera, al mando del Gral. Correa, se interpuso entre la ciudad y el fuerte; la segunda, á las órdenes del Gral. Márquez de León, asaltó las posiciones enemigas, en tres columnas, dirigidos por los coroneles Jorge Granados y Cleofas Salmón, y los comandantes Victoriano Legaspi y Antonio Piñuelas; la tercera, encomendada al Gral. Rubí, quedó de reserva. Atacada la cumbre del fortín á la balloneta, fué tomada por nuestros soldados, después de una obstinada resistencia, costando á la guarnición 150 muertos y salvándose el resto merced á la obscuridad y á su conocimiento del fragoso terreno. Nuestra pérdida ascendió á 27 muertos y 67 heridos, figurando entre los primeros el comandante Legaspi, que era muy querido y estimado de us compañeros. Una columna que salió de Mazatlán á socorrer á los del reducto, fué repelida por el Gral. Correa y retrocedió á la ciudad sin volver á presentarse en escena. Viendo esto el Gral. Corona y no

siendo prudente esperar la luz del día en la fortificación, por estar bajo los fuegos de la línea artillada de Mazatlán y de los barcos de la escuadra, surtos en las dos radas del puerto, ordenó la retirada del ejército y que se ocultase á corta distancia, mientras que 200 caballos al mando del coronel Tolentino, quedaban en presencia del enemigo, para ver si volvía á ocupar á Palos Prietos y tornar á batirlo allí, sin peligro de los fuego de la línea artillada y de los buques, que no habían de disparar á la vez sobre los suyos y sobre los nuestros. No se realizó la esperanza y Corona emprendió el regreso á sus cuarteles, siendo molestada por la retaguardia la brigada de Correa, sobre la que cargaron 80 cazadores de África y fueron rechazados por el coronel Simon Gutierrez y el teniente coronel Leonardo Pintado, con la caballería que mandaban, matándoles un comandante y 17 soldados, y quitándoles 16 caballos árabes. Fueron tan notables los rasgos de valor del coronel Jorge Granados en el asalto del fortín, que hasta la fecha se recuerdan con admiración, y lleva su nombre una amplia y hermosa calzada que ahora atraviesa aquel teatro de heróicas hazañas. Como los intervencionistas no intentaron recobrar la fortaleza de Palos Prietos, este punto fué definitivamente ocupado por un piquete de las tropas del Gral Corona, vigilado para toda hostilidad posible del enemigo por un batallón de gran guardia que el jefe liberal ordenó que se situase en la Loma Atravesada.

El 16 de octubre mandó Corona á Jalisco la

vanguardia del Ejército de Occidente, á las órdenes de D. Eulogio Parra, siendo su segundo en jefe D. Donato Guerra; brigada que atravesando los dominios del cacique de Tepic, llegó á apostarse al Sur de Guadalajara y libró la célebre batalla de la Coronilla. La situación se consideraba ya tan comprometida y crítica dentro de Mazatlán, que el comisario imperial impuso una contribución sobre arrendamientos, recibida con el más profundo disgusto, y el comandante de las armas declaró la ciudad en estado de sitio, con lo cual llegaron á su colmo el malestar y el descontento del vecindario, que ya hacía dos años que soportaba el yugo extranjero y el cortejo de penalidades y escaseces consiguientes á una guerra inícua. En el campo republicano la situación no era menos angustiosa en cuanto á recursos, hasta el punto de que el ejército, incluso los generales, vestían uniformes de manta trigueña y sombreros de petate, con vivos de cinta de algodón encarnada. Se refiere á este respecto, que después de tomado el puerto, no pudo el Gral. Corona pagar la visita del comandante de un buque de guerra inglés, por carecer de traje apropiado con que presentarse ante la oficialidad británica. El día 4 de noviembre se aproximó Corona, escalonando sus tropas desde el Venadillo hasta Mazatlán, en un trayecto de dos leguas; el 19, el vice-cónsul norte-americano D. Benjamín Cárman solicitó una entrevista con él, y en ella le entregó una comunicación del comandante del "Surwanee," buque de guerra de los

Estados-Unidos, en que por estar próxima la evacuación de la plaza por las fuerzas imperiales, se le suplicaba que las dejase salir en paz, pues de otra manera los franceses bombardearían la ciudad; y que los intereses americanos fuesen respetados y protegidos por las armas de la República. Respecto del segundo punto, el Gral. Corona recordó el buen comportamiento que los americanos habían recibido siempre de los jefes liberales, y en cuanto al primero, contestó que tomaría la actitud que más conviniese á los derechos y al honor de la patria.

Terminada la entrevista, Corona ordenó á Rubí que atacase las fortificaciones de la palza, lo cual se ejecutó el dia 12 y la mañana del 13, muriendo en el primer asalto el capitán de cazadores Romeo Delataste, oficial de la legión de honor, y en el segundo, Carlos Delafraye, caballero de lamisma orden y teniente de navío. El enemigo perdió 6 oficiales y 31 soldados, resultando en nuestras filas una baja de 5 muertos y 18 heridos. A las once de la mañana del día 13 salió de la línea fortificada un dragón con bandera blanca y un corneta francés tocó parlamento. El vice-almirante de la escuadra recurría á los sentimientos humanitarios del caudillo mexicano para que dejase embarcar, sin molestarlas, á las tropas francesas, y no sufriesen perjuicio la vida é intereses de los habitantes de la ciudad. La respuesta de Corona merece copiarse íntegra:

"*República Mexicana.—Ejército de Occidente.*

—*General en jefe.—Sr. Almirante.*—Acaba de entregárseme por el ayudante de Ud. su comunicación de esta mañana, anunciándome la desocupación de este puerto, por orden del mariscal Bazaine, de las fuerzas francesas que están á su mando.—Me indica Ud. que esa es la ocasión que le procura la honra de entrar en relaciones conmigo, y de excitar mis sentimientos humanitarios, para que la población no sufra desgracias que ocurren en ocasiones idénticas.—No veo con indiferencia, Sr. Almirante, que al fin haya llegado para Ud. la ocasión de tratar conmigo; sólo siento que se invoquen ahora sentimientos que no se tuvieron presentes en aquellos tristes días, en que el ejército de la culta Francia entregaba al incendio á la ciudad de Concordia, á los pueblos de Jacobo, Siqueros, Aguacalente, Pueblo-Nuevo, el Zopilote, la Caña, el Valamo y hacienda de San José, donde sus habitantes fueron objeto de los más repugnantes y vergonzosos excesos, y sin que en todas esas poblaciones se le hubiera hecho hostilidad ninguna por las fuerzas de mi mando; como lo fueron en los de Pánuco, Copala, Veranos y otros que sufrieron la misma suerte que los anteriores. Si ahora, pues, como Ud. me lo indica, algunas desgracias amenazan á esa hermosa ciedad, aseguro á Ud. que no procederán de mi parte, sino de la de Ud., y en esta inteligencia á Ud. toca evitarlas ó aceptar la responsabilidad del injustificable atentado de dirigir sus bocas de fuego sobre la población inerme.—A mí sólo me conviene tomar la ac-

titud y obrar conforme lo exigen el honor y la dignidad de la República Mexicana, en defensa de sus más caros intereses.—Soy, Señor Almirante, su a. s. s.—*Ramón Corona*—Campo en Palos Prietos, noviembre, 13 de 1866."

Aprovecharon la corta interrupción de las hostilidades los franceses para embarcarse á toda prisa, y á mediodía ya habían abandonado las trincheras, siendo reemplazados por ciudadanos nuestros, que acudían gozosos á comunicar la precitada fuga de los invasores. De esta manera tan ridícula terminó la guerra de la intervención francesa en Sinaloa, correspondiendo á su ridículo principio de las inútiles y contraproducentes maniobras de la "Cordeliére." El ejército liberal entró á las cuatro de la tarde del mismo día, recibiéndole engalanada la ciudad y con vítores y músicas. Las señoras ciñeron en coronas de laurel las frentes del Gral. Corona, y de los jefes y oficiales; y en las bocas de los fusiles de los soldados colocaron ramilletes de flores con escudos de oro. Las tropas republicanas recorrieron en triunfo las principales calles de la ciudad hasta la esplanada de la Aduana Marítima, donde á la vista de los franceses, cuya escuadra levó anclas al día siguiente, formaron en el muelle y la playa, escucharon los sones victoriosos del himno nacional y desfilaron para tomar cuarteles. Se asegura que los mismos enemigos admiraron el buen orden y la disciplina con que nuestros soldados verificaron su entrada marcial en el puerto. A pocos días recibió Corona su

despacho de General de División, fechado el 2 del propio mes, como merecida recompensa y galardón á su denuedo, constancia y patriotismo.

Ningún otro Estado de la República puede ufanarse de un conjunto tal de victorias y proezas, como el invicto é inmaculado de Sinaloa, durante el período de la guerra de intervención francesa; y si se atiende á las extremadas penurias del benemérito ejército y á la superioridad en número, elementos de toda especie y áun pericia militar de los adversarios, más infunden admiración y gratitud las memorables hazañas de las brigadas unidas de Sinaloa y Jalisco. La batalla de San Pedro semeja uno de aquellos inmortales triunfos cantados por las liras helénicas, y los incidentes todos del prolongado sitio de Mazatlán, los troyanos episodios de un poema homérico.

Las legiones sinaloenses no sólo en el territorio del Estado y las comarcas limítrofes con los circunvecinos, dan pruebas de su arrojo y entereza; vencen también en la decisiva acción de la Coronilla; singularízase una brigada de la misma procedencia en el Ejército de Oriente y en el sitio de Puebla; y asisten todavía con brillo las irruyentes huestes, al asedio y la toma de la ciudad de Querétaro, postrer refugio y sepultura del retroceso y la monarquía en México.

ERRATAS MÁS NOTABLES.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
10	4	de nada ni nadie.	de nada ni de nadie
19	14	prorrumpió	prorumpió
20	20	loable conducta	loable cordura
34	21	45 ° grados	45 grados
55	20	macisez	macicez
79	4	seudo clásica	seudoclásica
81	11	la que el marido	la que al marido
128	29	Pérez Escriche	Pérez Escrich
139	9	terea	tarea
140	19	Don	don
152	23	*dilletanti*	*dilettante*
169	14	orló su frente	ornó su frente
174	9	según él decir	según el decir
177	2	exángues	exangües
179	26	recogiendo su ganancia	recogiendo la ganancia
186	7	me conduce al cielo	nos conduce al cielo
188	13	*me conduce al cielo*	*nos conduce al cielo*
198	5	Bétiz	Betis
219	10	el más topo de los estudiantes	el más torpe de los estudiantes

221	25	La transformación	Las transformaciones
230	11	desligánse	deslíganse
263	25	deslices	declives
264	2	nos confirmaros	nos confirmaron
299	15	Huston	Houston
303	13	tohalla	toalla
338	27	salemnes	solemnes
340	7	Indió Triste	Indio Triste
342	13	mató todos los prisioneros	mató á todos los prisioneros
343	19	Lozana	Lozada
347	16	columnas, dirigidos	columnas, dirigidas
349	18	vestían	vestía
350	14	palza	plaza
352	10	precitada	precipitada

ÍNDICE.

	PÁG.
DEDICATORIA	5
PRÓLOGO	7
EXPLICACIÓN PRELIMINAR	9
LA LITERATURA Y LA CRÍTICA	13
LAS LETRAS EN PROVINCIA (cuadrito del natural)	17
MUERTE DE HIDALGO. Discurso pronunciado en la Plaza del Carmen de México, en la manifestación popular que organizó la Junta Patriótica Hidalgo, el 30 de julio de 1890, aniversario del fusilamiento del caudillo de Dolores	23
ALGO SOBRE EL CARÁCTER SOCIAL DE LA LITERATURA	29
UN PASEO MARÍTIMO	33
EL LICEO MEXICANO. Discurso pronunciado en el salón de actos de la Sociedad de Geografía y Estadística, el 5 de Fe-	

brero de 1890, 5? ° aniversario de la instalación del "Liceo Mexicano Científico y Literario"..... 37
La autoridad civil y la eclesiástica..... 45
Literatura Mexicana.—Discurso de recepción, como socio honorario, en el "Ateneo Nacional Mexicano"..... 51
¡Excelsior! (fantasía crítica)..... 59
La virgen negra (cuento místico)..... 65
Ida y regreso á la ciudad del Iauco..... 69
Epístola explicativa..... 77
Las instituciones chinas..... 89
El derecho natural..... 97
Bibliografía Sinaloense. — Movimiento periodístico.—Beatriz, novela de *Marius*.—Mazatlán Literario, álbum de composiciones en prosa y verso..... 105
Conversación.—Asuntos personales.—La poesía religiosa.—Don N. N.—Dramática mexicana.—Contrastes é incongruencias.—Rondó final..... 121
Los líricos sud-americanos y la originalidad de nuestra literatura.—Discurso leído en el Liceo Mexicano..... 131
Charla.—Esterilidad.—El estilo oficial.—Otros estilos y vicios.—Disquisiciones.—El bardo X.—Parábola asnal..... 147
La batalla de San Pedro en Sinaloa.—Discurso de recepción en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. 157
Plática.—Plagas sociales.—Comentario.

histórico.—Egipcios y mexicanos.—El mes de septiembre.—Las fiestas cívicas. —El lugareño cándido..... 171
GABRIEL F. PELAEZ [poeta sinaloense]..... 181
PALIQUE.—Las posadas.—Atahualpa y Valverde.—A los imitadores de Bécquer.—Parto de un aerolito.—Polos de temperatura.—Noche Buena..... 195
INDEPENDENCIA NACIONAL.—Alocución cívica leída en la glorieta principal de la Alameda de México el 16 de septiembre de 1890..... 205
PRÓLOGO DE UNA NOVELA..... 215
HABLADURÍA.—Sutilezas.—El dedo en el renglón.—A tajos y mandobles.—Metempsícosis.—El escritor fotógrafo..... 229
El ex-SAN MIGUEL DE CULIACÁN Y LA ACTUAL CULIACÁN-ROSALES. [Croquis de una odisea]..... 241
PRÓLOGO DE LOS VERSOS DEL LIC. ANTONIO CISNEROS CÁMARA..... 267
DE MAZATLÁN Á MÉXICO Y VICE-VERSA. (Memorandum)..... 291
OPERACIONES MILITARES EN EL ESTADO DE SINALOA DURANTE EL PERIODO DE LA GUERRA DE INTERVENCIÓN FRANCESA..... 321
ERRATAS MÁS NOTABLES..... 355

Esta obra se halla de venta en la "Librería de las Escuelas," 2ª calle del Cinco de Mayo núm 4, y en las Oficinas de *La Patria*, callejón de Santa Clara núm. 6,

PRECIO DEL EJEMPLAR. . . . . $ 1 25

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025292454
0 5917 3025292454